



**Tipo de documento: Tesis de Doctorado**

**Título del documento: Biopolítica y tanatopolítica : el campo de exterminio y la producción de subjetividad en la experiencia argentina 1976-1983**

**Autores (en el caso de tesis y directores):**

**Graciela Elena Pozzi**

**Marcelo Raffin, dir.**

**Datos de edición (fecha, editorial, lugar,**

**fecha de defensa para el caso de tesis: 2013**

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.  
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: [https://creativecommons.org/choose/?lang=es\\_AR](https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR)



**UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**  
**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**  
**DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES**

**Biopolítica y tanatopolítica: el campo de exterminio y la producción de subjetividad en la experiencia argentina 1976-1983**

**Lic. Graciela Elena Pozzi**

**Director: Dr. Marcelo Raffin**

**Buenos Aires**

**2013**

# ÍNDICE

## INTRODUCCION

1. Presentación del problema.....7
2. La opción por una estrategia teórico-metodológica.....14

## PRIMERA PARTE

### El gobierno de la vida y su deriva hacia una tanatopolítica.....20

#### Capítulo 1

##### Desarrollos teóricos sobre la construcción de una cesura.....21

1. La guerra como práctica política, la preeminencia de lo binario.....21
2. Comunidad: el deslizamiento de lo común a lo propio.....24
3. La víctima sacrificial como forma de alejamiento de la violencia.....27
4. El derecho como forma moderna de procesamiento de la violencia.....29
5. El paradigma de la inmunización.....33

#### Capítulo 2

##### Rastreo genealógico de un “grupo víctima”. El caso argentino.....37

1. Genealogía de la cesura en el caso argentino.....37
2. Civilizados o bárbaros.....40
3. Los inmigrantes: adaptados o anormales.....43
4. El “ser nacional” frente al “judío bolchevique”.....48
5. Los descamisados o la voz de los sin voz.....52
  - 5.1. El 17 de octubre o el “carnaval peronista”.....58
  - 5.2. Fin de fiesta.....61

## SEGUNDA PARTE

### La experiencia de la dictadura argentina 1976-1983.....64

#### Capítulo 3

##### La década previa al golpe de 1976.....65

1. “La poesía es un arma cargada de futuro”. Los años setenta.....65
  - 1.1. La cuestión económico-política.....66

1.2. “Porque vivimos a golpes, nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno”.	
Las nuevas formas sociales y políticas.....	69
1.3. “A la calle, que ya es hora de mostrarnos a cuerpo”. El Cordobazo.....	71
1.4. “Somos turbia y fresca, un agua que atropella en sus comienzos”.	
Los grupos juveniles y los sacerdotes comprometidos.....	74
1.5. “Cuando se miran de frente los vertiginosos ojos claros de la muerte”.	
Las organizaciones armadas.....	76
1.6. Tres experiencias paradigmáticas.....	79
1.6.1. Las Ligas Agrarias.....	80
1.6.2. El cuestionamiento a la institución psiquiátrica.....	84
1.6.3. Los gremios clasistas y combativos en Córdoba.....	88
1.7. Los acontecimientos del año 1973.....	91
1.8. Ensayo de orquesta.....	98
1.8.1. El freno paraestatal. La Triple A.....	98
1.8.2. El freno estatal. El Operativo Independencia.....	104

#### **Capítulo 4**

<b>Notas sobre el régimen dictatorial, 1976-1983.....</b>	<b>109</b>
1. Las transformaciones económicas.....	109
2. Las formas políticas. Estado de excepción y decisión soberana.....	114
3. Las formas represivas.....	119
4. La construcción del sintagma “delincuente subversivo”.....	125
5. La disidencia política como delito.....	129

### **TERCERA PARTE**

<b>Consideraciones teóricas sobre el campo de exterminio.....</b>	<b>136</b>
---	------------

#### **Capítulo 5**

<b>El campo de exterminio.....</b>	<b>137</b>
1. Nuda vida y estado de excepción.....	139
2. <i>Homo sacer</i> , figura arquetípica que habilita una exclusión inclusiva.....	142
3. Producción de la muerte en serie. El campo de exterminio.....	144

## Capítulo 6

<b>Referencias históricas sobre el campo de exterminio</b> .....	153
1. Orígenes de la “solución final”.....	153
2. La construcción del judío conceptual. El rol del antisemitismo.....	164
3. El sobreviviente como testigo.....	168
4. El <i>Lager</i> como referencia de análisis.....	172
5. El <i>Kapo</i> como reproductor del orden.....	180
6. El <i>Sonderkommando</i> como experimento extremo.....	182
7. El “musulmán” como expresión de la dupla <i>nuda vida-homo sacer</i> .....	187

## CUARTA PARTE

<b>El campo de exterminio y la producción de subjetividad en la experiencia argentina, 1976-1983</b> .....	190
--	-----

## Capítulo 7

<b>El testimonio sobre el dispositivo concentracionario</b> .....	191
1. El testigo.....	193
2. El testimonio.....	195
3. El diseño del dispositivo concentracionario.....	199
4. La caída.....	206
5. La vida en el campo.....	209
5.1. El suplicio como estrategia de quebrantamiento.....	211
5.2. Las formas de la vida cotidiana.....	213
5.3. El borramiento de los cuerpos. Los traslados.....	220
6. De quebrados y traidores.....	221
7. Nuestros “hundidos”. Los desaparecidos.....	224

## Capítulo 8

<b>Campo y sociedad</b> .....	228
1. Rasgos de la vida cotidiana. El miedo a saber y la indiferencia social.....	228
2. Una fotografía de la sociedad de la época. El rasgo autoritario.....	233
3. Las corporaciones y el régimen. El rol de las instituciones.....	238
4. Culpa o responsabilidad. La teoría de los dos demonios.....	248
5. La resistencia en los lugares mínimos.....	254

<b>EPÍLOGO</b> .....	261
1. A modo de conclusión.....	262
2.Nuevas formas de vida.....	272
3. Sociedades disciplinarias y sociedades de control.....	274
3.a Las nuevas formas del individualismo.....	276
3.b La cuestión política.....	278
4. Fin de partida.....	279
<b>Bibliografía</b> .....	282

## Introducción

*Después de haber pasado por un campo de concentración, uno puede llevar una vida en apariencia normal... hasta que, algunas veces contundente, demoledor e incendiario como un rayo, otras suave, engañoso y envolvente como la niebla, el campo se hace presente. Y entonces, uno se paraliza: se perciben olores, se ve la oscuridad, se escucha el arrastrar de las cadenas, el ruido metálico de las puertas, los chispazos de la picana, se siente el miedo, el peso de las desapariciones, sobre todo las ausencias que dejan las desapariciones.*

*Ese Infierno, testimonios sobre la ESMA.*

## 1. Presentación del problema

Cuando la historia atraviesa nuestras biografías con situaciones que nos perturban profundamente, es inevitable que nos preguntemos porqué ocurrió tal cosa; de inmediato tratamos de dotarla de sentido, ya que frente a lo arbitrario solemos quedar inermes y presa de fantasmas que nos rondan y que no podemos exorcizar. Si no logramos comprender, sólo nos queda el miedo a padecer una y otra vez el mismo suceso ominoso. Esto es lo que nos ocurre frente al exterminio llevado a cabo en la Argentina durante el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” al que de ahora en más llamaremos “el Proceso”. Saber, nombrar o comprender puede no hacernos más felices, pero nos libera justamente de esos terrores innominados. Porque debe quedar en claro que el período al que hacemos referencia puede designarse, parafraseando a Hegel, como el momento en que se extendió ante nosotros “la noche del mundo”, en el que la tragedia se invistió de terror. Lo que ocurrió en los campos de exterminio no fue otra cosa que el aniquilamiento de lo humano antes de la destrucción de la vida. Vidas cualificadas que desaparecieron mientras los hombres aún estaban vivos. Vidas sometidas a una forma de muerte que ni siquiera puede llamarse muerte. La experiencia del campo no nos es ajena a pesar de no haber atravesado físicamente nuestras vidas; resulta enormemente próxima en la medida en que sus víctimas eran nuestros semejantes. Semejantes que fueron primero estigmatizados, para luego perder toda seguridad jurídica y, por último, condenados a la desaparición física. Todo esto, en una sociedad en la que algunos decidieron que otros ya no habitarían este mundo. Una sociedad cuyo entramado quedó profundamente surcado por lo ocurrido en los campos de exterminio, ya que ciertas formas del lazo social no pudieron reconstruirse. Hacemos nuestras las palabras de Myriam Revault d’Allonnes cuando en su obra “*Lo que el hombre hace al hombre*”<sup>1</sup> dice.

Allí se abre el abismo más profundo –el que nos es imposible franquear–, allí reside también lo irreparable absoluto. Surge pues un fenómeno inédito, cuya naturaleza viene a quebrar todas las normas que nos son conocidas, a invalidar todos los criterios de juicio, a dismantelar todos los marcos de referencia tradicionales.

Abordar el tema no es tarea sencilla pero sí necesaria, si tenemos en cuenta que la sociedad en que vivimos aún no ha podido encarar la cuestión y discutir sobre ella de manera abierta. Hay quienes han combatido desde el primer momento contra los efectos

---

<sup>1</sup> Revault d’Allonnes, Myriam “*Lo que el hombre hace al hombre. Ensayo sobre el mal político*” Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2010 p. 35

de lo acontecido en los campos, otros se sumaron posteriormente, algunos creen que fue necesario y han elaborado una explicación para lo sucedido, los más preferirían que nada hubiera ocurrido o en su defecto molestar al pasado lo menos posible. Se comprende, el tema es incómodo, no es fácil vivir en una sociedad que tiempo atrás exterminó a una parte de sí misma. Aun así, es lo que nos proponemos hacer. Para ello, el primer paso fue revisar los modos en que el tema había sido encarado.

Encontramos que, a lo largo de los últimos años, se han multiplicado los trabajos de distinta índole que intentan describir, analizar e interpretar lo ocurrido desde diversas miradas. Hay quienes bucean en las estructuras económicas<sup>2</sup> o en las circunstancias políticas.<sup>3</sup> Dentro de los primeros, el análisis ha estado dedicado a mostrar los cambios ocurridos al interior de los grupos económicos dominantes, quienes, a partir de un discurso con claros rasgos neoliberales, apoyaron el gobierno militar. Dicho discurso mostraba cómo el mercado podía convertirse en el gran disciplinador de las demandas sociales reemplazando la política. Una política a la que se definía como populista en tanto tendía a proteger a los empresarios nacionales y a los trabajadores y sus sindicatos. En la misma línea, se demuestra cómo fueron esos mismos grupos los principales beneficiarios de las políticas económicas a través de un proceso de colonización del Estado. Se señala también el retroceso del capital nacional, circunscripto a una actividad única, en beneficio de capitales nacionales o extranjeros que inician un acelerado proceso de diversificación de ramas y áreas económicas. Entre los que analizan el aspecto político, hay quienes centran su atención en las formas del régimen militar y en su relación con los distintos actores políticos, así como en las luchas facciosas al interior del propio régimen. Lo hacen desde un abordaje de carácter tradicional sin tomar en cuenta que los modos de la política habían cruzado límites que ya no tenían retorno. En este campo, uno de los

---

<sup>2</sup> Canitrot, Adolfo, “La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976”, *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, núm. 76, 1980. Canitrot, Adolfo, “Teoría y práctica del liberalismo. Políticas antiinflacionarias y apertura económica en la Argentina, 1976-1981”, *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, núm. 82, 1982. Schvarzer, Jorge, *La política económica de Martínez de Hoz*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. Schvarzer, Jorge, *Implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y 2000*, Buenos Aires, AZ Editor, 1998. Azpiazu, Daniel; Basualdo, Eduardo y Khavisse, Miguel, *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*, Buenos Aires, Legasa, 1989.

<sup>3</sup> Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, *La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003. Quiroga, Hugo, “El tiempo del Proceso”. *Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*, Rosario, Homo Sapiens Editores, 2004. Yanuzzi, María de los Ángeles, *Política y dictadura. Los partidos políticos y el “Proceso de Reorganización Nacional”*, 1976-1982, Rosario, Fundación Ross, 1996. Raffin, Marcelo, *La experiencia del horror. Subjetividad y derechos humanos en las dictaduras posdictaduras del Cono Sur*. Buenos Aires, Editores del Puerto, 2006.

trabajos más interesantes es el de Hugo Vezzetti<sup>4</sup> quien ofrece una visión más compleja de la sociedad que produjo y admitió la dictadura militar recuperando la figura de la guerra, aunque no en los mismos términos en que nosotros vamos a hacerlo en este trabajo.

Se ha dado toda una corriente que trabaja a partir de los usos de la memoria abordando la relación entre la naturaleza de la memoria, la constitución de identidades y las prácticas y luchas que esas formas del memorar implican.<sup>5</sup> Este grupo generó una importante producción acerca de la relación entre memoria y hecho traumático en la Argentina desde los abordajes de la sociología de campo.

Hay interpretaciones que ensalzan y rescatan la militancia de las víctimas,<sup>6</sup> mientras que otras tienen una mirada crítica sobre ella.<sup>7</sup> En el mismo sentido, hay quienes reclaman una autocrítica de las posiciones tomadas por los militantes sociales, durante dicho período, deslizando la idea de una culpa primera en lo ocurrido. Es de destacar que buena parte de estas obras consideran a las Fuerzas Armadas como la institución responsable de lo ocurrido casi en soledad. Algunos mencionan también a la Iglesia católica<sup>8</sup> y a las corporaciones económicas como copartícipes.

Por último, debemos resaltar la profusa obra periodística<sup>9</sup> que supera en cantidad a la obra académica y escritos testimoniales que aportan la visión de los sobrevivientes<sup>10</sup>.

---

<sup>4</sup> Vezzetti, Hugo, *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

<sup>5</sup> Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, España, Siglo XXI, 2002. Ver también la compilación de la misma autora, titulada *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices"*, España, Siglo XXI, 2002. Feld, Claudia, *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. Crenzel, Emilio, *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Buenos Aires, Edit Siglo XXI, 2008

<sup>6</sup> Bonasso, Miguel, *Recuerdos de la muerte*, Buenos Aires, Planeta, 1994. Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La voluntad*, Buenos Aires, Norma, 1998.

<sup>7</sup> Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel, *La nueva izquierda argentina 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

<sup>8</sup> Mignone, Emilio, *Iglesia y dictadura. El papel de la iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

<sup>9</sup> Kimel, Eduardo *La masacre de San Patricio*, Buenos Aires, Ediciones Dialéctica, 1989. Timerman Jacobo *Preso sin nombre, celda sin número*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1982. Andersen Martin, *Dossier secreto. El mito de la guerra sucia* Buenos Aires, Planeta, 1993. Cerrutti Gabriela *Herederos del silencio* Buenos Aires, Planeta, 1997, Verbitsky Horacio *El vuelo* Buenos Aires, Planeta, 1995, Gogol Judith e Invernizzi Hernán *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar* Buenos Aires, Eudeba, 2002. Bousquet Pierre *Las locas de Plaza de Mayo*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983. Pertot Werner y Garaño Santiago *La otra Juvenilia*, Buenos Aires, Edit. Biblos, 2002.

<sup>10</sup> AA.VV., *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001; Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición*, Buenos Aires, Colihue, 2001; Tamburrini, Claudio, *Pase libre. La fuga de Mansión Seré*, Buenos Aires, Continente, 2002; Carrea, Giustino, *P82. Crónica de una desaparición y el despertar del alma*, Buenos Aires, Tiago Biavez, 2006. Villani, Mario y Reati, Fernando, *Desaparecido. Memorias de un cautiverio*, Buenos Aires, Biblos, 2011.

La lectura de estos trabajos y la impresión de que algo falta nos han llevado a formularnos el problema desde otro ángulo: el de la relación entre vida y política, y la manera en que esta relación deriva hacia una tanatopolítica, recurriendo entonces a una perspectiva de carácter filosófico-político. Proponemos pues la hipótesis de que para que el dispositivo del campo pudiera operar, el poder político debía estar en condiciones de tratar a los hombres como vidas disponibles. Completamos esta hipótesis considerando que la peculiaridad represiva consistió en desechar las formas tradicionales y sus lugares de encierro, para hacer propio un modo de exclusión-inclusiva encarnado en el dispositivo del campo de exterminio.<sup>11</sup>

Ello implicó, en nuestro caso, plantearnos una serie de interrogantes: ¿por qué la modernidad, que hizo de la conservación de la vida el presupuesto de las restantes categorías políticas, dirigió sus dispositivos “protectores” contra la propia vida? ¿Cómo al hacerlo produjo las condiciones mediante las cuales la biopolítica, como modo de gestión de la vida, pudo llegar a convertirse en tanatopolítica? ¿En qué condiciones y por qué una formación social necesita la construcción de un “grupo víctima” como forma de reorganizarse a partir del “todos menos uno”? Más específicamente: ¿qué subjetividad se constituyó al interior del campo de exterminio en la experiencia argentina 1976-1983? Y por último, ¿cómo se reflejaron las prácticas represivas en el tejido de la sociedad civil?

En la primera parte y fundamentalmente en el capítulo primero, nos proponemos analizar, desde las categorías de la filosofía política, el modo en que una sociedad construye una cesura. Para ello, hemos seguido los análisis foucaultianos en los que el filósofo francés plantea que la sociedad se desdobra entre quienes construyen la norma y regulan el cuerpo social y quienes, a partir de sus prácticas, ponen en entredicho esa forma del orden. El conflicto entre ambas posiciones aparece enmarcado en la idea de la guerra que con su carácter binario conduce a una cesura en el campo social. En otras palabras, la comunidad que enfrenta a una parte de sí misma se reorganiza a partir del “todos menos uno”. En este punto, nos parece necesario completar la construcción foucaultiana con las

---

<sup>11</sup> La posibilidad de construir el tema como problema con las características y el abordaje elegidos fue producto de las discusiones grupales generadas en los distintos proyectos de investigación dirigidos por el Dr. Marcelo Raffin en los últimos ocho años. Asimismo corresponde citar algunos de sus trabajos que guiaron la elaboración de esta tesis: *Methaphysics, politics, Truth, Genocide Practices as a Way of Deploying the Modern Paradigm*, en *Rutgers Law Review*, vol° 61, Nueva Jersey, Rutgers University, 2008. “Prácticas sociales de terror y malestar en la cultura: la continuidad de un orden”, en Accarini, Irene (coord.), *Arte y Psicoanálisis. Los trastornos de la cultura*, Buenos Aires, UNTREF, 2009. “Liberté, identité et assujettissement: la capture de la subjectivité dans les politiques des disparitions et les apories de l’Etat de droit”, en Cany, Bruno; Poulain, Jacques y Prado, Plinio (ed), *Les passages de Jean Francois Lyotard*, Paris, Hermann, 2011. “La tensión metafísica-política en las filosofías de Michel Foucault y Giorgio Agamben” en Raffin, Marcelo y Podesta Beatriz (eds.) *Problemas y debates de la actualidad y la tradición de la filosofía política*. San Juan, Editorial de la Universidad Nacional de San Juan, 2012

categorías de *immunitas* y de *communitas*, de Roberto Esposito, para quien conservación y destrucción constituyen las dos modalidades predominantes en el modelo inmunitario; modalidades que funcionan en una suerte de articulación interna que pone a ambas en una relación causal de índole negativa. Desde este punto de vista, la inmunización es una protección negativa de la vida donde la comunidad separa de sí a un grupo sobre el cual hace converger el mal colectivo, de modo que se aleje del resto. El “todos menos uno” aparece entonces asociado a la idea del “fuera de la ley”, el “Wargus” o “banido”, a la vez que se instituye como un elemento contaminante y destructivo del orden social. Para completar esta cuestión hemos recurrido a los desarrollos de René Girard sobre la “víctima sacrificial” y su relación con la idea de que dicho sacrificio permite el alejamiento de la violencia en la comunidad.

La constitución de un “grupo víctima” guarda relación con las herramientas políticas y sociales con las que cuenta una formación social para neutralizar a aquellos que lo confrontan. Si esto puede hacerse desde prácticas disciplinarias establecidas, entonces, ciertos lugares de encierro serán los encargados de modelar a los hombres. Cuando las confrontaciones devienen más profundas, se hace necesario apelar a dispositivos diferentes. Dispositivos que funcionen en la modalidad del “todos menos uno”, y que asimilen a la sociedad con un cuerpo al que se hace necesario purificar habilitando la eliminación del grupo previamente segregado, ya que su eliminación contendría un plus al funcionar como una forma de advertencia para el resto de la comunidad que entenderá lo ocurrido como un evento que limita toda forma de cuestionamiento.

Con estas características el “Proceso” elaboró esa construcción discursiva que llamó el “delincuente subversivo”, y que puede reconocerse en espejo, *mutatis mutandi*, en figuras históricas tales como el indio asimilado al bárbaro, el gaucho malo y vago, el inmigrante asociado a la locura, la pobreza y la delincuencia, o los descamisados del primer período peronista. En el segundo capítulo de esta primera parte de la tesis abordaremos el análisis de dichas figuras asociando su construcción a los momentos de importantes cambios históricos tanto económicos y políticos como sociales o culturales.

En la segunda parte, el capítulo tercero está dedicado a examinar los acontecimientos más importantes de la década previa al golpe de 1976. Para ello, trabajamos distintas experiencias de cuestionamiento y demanda al orden social y político tratando de mostrar cómo esos actores y sus planteos pasaron de ser socialmente reconocidos y acompañados a convertirse, a mediados de los años setenta, en los potenciales habitantes de los campos de exterminio. Especialmente, hemos trabajado con

tres casos paradigmáticos de cuestionamientos al ordenamiento institucional, laboral fabril y laboral agrario. Mostramos también, los capítulos previos del proceso represivo encarnados en el accionar del agrupamiento paraestatal conocido como la “Triple A” y el accionar del Ejército en el llamado “Operativo Independencia” durante el gobierno constitucional de María Estela Martínez, considerándolos ensayos para lo que se pondría en acto durante el “Proceso”.

En el capítulo cuarto, trabajamos el período que se abrió en marzo de 1976 utilizando como herramientas teóricas los conceptos schmittianos de excepción y decisión soberana, entendiendo que el régimen que se instituye es claramente una dictadura. Vamos a exponer cuáles fueron sus objetivos y en qué medida era un proyecto fundacional. Exploramos tanto los actores sociales como las instituciones que lo apoyaron dotándolo de legitimidad y abonando la idea de que lo que ocurría era lo único posible. Señalamos, también, cómo las formas represivas utilizadas fueron en parte una continuación de experiencias previas pero fundamentalmente establecieron una ruptura con las etapas anteriores de represión política en la Argentina. Por último, analizamos la construcción del sintagma “delincuente subversivo” entendiendo esta operación como una exclusión-inclusiva que somete al “grupo víctima” a una excepción permanente.

Habiendo establecido en los capítulos previos las formas en que se instituye un grupo estigmatizado tanto desde un abordaje teórico como histórico en la tercera parte de la tesis trabajamos sobre el campo de exterminio, las víctimas y los sobrevivientes.

Para abordar esa tarea, indagamos sobre diversos trabajos en el área de la filosofía política en los que ha quedado demostrado el lugar central que ocupa la vida en las prácticas políticas y en la configuración de subjetividades. En el capítulo quinto abordamos las diferentes visiones de pensadores como Michel Foucault y Giorgio Agamben que han mostrado la diversidad de formas en que la vida humana ha sido atrapada por la “máquina soberana”. En su obra *La voluntad de saber* (1976), Foucault establece la creciente implicación de la vida natural de los hombres en los mecanismos y los cálculos del poder. Dicho de otra manera, la cuestión de la vida biológica, tomada como disciplina sobre el cuerpo y como política de población y puesta en práctica a través de la salud como asunto de gobierno, habilita tanto la posibilidad de proteger y regular la vida así como de autorizar el exterminio de aquello que la entorpezca. Este proceso en el que la subjetividad se encuentra con la política es lo que Foucault llamará “biopolítica” y Giorgio Agamben, “politización de la vida”. En los desarrollos teóricos del filósofo italiano, veremos que la nuda vida, desprovista de toda cualificación, es lo único que subsiste cuando en las sociedades modernas se hace necesario el estado de excepción.

Esta vida desnuda, producida por el estado de excepción, se traduce en la figura del *homo sacer*, una arcaica institución del derecho romano en la que el viviente se convierte en alguien al que cualquiera puede dar muerte sin que esta acción se considere ni delito ni sacrificio. Puesto que ha sido declarado *homo sacer* se trata de la vida humana que sólo puede ser incluida en la comunidad bajo la forma de su exclusión. Para nuestro trabajo, todo prisionero en un campo de exterminio reviste esta categoría. Ahora bien, la figura del *homo sacer* podría no estar limitada al interno en el campo, sino que podría extenderse como un umbral en el que los ideales inclusivos de la política moderna conviven con prácticas de exclusión tan límites como las que dan lugar a procesos de aniquilación. Es en este sentido que se utiliza el planteo de Agamben cuando sostiene que el campo funciona como la matriz oculta del espacio político, en el que se incluye una parcialidad de la población bajo el estado de excepción. En el capítulo sexto, completando este planteo, utilizamos los aportes de Hannah Arendt<sup>12</sup> para quien el campo es el espacio “en que todo es posible” y funciona como laboratorio para la experimentación de la dominación total y la construcción de subjetividades. Para este último punto, vamos a tomar como antecedente el *Lager* nazi en lo que hace a la construcción de las figuras paradigmáticas del *Sonderkommando*, el musulmán y el *Kapo*.

En la cuarta parte de la tesis, el capítulo séptimo está dedicado al análisis de las prácticas en el campo de exterminio en la experiencia argentina, utilizando como fuente el testimonio de los sobrevivientes en su calidad de testigos, tal y como Agamben define el término, y haciendo uso de una hermenéutica de los testimonios producidos a lo largo de los años. En el relato de los sobrevivientes el campo aparece como el espacio en el que se produce tanto la eliminación física como el quiebre y la reconfiguración de la subjetividad. En el testimonio de esa subjetividad reconfigurada aparecen cuestiones recurrentes, tales como la culpa, el estigma de la traición, la vergüenza, los límites de la ética y la responsabilidad por los otros pero también una mínima capacidad de decisión que le permite elaborar estrategias de supervivencia y de resistencia.

En el capítulo octavo trabajamos sobre la sociedad civil observando cómo se dio la instrumentalización de los miedos, la ruptura de los vínculos sociales y de las solidaridades previas, la construcción de la indiferencia social, el estigma de lo diferente, el riesgo de “saber”, y por último –pero no menos importante–, cómo se construyó la resistencia en los espacios mínimos. Corresponde aclarar que no hemos considerado a esa sociedad civil como una unidad homogénea sino como un conglomerado en el que pueden

---

<sup>12</sup> Ver especialmente el punto 3 “Dominación total” en el capítulo 12 de su obra *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2003

distinguirse distintos grupos que asumen posiciones diversas durante el “Proceso” en acuerdo con su capital cultural social, entendido como valores y disposiciones.

Para abordar el impacto sobre la sociedad civil del proceso dictatorial y su peculiar forma de represión, debemos considerar que dicho proceso llevaba cifrado en el nombre la idea de “reorganizar” la sociedad. Reordenar una sociedad implica construir o gestar nuevas subjetividades que resulten congruentes con el régimen de acumulación y de producción vigente o que se está conformando. De manera concurrente, esa misma sociedad estaba siendo atravesada por cambios que eran producto del proceso de la globalización contemporánea, verificables en las transformaciones tecnológicas y en sus consecuencias en el mundo del trabajo así como en los cambios que se producen en el rol internacional del Estado-nación que no abandona el control social sobre sus poblaciones. Teniendo en cuenta todo lo dicho, vamos a centrar nuestro análisis en el modo en que se reforzaron mutuamente y las subjetividades emergentes al finalizar la dictadura y los requerimientos de un mundo globalizado.

## **2. La opción por una estrategia teórico-metodológica**

La propia trama del problema que nos proponemos analizar requiere de la elección de una estrategia teórico-metodológica que resulte congruente con el enfoque teórico – filosófico que vamos a dar a la presente investigación. Para determinar dicho recorrido comenzaremos por repasar los objetivos de nuestro trabajo. Trataremos de establecer el tipo de subjetividades que se configuran cuando la relación entre vida y política contiene una deriva hacia la tanatopolítica. Esta cuestión hizo que eligiéramos trabajar en la clave propuesta por dos de los pensadores más significativos para nuestra tesis: Michel Foucault y Giorgio Agamben y por tanto podemos definir nuestro abordaje como genealógico-paradigmático.

En *La verdad y las formas jurídicas* (1973) Foucault se propone:

[...] ver cómo se produce, a través de la historia, la constitución de un sujeto que no está dado definitivamente, que no es aquello a partir de lo cual la verdad se da en la historia, sino de un sujeto que se constituyó en el interior mismo de ésta y que, a cada instante, es fundado y vuelto a fundar por ella.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Foucault, Michel *La verdad y las formas jurídicas*. Primera conferencia, Barcelona, Gedisa p.4

Considera, entonces, que en las prácticas sociales es donde el análisis histórico puede localizar nuevas formas de subjetividad a través del examen de los discursos entendidos como estrategias al interior de esas prácticas. Porque como afirma en la misma conferencia:

[...] el conocimiento es siempre una cierta relación estratégica en la que el hombre está situado. Es precisamente esa relación estratégica la que definirá el efecto del conocimiento y, por esta razón, sería totalmente contradictorio imaginar un conocimiento que no fuese en su naturaleza obligatoriamente parcial, oblicuo, perspectivo<sup>14</sup>

La propuesta entonces consistirá en analizar el conocimiento en términos de estrategia y tácticas de poder, o dicho de otra manera, situar ese conocimiento en el ámbito de las luchas y por lo tanto establecer una genealogía del conocimiento que permitirá examinar la formación y transformación de la subjetividad al interior de las prácticas. Dice Foucault al respecto:

[...] en esta actividad, que podemos calificar entonces de genealógica, advertirán que, en realidad, no se trata de manera alguna de oponer a la unidad abstracta de la teoría la multiplicidad concreta de los hechos; no se trata de manera alguna de descalificar lo especulativo para oponerle, en la forma de un cientificismo cualquiera, el rigor de conocimientos bien establecidos. De modo que lo que atraviesa el proyecto genealógico no es un empirismo; lo que lo sigue no es tampoco un positivismo, en el sentido corriente del término. Se trata, en realidad, de poner en juego unos saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre de un conocimiento verdadero, en nombre de los derechos de una ciencia que algunos poseerían.<sup>15</sup>

Por otra parte, si asumimos que no hay forma de ser un espectador objetivo de la historia, todo discurso que construyamos deberá ser leído como parcial y transitorio. En esta línea es que seguimos a Foucault, cuando establece que los discursos no se reducen a lo lingüístico, sino que son “formaciones discursivas” que implican prácticas sociales.

A la vez, debe tenerse en cuenta el modo en que esos discursos se articulan con las prácticas dando lugar a nuevas configuraciones sociales y subjetivas. En este sentido, podemos entender el modo en que Foucault analiza el origen de la biopolítica apoyándose en documentos históricos para confrontarlos con la particularidad de los acontecimientos, sin buscar subsumirlos en categorías generales previas o anticiparlos por medio de explicaciones causales. De esta manera, inscribe sus desarrollos en una tensión entre la

---

<sup>14</sup> *Ibid* p. 12

<sup>15</sup> Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 22.

especulación y los hechos. Es así como la noción de biopolítica no surge de una construcción teórica general, sino de una mirada profunda sobre los deslizamientos y las transformaciones históricos del poder. Podemos analizar brevemente la forma en que Foucault construye la idea de biopolítica: entendiéndola como la forma en que la política se hace cargo de la vida. Este hacerse cargo implica una forma de ejercicio de poder que a su vez se ejercita como construcción de subjetividades. Esa construcción es llevada a cabo a través de dispositivos.

En este punto, vamos a incorporar la interpretación agambeniana que recupera esos dispositivos como paradigmas, es decir, como hechos singulares a la vez que “modelos”. Esta forma de entender el paradigma es aplicada, por el filósofo italiano, con respecto al panóptico foucaultiano. Estamos de acuerdo en que el panóptico es un fenómeno concreto, singular e histórico, pero a la vez funciona como “paradigma” de un dispositivo de control. Es decir, un modelo que puede ser generalizado permitiendo la definición de nuevas formas de relación entre poder y vida. Desde este punto de vista, el panóptico es también el diagrama de un mecanismo de poder en su forma ideal. Esto significa que el panóptico funciona como paradigma, como un ejemplo o ilustración que define la inteligibilidad del conjunto al que pertenece y al mismo tiempo que lo constituye; dicho de otra forma, funciona como “un objeto singular que, valiéndose para todos los otros de la misma clase, define la inteligibilidad del conjunto del que forma parte y que al mismo tiempo constituye”<sup>16</sup>. El ejemplo tiene entonces una doble posibilidad: por un lado, es tratado como un caso específico, pero por otro, tiene validez para todos los casos. Según esto, el ejemplo no es una categoría que subsume en sí misma todos los casos particulares. Pero tampoco es un caso particular que quede atrapado en su especificidad y no pueda ser extrapolable a otros casos.

En las páginas iniciales de *Signatura rerum. Sobre el método* (2008) Agamben desarrolla la diferencia entre el uso de paradigma por parte de Foucault y la definición que de este concepto ofrece Kuhn. Este último establece

[que] el paradigma es un ejemplo, un caso singular que, a través de su repetibilidad, adquiere la capacidad de modelar tácitamente el comportamiento y las prácticas de investigación de los científicos. El imperio de la regla como canon de cientificidad se sustituye así por el del paradigma; la lógica universal de la ley, por la lógica específica y singular del ejemplo.<sup>17</sup>

---

<sup>16</sup> Giorgio Agamben en *Signatura rerum. Sobre el método* Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2009, p. 25.

<sup>17</sup> Citado por Giorgio Agamben en *Signatura rerum. Sobre el método* Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2009, p. 16.

La diferencia más interesante que Agamben destaca acerca del empleo del paradigma entre Foucault y Kuhn es que Foucault desplaza la idea de paradigma del campo epistemológico al político porque lo que le interesa es la enunciación de un régimen interno de poder que determina el modo en que los enunciados se gobiernan entre sí para constituir un conjunto. Dicho de otra forma, pone al descubierto una disputa por la hegemonía en la elaboración de las formas discursivas que dan significación al fenómeno en estudio. Es en este sentido que en *La arqueología del saber* (1996) Foucault define *episteme* como “el conjunto de las relaciones que pueden unir, en una época determinada, las prácticas discursivas que dan lugar a las figuras epistemológicas”.<sup>18</sup> Para nuestro trabajo, esto resulta de suma importancia, ya que nos permite ofrecer una mirada diferente sobre el exterminio y las subjetividades que produjo.

Establecimos que nuestra tesis centrará su análisis en figuras que actúan como paradigmas. En este sentido, seguiremos la noción de “paradigma” que Agamben analiza detalladamente en *Signatura rerum. Sobre el método*. Ya en trabajos previos, el filósofo italiano desarrolla un aparato conceptual a través del que se propone profundizar los estudios foucaultianos sobre la biopolítica<sup>19</sup>, concepto que para Foucault es un producto de la modernidad pero que para Agamben es el fundamento originario de la política y trasciende el espacio de la modernidad.<sup>20</sup> Para ello debe resolver la tensión entre la teoría y la singularidad de los hechos históricos, cuestión que aborda desde la idea de paradigma haciéndola intercambiable con el término “ejemplo”. Tempranamente y en las páginas iniciales de *La comunidad que viene* (1990)<sup>21</sup> señala que el ejemplo muestra su pertenencia a una clase y, en este mostrarse, se excluye de ella. En este sentido, el ejemplo aparece como la otra cara de la excepción; mientras que esta se caracteriza por una exclusión-inclusiva, el ejemplo opera como una inclusión-exclusiva<sup>22</sup>. Asimismo, en *Homo sacer I. El poder soberano y la nuda vida* (1995) y a propósito de la definición de excepción, Agamben establece:

Lo que el ejemplo muestra es su pertenencia a una clase, pero precisamente por eso, en el momento mismo en que la exhibe y delimita, el caso ejemplar queda fuera de ella (así, en el caso de un sintagma lingüístico éste muestra el propio significar y, de esta manera, suspende su significación).<sup>23</sup>

---

<sup>18</sup> Foucault, Michel, *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 250.

<sup>19</sup> Estamos haciendo referencia a los volúmenes que componen *Homo sacer*

<sup>20</sup> Agamben, G, *Homo sacer*, vol. 1: *El poder soberano y la nuda vida*, Barcelona, Pre-Textos, 2003, p. 16.

<sup>21</sup> Agamben, G., *La comunidad que viene*, Barcelona, Pre-Textos, 2006, pp. 15-16.

<sup>22</sup> Agamben, G. *Homo sacer*, vol. 1: *El poder soberano y la nuda vida*, Barcelona, Pre-Textos, 2003, p. 35.

<sup>23</sup> Agamben, Giorgio, *Homo sacer*, vol. 1: *El poder soberano y la nuda vida*, *Ibid* p. 35.

En el proceso de mostrar la pertenencia a una clase, el ejemplo sale de ella en la medida en que esta ya no puede contenerlo. Así, el ejemplo puede ser concebido no sólo como una ilustración, sino también como una singularidad que tiene un valor en sí mismo. En *Signatura rerum Sobre el método*, este rasgo del ejemplo es resaltado, ya que siendo un fenómeno singular puede ser utilizado para comprender una estructura histórica.

Cuando Agamben afirma que el *Lager* funciona como paradigma de la modernidad, está tomando un caso histórico singular para mostrar la materialización radical del estado de excepción y el funcionamiento de una biopolítica que deriva hacia una tanatopolítica. En otras palabras, el ejemplo ha dejado de ser un mero dato histórico para aportar luz sobre la organización específica del espacio político de la modernidad. En tal sentido, el campo pone de manifiesto la estructura de la excepción, que permite incluir la nuda vida en la política a partir de hacer evidentes sus especificidades. A la vez que hace referencia a una situación particular, devela la estructura que permite su funcionamiento habilitando un ir y venir entre los hechos y la teoría. De esta manera, el paradigma no permite que los hechos sean subsumidos sin más en un único marco conceptual. Esta forma de utilizar el paradigma como herramienta permite a Agamben comprender los acontecimientos en su singularidad a la vez que complementar o alterar, en cierta medida, los presupuestos teóricos.

Para entender cómo funciona un paradigma, primero tenemos que neutralizar oposiciones filosóficas tradicionales, como universal y particular, e incluso también la forma y el contenido. La analogía del paradigma es de despolarización y no dicotómica, es tensional y no de oposición. Produce un campo de tensiones polares que tienden a formar una zona de indecidibilidad que neutraliza toda oposición rígida. No tenemos aquí una dicotomía, es decir, dos zonas o elementos claramente separados que se distinguen por una cesura, tenemos un campo en el que hay dos tensiones opuestas de ejecución. El paradigma no es ni universal ni particular, ni general ni individual, es una singularidad que se muestra como tal, produce un nuevo marco ontológico.<sup>24</sup>

Por último y para analizar las subjetividades que encontramos contenidas en el testimonio de los sobrevivientes de los campos de exterminio, recurriremos a figuras paradigmáticas, en el sentido en que Giorgio Agamben entiende estas categorías. Este testimonio es siempre un relato por cuenta de terceros y hace necesario establecer una forma de interpretación. Lo que nos lleva a apelar a la hermenéutica como herramienta que nos provea los medios para interpretar, más que describir o cuantificar. Para la hermenéutica, lo que permite el abordaje de la realidad es el trabajo con textos, relatos,

---

<sup>24</sup> Agamben, Giorgio, “¿Qué es un paradigma?”, entrevista en la Escuela de Posgrado Europeo, España agosto de 2002.

saberes, creencias, narraciones, mitos que fundamentan el conocimiento de lo que es el mundo y el hombre, ya que la realidad remite siempre a un proceso constituido por hechos históricos, posturas ideológicas, motivaciones psicológicas o culturales. Hechos no manipulables empíricamente, sino derivados del corpus lingüístico, alegórico y del contexto histórico, social y cultural en que surgen.

Consideramos que el aspecto teórico metodológico es fundamental para el abordaje que queremos dar a nuestra investigación, puesto que los efectos del dispositivo represivo del campo de exterminio tanto como sus prácticas, han excedido a las víctimas concretas y han circulado por la sociedad reconfigurándola. Y esto es en sí mismo un hecho nuevo que requiere la construcción de herramientas también nuevas para intentar comprenderlo.

## **Primera parte**

### **El gobierno de la vida y su deriva hacia una tanatopolítica**

## Capítulo 1

### Desarrollos teóricos sobre la construcción de una cesura

#### 1. La guerra como práctica política, la preeminencia de lo binario

Cuando nos planteamos analizar las prácticas políticas enmarcándolas en la idea de la guerra, lo hacemos porque vamos a pensar el poder y su ejercicio como una relación de fuerzas que se dirime bajo la forma de la lucha, para –luego del triunfo de alguna de las partes– recubrirse del ropaje del consenso y del contrato. Este es el sentido que le otorga Michel Foucault cuando dice:

[...] Y ese discurso histórico político que aparece en ese momento [a fines del siglo XVII] es al mismo tiempo un discurso sobre la guerra entendida como relación social permanente, como fondo imborrable de todas las relaciones y todas las instituciones de poder.<sup>25</sup>

En su búsqueda por establecer cómo se constituye el poder, y rechazando la concepción filosófico-jurídica del contrato, introduce el modelo de la guerra con su sentido binario y su mecanismo de permanente enfrentamiento. Esta polaridad, que adquiere el carácter de una fractura, indica que en el interior de la sociedad, se han constituido dos grupos, uno que impone su verdad y se hace titular de la norma, y otro que constituye la parte anómala del cuerpo social. Dicho de otra manera, el grupo triunfante ha hecho valer como universal su derecho particular. Este derecho particular será portador de una verdad, pero no una verdad que reconcilia, sino una verdad que triunfa sobre otras. Una verdad que ha obtenido una conquista provisoria y que para conservarla hará surgir una racionalidad de cálculo que evite el derrumbe de la relación de dominación. Pero a la vez, una verdad que opera a partir de un discurso que habla de una lucha final y que ha asociado el lenguaje político al médico-biológico. Porque si lo que realmente está en juego es un orden social en el que los medios que permiten su reproducción están en manos de los hombres<sup>26</sup>, que crean riquezas mediante el trabajo, entonces lo que se requiere es una forma de regulación y control mucho más rigurosa que la implementada por otras formaciones sociales previas. Esta forma de regulación hará centro en el hombre como “viviente”, es decir, en los rasgos más biológicos de su vida,

---

<sup>25</sup> Foucault, Michel *Defender la sociedad*, op. cit., p. 65.

<sup>26</sup> Utilizamos el término hombres en el sentido en que tradicionalmente la filosofía refiere a los vivientes humanos.

adiestrando cuerpos para hacerlos más hábiles, prolongando su utilidad, vigilando y normalizando conductas, de ahí su imbricación con el discurso médico-higienista. En el siguiente fragmento de *Nacimiento de la biopolítica* (1979), Foucault dice:

El liberalismo [...] como arte de gobierno implica una intrínseca relación de producción/destrucción respecto de la libertad. [...] Con una mano hay que producir la libertad, pero este mismo gesto implica que, con la otra, se establezcan limitaciones, controles, constricciones, obligaciones basadas en amenazas.<sup>27</sup>

Para cumplir con este cometido, el discurso de la guerra presenta como ventaja, su capacidad de segregar a la vez que habilita para eliminar. Esto lo convierte en una forma permanente de purificación ya que expulsa lo extraño o lo desviado. Siguiendo los análisis foucaultianos, podemos ver que este modelo de la guerra se muestra en un principio bajo la modalidad de la invasión ya para el siglo XIX habrá devenido en una cuestión en el interior de las sociedades modernas. La idea de la guerra no se relaciona sólo con el incremento del poderío de una nación, sino además con la garantía de su supervivencia, con la consiguiente aporía de que para conservar la vida se hace necesaria la muerte. Refiriéndose a la guerra de razas, Foucault lo expresa de la siguiente forma:

[...] el discurso de un combate que no debe librarse entre dos razas, sino a partir de una raza dada como la verdadera y única, la que posee el poder y es titular de la norma, contra los que se desvían de ella, contra los que constituyen otros tantos peligros para el patrimonio biológico. Y en ese momento vamos a tener todos los discursos biológico-racistas sobre la degeneración, pero también todas las instituciones que, dentro del cuerpo social, harán funcionar el discurso de la lucha de razas como principio de segregación, de eliminación y finalmente de normalización de la sociedad.<sup>28</sup>

El enemigo es, entonces, aquel que resulta capaz de afectar el orden en una sociedad que será pensada como un cuerpo social. La novedad que esto trae consigo es que el riesgo no es externo, sino que proviene de ese mismo cuerpo. En este sentido, la sociedad aparecerá desdoblada entre quienes construyen la norma y regulan el cuerpo social y quienes a partir de sus prácticas se presentan como un peligro para su continuidad. Porque esas prácticas resultan irreductibles en la medida en que cuestionan permanentemente el discurso de verdad que prevalece. La defensa de un cierto orden social se transforma entonces en el imperativo “debemos defender la sociedad”, como si ésta formara una unidad indistinguible. Se construye así la idea de una sociedad en que norma, regulación y homogeneidad son las principales funciones sociales, lo que da lugar a la operación imposible de amalgama de las diferencias en un cuerpo político unificado,

---

<sup>27</sup> Foucault, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

<sup>28</sup> Foucault, Miches *Defender la sociedad, op. cit.*, p. 65.

tal y como se propuso el “Proceso” en la Argentina. Esa ficción de unidad se funda en un discurso histórico que contiene una suerte de línea de continuidad entre pasado y presente, en la que lo pasado legitima lo normado en el presente y que si es roto arrojaría a la sociedad hacia el caos. En su seminario del 17 de marzo de 1976, Foucault expone la ligazón entre el surgimiento del concepto de población y la necesidad de control a través de una cesura que permita el combate contra lo irreductible. Una separación que habilita establecer lo que debe vivir segregando lo que debe morir. Para proteger la vida, se instituye una ruptura en el *continuum* social que permite separar, clasificar y jerarquizar los grupos en el interior de la población. La eliminación de los grupos segregados será la garantía de la supervivencia de los mejores, de los funcionales, de los adaptados y normales. En palabras de Foucault:

Cuanto más tiendan a desaparecer las especies inferiores, mayor cantidad de individuos anormales serán eliminados, menos degenerados habrá con respecto a la especie, y yo – no como individuo sino como especie- más viviré, más seré fuerte y vigoroso seré y más podré proliferar. La muerte del otro,[...] de la mala raza es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana y más pura. [...] Si ese mecanismo puede actuar, es porque los enemigos que interesa suprimir no son los adversarios, en el sentido político del término, son los peligros, externos o internos, con respecto a la población.<sup>29</sup>

¿Podríamos entonces afirmar que la protección de la vida se erige sobre la producción de muerte? Esta misma pregunta surge al final del recorrido que Foucault hace cuando reconstruye el concepto de biopolítica. En ese recorrido, reconoce la progresiva declinación de los rituales mortíferos del poder soberano a la vez que se hace más fuerte la ligazón entre vida y política. Es la preeminencia del “hacer vivir frente al hacer morir”. En los tres momentos que componen el análisis de la gubernamentalidad, Foucault va destacando esta centralidad de la preservación de la vida a través del carácter salvífico del poder pastoral, la provisión de bienestar desde las artes de gobierno y la ciencia de la policía; a la vez que no deja de advertir que las matanzas, en sus variadas formas, no se llevan a cabo para incrementar el poderío de una nación, sino en nombre de la supervivencia de la población que la provoca. La vida de unos se sostiene con la muerte de otros en una suerte de retorno del derecho de espada.

Estas formas de la política se hacen sumamente evidentes a fines del siglo XIX y principios del siglo XX y siguen vigentes hasta nuestros días. Al rastrearlas podemos ver que son aplicadas de manera puntual en la conquista imperialista de territorios en Asia y África, sientan las bases del ideario nacionalista, se nutren del cientificismo que avala la

---

<sup>29</sup> Foucault, Michel *Defender la sociedad*, op. cit., p. 231.

eugenesia y sirven de fundamento a distintos modos del racismo. En los primeros años del siglo XX, la categoría de subhombre, como “otro” del mundo occidental devino en “vidas que no merecen ser vividas”. Vidas que posteriormente fueron sometidas a una forma industrializada de la muerte, de la que Auschwitz fue su punto más alto. Los conflictos sociales del mundo industrial se re-transcribieron en conflictos raciales donde se asimilaron las clases trabajadoras a los llamados salvajes del mundo colonial y se les aplicó la metáfora de la enfermedad del cuerpo social. Se verificó, entonces, el pasaje de la selección natural practicada contra los pueblos colonizados a la selección artificial que permitió a una comunidad deshacerse de aquellos que consideraba indeseables o irreductibles. Esta operación se hizo posible a partir de la construcción de una cesura portadora de un estigma, pero también a partir de cierta definición de comunidad.

## **2. Comunidad: el deslizamiento de lo común a lo propio**

A fines del siglo XX, ya no resulta posible ignorar que en nombre de la “comunidad”, la humanidad puso en acto una capacidad excepcional de autodestrucción. Desde el momento mismo en que se desliga del vínculo religioso fundante e inicia el proceso de autoproducción, este modo de producir la vida conlleva en sus pliegues formas de destrucción cada vez más eficaces. En nombre de la sangre, la esencia, la raza o alguna otra identidad mística, los hombres han aniquilado parte de la comunidad que los reunía. Frente al miedo eterno ante lo extraño, siempre asimilado a lo violento, es que parece ponerse en acto un artilugio que preserva destruyendo, pero que a la vez debilita el cuerpo social aislándolo de lo común y encerrándolo en lo propio. Ese artilugio que Esposito llama *immunitas*, reconoce dentro de sí un mecanismo de selección de un grupo víctima: “La comunidad está obligada a separar de sí un punto de su interior sobre el cual hacer converger el mal colectivo, de modo que se aleje del resto”.<sup>30</sup>

Para entender mejor la potencia de un mecanismo como el de la *immunitas*, es necesario analizar primero cómo se ha dado la relación entre comunidad y violencia a través de rituales que incluyen a la víctima sacrificial. Rituales que intentan funcionar como formas de aplacamiento de la ira entre los hombres y que se reconocen como tales

---

<sup>30</sup> Esposito, Roberto, *Immunitas. Protección y negación de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005, p. 59.

en las sociedades más antiguas. Rituales cuya continuidad, en las sociedades modernas, se lleva a cabo a partir del derecho.

Suele definirse comunidad como un atributo, una determinación, un cierto predicado que encuadra a los sujetos como pertenecientes a un mismo conjunto. O si se quiere, como una sustancia producida por esta asociación. Se es sujeto de una entidad mayor que la simple identidad individual, pero ambas se configuran en forma especular. Comunidad puede entenderse como todo, pero a la vez se la puede designar como un valor o una esencia y, por supuesto, como un origen. En su acepción más elemental, adquiere sentido por oposición a lo propio tal y como lo expresa Esposito:

La *communitas* es la relación que, sometiendo a sus miembros a un compromiso de donación recíproca, pone en peligro a su identidad individual. La *immunitas* es la condición de dispensa de esa obligación y, en consecuencia, de defensa contra sus efectos expropiadores. La *immunitas* restablece los límites de lo propio puesto en riesgo por lo común.<sup>31</sup>

Si seguimos estos desarrollos acerca del término comunidad, podemos establecer que el término *munus* conlleva tanto la idea de deber como la de don. Es un tributo que se paga obligatoriamente. El *munus* es la obligación que se contrae con otro y que exige una nueva donación, el que recibe queda a merced del otro. Expresado de esta manera, lo que en común tienen los miembros de la comunidad es que comparten una carga, un deber o una tarea, pero no una sustancia: “*Communitas* es un conjunto de personas unidas no por una propiedad común sino por una deuda o un deber”.<sup>32</sup>

Si lo que funda lo común es este compartir con (*cum*) otros la obligatoriedad del don, entonces el sujeto queda extrañado de lo propio; en la comunidad no hay lugar para el *homo clausus*, ya que éste se encuentra vuelto hacia el exterior. La *communitas* está ligada a un movimiento de compensación permanente entre sus miembros. Pero si el hombre de la modernidad, que es el *homo oeconomicus* del capitalismo, asigna un precio específico a cada servicio, ya no puede sostener la gratuidad que requiere el don. La modernidad entonces deberá encontrar un mecanismo que permita a los hombres liberarse de la deuda que los vincula mutuamente. Si la *communitas* estaba ligada a la *compensatio*, el paradigma de la *immunitas* implica el beneficio de la *dispensatio*, tal y como afirma Esposito.

Partiendo de esta forma de definir comunidad, corresponde ahora tratar de explicitar porqué funciona como un espacio que a la vez que protege y conserva la vida:

---

<sup>31</sup> Esposito, Roberto, *Bios. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.

<sup>32</sup> Esposito, Roberto, *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003.

lo hace negándola. Trabajaremos esta cuestión a través de los planteos hobbesianos sobre la sociedad caínica, donde miedo y muerte o el miedo a la muerte fundan política. Hobbes hará explícito que aquello que los hombres tienen en común, aquello que los hace semejantes más que cualquier otra propiedad, es el hecho de que cualquiera pueda dar muerte a cualquiera para obtener aquello que desea. Cuestión que podría establecerse siguiendo la línea de pensamiento de René Girard<sup>33</sup> en este terreno. Su propuesta implica explorar cómo en el deseo aparece no sólo el sujeto que desea y el objeto deseado, sino además la figura del rival, ese otro que también desea el mismo objeto. Podríamos suponer que se desea el objeto porque el propio rival lo desea. Girard afirma que el rival se constituye en el modelo del sujeto en el plano más esencial del deseo. Así formulado, el deseo aparece en la modalidad de lo mimético; en otras palabras, se forma a partir de un deseo modelo. Lo que lleva a la situación en que dos deseos convergen sobre el mismo objeto y se obstaculizan mutuamente dando lugar a un enfrentamiento violento que no es otra cosa que el conflicto que deviene en la posibilidad de ser muerto por el otro, tal y como Hobbes planteaba.<sup>34</sup>

Si este deseo común es lo que amenaza la integridad de los sujetos, la única alternativa es romper con lo común a partir de un dispositivo tal que permita generar un vínculo de origen artificial, que coincidirá con la figura privada y privativa del contrato. Esto es lo que habilitará al Estado hobbesiano a ejercer la abolición de toda relación social que no responda al intercambio vertical protección-obediencia. Los hombres renunciarán a convivir y de este renunciamento se compondrá la autorización soberana que permite preservar la vida. Lo propio toma el lugar de lo común en una sociedad en la que todo gesto tiene precio y donde los hombres quedan extrañados entre sí. Esta forma de renuncia funda un cierto orden social que consiste en evitar aterrorizar a los demás para no ser aterrorizado por los más fuertes. Se huye de un miedo y una violencia iniciales para terminar aceptando un miedo seguro y acotado por el pacto, que a la vez implica el monopolio de la violencia. Queda establecido que el Estado no debe eliminar el miedo ni la violencia, sino hacerlos seguros, conservarlos porque funcionarán como resguardo de su propio devenir a la vez que serán potencia productiva de política. En tal sentido dirá Esposito: “[la modernidad] lleva por eso dentro de sí una impronta indeleble de conflicto y

---

<sup>33</sup> Girard René, *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1995.

<sup>34</sup> Sobre este tema, véase Girard René, *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1995, p. 153.

violencia”<sup>35</sup>. Este es su arcano imperio, se pone fin al estado de naturaleza conservando sus principios: la capacidad de matar.

Conservar el miedo a la muerte, mantenerlo siempre presente es la garantía del pacto que aliena a los hombres entre sí. En este sentido, la comunidad puede sobrevivir a la violencia que la atraviesa sólo desplazándola a un enemigo que la atraiga sobre sí. Y lo hará a partir de un dispositivo inmunitario donde ésta no se suprime, sino que se manifiesta en dosis no letales tal y como en los ritos en los que se inyecta un poco de violencia para que no se desate en su totalidad. La víctima sacrificial, entonces, ha de atraer sobre sí la violencia dirigida en un principio al conjunto de la comunidad de forma tal que se desvíe de su curso natural. El sacrificio protegerá a la comunidad y volverá a las víctimas externas a ella. En este punto, la comunidad está obligada a separar de sí un grupo sobre el cual hacer converger el mal colectivo, de modo que se aleje del resto.

### **3. La víctima sacrificial como forma de alejamiento de la violencia**

En un artículo publicado en 1998 sobre el olvido de la violencia cometida, Nicole Loraux<sup>36</sup> recupera el siguiente relato: a fines del siglo V a. C., Atenas, que había padecido el enfrentamiento fratricida en la lucha contra la tiranía de los Treinta, prohíbe la rememoración de lo acontecido bajo la forma de *mé mnesikakeîn* (“está prohibido recordar las desgracias”). Esta prohibición política recibe el reforzamiento de un juramento prestado por cada ciudadano *ou mnesikakéso* (“no recordaré las desgracias”). Se deduce que más allá de su eficacia, lo que se intenta es una forma de reconciliación dentro de la comunidad. Un alejamiento de la violencia, que la venganza atraería sobre la polis, a través de un mandato: no recordaré las hostilidades que opusieron a los atenienses entre sí, no recordaré la violencia desatada. Cada ciudadano renuncia a su legítimo *álastor páthos*<sup>37</sup> obedeciendo lo prescripto por la autoridad de la ciudad con la intención de restituir una cierta continuidad como si nada hubiera ocurrido. Dicho de otra manera, se trata de librar a la polis del conflicto y de la división desde la política, bajo la modalidad de repudiar la violencia que de este modo se cobija en los pliegues de esa misma política.

---

<sup>35</sup> Esposito, Roberto *Communitas*, op. cit., p. 61.

<sup>36</sup> Loraux, Nicole, “De la amnistía y su contrario”, en Yosef Hayim Yerushalmi *et al.*, *Los usos del olvido*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1998.

<sup>37</sup> Loraux lleva a cabo un cuidadoso análisis filológico que le permite definir esta expresión como el sufrimiento inolvidable que conduce al reclamo de venganza y, por tanto, al conflicto.

Más adelante, Loraux refiere que habiendo un ciudadano que reclama venganza, la respuesta del Consejo fue una condena a muerte sin juicio como advertencia para aquellos que no respetaran lo prescrito. Casi una víctima expiatoria que permitió restituir el intercambio entre ciudadanos que se habían enfrentado en el campo de batalla.

Restaurada en su integridad por virtud del acuerdo, la comunidad se reinstituye y resuelve. Proscribe toda recordación de un pasado litigioso, inoportuno por conflictivo. A cada ateniense le tocará olvidar lo que fue la *stásis* obedecer a la ciudad edificando para sí mismo una máquina contra el vértigo lúcido del *álaston*. Y la política recobrará sus derechos, versión cívica y tranquilizadora del olvido de los males.<sup>38</sup>

Volvamos ahora al ciudadano sacrificado para salvar la polis. Hay aquí un intento de reconstitución de la comunidad desde el “todos menos uno”.

En sus indagaciones sobre la relación entre la violencia y lo sagrado publicada bajo el título de *La violencia y lo sagrado* (1972), René Girard establece que el sacrificio contiene una cierta ambivalencia, una suerte de oscilación entre lo sagrado y el crimen, como si el homicidio revistiera el carácter de algo santo. Toma como referentes tanto al *phármakos* griego como al *homo sacer* romano. En un juego de permutaciones recíprocas, el acto sacrificial aparece ligado a la violencia criminal.

En las sociedades premodernas, el sacrificio conformó una operación donde se verificaba una transferencia colectiva que se efectuaba a expensas de la víctima y que funcionaba aplacando las tensiones internas de la comunidad. De este modo, el sacrificio cumplía una función social, ya que era la comunidad entera a la que el sacrificio protegía de su propia violencia. Dicho de otra forma, la eficacia del sacrificio estaba en relación directa con la necesidad de restituir la unidad social.

Por otra parte, Girard señala, sin desarrollarlo en toda su potencialidad, que existía una asimilación entre la enfermedad contagiosa y la violencia, donde la catarsis sacrificial cumplía la función de impedir su propagación desordenada, como si se tratara de alguna forma de contagio. Queda entonces establecido que para curar la ciudad se hace necesario identificar y expulsar al ser impuro, portador del virus contaminante, expulsando la violencia fuera de la comunidad. Esta asimilación entre enfermedad y violencia reconoce un nexo que es la imagen de la sangre derramada.

Tan pronto como se desencadena la violencia, la sangre se hace visible, comienza a correr, es imposible detenerla, se introduce en todas partes, su fluidez expresa el carácter contagioso de la violencia, su presencia denuncia el crimen, por eso se dice que clama venganza.<sup>39</sup>

---

<sup>38</sup> Esposito, *Communitas*, op. cit., p. 50.

<sup>39</sup> Girard, René *La violencia y lo sagrado*, op. cit., p. 40.

Pero la sangre se convertirá en una sustancia tal que funcionará, a través de la víctima sacrificial, en la modalidad del *phármakon* platónico que ensucia y limpia, envenena y cura, muestra el crimen y lo redime mediante el ritual. La mediación de la sangre sacrificial implica no mirar de frente la violencia, no rastrear su origen, buscando una solución de recambio. Ahora bien, ese recambio debe tener algunas cualidades que resultan insoslayables. La víctima de recambio debe ser vulnerable, debe resultar superflua para la vida de la comunidad o bien se debe construir tal lugar. Lo importante, dirá Girard, es que no incite a la venganza; o dicho de otro modo, debe ser tan perjudicial que su eliminación concite la adhesión de todos. Lo realmente importante es tratar de desviar hacia la víctima una violencia que amenaza con herir a los miembros de la comunidad. Si el *phármakos* griego estaba constituido por los prisioneros de guerra o los esclavos, en las sociedades modernas esta categoría se reemplaza por las diferencias religiosas o bien étnicas, y de no mediar esta posibilidad, se construye como ocurrió en el caso de la dictadura argentina 1976-1983 con el concepto de “delincuente subversivo”. Se trata de categorías que revisten el carácter de exteriores o bien se las construye como tales. Hemos visto durante el siglo XX que lo extranjero o lo extraño se transforma rápidamente en grupos víctima y desencadena una violencia unánime. La víctima sacrificial funciona en el imaginario como único responsable de los males y su eliminación disipa las querellas. En las sociedades modernas, es posible reconocer vestigios del ritual en los linchamientos, en los pogromos o en la justicia expeditiva, dejando en evidencia el modo en que ha sido una ilusión tremendamente eficaz pues permitió y permite disimular la violencia incorporada en la comunidad de los hombres. Como afirma Girard: “Para defender la ciudad contra la subversión hay que purgar a los espíritus subversivos, hay que mandar a Sófocles al exilio, hay que hacer del poeta otro *katharma* u otro *phármakos*”.<sup>40</sup>

#### **4. El derecho como forma moderna de procesamiento de la violencia**

Ya en las sociedades antiguas el derecho funcionaba a la par del ritual alejando la violencia o reteniéndola en sus pliegues. Esto era puesto en acto a través de la expulsión o bien de la muerte de un miembro considerado ignominioso o abominable. La ejecución

---

<sup>40</sup> Ibid, p. 305.

de cualquiera de estas penas implicaba un acto ligado a los dioses, ya que en alguna medida el condenado era declarado sagrado, tal y como se demuestra en la designación del criminal como *homo sacer* en Roma, como *phármakos* en Grecia.

En las sociedades modernas, esta función social tendrá continuidad a través del derecho, cuyo fundamento se encuentra en el esquema de la soberanía. Los distintos abordajes de la filosofía política coinciden en que dada la existencia diferenciada de dos entidades separadas –individuos y poder–, la forma en que traban relación se encuentra mediada por un tercer elemento que es la ley. Esta *ratio* subyacente confiere al derecho su origen en la decisión de los individuos, que de esta manera regimentan las formas del poder en una topología que relaciona poder y ley, decisión y norma.

Por ello la función esencial del derecho será la de alejar el peligro de las sucesivas venganzas a través de la secularización del ritual. No se trata de la supresión de la violencia, sino de su confinamiento en una represalia única y última. Girard resalta el vínculo entre la pena capital y la víctima propiciatoria en el siguiente párrafo:

[...] la pena de muerte funciona como medio de eliminación de una mancha [...] se manifiesta [...] como liberación purificadora del grupo en el cual la responsabilidad de una nueva sangre derramada se diluye y se desvanece.<sup>41</sup>

El derecho perfecciona la venganza racionalizándola, la manipula y la convierte en una técnica eficaz que pone fin a toda venganza posterior. No toma una víctima sustituta, como en el antiguo ritual, sino que designa al verdadero culpable. Esta operación es posible porque el sistema judicial remite a una teología que garantiza la verdad de su justicia, porque es capaz de separar una violencia culpable e ilegal de una legal y legítima. Este deslizamiento del ritual sacrificial hacia el derecho parece ser un mecanismo efectivo para ejercer alguna forma de freno a la violencia. Sin embargo, esto reconoce un costo. Un costo que compromete a la vida y la hace anticipadamente culpable. Quien reflexionó sobre este costo fue Walter Benjamin cuando estableció que el derecho no es otra cosa que el control violento de la vida. En *Para una crítica de la violencia* (1921) establece:

La función de la violencia en la creación jurídica es, en efecto, doble en el sentido de que la creación jurídica, si bien persigue, lo que es instaurado como derecho, como fin con la violencia como medio, sin embargo –en el acto de fundar como derecho el fin perseguido– no depone en modo alguno la violencia, sino que sólo ahora hace de ella en sentido estricto, es decir, inmediatamente, violencia creadora de derecho, en cuanto instaura como derecho, con el nombre de poder, no ya un fin inmune e independiente de la violencia, sino íntima y necesariamente ligado a ésta. Creación de derecho es creación de poder, y en tal medida un acto de inmediata manifestación de violencia, Justicia es el principio

---

<sup>41</sup> Idem, p. 310.

de toda finalidad divina; poder, el principio de todo derecho mítico. [...] Así como en todos los campos Dios se opone al mito, de igual modo a la violencia mítica se opone la divina. La violencia divina constituye en todos los puntos la antítesis de la violencia mítica. Si la violencia mítica funda el derecho, la divina lo destruye; si aquella es tonante, ésta es fulmínea; si aquella es sangrienta, ésta es letal sin derramar sangre. [...] Pero el juicio de Dios es también, justamente en la destrucción, purificante, y no se puede dejar de percibir un nexo profundo entre el carácter no sangriento y el purificante de esta violencia. Porque la sangre es el símbolo de la vida desnuda. La disolución de la violencia jurídica se remonta por lo tanto a la culpabilidad de la desnuda vida natural, que confía al viviente, inocente e infeliz al castigo que “expía” su culpa, y expurga también al culpable, pero no de una culpa, sino del derecho. Pues con la vida desnuda cesa el dominio del derecho sobre el viviente. La violencia mítica es violencia, es violencia sangrienta sobre la desnuda vida en nombre de la violencia; la pura violencia divina es violencia sobre la toda vida en nombre del viviente.<sup>42</sup>

Vamos a retomar de esta extensa cita sólo aquellas cuestiones que resultan más relevantes para nuestro trabajo. El primer tema es la relación entre derecho y violencia que reconoce tres momentos diferentes pero a la vez vinculados. Un momento en el que la violencia triunfante genera un derecho. Este derecho, una vez instituido, excluye a toda otra violencia por fuera de él; esta exclusión sólo se realiza a través de una nueva violencia ulterior que es conservadora del poder establecido. El derecho elimina la externalidad de la violencia y la cobija en su interior, marcando un límite<sup>43</sup>.

Al igual que la sangre que es muerte y vida a la vez, la violencia es la que puede contener a la violencia mediada por el derecho. Pero “la sangre como símbolo de la vida desnuda” mostraría el límite del derecho y el inicio de la excepción a la que la vida desnuda está sujeta o, como señala Benjamin, “con la vida desnuda cesa el dominio del derecho” es decir, derecho y excepción se hacen indistinguibles. Es entonces cuando la vida desnuda puede sacrificarse y expiar la culpa a la que el derecho la ha condenado.

El derecho, entonces, cumple la función de asegurar la vida contra un riesgo futuro al costo de mantenerla como vida desnuda. Mantenerla como vida desnuda implica vetar toda forma de autotranscendencia, tendiendo a asumir el control de cualquier forma de desborde. Esto es así porque está obligado a anticipar cualquier movimiento o, dicho de otro modo, la manera que encuentra el derecho de apresar la vida, que intenta exceder su forma desnuda, es, como ya vimos, sentenciarla a la culpa y, por tanto, a la condena preventiva. Pero la vida, o más bien, el viviente, tienden a ir más allá de su horizonte, tienden a superarse, a ser más que simple vida biológica. Esa vida que expande sus

---

<sup>42</sup> Benjamin, Walter, Para la crítica de la violencia en *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa, 1971, p.192,194,195

<sup>43</sup>Dirá Benjamin al respecto: “La violencia cuando no está en posesión del derecho vigente representa una amenaza, no a causa de los fines que persigue, sino en su simple existir por fuera del derecho”. Benjamin, Walter, Para la crítica de la violencia *Ibid*, p. 176.

posibilidades lo hará a través de una forma distinta de la violencia a la que Benjamin llamó violencia “pura” o revolucionaria, que venía a fundar una forma nueva de comunidad. Violencia revolucionaria que no refiere a otra cosa que a la crítica de las condiciones de posibilidades reales de la violencia.

Pero si la violencia tiene asegurada la realidad también allende el derecho, como violencia pura e inmediata, resulta demostrado que es posible la violencia revolucionaria, que es el nombre que se ha de asignar a la suprema manifestación de violencia pura por parte del hombre.<sup>44</sup>

En su obra *Estado de excepción* (2003) Agamben retoma el debate Benjamin–Schmitt señalando:

La doctrina de la soberanía que Schmitt desarrolla en su *Teología política* puede ser leída como una puntual respuesta al ensayo benjaminiano. Mientras que la estrategia de *Para una crítica de la violencia* estaba orientada a asegurar la existencia de una violencia pura y anómica, para Schmitt se trata en cambio de reconducir una tal violencia a un contexto jurídico. El estado de excepción es el espacio en el que busca capturar la idea benjaminiana de una violencia pura y de inscribir la anomia en el cuerpo mismo del *nomos*. No puede haber, según Schmitt, una violencia pura, esto es absolutamente fuera del derecho, porque en el estado de excepción ella está incluida en el derecho a través de su misma exclusión.<sup>45</sup>

El estado de excepción es, entonces, el dispositivo en el que toda anomalía converge. Dispositivo para nada ajeno a los peores momentos históricos de manifestación de la violencia, en los que se verifica la suspensión del derecho y donde la vida queda atrapada en la decisión soberana. A la potencia revolucionaria del planteo benjaminiano, se le opone el giro schmittiano de la violencia soberana. Una violencia puesta al servicio del ejercicio del poder y que se manifiesta como un artilugio que defiende la comunidad de posibles perturbaciones.

En este sentido, el derecho se convierte en algo semejante a un sistema inmunitario cuyo funcionamiento presupone la conservación de la vida a través de la preservación de lo establecido contra lo irreductible. Una forma de preservar la vida en la comunidad que adquiere la modalidad del “todos menos uno”, cuestión que nos reenvía al pasaje de la biopolítica a la tanatopolítica y, por lo tanto, al análisis del paradigma inmunitario.

---

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 198.

<sup>45</sup> Agamben, Giorgio *Estado de excepción* Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2004

## 5. El paradigma de la inmunización

Como ya dijimos, la noción de biopolítica pone en relación la vida con la forma que asume su gestión a través de la política. Esta forma de gestionar la vida reconoce dos modalidades: una afirmativa, de carácter productivo, y otra negativa, de carácter letal. Considera Esposito<sup>46</sup> que tal y como Foucault dejó planteada la cuestión, ambas constituirían formas alternativas sin puntos claros de contacto o transiciones visibles. Es por ello que el filósofo italiano introduce el paradigma inmunitario que constituye a su juicio, el nexo faltante en los desarrollos foucaultianos.

La ventaja hermenéutica del modelo inmunitario reside en que estas dos modalidades –positivo y negativo, conservativo y destructivo– hallan finalmente una articulación interna, una juntura semántica que los pone en relación causal de índole negativa.<sup>47</sup>

Retomaremos en principio el análisis que hace Esposito del modelo hobbesiano. Según Esposito, Hobbes establece que la conservación de la vida está ligada a su sumisión a un poder exterior que la constriñe y la limita. Esto es así en la medida en que los hombres poseen un impulso ilimitado de poseerlo todo, por lo que el conflicto resulta inevitable; conflicto que se manifiesta bajo la modalidad de la inseguridad, ya que cualquiera puede ser muerto por otro. La soberanía, que funciona a partir de un momento instituyente que sujeta a los individuos a su voluntad, se constituye en un dispositivo inmunitario inducido. Al hacer esto, queda fuera del control de aquellos que la hicieron posible, porque sólo de esta manera puede cumplir su función inmunitaria. Pero ¿por qué la necesidad de un aparato inmunitario? Esposito deduce que el conflicto entre hombres iguales se da en una relación horizontal que los vincula en una dimensión que les es común:

[...] justamente aquello en común –el peligro que se deriva para la vida de todos y cada uno– debe ser abolido mediante esa individualización artificial constituida por el dispositivo soberano.<sup>48</sup>

Lo que se constituye es un individuo desligado de lo común, y esta cuestión aparece garantizada por la soberanía. La soberanía queda entonces instituida como una garantía preventiva ante la posibilidad de la lucha intestina. Pero neutralizar el conflicto no implica eliminarlo, sino incorporarlo en la modalidad del anticuerpo; esto constituye

---

<sup>46</sup> Esposito, Roberto *Bios, op. cit.*, p. 72

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 74.

<sup>48</sup> *Idem* p. 98.

esa doble posibilidad de conservar la vida y a la vez de quitarla, lo que por otra parte normaliza la excepción.

Ahora bien, si el dispositivo inmunitario funciona no sólo separando lo común de lo propio, sino también permitiendo incluir lo irreductible una vez domesticado, tendremos entonces que en ciertas circunstancias la *immunitas* es capaz de conducir a la eliminación de aquello que no puede incluirse en la comunidad. Para ello deberemos pensar la inmunización desde la metáfora biológica cuando se manifiesta como anticuerpo.

Centraremos nuestra mirada en su funcionamiento como dispositivo, ese artilugio que evita el contagio, que impide el advenimiento de lo destructivo. Si bien, en el estricto ámbito de la medicina, lo inmune hace referencia a la condición reluctante de un organismo vivo respecto de una enfermedad, hay algo más que determina su especificidad en relación con la noción de biopolítica. Se trata del carácter intrínseco que conjuga los dos elementos que componen esta última. Dirá Esposito:

[...] antes que superpuestos de una manera exterior que somete a uno al dominio del otro, en el paradigma inmunitario vida y política resultan constituyentes de una unidad inescindible que sólo adquiere sentido sobre la base de su relación. La inmunidad no es únicamente la relación que vincula la vida con el poder sino el poder de conservación de la vida.<sup>49</sup>

Conservación y destrucción constituyen las dos modalidades predominantes en el modelo inmunitario, una suerte de articulación interna que pone a ambas en relación. Desde este punto de vista, bien puede aseverarse que la inmunización es una protección negativa de la vida. Tal como la vacunación, la inmunización del cuerpo político funciona introduciendo dentro de él una mínima cantidad de la misma sustancia patógena de la cual se lo quiere proteger. Por eso, Esposito recurre a la metáfora del *phármakon* entendido en el doble sentido de medicina y veneno o, más bien, antídoto que defiende la vida. Si aquello que se combate puede ser incorporado en pequeñas dosis, entonces el cuerpo podrá asimilarlo y tendrá tiempo de generar los anticuerpos necesarios para que la asimilación sea de forma paulatina y ordenada. Ese combate político aparece como benéfico para el sistema en su conjunto, porque es capaz de eliminar o transformar los elementos considerados indeseables.

Veamos ahora qué implica proteger a la comunidad frente a un peligro real o supuesto. Lo primero que debemos preguntarnos es: ¿qué forma reviste ese peligro? La forma de la intrusión como una irrupción violenta en el cuerpo social. Una irrupción que

---

<sup>49</sup> Idem, pp. 73-74.

se ubica en la frontera entre lo interior y lo exterior, y que asume el carácter de un enfrentamiento entre lo propio y lo extraño. La cuestión es que algo penetra el cuerpo individual o colectivo e intenta cambiarlo, subvertirlo o corromperlo. Lo idéntico a sí mismo –por lo tanto, sano y normal– es ahora amenazado por algo diferente y revulsivo. Cuando el modelo inmunitario se aplica a los sistemas sociales, adquiere el léxico epidemiológico de la terminología médica y lo combina con el vocabulario militar. La comunidad va a la guerra contra lo extraño. Y lo hace a partir de una reacción, o dicho de otro modo: “de una contrafuerza que impide que otra fuerza se manifieste”.<sup>50</sup>

No es entonces una batalla convencional, sino un enfrentamiento que se expresa como en la metáfora del *katékhon* “que frena el mal conteniéndolo, conservándolo, deteniéndolo dentro de sí”<sup>51</sup> sin derrotarlo definitivamente. Y funciona en esta modalidad porque –como muchos de los pensadores de las ciencias sociales habían establecido, entre ellos, Émile Durkheim– lo que se opone a lo normado resulta ser el motor necesario que impulsa la transformación en las configuraciones sociales. Esto podría traducirse diciendo que los sistemas no funcionan sino produciendo sus propias contradicciones, las que dan lugar a cambios controlados. Un impulso productivo que resulta funcional pero que debe dosificarse, administrarse en pequeñas dosis para poder ser tolerado por el sistema en su conjunto. Esta es una de las claves del funcionamiento del paradigma inmunitario: mientras pueda ser capaz de impedir el advenimiento inmediato de lo nuevo, su funcionamiento no se hace exasperado.

Sin embargo, si la comunidad va a la guerra contra una parte de sí misma, y lo hace en nombre de un reforzamiento de la vida, deberá establecer una cesura en el continuum social, ese movimiento que separa lo que debe vivir de lo que debe morir. Al hacerlo, iniciará el itinerario que va de la biopolítica hacia la tanatopolítica, constituyendo así la aporía de conservar la vida al precio de destruir una parte de ella. Tal como en la operación de vacunar, la inmunización del cuerpo social funciona introduciendo dentro de él una cantidad de la misma sustancia patógena de la cual se lo quiere proteger. El enemigo político es convertido en enemigo biológico, porque no aparece como el portador de un virus contagioso, sino como el virus en sí. Esta operatoria contiene un doble propósito, ya que estigmatiza y aísla simultáneamente, lo cual facilita el desencadenamiento represivo. El discurso del “contagio” circula en la sociedad civil generando formas de distanciamiento con el grupo-víctima o, en el mejor de los casos, indiferencia por la suerte de los otros. Apela a la obsesión de las sociedades modernas

---

<sup>50</sup> Esposito, Roberto *Immunitas*, op. cit., p. 17.

<sup>51</sup> *Ibid*, p. 18.

por la salud y la higiene emparentando a los disidentes políticos con los bacilos, los virus y los parásitos.

Cada vez que lo propio aparezca amenazado por una vuelta a “lo común”, el dispositivo inmunitario entrará en escena para evitarlo; o en palabras de Esposito:

[...] cada vez que prevalece la “libertad popular” [...] regresan algunos rasgos de la comunidad extralegal con todas las potencialidades, pero también los riesgos, incluidos en ella. De allí la necesidad de un freno –religioso, jurídico o moral– capaz de contener con un impulso inmunizante en contra del impulso disolutivo de la *communitas*.<sup>52</sup>

---

<sup>52</sup> Idem, p. 65.

## Capítulo 2

### Rastreo genealógico de un grupo víctima. El caso argentino

#### 1. Genealogía de la cesura en el caso argentino

Si pensamos el devenir del siglo XX a partir de las categorías expuestas, podemos decir que llevó dentro de sí el sello de la guerra, no sólo por las dos más importantes que comprometieron a buena parte del planeta, sino también y sobre todo por las que produjeron matanzas “administradas”, limpiezas étnicas o diversas formas de exterminio de grupos enteros en el interior de una sociedad. En la mayoría de los casos, los discursos legitimadores establecían que para proteger la vida, debían autorizar su aniquilación. Por lo general, se sostenía que las matanzas se daban en el marco de una guerra que se libraba contra elementos extraños que habían invadido el cuerpo social y, al decir de los triunfadores, lo enfermaban. Cada vez que ocurrían, se apelaba al recurso de pensarlas como acontecimientos únicos, algo que un poco más de civilización habría podido remediar. Al fin y al cabo, en ningún otro momento de la historia de la humanidad se trató de preservar y prolongar la vida, elevar su calidad, tornarla más placentera como se hizo durante el siglo pasado. Este planteo contiene una paradoja ya que la protección de la vida queda emparentada con la producción masiva de muerte en una dialéctica tanatopolítica. A lo que hay que agregar que la particular deriva de la biopolítica hacia formas de la muerte se presenta generalmente ligada a la construcción de alguna forma de alteridad que lleva la marca de lo negativo, una anomalía social portadora de un estigma distintivo.

Dentro de esta descripción podemos inscribir el exterminio llevado a cabo en Argentina durante el “Proceso”. Para los militares y sus socios civiles, el aniquilamiento del otro político tenía por finalidad preservar la vida del resto de la sociedad. Para poder hacerlo, constituían a ese otro bajo el estigma de “delincuente subversivo”, llamaban a lo que ocurría “guerra sucia” y aducían que la metodología aplicada era la única posible. El discurso militar describía a la sociedad como un cuerpo infectado de rebeldía e indisciplina, que resultaba excesivamente contestataria y demandante. Los espacios concretos en que esto ocurría eran las fábricas, los barrios, las instituciones educativas, religiosas, sindicales y culturales. La sociedad toda estaba tomada por el “cáncer” de la “subversión” y lo estaba en sus unidades mínimas.

[...] el antagonismo entre los valores (de los ideólogos revolucionarios) y los de la sociedad nacional, a la que han resuelto cambiarle su cultura, es decir, su moral, sus leyes, sus instituciones. Es una clara evidencia de la imposibilidad de que este grupo conviva en el seno de la sociedad nacional, la imperativa, imprescindible e inevitable necesidad que tiene la sociedad nacional de aislar a este grupo, cuya radicalización total hace impensable absorberlo.<sup>53</sup>

En este y otros discursos, quedaba claro que aquello que el poder consideraba como ley y obligación era leído por un sector de la sociedad como el producto de una violencia pasada y no como el fruto de un amable consenso; por lo tanto, era puesto en cuestión. Los portadores de esta nueva visión de la historia fueron considerados un elemento extraño que, como los virus, se habían introducido para debilitar el cuerpo social sano. Frente a esto, el “Proceso” recurrió al discurso médico-biológico para diagnosticar y atacar el contradiscurso virósico, y lo hizo recuperando el derecho de espada del antiguo poder soberano. Estableció una cesura en la sociedad entre lo que debía vivir y lo que debía morir. Se dio entonces una imbricación entre lo biológico, lo político y lo bélico donde el enemigo político se convirtió en un *hostis*.

Carl Schmitt<sup>54</sup> estableció una diferencia entre el *inimicus* y el *hostis*. El *inimicus* es aquel semejante con el que se puede sostenerse una querrela. Pero la categoría de *hostis* está destinada al bárbaro al que, en un caso extremo, se puede aplicar el exterminio. Esta caracterización del otro como *hostis* determina su irreductibilidad y, por lo tanto, la necesidad de su eliminación. Eliminar implica poner algo por fuera de los límites, en este caso, los límites de la sociedad. El primer paso para lograr este objetivo fue la elaboración de una categoría conceptual que definiera al disidente político como el otro expulsado del mundo normal, una construcción segregativa y estigmatizante. La figura del “subversivo” debía contener dentro de sí todos los males posibles para poder descargar sobre ella un castigo ejemplificador. A la vez, debía constituirse como un elemento patológico dentro del cuerpo social, una suerte de virus contra el que emprender el combate. Pero el “Proceso” dio un paso más y construyó esa figura extensa del mal: el “delincuente subversivo” que contenía la idea del “fuera de la ley”, el *Wargus* o *banido*, el que quedaba interdicto por el bando.

El soberano moderno pudo tomar en gestión la vida porque medicalizó la sociedad, o bien, estatalizó lo biológico. Este “hacer vivir” implicó cuidar la vida, regularla y normalizarla. Por lo tanto, debió establecer en qué consistía lo anormal, lo

---

<sup>53</sup> Díaz Bessone, Ramón, *Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*, Buenos Aires, Editorial del Círculo Militar, 1988, p. 32. Se conserva la cita de manera textual sin correcciones de puntuación.

<sup>54</sup> Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, [www.obinfonet.ro/docs/tpnt/tpntres/cschmitt-el-concepto-de-lo-politico](http://www.obinfonet.ro/docs/tpnt/tpntres/cschmitt-el-concepto-de-lo-politico)

irregular, lo patológico, lo indeseable; y anudaba a ello la necesidad de aislarlo y, en última instancia, destruirlo, ya que entendía que la parte enferma pone en riesgo al todo social. Esto permitió reinstalar la legitimidad homicida del Estado, porque mientras la diferencia, que aparece sancionada como “anormalidad”, resulte peligrosa para la comunidad, será deber del soberano eliminarla. Y esto no estará fundado en su capricho, sino en el bienestar del cuerpo social por el que tiene la obligación de velar. Se ataca lo diferente por su carácter de irreductible, en virtud de que es imposible su normalización o su asimilación. En este punto, el biopoder que vela por la conservación de la vida puede legítimamente convertirse en tanatopoder. Foucault plantea esta cuestión en los primeros capítulos de *Defender la sociedad* haciendo hincapié en que no se trata de la simple eliminación de enemigos políticos, sino que el problema se presenta como de extrema peligrosidad para la población en su conjunto. El imperativo de muerte resulta admisible para el biopoder si tiende a eliminar el peligro biológico y refuerza la vida del resto de la comunidad. No se trata de una operación ideológica, sino de una forma de reforzamiento biológico.

No se trata entonces ni de una relación militar o guerrera, ni de una relación política, sino de una relación biológica. [...] el imperativo de muerte, en el sistema del biopoder es admisible sólo si se tiende [...] a la eliminación del peligro biológico.<sup>55</sup>

Los militares argentinos repetirán hasta el cansancio metáforas médicas para referirse a la eliminación de los grupos políticos: “cuerpo social enfermo”, “cirugía mayor”, “parásitos sociales” y otras cuestiones similares. El exterminio significará para ellos una tarea profiláctica y desinfectante.

Sin adquirir la forma paroxística que tuvo el “Proceso”, podemos reconocer un accionar semejante en determinados momentos de la historia argentina en los que el enfrentamiento resolvió la querrela. A ello dedicaremos los apartados siguientes de este capítulo.

---

<sup>55</sup> Foucault, Michel *Defender la sociedad* op. cit. p. 231

## 2. Civilizados o bárbaros

Luego de las guerras de la independencia, se fue produciendo un deslizamiento de las luchas contra los españoles, como enemigos externos, hacia enfrentamientos internos entre diversos grupos que se disputaban el poder y la posibilidad de plasmar un proyecto de nación. La etapa estuvo marcada por el fusilamiento de Dorrego a manos de Lavalle, bajo el supuesto de que la victoria da derecho de vida y muerte sobre el vencido. Esa tarea se completó luego del derrocamiento de Rosas con el exterminio de las montoneras lideradas por Varela y Peñaloza. Pero ya en 1828, Salvador María del Carril prefiguró en sus cartas a Lavalle esta cuestión cuando escribió:

[...] Mantengo una fuerte sospecha de que la espada es un instrumento de persuasión muy enérgico, y que la victoria es el título más legítimo del poder. [...] Una revolución es un juego de azar, en el que se gana hasta la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella.<sup>56</sup>

Si bien este trabajo no se propone hacer un análisis pormenorizado de los enfrentamientos que se sucedieron durante el proceso que llevó a la formación del Estado-nación en la Argentina, resulta necesario mostrar que tempranamente la querrela política se resolvió a partir de la figura de la guerra, o en términos más precisos, de la aniquilación del otro como si no hubiera más posibilidad que esa.

Podemos reconocer que la fase inicial del conflicto se registró entre la provincia de Buenos Aires y el Litoral. Tanto la ciudad como la campaña de Buenos Aires asumieron, con matices, una posición centralista que tenía claros intereses comerciales y que iba en detrimento de las economías del interior. Por su parte, el Litoral, representado por la Liga de los Pueblos Libres y con Artigas como jefe, adoptó un discurso revolucionario que afirmaba la soberanía de los pueblos, la incorporación de los sectores sociales relegados y la desmonopolización de la Aduana. El enfrentamiento entre ambos proyectos se extendió entre 1820 y 1852 con un número cercano a los treinta mil muertos en un país de no más de un millón de habitantes.<sup>57</sup> Pero más allá de lo llamativo de las cifras, lo que interesa destacar es que la crueldad en las prácticas militares se transformó en método cotidiano y tomó las formas del degüello, el fusilamiento, la aplicación de torturas, las decapitaciones y el saqueo de las poblaciones. La batalla de Caseros puede

---

<sup>56</sup> Citado en Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo, *El asesinato de Dorrego*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973.

<sup>57</sup> Camogli, Pablo, *Batallas entre hermanos*, Buenos Aires, Aguilar, 2009, p. 189.

leerse como un quiebre a partir del cual la balanza se fue inclinando a favor del proyecto de la ciudad-puerto. A partir de la década de 1860, una elite reducida y con un proyecto modernizador monopolizó la construcción del Estado- nación. Lo hizo con un nivel de violencia que superó al período anterior ya que contaba con los adelantos tecnológicos en materia de armamentos y comunicaciones que le permitieron llevar a cabo una guerra de aniquilación en forma especular con las políticas colonialistas que Europa occidental practicaba, sobre todo en África. Durante la presidencia de Mitre los cambios políticos se aseguraron enviando expediciones militares al interior del país. Esta manera de hacer política tomó la forma de la ocupación y se realizó de modo tal que implicó exterminar todo aquello que fuera considerado bárbaro o retrógrado, mostrando un odio racial hacia el gaucho o el indígena que se puede verificar en los dichos de Sarmiento en la carta que le dirige a Mitre en septiembre de 1861: “No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos”.<sup>58</sup>

O bien, en enero de 1862, Mitre escribe a Marcos Paz, en plena campaña contra los últimos caudillos del interior:

[...] mejor que entenderse con el animal de Peñaloza es voltearlo, aunque cueste un poco más. Aprovechemos la oportunidad de los caudillos que quieren suicidarse para ayudarlos a bien morir.<sup>59</sup>

Los fusilados fueron colgados en las plazas locales para que sirvieran de ejemplo, se incendiaron las casas de los que colaboraban con el Chacho Peñaloza o con Felipe Varela. La muerte de Peñaloza fue un claro ejemplo, ya que habiéndose rendido y una vez entregadas las armas, fue lanceado y rematado con disparos de carabina y luego su cuerpo muerto fue mutilado: le cortaron las orejas y finalmente lo decapitaron. Sarmiento celebró el hecho en una carta a Mitre:

[...] cortarle la cabeza cuando se le da alcance es otro rasgo argentino. El derecho no rige sino con los que lo respetan, los demás están fuera de la ley. La guerra civil concluye por actos militares gloriosos como el castigo de Olta.<sup>60</sup>

En 1863, Mitre designa “Director de la guerra” a Sarmiento y le encomienda:

[...] no dar a ninguna operación [...] el carácter de guerra civil sino de guerra de policía. [...] declarando ladrones a los montoneros, sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos, ni elevar sus depredaciones al rango de reacción [...] Es permitido entonces quitarles la vida donde se los encuentre.<sup>61</sup>

---

<sup>58</sup> *Ibid.* p. 219.

<sup>59</sup> *Idem.* p. 220.

<sup>60</sup> *Idem.* p. 231.

<sup>61</sup> *Idem.* p. 221.

El fenómeno de las montoneras, que enfrentaba con una enorme desventaja el modelo liberal que Buenos Aires intentaba imponer, puede ser leído como una forma de resistencia frente al proceso de disciplinamiento social. No se trataba sólo de una transformación de las relaciones de producción, sino además de una profunda modificación de las pautas culturales, adecuándolas a los cánones europeos e ilustrados de la época. Este fenómeno iba desde la ropa hasta la educación, desde el arte hasta las formas de reparto de la tierra y el agua; esto último, esencial en provincias semidesérticas donde el uso de ambas era comunal. Todo lo que estuviera fuera del modelo pasaba a la categoría de bárbaro o indisciplinado. Por otra parte, las montoneras no estaban integradas por desclasados, sino más bien por labradores y artesanos que hacían de éstas su forma de participación política frente al reducido sistema que proponía el liberalismo.

Si algo tenían en común intelectuales como Mitre o Sarmiento, a pesar de las marcadas diferencias, era la tendencia a pensar la nación como un todo homogéneo en el que no había lugar para la diversidad. Esta cuestión tuvo su momento más elocuente en la década de 1880 con la así denominada “Campaña de la Conquista del Desierto”. Conviene recordar que el “Proceso” se mostraba como un hijo legítimo de este acontecimiento y lo hacía a través de una operación discursiva que igualaba a los supuestos salvajes aniquilados por Roca con los “delincuentes subversivos” que amenazaban la esencia misma de la patria<sup>62</sup>.

La “Campaña de la Conquista del Desierto”, cuyo nombre ya contiene una distorsión de la realidad –puesto que no se llevaba a cabo sobre un espacio vacío, sino sobre un territorio habitado por grupos indígenas que no eran fácilmente reductibles al trabajo en las estancias–, pretendió extender el proceso “civilizatorio” más allá de las fronteras de la provincia de Buenos Aires, y lo hizo en la modalidad de la masacre. La ocupación de nuevas tierras productivas se realizó a través del exterminio de sus habitantes originarios adquiriendo la forma de una limpieza étnica. La muerte fue uno de los elementos fundantes en la construcción de la Argentina moderna. Fue el precio que se pagó por abrir el país a las fuerzas del llamado “progreso” y de la racionalidad instrumental. Sarmiento lo expresó con total claridad cuando escribió en 1876:

[...] ¿Lograremos exterminar a los indios? Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. [...] Incapaces de progreso, su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin

---

<sup>62</sup> Esto puede verse en los discursos oficiales del 25 de mayo de 1979 en los que se conmemoró conjuntamente la fiesta patria y el aniversario de la Campaña publicados en el diario La Nación en esa fecha.

siquiera perdonar al pequeño, que ya tiene el odio instintivo al hombre civilizado.<sup>63</sup>

Al finalizar la Campaña, hubo miles de muertos y gran cantidad de prisioneros que fueron enviados como trabajadores forzados a la zafra en Tucumán, mientras que las mujeres y los niños se distribuyeron entre las familias patricias como servicio doméstico con el agravante de que las madres eran separadas de los hijos. La limpieza étnica practicada contra los habitantes originarios del sur demostraba que lo que primaba en la construcción de la nación era la xenofobia, el exterminio de lo diferente y el autoritarismo científico.

### **3. Los inmigrantes: adaptados o anormales**

La oposición civilización o barbarie fue sin duda el modelo de análisis que tanto Sarmiento como su generación utilizaron para justificar la desaparición física de una parte de la población, pero pronto ese discurso sufriría un deslizamiento hacia otra cuestión. Entre los años 1867 y 1871, las condiciones de salubridad de la ciudad puerto hicieron posibles una serie de pandemias que culminaron con la fiebre amarilla que despobló Buenos Aires. Esto sirvió para facilitar el deslizamiento hacia el modelo higienista que se convertiría en el discurso clave del proyecto argentino de modernización que llegó hasta el Centenario. La fiebre amarilla disparó la necesidad del control de la circulación de flujos que debían ser separados y dirigidos. La cesura se daba ahora no entre civilizados y bárbaros, sino entre agentes sanos y agentes enfermos. Los mataderos y saladeros, que habían sido el motor del comercio, se transformaron en espacios insalubres contaminando las aguas y haciendo que las calles, mal construidas, arrastraran todo tipo de inmundicias junto con restos de animales muertos. Se impuso la necesidad de evitar la mezcla de líquidos que acarreaban enfermedades, la separación de aguas potables y aguas servidas. El espectáculo de una ciudad inmunda y hedionda quedaba asociado al gobierno de los bárbaros y fue remplazado por la ciudad organismo de los gobiernos liberales a la que se aplicó las nociones científicas del higienismo. Los pueblos del interior se veían como anarquías salvajes y malsanas mientras que las autoridades nacionales, que residían en la ciudad puerto, eran representadas como el paradigma de la higiene. Puesto que en

---

<sup>63</sup> Citado por Finchelstein, Federico, *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008, p. 24.

forma simultánea con las pandemias llegaron los inmigrantes, se hizo necesario regular y controlar el flujo de personas y mercancías al igual que se estaba haciendo con los líquidos: separar lo salubre de lo insalubre, lo normal de lo anormal, lo útil de lo inútil. El modelo del higienismo, con sus *tropos*, sus metáforas y sus formas de representación, parecía servir mejor que el modelo sarmientino para enfrentar un enemigo intangible que amenazaba el cuerpo social de la nación.

En las dos últimas décadas del siglo XIX, se fue gestando un desplazamiento en el imaginario de las elites dominantes acerca de la procedencia de las enfermedades que cada vez más se asociaron con lo que llegaba de afuera. En el mismo período, se construyó un “gaucho ideal” que ya domesticado se hizo portador de los llamados “valores nacionales”. Una suerte de raza criolla imaginaria en la que se depositaron las tradiciones y los ideales de la nación, y a la que se comparó con los “elementos extranjeros”. Si el modelo higienista permitió la identificación de la bacteria y el microbio con el inmigrante extranjero, posteriormente esa misma identificación se aplicó para generar la cesura entre los inmigrantes adaptados y obedientes y aquellos a los que se denominaron delincuentes inadaptados y degenerados. Se trató de filtrar en el flujo de personas los elementos indeseables. Para la misma época del genocidio patagónico, el diario *La Nación* anunciaba que los judíos no podían ser asimilados, pues eran elementos heterogéneos que podían producir su descomposición. De un modo simultáneo, el diario publicaba por entregas la novela antisemita *La Bolsa*, de Julián Martel.

Todo esto se dio justamente cuando los inmigrantes, establecidos en los principales centros urbanos, empezaron a organizarse y constituyeron el embrión del movimiento obrero argentino. Para la elite gobernante, la defensa de los derechos de los trabajadores se transformó en la nueva enfermedad social, gérmenes que contaminaban a la población sana con sus ideas disociadoras. Frente a esto, el Estado, garante y protector de la salud e integridad de la sociedad, recurrió al discurso médico-biológico para diagnosticar y atacar a ese otro discurso al que consideró virósico. Si recurrimos a los análisis foucaultianos para echar luz sobre la cuestión, debemos decir que el poder se hace cargo de la vida, en una suerte de estatalización de lo biológico. Esto significa que el soberano puede hacer vivir o dejar morir; dicho de otra manera, vida y muerte ya no resultan ajenas al mundo político. Sin embargo, esto muestra un claro desequilibrio, ya que para el soberano es posible dar muerte, pero no dar vida. El imperativo de muerte en el ejercicio de la biopolítica supone un reforzamiento del cuerpo social a través de la eliminación de todo aquello que no pudiendo ser normalizado lo pone en peligro.

Si seguimos el derrotero de la relación de los contingentes inmigratorios con las elites triunfantes de la Generación del 80, veremos que adoptó una forma de inclusión excluyente. La pobreza que acompañó a esos inmigrantes destinados al trabajo manual fue rápidamente estigmatizada, ligándola con la delincuencia, la locura, la enfermedad y, fundamentalmente, con la anormalidad. El mote de “bárbaros”, asociado a los gauchos durante el siglo XIX, retornó bajo la forma de la “degeneración”, ahora ligada a la criminalización y la patología a partir de un darwinismo vulgarizado que empapó la cultura del Centenario. Figuras como Guillermo Rawson ejemplificaron este cruce entre higienismo y política, realizando la metáfora de sociedad orgánica. Sin duda, fue Ramón Falcón quien mejor enunció la situación cuando refiriéndose a los movimientos huelguísticos como expresión del mal dijo que radicaban

[en] ciertos focos de patología social inasimilables a nuestra personalidad colectiva, por instinto y por educación, con atavismos exóticos y con virulencias de otros medios, que se encuentran adheridos a nuestra fisonomía orgánica.<sup>64</sup>

“Focos de patología virulenta”: he ahí la imagen acabada que denotó a los movimientos de protesta corporizados en las asociaciones obreras anarquista o socialistas. El caso paradigmático fue Simón Radowitzky, judío y libertario venido del Este que se convirtió en el ángel exterminador del propio coronel Falcón.

Las leyes represivas tendrían entonces un carácter de depuración social. Podemos ejemplificar esto con la Ley Cané o Ley de Residencia, que habilitó la expulsión de extranjeros “sospechosos de atentar contra el orden público” como forma de depurar el organismo social de elementos “mórbidos”. El alineamiento de la protesta social con la enfermedad se completó con su criminalización tal y como lo expresó Francisco de Veyga:

[...] porque el crimen anarquista, hay que decirlo de una vez por todas, no es sino una forma de delincuencia vulgar que ha tomado ribetes de grandeza. La delincuencia política que en nombre del anarquismo se ejecuta es una derivación de la criminalidad ordinaria.<sup>65</sup>

Enfermedad, crimen y pobreza se mezclaron permitiendo definir y estigmatizar a la vez a los grupos de trabajadores que se organizaron para defender sus derechos a una vida digna, fundamentando las formas de represión de los conflictos sociales. La elite gobernante los consideraba un presente envenenado venido de afuera, portadores de ideas peligrosas emparentadas con el crimen, sobre los cuales el Estado debía actuar para

---

<sup>64</sup> Citado por Salessi, Jorge, *Médicos, maleantes y maricas*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1995, p. 117.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 127.

preservar el cuerpo social. Como dijimos, el primer movimiento fue la expulsión; cuando esto no resultó suficiente, se iniciaron las matanzas. La represión en el puerto de Ingeniero White en Bahía Blanca (1907) arrojó dieciocho muertos; la huelga de las casas de inquilinato, varios cientos de deportados; la “Semana Roja” de 1909, más de mil deportados y una docena de muertos; la conocida razzia del Centenario implicó lugares de reunión incendiados y un centenar de detenidos; la huelga de colonos en Santa Fe en 1912, conocida como el Grito de Alcorta, tuvo como corolario el encarcelamiento y el castigo de los rebeldes y el asesinato de dos de sus dirigentes.

Para 1919, con el primer gobierno radical en ejercicio del poder, la represión en la fábrica Vasena –la Semana Trágica– concluyó con la muerte de alrededor de 1.300 trabajadores. Estos asesinatos fueron perpetrados tanto por el Ejército como por grupos civiles armados. Estos últimos, que luego integrarían la Liga Patriótica, estaban constituidos por nacionalistas católicos y conservadores que sirvieron como fuerza de choque contra los huelguistas. Los sucesos represivos de la Semana Trágica reconocían su origen en el miedo de las clases dirigentes a la huelga revolucionaria, herramienta central de lo que se llamó “el complot rojo” para la toma del poder. Para evitar el terror “rojo”, se desató el terror “blanco”, que no se limitó a los grupos anarquistas, sino que incluyó muy especialmente a los judíos. Los jóvenes patricios de la Liga realizaron incursiones en los barrios de Villa Crespo y Once, donde golpearon hasta matar a todo aquel que pareciera judío, o bien practicaron la tortura con los detenidos para luego asesinarlos. El lenguaje popular reconoce en este momento el nacimiento de la frase “yo, argentino” con la que los habitantes de la ciudad trataban de evitar ser detenidos o muertos certificando su inocencia política y religiosa.

El diario *La Nación* registró el *pogromo* de la siguiente forma:

En la esquina de la calle Corrientes y Pueyrredón, la participación del público en la obra de la tropa se hizo más efectiva. Muchos ostentaban escarapelas argentinas y vitoreaban a la patria, a la policía y al ejército. De pronto cesaban las ovaciones y al grito de ¡un ruso! los grupos se dispersaban tras del que huía desesperadamente por la calle desierta.<sup>66</sup>

El ministro del Interior Ramón Gómez dijo en el Congreso al ser interpelado:

La acción subversiva de elementos extraños a la nacionalidad que han tratado de aprovechar estos conflictos para sus fines delictuosos, ha sido reprimida con la energía necesaria y no se han escatimado esfuerzos para evitar sus desmanes.<sup>67</sup>

---

<sup>66</sup> Citado por Larraquy, Marcelo, *Marcados a fuego*, Buenos Aires, Aguilar, 2009, p. 130.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 131.

No fue este el primer episodio de antisemitismo en la Argentina, pero sí fue uno de los más crueles. Tampoco los procedimientos represivos fueron novedosos, aunque se había cruzado un límite que habilitaba el maridaje entre el Estado y bandas civiles para la eliminación de grupos sociales que se consideraban inasimilables. La matanza se convirtió en una necesidad de Estado, reafirmando la idea binaria de una sociedad constituida como un “nosotros” que se enfrenta a un “otros” que tienen la característica de poner en peligro a ese “nosotros”. En la década de 1970, las prácticas y los discursos serían siniestramente similares.

La Liga, en su carácter de brazo armado civil del poder, obtuvo la bendición de la Iglesia católica. Esto le permitió actuar con impunidad para disciplinar o aniquilar obreros sindicalizados, militantes anarquistas y judíos de izquierda. Como fuerza legitimada para la defensa de la tradición argentina y de los capitales extranjeros, estaba dispuesta a llevar su accionar más allá de la ley fundándose en que Dios y la Patria así lo querían. Su trabajo fue eficiente y ayudó a que las huelgas decrecieran durante la década de 1920. Sin embargo, aún restaba un último episodio, el asesinato de los trabajadores patagónicos.

En las estancias del sur, los obreros trabajaban en jornadas de dieciséis horas sin descanso dominical. El arreo de ovejas se hacía con temperaturas inferiores a los dieciocho grados bajo cero, los trabajadores convivían en barracas miserables sin luz y sin estufa, no podían tener una familia y se les pagaba con vales. Suponer la posibilidad de acceso a la tenencia de la tierra era poco menos que un disparate: sólo dos familias poseían alrededor de un millón y medio de hectáreas. A partir de estas condiciones, se inició la huelga. Los episodios son conocidos, el desenlace, también. El Ejército lamentó la muerte de un conscripto; del lado de los huelguistas, los fusilados ascendieron a más de mil quinientos hombres que cavaron sus fosas antes de ser muertos, dato que no pudo ser efectivamente corroborado porque nadie se tomó la molestia de contarlos y porque muchos cuerpos quedaron dispersos por los campos patagónicos.

Las primeras dos décadas del siglo XX se cerraban marcadas por la violencia y la muerte. La tierra de promisión se había convertido para muchos inmigrantes en su tumba. El ser extranjero, el no avenirse a las formas de regimentación de la vida que la elite dominante buscaba imponer en los trabajadores convertían a esos hombres y mujeres en enemigos políticos. Dando un paso más allá, el discurso de poder recurría a la medicina para emparentar al otro político con la enfermedad y la degeneración, instalando una cuestión más profunda que una mera estrategia ideológica. La elite mostraba así que no era capaz de tolerar lo diferente y que sólo sabía exterminarlo. Pero todavía la lucha o el enfrentamiento eran abiertos, casi un cuerpo a cuerpo. La década siguiente mostraría una

cara aún más oscura, ya que la muerte vendría precedida por la tortura en los sótanos de la policía en nombre de la cruz y la espada.

#### 4. El ser nacional frente al judío bolchevique

En la década de 1930, la Legión Cívica pegaba en las paredes de Buenos Aires carteles que decían:

Extranjeros: bienvenidos los que comparten la grandeza y el progreso de nuestra Patria; pero malditos los que vienen con propósitos aviesos de desorden y anarquía.<sup>68</sup>

Todavía la elite dirigente peleaba contra la extranjería. Para hacerlo de manera más eficiente, había ido construyendo un discurso que apelaba a la idea de Nación. Ya no se trataba, como en el siglo XIX, de abrir el territorio a la cultura y la economía europeas, sino más bien de proteger a la Patria —con mayúscula— de esos otros diferentes que ahora asumían y se resumían bajo la forma del judío bolchevique, tal y como estaba ocurriendo en Europa. Ese estereotipo era la síntesis en la que se condensaba la idea del judío degenerado y decadente racialmente con el revolucionario sangriento, lo que suponía un principio de biologización de la subversión política. Enzo Traverso ofrece numerosos ejemplos de cómo la contrarrevolución y el antisemitismo se unieron en la lucha contra la Revolución rusa.<sup>69</sup> En el caso de los nazis, el judío real cedió su lugar a la construcción de “lo judío”, y esta construcción encarnó la modernidad abstracta, es decir, la *Zivilisation* a la que se oponía la *Kultur*. En una apretada síntesis, podemos decir que este judío conceptual contenía dentro de sí todo lo nuevo que la modernidad traía consigo: el triunfo de una racionalidad económica abstracta que trastornaba las relaciones sociales previas. Un mundo sin alma y sin raíces en el que esta imagen encajaba a la perfección. Como bien señala Bauman, el judío conceptual era susceptible de ser acusado de todo, aun de cuestiones irreconciliables entre ellas:

Para los nativos era un extranjero, para los pobres un millonario, para los patriotas un apátrida, para los liberales un agente de los bolcheviques, para los

---

<sup>68</sup> Citado por Finchelstein, *op. cit.*, p. 23.

<sup>69</sup> Traverso, Enzo, *La violencia nazi*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003. Véase especialmente el capítulo 4, “Clasificar y reprimir”.

revolucionarios un apasionado defensor de las democracias occidentales, pacifista acérrimo a la vez que eterno instigador de las guerras.<sup>70</sup>

Para los nacionalistas, el ser nacional no era el producto de ideas, tradiciones o creaciones, sino más bien de una cuestión tan intrínseca como la sangre. En este sentido, todo aquello que se oponía al espíritu nacional era definido como enfermedad que tornaba impura la sangre, y esto sólo podía resolverse a través de la violencia que funcionaba como remedio purificador. La violencia, cuyo símbolo mayor fue la espada lugoniana, se entendía como sinónimo de orden y, al igual que en el pensamiento de Jünger, conteniendo un fin estético y ético que determinaba el ámbito de la política.

Para la elite gobernante, el peligro había sido siempre real, bien asumiera la forma de la montonera gaucha o del indígena irreductible, bien hablara distintos idiomas y trajera el germen de nuevas identidades políticas. De la manera que fuera, el peligro asumió la forma de la intrusión contaminante capaz de acarrear la disolución de la comunidad. Para evitar la perversión de esa comunidad ideal, había que definir lo propio y separarlo de lo extraño. Lo propio leído como sano y normal, o en términos más precisos y de acuerdo a los documentos de la época, “lo nacional y católico”; mientras que lo extraño, lo extranjero, contenía toda suerte de patologías culturales. La Patria o la Nación como comunidad ideal debía ir a la guerra contra los que subvertían el orden tal y como sostenía un conocido nacionalista de la época:

Tenemos pues el invasor dentro de nosotros mismos, y de hecho nos hallamos en estado de guerra defensiva; guerra lícita para el argentino que debe defender los derechos de la patria amenazada.<sup>71</sup>

En la década de 1930 y luego del golpe de Estado, esta cuestión cobró cuerpo a través de un bando de la Ley Marcial, que decía:

Todo individuo que sea sorprendido en in fraganti delito contra la seguridad y bienes de los habitantes, o que atente contra los servicios y seguridad pública, será pasado por las armas sin forma alguna de proceso.<sup>72</sup>

Joaquín Penina, anarquista catalán de 29 años, fue la primera víctima. De madrugada, se lo sacó de la pensión en que vivía y se lo fusiló en un descampado al costado del río Saladillo (provincia de Santa Fe), sin juicio y negando su detención durante varios años. Esta modalidad se repetiría con el agregado de la tortura y el posterior

---

<sup>70</sup> Bauman, Zygmunt, *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Ediciones Sequitur, 1997, p. 56.

<sup>71</sup> Citado por Finchelstein, *op. cit.*, p. 66.

<sup>72</sup> Citado por Larraquy, *op. cit.*, p. 202.

confinamiento en distintos penales. Las formas del suplicio se perfeccionaron con la incorporación de la picana eléctrica inventada por “Polo” Lugones.

Para la época, se habían constituido tropas de asalto callejeras o brigadas especiales que incluyeron a estudiantes y profesionales de clase media. Fuerzas civiles de choque que intimidaron en las calles a los que parecían oponerse al régimen y que se dieron a sí mismas, como finalidad, la defensa de la Patria y el Orden.

Durante el gobierno de Uriburu, se declaró el Estado de sitio, hubo deportaciones y fusilamientos. La CGT contabilizó más de mil obreros detenidos en las cárceles de Villa Devoto, la penitenciaría de la calle Las Heras y el temido penal de Ushuaia. Los blancos favoritos fueron las organizaciones obreras de Buenos Aires, Avellaneda, Rosario, Bahía Blanca, Zárate y Campana. Anarquistas, comunistas y judíos eran las víctimas elegidas por los nacionalistas. En esta síntesis entre lo diferente religioso y el marxismo, se condensó la idea de que el enemigo de Dios era a la vez el enemigo de la Patria. El judío bolchevique portaba un carácter de virus degenerativo con un enorme poder contaminante; este discurso biologicista fundamentó toda acción antisemita o de ataque a los comunistas como una actividad de saneamiento.

Nuestro nacionalismo no persigue a los semitas, ni sueña con organizar sangrientos “pogromos”. Lo único que hace es despreciarlos por una razón de anafilaxia racial.<sup>73</sup>

Estos modos discursivos establecían un estereotipo del enemigo interno fuertemente marcado por elementos biológicos y también teológicos. A la vez que constituían una forma política binaria, fundada en un antagonismo último entre amigo y enemigo, impulsaban la idea de que ese enemigo debía ser expulsado del ámbito político y, de ser posible, también del ámbito de la vida, como ejemplificaba este texto de *Clarín* –periódico nacionalista– en marzo de 1939: “Y la Argentina para los buenos argentinos. El día que los jacoibos desaparecen de esa tierra, barridos por la escoba que los empuja al océano”.<sup>74</sup>

Se instituía, entonces, la idea de que para que la parte “sana” de la comunidad pudiera vivir, lo “malsano o impuro” debía morir. La vida se conservaba pagando el precio de dar la muerte. A la cesura biopolítica en el *continuum* social, se le agregó el componente teológico. La cruz y la espada, Dios y la Patria constituyeron elementos fundantes en una identidad social que no podía procesar la diferencia sino a través de la violencia. El cuerpo social se inmunizó contra un enemigo que no era simplemente un

---

<sup>73</sup> Citado por Finchelstein, *op. cit.*, p. 87.

<sup>74</sup> Citado por Finchelstein, *op. cit.*, p. 96.

adversario político, ni siquiera era portador de un virus corruptor susceptible de ser curado: era el virus en sí. Un virus tal que destruía la vida y sus fundamentos religiosos.

Si retomamos ahora la afirmación que hicimos en un inicio acerca de que la comunidad puede sobrevivir a la violencia que la atraviesa sólo desplazándola hacia un enemigo que la atraiga sobre sí, entenderemos mejor el papel de víctima sacrificial óptima constituida por la figura del judío bolchevique capaz de atraer hacia sí mismo aquella violencia. La cárcel, la tortura o la deportación, como dosis no letales de violencia, conformaron las herramientas necesarias del dispositivo inmunitario que se completó con la separación de un grupo sobre el que se hizo converger el mal bajo la forma de la locura, la degeneración, el ateísmo o la diferencia religiosa y la subversión política. Un grupo tan perjudicial que su eliminación debería concitar la adhesión de todos.

Pero a la vez que esto ocurría, se generaba una biopolítica positiva o una forma de gubernamentalidad que trataba de modelar a los “adaptables”. Las herramientas utilizadas tenían que ver con prácticas educativas y moralizantes con las que se preparaban los cuerpos como fuerza de trabajo. Esta “educación moral” apuntaba a la producción de cuerpos dóciles que se adaptaran a la posición social que les había tocado en suerte y no aspiraran a ninguna otra. En este sentido, el mejor producto fueron los grupos medios que se constituyeron, a partir de la década de 1930, en la barrera más eficaz entre los trabajadores y la elite dominante. A la vez que aspiraban a parecerse a los grupos patricios, vivían con horror cualquier cercanía con los sectores populares de donde provenían. La austeridad, el ahorro, la disciplina, los modales recatados, la producción y reproducción del orden familiar como núcleo primigenio de la sociedad eran algunos de los tipos ideales a seguir. Estos tipos ideales se constituyeron dentro dos instituciones que tendrían un papel privilegiado: el Ejército y la Iglesia católica. Esta última, como guía única del deber ser, y la primera, como su encarnación más perfecta.

Podemos decir entonces que no sólo se establecía la cesura en el *continuum* social que buscaba separar lo “nacional” de la extranjería entendida como lo diferente, lo no adaptable, sino que a la vez se verificaban formas de gubernamentalidad que tendían a constituir esa nacionalidad a través de la educación moral y la cultura del trabajo. Esta construcción vendría a ser alterada por las migraciones internas a los grandes centros urbanos, produciendo un efecto semejante al que a principios de siglo habían producido los inmigrantes. El rol del “guarango” de principio de siglo pasó a ser desempeñado por el “descamisado”, y sobre ese estereotipo confluyeron todas las estigmatizaciones tanto de las elites como de las clases medias. Se los asoció con formas de manipulación de masas, se los caracterizó como irracionales y como portadores de una gran pobreza

intelectual, aunque en verdad venían a complicar y subvertir los modos de asimilación institucionales. Se estructuró entonces una suerte de dicotomía simplificadora que dividió la sociedad entre “pueblo y oligarquía”. Una dicotomía que permitió demonizar a un grupo en aras de sostener la unidad del resto. Nuevamente funcionó el “todos menos uno”, y sobre esto trataremos en el próximo apartado.

## **5. Los descamisados o la voz de los sin voz**

En la década de 1940, se hizo visible un nuevo actor social que tuvo su bautismo de fuego el 17 de octubre de 1945: los “descamisados” o, como se los llamaba despectivamente, “cabecitas negras”. Nada más apropiado para definir el vocablo “descamisados” que lo dicho por Sartre: “Las palabras hacen estragos cuando encuentran un nombre para lo que hasta entonces ha vivido innominado”. La palabra “descamisado” entrañaba una explícita connotación de inferioridad tanto social como política y moral, ya que haciendo referencia a la ropa de trabajo descalificaba a los trabajadores mismos. Fue un vocablo usado por parte de la sociedad civil como forma de bastardear a los trabajadores que apoyaban a Juan Perón, y fue el peronismo el que invirtió su sentido, que estaba asociado a formas de vida supuestamente impropias, incorporándolo a la acción política y social.

Los “descamisados” fueron actores centrales de las transformaciones que acompañaron el proceso de industrialización liviana y se constituyeron como nueva fuerza de trabajo urbana, innovando en el perfil del mundo laboral. Provenían del interior del país, de ahí que se los denominara migrantes internos; se radicaban en las áreas suburbanas o en la periferia de la ciudad, principalmente en la zona sur, generando una estrecha identidad entre el lugar de trabajo y el de residencia, así como entre las relaciones laborales y los lazos familiares, porque era común que la familia trabajara en la misma empresa. No portaban una identidad ligada a lo extranjero ni otras formas religiosas que no fueran las católicas, tampoco abrazaban el ideario de la revolución y, sin embargo, concitaron una de las formas más profunda de odio de clase, que persistió hasta mucho después de la caída del gobierno peronista. Ese mismo gobierno peronista que modificó las condiciones básicas de existencia de los grupos populares al hacer realidad las demandas acumuladas por décadas de políticas excluyentes: la casa propia, las vacaciones, el acceso a la educación y la salud, una forma de ocio recreativo que se

fomentó a través de las actividades deportivas y también del dispositivo cinematográfico y radial, el acceso a consumo de bienes durables y a espacios sociales antes reservados exclusivamente a las clases altas o sus sucedáneos para los grupos medios. Como sintetizó Discépolo en sus charlas radiales: “Ahora las manos se extienden, no para pedir limosna, sino para saber si llueve”; o “antes los pibes miraban la nata por turno y ahora pueden irse a la escuela con la vaca puesta”.<sup>75</sup>

Si recuperamos la visión que los grupos populares tenían de la década del treinta, veremos que fue experimentada por muchos trabajadores como un tiempo de frustración y humillación profunda, a diferencia de lo que ocurrió en la década posterior:

Jornadas sin horario [...] la hora de salida la fijaba el patrón. Toda la felicidad para una familia obrera consistía en conservar el trabajo. El miedo a la desocupación en esa época lleva a la humillación. Al callarse y no hablar, la falta de acciones de defensa elementales lleva a la declinación moral, al escepticismo. Dentro de una fábrica, de un establecimiento, el obrero estaba solo, desintegrado de toda conciencia social.<sup>76</sup>

Pero esta no era la visión de la elite dominante. Ella más bien los asimilaba a los bárbaros que no pertenecían a la polis, entraban en ella y violaban sus lugares más sagrados. Por eso los llamaron el “aluvión zoológico”, y en agosto de 1944, la Sociedad Rural afirmó:

En la fijación de salarios es primordial determinar el estándar de vida del peón común. Son a veces tan limitadas sus necesidades materiales que un remanente trae destinos, socialmente, poco interesantes. Últimamente se ha visto en la zona maicera entorpecerse la recolección debido a que con la abundancia del cereal y el buen jornal por bolsa, resultaba que con pocos días de trabajo se daban por satisfechos, holgando los demás.<sup>77</sup>

Se dijo de ellos que fueron fácilmente manipulados gracias a las habilidades políticas y oratorias de Juan Perón; que respondieron a los beneficios y las prebendas que se les otorgaban desde un Estado paternalista; que fueron seducidos por la retórica nacionalista, cuestión que los alejó de las organizaciones sindicales formadas al calor de las luchas obreras de décadas anteriores. Se los acusó de buscar la satisfacción de sus necesidades y de adecuarse a una política social que tenía más un carácter preventivo que reivindicativo o revolucionario. Se constituyeron así en el nuevo “guarango” que imponía su presencia en las confiterías de la clase media, de la misma forma en que antes los

---

<sup>75</sup> Citado por Feinmann, José Pablo, *Peronismo. Filosofía política de una perspectiva argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2010, p. 148.

<sup>76</sup> Testimonio citado por James, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 41.

<sup>77</sup> *Anales de la Sociedad Rural*, 1944 Citado por Feinmann, José Pablo, *Peronismo. Filosofía política de una perspectiva argentina*, op.cit.

inmigrantes prósperos se habían introducido en los salones de las clases altas, para espanto de Miguel Cané. Martínez Estrada los describió del siguiente modo:

[...] el 17 de octubre volcó a las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie había reconocido. Parecían una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos y, sin embargo, eran nuestros hermanos harapientos, nuestros hermanos miserables [...] salieron a pedir cuenta de su cautiverio, a exigir un lugar al sol y aparecieron con sus cuchillos de matarifes en la cintura, amenazando con un San Bartolomé del Barrio Norte. Sentimos escalofríos viéndolos desfilan en una verdadera horda silenciosa con carteles que amenazaban tomarse una revancha terrible.<sup>78</sup>

“Descamisados de la patria retemplados en el trabajo”. Así los definiría Eva Perón en su discurso de renunciamiento. Eva Perón, la Eva o Evita, fue su mejor representante, nacida como hija bastarda en un pueblo perdido del interior (Los Toldos). Su destino, según el imaginario de la época, debió haber sido el de sirvienta. Convertida en actriz de cine y radioteatro, y no en cantante lírica como Regina Paccini, ocupó el lugar de primera dama al casarse con Juan Perón. Una “guaranga” de pura cepa, al decir de las damas de sociedad que la vivieron del mismo modo que a los “descamisados”: como un insulto a las “tradiciones”. El mundo del cine reflejó este estereotipo en el personaje creado por Niní Marshal, personaje que no estaba destinado a recrear las formas de vida de los migrantes, pero que contenía muchas de sus características. “Catita” –a él nos referimos–, con su vestimenta estafalaria, sus confusiones en el uso del idioma, su reivindicación del barrio y de la gente de trabajo, su querrela con los “pitucos”, venía a representar a un nuevo actor que irrumpía en el escenario político y social argentino de las décadas de 1940 y 1950. Zapatos, trajes y libros pertenecían al mundo de los “cajetillas”; el overol y las alpargatas identificaban mejor a ese actor sociopolítico con el suburbio en el que vivía y que aparecía como opuesto al centro de la ciudad. Casas de chapa corrugada, que con los años se transformarían en viviendas de portland y ladrillo, la cercanía con los frigoríficos y su olor característico constituían su territorio, un lugar desconocido para el resto de la sociedad. Un testimonio recogido por Daniel James da cuenta de lo dicho:

Otra cosa que recuerdo [...] es que siempre me sentía extraño cuando iba al centro de Buenos Aires [...] como si uno no estuviera en su ambiente, que era absurdo pero te sentías que ellos te miraban despectivamente, que no estabas bien vestido.<sup>79</sup>

---

<sup>78</sup> James, Daniel, “17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en Juan Carlos Torres (comp.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, 1995, p. 221.

<sup>79</sup> Testimonio citado por James, *Resistencia e integración*, op. cit., p. 42.

Uno de sus rasgos más interesantes fue que no se consideraban solo trabajadores, sino que se llamaron a sí mismos “el pueblo”; no simplemente población, como dato estadístico, sino como el emergente de los que no tenían voz. En este punto es donde nos interesa introducir la conceptualización de pueblo construida por Rancière, ya que su rasgo más interesante es que en ella no hay una descripción sociológica de actores precisos, sino más bien la idea de una multiplicidad de grupos que constituyen una diversidad antagónica, cuestión que queda planteada en la siguiente cita:

Es en nombre del mal hecho a ellos por las otras partes que el “pueblo” se identifica con el conjunto de la comunidad. Todo aquel que no tiene parte –el pobre de los tiempos antiguos, el tercer estado, el proletariado moderno– no puede, de hecho, tener otra parte que todo o nada. Además de esto, es a través de la existencia de esta parte de aquellos que no tienen parte, de esta nada que es todo, que la comunidad existe como comunidad política, es decir, dividida por una disputa fundamental, por una disputa referida al contar de las partes de la comunidad, más aún que a sus “derechos”. El pueblo no es una de las clases entre otras. Es la clase de los excluidos, que hiere a la comunidad y la establece como comunidad de lo justo y lo injusto.<sup>80</sup>

Contado así, el pueblo queda establecido como un componente parcial, objeto de opresión, que aspira a ser considerado como una totalidad legítima y al mismo tiempo coincide con el ser una *plebe*, entendida como los menos privilegiados, que aporta a la comunidad un litigio. Un litigio que resulta insalvable porque pone en entredicho las formas mismas de distribución de las partes en la comunidad.

Sabemos que para la filosofía griega clásica, la idea de una comunidad ordenada y buena dependía de la subordinación de sus partes a un todo; o dicho de otra manera, todo modo histórico necesitaba que las relaciones de poder que la habitaban tuvieran una visibilidad concreta. En la idea de comunidad griega, las relaciones entre los individuos se encontraban sometidas a una armonía geométrica que otorgaba a cada parte una función específica en la economía del todo. Sin embargo, esta distribución o, como Rancière la llama, “esta cuenta” de los agentes, de acuerdo con sus funciones, es interrumpida por una anomalía: el surgimiento de algo que es esencialmente incontable y que, como tal, distorsiona el principio mismo de contar. Esto ocurre cuando

[...] el orden natural de la dominación y la repartición de partes entre las porciones de la sociedad se ve interrumpido por la aparición de una porción supernumeraria: el demos, que identifica la colección de los no contados en la comunidad.<sup>81</sup>

---

<sup>80</sup> Rancière, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007, p. 23.

<sup>81</sup> *Ibid*, p. 25.

Como es sabido, la idea de “contar”, en Rancière, alude a establecer posiciones de sujeto, o dicho de otro modo, a asignar identidades en un cierto orden social. Un orden tal que para su funcionamiento debe designar y distribuir las partes que lo componen, lo que le permite naturalizar y a la vez normalizar dicho funcionamiento. Identidades que, por otra parte, resultan ineludibles en cada momento histórico concreto y conllevan la necesidad de una forma de reconocimiento.

Para el análisis que estamos llevando a cabo, nos interesa recuperar la forma en que Rancière analiza la relación entre las partes de la sociedad, una relación en la que se pone en cuestión la forma de reparto de lo que se posee en común y, por lo tanto, los modos de ejercer poder sobre eso en común. Rancière sostiene que el problema no se limita al equilibrio de pérdidas y ganancias, sino que refiere al reparto de las partes de la comunidad y a los títulos que habilitan tal reparto:

Para que la ciudad esté ordenada según el bien, es preciso que las cuotas de comunidad sean estrictamente proporcionales a la *axia* de cada parte de la comunidad: al valor que aporta a la comunidad y al derecho que este valor le da en poseer una parte del poder común.<sup>82</sup>

Entre esos *axiai* o títulos de la comunidad, en la ciudad griega, podemos reconocer la riqueza de los pocos, que pertenece a los *oligoi*, y del lado del *demos*, la libertad que se posee por haber nacido en la polis después de que fuera abolida la esclavitud por deudas.

Cualquiera de esos cuerpos parlantes condenados al anonimato del trabajo y la reproducción, cualquier artesano o tendero se cuenta en esa parte de la ciudad que se denomina pueblo como participantes en los asuntos comunes en tanto tales. La imposibilidad de que los *oligoi* redujeran a sus deudores a la esclavitud se convirtió en la apariencia de una libertad que sería la propiedad positiva del pueblo como parte de la comunidad.<sup>83</sup>

Lo que parece estar en litigio tanto en la ciudad griega como en el momento histórico que nos ocupa es la aceptación o no del fundamento de la dominación, donde los *oligoi* imponen la coincidencia entre riqueza y dominación. Todo discurso que funda la dominación y su correspondiente naturalización en la sangre, el origen divino o la estirpe quedan puestos en duda o reducidos al fundamento de la riqueza que usurpa la propiedad común. No hay ya un derecho absoluto, sino un *axia* particular. La libertad es la condición común que califica a los hombres sin cualidades, aquellos que no pueden mostrar en la polis ni riqueza ni virtud. Por lo tanto, tenemos una particularidad cuyo

---

<sup>82</sup> *Idem*, p. 19.

<sup>83</sup> *Idem.*, p. 20.

único rol es ser la simple encarnación de la universalidad. Esto es lo que distorsiona todo el modelo geométrico que describe la buena comunidad. Por eso dirá Rancière:

El escándalo es que cualquier tendero puede dar su opinión en la Asamblea sobre cómo conducir los asuntos de la polis. La revelación brutal de que “cualquiera” puede decir su palabra sobre el bien común, la anarquía última sobre la que descansa toda jerarquía.

En el capítulo I de la *República*, Sócrates plantea una ciudad donde el gobierno basado en un orden natural promueve el intercambio de servicios entre los guardianes protectores y los artesanos y labradores que aseguran la subsistencia. Esto genera la respuesta de Trasímaco cuando enuncia en beneficio de quién se ejerce el gobierno de la polis:

Pues porque te imaginas que los pastores tienen en mira el bien de las ovejas cuando las engordan y las cuidan [...] Del mismo modo supones que los que gobiernan en las ciudades, los que en verdad gobiernan, tienen con respecto a sus súbditos otras intenciones que el pastor con respecto a las ovejas. [...] Con tu conocimiento tan avanzado de la justicia ignoras que la justicia y lo justo son, en realidad, el bien ajeno, ya que es el interés del más fuerte y del que manda, y que el daño, a su vez, es lo propio del que obedece y que sirve, [...] y como súbditos, tienen que trabajar en interés del que es más fuerte, cuya felicidad realizan ellos con su servicio, pero de ningún modo la suya propia.<sup>84</sup>

Esta enunciación puede ser articulada de manera diferente en términos de época: sólo hay soberanos y vasallos, amos y siervos, gente de bien y gente vulgar, elites y multitudes indiferenciadas. Dicho de otra forma, el orden en la sociedad es posible porque unos mandan y otros obedecen. Ahora bien, para obedecer una orden, se requiere comprenderla, lo que trae aparejado un *logos* común que pone en entredicho todo orden jerárquico. Porque para los amos, el *logos* es aquel que se articula entre ellos, el resto de la sociedad se constituye de seres privados de la palabra y del entendimiento que sólo pueden proferir un sonido animal, por fuera de un orden simbólico común. Estos hombres sólo viven una muda vida. Lo inesperado ocurre cuando los plebeyos hacen lo que era impensable: se instituyen a sí mismos como seres parlantes que poseen similares cualidades que aquellos que se las niegan. Se muestran en la modalidad de la trasgresión como seres dotados de una palabra que no expresa meramente la necesidad, el sufrimiento y el furor, sino que manifiesta inteligencia. Esta manifestación de inteligencia denuncia el carácter contingente del ordenamiento social y distorsiona la cuenta de las partes, ya que subvierte las identidades establecidas. El descamisado no es otra cosa que un sujeto

---

<sup>84</sup> Platón, *La República*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971, pp. 23-24.

político que se erige como un universal enfrentando la universalidad naturalizada a la vez que reclama una nueva igualdad. En palabras de Rancière:

[...] el demos se atribuye a sí mismo como parte la igualdad que pertenece a todos los ciudadanos. Al hacerlo, esta parte que no es una identifica su propiedad impropia con el principio exclusivo de la comunidad e identifica su nombre –el nombre de la masa indistinta de los hombres sin ninguna posición– con el nombre mismo de la comunidad. El pueblo se apropia de la cualidad común como si le perteneciera. Lo que aporta a la comunidad es, estrictamente hablando, el litigio.<sup>85</sup>

### 5.1. El 17 de octubre o el “carnaval peronista”

Para poder analizar la forma en que “los descamisados” se fueron convirtiendo en un elemento disruptivo para el orden establecido, de manera análoga a los gauchos y los inmigrantes en el pasado, vamos a considerar dos momentos que los cuentan como protagonistas centrales y los enfrentan con los que distribuyen las partes de la comunidad: el 17 de octubre y la caída del peronismo en 1955. En el primero de ellos, la querrela quedó circunscripta al orden simbólico, se los atacaba desde el discurso y desde éste se iba construyendo la idea de una anomalía. Diez años después, el enfrentamiento admitió la posibilidad de la muerte del otro a través del bombardeo de la Plaza de Mayo.

El 17 de octubre fue descrito por Scalabrini Ortiz de la siguiente manera:

[...] un pujante palpitar sacudía las entrañas de la ciudad. Un hálito áspero crecía en las densas vaharadas, mientras las multitudes continuaban llegando. Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los talleres de Chacarita y Villa Lugano [...] brotaban de los pantanos de Gerli y Avellaneda o descendían de Lomas de Zamora. Hermanados en la misma fe iban el peón rural de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, el hilandero.<sup>86</sup>

Si tomamos el recuerdo de los participantes, veremos que en la propia descripción aparecen cuestiones como las siguientes: “La gente coreaba estribillos y cantaba, se jugaba y se reía, la comida y la bebida pasaban de mano en mano. El tiempo estaba espléndido, todos estaban contentos”.<sup>87</sup>

El relato da cuenta de que los que marcharon lo hicieron en mangas de camisa, que había hombres vestidos de gauchos o se habían engalanado con cintas, flores y

---

<sup>85</sup> Rancière, Jacques, *Disagreement, Politics and Philosophy*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1999, citado por Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 123.

<sup>86</sup> James, *Resistencia e integración*, op. cit., p. 221.

<sup>87</sup> *Ibid*, p. 108.

escarapelas. Se entretenían coreando canciones populares o bien bailando en medio de la calle; eligieron para acompañar sus cantos la música de bombos, dirigiéndose al público que los observaba a los gritos y profiriendo insultos, cubriendo a su paso todo lo que encontraban con inscripciones hechas con tiza o carbón. Con mucha perspicacia, James cita el caso de un obrero que después de romper la vitrina de una joyería lucía en su muñeca un reloj diciendo: “¡Nunca en mi puta vida tuve un reloj!”.<sup>88</sup>

Este ambiente fue calificado de desbarajuste y desenfreno por los medios escritos y constituyó efectivamente un cambio en la forma de expresión de los grupos obreros, apartándose substancialmente de los modelos de la época sobre el comportamiento público que se consideraba tolerable en los grupos populares. En las formas asumidas, se podía ver un cierto retorno del gaucho y de expresiones características del hombre del interior, que ahora se amalgamaban con las particularidades de los inmigrantes. Dentro de las propias organizaciones obreras, se los calificó como “una murga plagada de compadritos”,<sup>89</sup> lo más cercano a una horda bárbara a la que se le negaba el ser auténticos trabajadores, aduciendo que carecían de la solemnidad y dignidad que debían caracterizar a estas manifestaciones. Eran más la encarnación de la pasión que de la razón, hombres que no participaban del *logos* común. En la medida en que se sintieron dispensados de la disciplina de la fábrica o de cualquier forma de rutina, y accedieron a lugares que les estaban vedados y a los que nunca tendrían pleno derecho, atacaron esos espacios e instituciones emblemáticas cuya función era la de transmitir y legitimar la riqueza y el prestigio social. En el análisis que se hizo en la época sobre las características de la manifestación, pesaron indudablemente posiciones que se venían sosteniendo sobre el comportamiento de las multitudes. La siguiente cita describe bien esta cuestión:

Podemos resumir el carácter psicológico de la multitud simple o desorganizada afirmando que es excesivamente emocional, impulsiva, violenta, inconstante, inconsistente, irresoluta y extrema en la acción, desplegando sólo las emociones más ordinarias y los sentimientos menos refinados; extremadamente sugestionable, descuidada en la reflexión, precipitada en los juicios, incapaz de otra cosa que las formas simples e imperfectas de razonamiento, fácilmente influida y conducida, carente de autoconciencia, desprovista de amor propio y de sentido de responsabilidad y apta para ser arrastrada por la conciencia de su propia fuerza, de manera que tiende a producir todas las manifestaciones que hemos aprendido a esperar de cualquier poder irresponsable y absoluto.<sup>90</sup>

---

<sup>88</sup> *Idem*, p. 110.

<sup>89</sup> *Idem*, p. 111.

<sup>90</sup> Mc Dougall, William, *The Group Mind*, Cambridge, Cambridge University Press, 1920, citado en Laclau, *op. cit.*, p. 71.

Otra característica de la movilización tuvo que ver con que la violencia de la jornada estuvo teñida de un carácter ritualista que se reflejaba en el ataque a todo aquello que representara el orden establecido. Un orden que comprendía privilegios a los que “los descamisados” no tenían acceso. De hecho, con el correr de los años, durante el primer o segundo gobierno peronista, para poder acceder a vacaciones en los lugares a los que asistía la clase media construyeron, desde los sindicatos, sus propios hoteles. De igual manera, al no poder asistir a los clubes prestigiosos de la época, como Gimnasia y Esgrima, generaron los clubes de barrio, en los que se reunían las familias y se hacían los bailes. Si bien todavía no atacaban frontalmente al poder, lo horadaban en su significación simbólica, empujaban a los codazos para ser incluidos en el sistema, no buscaban cambiarlo, pero el sistema no podía incluirlos si no cambiaba.

La querrela parecía circunscribirse al orden simbólico. Sin embargo, debe considerarse que proviniendo de provincias pobres del interior, traían consigo el bagaje de demandas incumplidas desde la época de la “organización nacional”, y lo que reclamaban era una forma de inclusión social que iba más allá de la modificación de las formas culturales de la sociedad civil. Al compartir el espacio del barrio con los inmigrantes y sus experiencias de lucha, iban adquiriendo formas de organización cada vez más complejas. Si bien es cierto que durante el 17 de octubre los ataques se dirigieron contra entidades tales como la prensa y las universidades, espacios ajenos al mundo del trabajo, con los años lo que se pondría en cuestión sería la forma del reparto de bienes que ellos contribuían mayoritariamente a crear.

En la medida en que “los descamisados” ganaban espacios en lo económico, lo social o lo cultural, mayor era el encono en los grupos no peronistas, ya que los sectores más tradicionales de la sociedad se sentían doblemente amenazados, tanto en lo económico como en sus pautas culturales. El acceso, por ejemplo, de los sectores populares a los espectáculos artísticos del Teatro Colón era percibido como una lesión grave y humillante, pues cuestionaba, por una parte, la exclusividad de los sectores dominantes sobre ciertos aspectos de la “alta cultura”, e impugnaba, por otra, su idea sobre quiénes podían y quiénes no podían asistir a estos espectáculos. Una serie de medidas tomadas durante el segundo gobierno peronista resultaron particularmente irritantes para sectores como la Iglesia católica y los grupos medios. Nos referimos a la legitimación de los hijos nacidos fuera del matrimonio, el estatus legal del concubinato y el voto femenino. En el testimonio de gente de la época vemos reflejada esta cuestión:

“La iglesia no nos va a perdonar nunca que para el pueblo llegó un momento en que lo importante no era ir a la parroquia sino al sindicato”.<sup>91</sup>

La amenaza a los sectores dominantes se completaba con la reconfiguración de la idea de ciudadanía, porque el peronismo había incluido en ella los derechos sociales. Si tenemos en cuenta que la participación política en la década del treinta estuvo signada por la famosa frase “vos ya votaste”, que implicaba la consumación del fraude electoral y, por lo tanto, la existencia de una democracia formal con escaso contenido en lo real, entenderemos mejor lo que significó que el peronismo ligara los derechos políticos con la cuestión social. Por una parte, se daba una afirmación de los trabajadores como presencia social, y por otra, se los habilitaba a participar del desarrollo económico del país. La idea de pueblo los incluía como nunca antes, ya que en los discursos de Juan Perón solía intercambiarse el término pueblo por el de “pueblo trabajador”. Era, sin duda, una forma plebeya de la política en la que se veían representados, porque se los interpelaba desde un lenguaje que les resultaba común.

## 5.2. Fin de fiesta

El segundo momento que nos interesa destacar tiene que ver con un episodio previo a la caída del gobierno peronista. Para junio de 1955, el segundo gobierno constitucional de Juan Perón ya se encontraba jaqueado por las estrategias económicas y políticas del nuevo orden internacional surgido de la posguerra. Simultáneamente, se veía exigido por demandas cruzadas en el orden interno que implicaban elegir entre incrementar el régimen de acumulación de capital o continuar con una política distribucionista.

Los enfrentamientos entre el gobierno y la oposición tuvieron un momento paradigmático, que fue el bombardeo de junio de 1955 a la población civil que se encontraba en la Plaza de Mayo. El bombardeo fue llevado a cabo por fuerzas conjuntas de la Marina y la Aviación, cuyas naves llevaban la inscripción “Cristo vence” y trataban de asesinar al presidente Perón. Durante varias horas, se descargaron sobre la población inermes toneladas de bombas que dejaron como saldo alrededor de trescientos muertos y varios miles de heridos. La Plaza de Mayo ofrecía un panorama temible donde se

---

<sup>91</sup> Testimonio citado en Scoufalos, Catalina, 1955. *Memoria y resistencia*, Buenos Aires, Biblos, 2007, p. 31.

mezclaban cadáveres destrozados, heridos, mutilados en charcos de sangre, el humo de los incendios, trolebuses quemados, los gritos desesperados de los que trataban de huir. A todas luces, se trató de una masacre practicada sobre la sociedad civil que no reconoce antecedentes en la historia argentina, pero que inaugura la posibilidad del asesinato masivo sin sanción. En los años venideros, la Revolución Libertadora utilizaría los basurales de José León Suárez para matar a discreción obreros y militantes peronistas de la resistencia, empleando la lógica de la exclusión de los disidentes. En este terreno, la Libertadora avanzó sobre la vida privada de la población al promulgar el Decreto 4161 que prohibió toda exhibición de símbolos referidos al peronismo a la vez que quedó severamente penada la mención del “nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones peronismo, peronista, justicialismo, justicialista, tercera posición, la abreviatura PP”.<sup>92</sup> Como si no bastara con el intento de convertir en tabú los nombres propios, el gobierno de facto ordenó robar el cadáver de Eva Perón del local de la CGT y lo hizo desaparecer por más de quince años. Se intervinieron la CGT y todos los sindicatos de base, lo que implicó la inhabilitación de más de 150.000 delegados de fábricas, a la vez que fueron encarcelados cientos de dirigentes sindicales y políticos. Se crearon comisiones especiales para detectar lo que se dio en llamar “crímenes peronistas”. Se anuló la Constitución del 1949 y se declaró vigente la de 1853. Se ordenó la disolución de la Fundación Eva Perón y se quemaron toneladas de vestimentas, ropa de cama, instrumentos quirúrgicos y todo lo que llevara el sello de la Fundación, incluso pulmotores, en momentos que Buenos Aires padecía de una epidemia de poliomielitis. John William Cooke definió la situación de manera magistral cuando dijo que el peronismo se había convertido en “el hecho maldito del país burgués”.

Tras lograr el reconocimiento como un *axia* particular o como parte en el reparto de los bienes, “los descamisados” perdían ahora ese lugar a la vez que se limitaba su atributo distintivo como *demos* en dos cuestiones: la libertad de elegir y nombrar. Se iniciaba el intento de domesticación que culminaría con el golpe de 1976. Un claro ejemplo de lo expuesto fue el período 1958-1966, en el que se verificaron políticas económicas que incluyeron devaluaciones de la moneda, congelamiento de salarios, anulación del control de precios estatal, aumento de tarifas y contracción del mercado de trabajo. En el orden político, se dio una severa restricción de la participación popular a partir de la proscripción del movimiento político del peronismo con una elección anulada en provincia de Buenos Aires. Por otra parte, todo el período reconoce una permanente

---

<sup>92</sup> Decreto 4161 citado en Scoufalos, *Ibid.*, p. 27.

tutela militar de los gobiernos electos. Un ejemplo claro es la aplicación del plan Conintes (Conmoción Interna del Estado), que facultaba al gobierno, frente a conflictos laborales o sociales, a militarizar centros industriales o ciudades y a proceder con allanamientos y detenciones sin cumplir las normas constitucionales. El plan fue creado por Decreto Secreto 9880/58 en noviembre de 1958, y puesto en ejecución por Decreto 2628/60 en marzo de 1960. Se generaba un verdadero “estado de excepción” que conllevaba detenciones preventivas. Se habilitaron para los detenidos las prisiones militares de Magdalena y Punta Indio, y se rehabilitó la cárcel de Tierra del Fuego.

En respuesta, se dieron variadas formas de resistencia, que incluyeron desde radios clandestinas y el uso de distintivos (como la flor nomeolvides) hasta el sabotaje fabril. La novedad de estas formas de resistencia fueron las redes de solidaridad clandestinas que se organizaron en los lugares de trabajo y en los barrios. Una demostración de lo dicho fue la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre para evitar su privatización. Dentro de este episodio, nos interesa destacar dos cuestiones: por un lado, el proyecto obrero de modificar el sistema productivo de la planta, para un procesamiento completo del animal sin desperdicios, donde al decir de los involucrados, “lo único que no hemos resuelto es cómo procesar el mugido”;<sup>93</sup> y por otro lado, el apoyo recibido del barrio de Mataderos, sede del frigorífico, en la resistencia posterior al desalojo, que incluyó barricadas y enfrentamientos que duraron una semana y que serían el antecedente de posteriores levantamientos urbanos. Ambas cuestiones daban cuenta de una forma de organización fabril de los trabajadores que excedía las demandas salariales o de mejora de las condiciones de trabajo, implicando una novedad, ya que estos actores no se habían desplegado así durante la etapa del estado protector peronista. Por otra parte, su unión con una organización territorial como era el barrio ponía de relieve la potencialidad de los lazos informales de la familia, la vecindad y el lugar de trabajo. Estos lazos primarios comenzaron a proveer protección y defensa a los obreros en lucha de una manera que ninguna organización formal podía igualar, tal fue el caso de las familias de los trabajadores presos.

---

<sup>93</sup> Citado por Salas, Ernesto, *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990.

## **Segunda parte**

### **La experiencia de la dictadura argentina 1976-1983**

## Capítulo 3

### La década previa al golpe de 1976

#### 1. La poesía es un arma cargada de futuro. Los años setenta

Es bastante significativo el modo en que ha sido abordado el período histórico que abarca desde el inicio de la llamada Revolución Argentina hasta el retorno a la democracia en 1973, inaugurado con un golpe de Estado que tuvo al frente en sus comienzos a un general cursillista. Este período, que ha sido correctamente definido como “de activación social y radicalización política”,<sup>94</sup> fue tratado de un modo exhaustivo hacia fines de los años 1970 desde una visión económica que analizó los problemas estructurales y los enfrentamientos entre sectores de la economía y sus crisis cíclicas, llegando a establecer de manera adecuada el proceso de colonización del Estado por parte de estos mismos sectores. En otra línea de trabajo, se analizaron las estructuras de clase y sus alianzas y se caracterizaron las formas que asumió el Estado.<sup>95</sup> Mucho después y ya en los años 1990, pudo verse en los debates académicos que el hecho de hacer primar sobre el análisis una cierta valorización de las formas democráticas imperantes implicó que se proyectara sobre ellos un veredicto fuertemente condenatorio, cuestión ligada al cerco infranqueable de lo que es políticamente correcto decir y no decir.

Por esta misma razón, los intentos de revisión fueron relegados al ámbito de las opiniones personales o a recuerdos de militancia que no contaban con una necesaria profundidad teórica ni con la suficiente distancia crítica. Así es como nos encontramos con que los análisis se sitúan en un espacio binario. Hay relatos que recuperan los modos y valores de la generación protagonista construyendo una suerte de ficción épica que no reflexiona sobre porqué el proyecto político de transformación recibió una respuesta tan extrema. Mientras que en una posición opuesta, encontramos una repulsa cerrada a ese pasado, una especie de cólera divina a partir de la cual se descalifica o se ridiculiza a esas opciones políticas como si la mera mención de lo ocurrido atrajera de nuevo la catástrofe sobre nuestras cabezas. Tratando de tomar cierta distancia de estas posiciones, vamos a

---

<sup>94</sup> Así lo define Alfredo Pucciarelli en la “Introducción” de *La primacía de la política*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

<sup>95</sup> Nos referimos a Portantiero, Juan Carlos, “Clases dominantes y crisis política en Argentina”, en Braun, Oscar, *Desarrollo del capital monopolista en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1973; y al trabajo de Peralta Ramos, Mónica, *Acumulación de capital y crisis política en Argentina, 1930-1974*, México, Siglo XXI, 1978.

trabajar en este apartado desde una primera visión más general sobre la situación económica y política, para luego abordar la forma que asumieron organizaciones sociales novedosas así como experiencias innovadoras, analizando algunas de ellas con mayor profundidad. Nos interesa entender cómo esos actores y sus planteos pasaron de ser socialmente reconocidos y acompañados a convertirse a mediados de los años setenta en los potenciales habitantes de los campos de exterminio.

### **1.1. La cuestión económico-política**

Si quisiéramos caracterizar el período económico<sup>96</sup> que se extendió desde 1966 hasta 1973 de manera muy general, deberíamos decir que lo que se verifica es un crónico estancamiento del sector agropecuario exportador<sup>97</sup> junto con la continuidad de la expansión industrial sustitutiva de posguerra, que ya mostraba sus límites porque se encontraba orientada a un mercado interno poco competitivo y excesivamente protegido y regulado. Todo el período se caracterizó por ciclos cortos y abruptos donde tendencias de expansión y contracción se sucedieron sin solución de continuidad. Ciclos que a grandes trazos se caracterizaron por el desencadenamiento de una crisis en el sector externo, seguida de una devaluación monetaria que conducía a una espiral inflacionaria con una importante modificación del sistema de precios, dando por resultado la transformación de las pautas de distribución de ingresos, una significativa transferencia de excedentes y, lo más grave, la exacerbación de la pugna distributiva, que agudizaba los conflictos sociales.

Una de las cuestiones no resueltas en la estrategia sustitutiva de importaciones fue la provisión de materias primas industriales estratégicas, tecnología y bienes de capital necesarios para un desarrollo independiente. Al abordar sólo la producción de bienes finales, la única posibilidad que restaba era importar los elementos no producidos. Para ello, se requería un sector exportador, productor de las divisas necesarias para la importación, enormemente dinámico. El peso sobre el sector agrícola se recargaba en doble sentido, ya que no sólo debía exportar más, sino que el crecimiento industrial generaba una mayor demanda de alimentos y materias primas agrarias. En el caso de nuestro país, no se verificaron políticas que integraran el sector agroexportador a esta

---

<sup>96</sup> Entre los numerosos autores que analizaron el período, hemos elegido para este apartado los trabajos de Aldo Ferrer, Oscar Braun, Mario Brodersohn, Adolfo Canitrot, Marcelo Diamand y Mónica Peralta Ramos, trabajos que fueron realizados durante el período en cuestión.

<sup>97</sup> Sólo hacia fines del período, con la incorporación de nuevas formas tecnológicas (semillas híbridas), ese sector recupera algo de dinamismo en el área agrícola.

nueva dinámica, por lo que se mantuvo impermeable a los requerimientos de aumento de la producción, con el agregado de un mal aprovechamiento de la capacidad potencial de los recursos naturales debido al atraso tecnológico.

Por otra parte, el sector industrial sólo podía competir en el mercado interno en la medida en que estuviera protegido de la competencia extranjera a través de una serie de regulaciones cuyo único garante era el Estado. Un sector de estas características sólo puede sobrevivir siendo subsidiado desde el ámbito estatal, que le garantiza la reproducción de capital sin inversiones de riesgo y le habilita la explotación al máximo de la fuerza de trabajo. Y si volvemos al punto de crisis en que el Estado debe depreciar la moneda nacional para reequilibrar la balanza de pagos y obtener las divisas necesarias para afrontar las deudas, debemos decir que en tales circunstancias queda en manos del Estado la posibilidad de decidir el cómo y el cuándo se redistribuye la renta, fijar cuáles serán los grupos que soportarán el ajuste y en consecuencia también establecer el valor de la fuerza de trabajo. Esto último resulta posible toda vez que puede modificar el esquema de precios relativos, fijando el nivel de los tributos, el precio de los bienes fundamentales y el salario mínimo.

La clave, entonces, está en el rol del Estado, que por sus múltiples funciones y atribuciones tenía la posibilidad de orientar la marcha de la economía transfiriendo excedente según los grupos predominantes en la coyuntura. Estos grupos se correspondían con corporaciones económicas sectoriales que transformaban, por la vía de la colonización del Estado, sus problemas económicos en conflictos de índole política. Las consecuencias fueron devastadoras, porque al imponer una visión facciosa y de corto plazo de los problemas económicos, se obstruyó la posibilidad de elaborar diagnósticos y soluciones que trascendieran la pugna distributiva y que hicieran posible la remoción de sus causas históricas. Estas corporaciones, poco dispuestas a la negociación o a la búsqueda de consenso, demostraron que sabían usar a la perfección su ariete mayor: las Fuerzas Armadas. Ante una crisis, las corporaciones reclamaban que fuera resuelta por un actor no contaminado políticamente, una suerte de última *ratio* de la nación, un actor cuya fortaleza consistía en la capacidad de imponer una serie de medidas a través del control absoluto de la violencia. No se trataba de una cuestión novedosa, ya que a lo largo de la historia de nuestro país se puede verificar que ante demandas sociales fuertes, la respuesta fue siempre única: la violencia aleccionadora.

Lo cierto es que en lo concreto, todo el período no fue más que un sucederse de golpes de Estado seguidos de elecciones proscriptivas y formas de gobierno tuteladas por las FF.AA. Este minué entre los partidos políticos y las FF.AA. tuvo como consecuencia

un fuerte desprestigio para los primeros, ya que resultaba innegable la situación de subordinación que se establecía. La proscripción del peronismo y la sucesión de planteos y golpes militares que prometían resolver eficazmente la crisis económica y social a cambio de suspender los derechos ciudadanos tenían como corolario la puesta en acto de una democracia restringida.

Evidentemente, para bien o para mal, con mayor fortaleza o debilidad, el Estado estaba en el ojo de la tormenta. Es interesante seguir el análisis hecho por Guillermo O'Donnell para ese período; denomina a este tipo de Estado como “burocrático-autoritario”, enhebrando las dos cuestiones fundamentales que lo caracterizaban. Por una parte, la colonización por medio de técnicos de lo que se denominaba el *establishment*, o sea, gerentes o representantes de sectores del capital transnacional; y por otra, el sesgo autoritario, que a juicio de las FF.AA., se hacía necesario para “normalizar” la situación económica. Según la definición de O'Donnell, el Estado es:

[...] fundamentalmente una relación social de dominación o un aspecto captable analíticamente de las relaciones sociales de dominación a las que respalda y organiza por medio de la capacidad de poner en movimiento a instituciones que suelen contar con la supremacía de la coacción en un ámbito territorialmente acotado.<sup>98</sup>

Ahora bien, como Estado capitalista, su función central tiene que ver con garantizar y organizar una forma de dominación tal que haga posible la reproducción de las relaciones de producción y garantice un cierto régimen de acumulación de capital. Para llevar a cabo su misión, el Estado debe objetivarse en instituciones, apareciendo estas últimas como agentes del interés general de la nación, lo que oculta a los ojos de la sociedad civil su real función de instituir y garantizar la dominación.

Al caracterizar de un modo más estricto el Estado burocrático-autoritario, O'Donnell remarca que su principal base social fue una “burguesía altamente oligopolizada e internacionalizada”, mientras que su base institucional la constituyó un conjunto de organizaciones cuya principal característica era su especialización en la coacción. Su primera tarea consistió en establecer un sistema de exclusión de toda demanda de tipo sustantiva por parte de los sectores populares, a través de su exclusión política. Dicha exclusión implicó la supresión de las formas legales de la ciudadanía y la desigualdad en la distribución de recursos. Esta última exclusión, que fue de tipo económica, carecía de canales legales para ser apelada. Todo esto fue acompañado por

---

<sup>98</sup> O'Donnell, Guillermo, “Tensiones en el Estado burocrático-autoritario”, en *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997, pp. 70-71.

un discurso que hablaba de la necesidad de restaurar el cuerpo enfermo de la nación alejando a los agentes causantes de la enfermedad y a las partes que se hubieran contagiado. Coincidimos con O'Donnell en la siguiente afirmación:

La implantación del Estado BA es el resultado de una atemorizada reacción a lo que se percibe como una grave amenaza para la continuidad de los parámetros básicos de la sociedad, una ruptura que deja ver agudos antagonismos en la sociedad civil.<sup>99</sup>

Una sociedad civil que ha sido excluida de sus derechos ciudadanos así como de la posibilidad de demandar una participación diferente en el reparto de los bienes que se producen. En su interior, los sectores populares, los grupos medios y fracciones del capital nacional se visualizan como los más castigados por la “normalización económica” y la obturación de los espacios políticos de discusión y de construcción de consenso. En este marco, se hizo posible la construcción de nuevas formas de protesta social que autonomizaban a sus protagonistas de los canales políticos tradicionales.

## **1.2. “Porque vivimos a golpes, nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno”. Las nuevas formas sociales y políticas**

El escenario sociopolítico del período, fundamentalmente después del Cordobazo, fue ocupado por una virulenta corriente opositora al régimen imperante. En su trabajo sobre el Gran Acuerdo Nacional, María Cristina Tortti define a esa corriente, con bastante acierto, de la siguiente manera:

Un complejo conglomerado de fuerzas sociales y políticas, que si bien no generaron un actor político unificado, encabezaron un vasto proceso de protesta social, confrontación ideológica y activación política. Un haz de fuerzas que, portadoras de programas que combinaban cuestiones tales como liberación nacional, socialismo o revolución, imprimieron en la sociedad argentina los impulsos de una nueva etapa de contestación generalizada. Un lenguaje compartido y un común estilo político que daban cierta unidad de hecho a grupos sociales, generacionales y herederos de diversas tradiciones políticas e ideológicas: peronismo, izquierda tradicional, nacionalismo y grupos católicos particularmente tributarios de la teología de la liberación. Los discursos y las acciones que producían resultaban convergentes en la manera de oponerse a la dictadura, en sus críticas de diverso alcance al sistema y, también, en sus intentos

---

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 78.

de esbozar principios de legitimidad política diferentes a los que habían primado.<sup>100</sup>

Esta descripción general muestra algunas cuestiones que desagregaremos. La diversidad de grupos y actores involucrados, que pudo haber sido un freno o un impedimento, tuvo el efecto contrario, es decir, actuó como un eficaz revulsivo y dio lugar a una combinación que rompiendo con los moldes establecidos desconcertó al poder de turno. A pesar de provenir de diversos espacios políticos, sociales y culturales, las acciones y los discursos de estos grupos lograban confluír en la manera de oponerse al gobierno de facto y coincidían en sus críticas al sistema. Este confluír de discursos y acciones funcionaba a la vez como un eficaz multiplicador de los lazos que se construían entre los involucrados; hacía que se los percibiera como parte de un mismo espacio contestatario que no se limitaba a impugnar al gobierno, sino que ponía en entredicho el orden social.

La metodología utilizada para manifestarse incluyó rebeliones masivas, como el Cordobazo o el Rosariazo, y diversas puebladas que se combinaron con la organización –dentro del movimiento obrero– de tendencias nuevas denominadas “combativas y clasistas”. En el área rural, dio lugar a la aparición de nuevas organizaciones campesinas, mientras que en el interior de las universidades se generó un intenso debate ideológico que tuvo como corolario la radicalización del movimiento estudiantil. En algunas instituciones, se vivió una expansión de movimientos que cuestionaban la autoridad y el sentido de la propia institución; tal era el caso de la institución hospitalaria, fundamentalmente en el área de la salud mental.

La mayor parte de los estudios sobre la época reconocen que estas formas revulsivas tuvieron su origen en las transformaciones culturales que se cristalizaron a mediados de los años sesenta, pero que venían construyéndose desde la caída del gobierno peronista. Formas de modernización que comprendían transformaciones en las costumbres, tales como la liberación sexual, el nuevo rol de la mujer, la aparición de la categoría de “jóvenes” (con su manifestación más evidente en el rock and roll), el pelo largo y la minifalda, que inevitablemente colisionaban con el autoritarismo y la moralina cultural del gobierno. En el terreno del arte, se destacaron el Instituto Di Tella o la galería Lirolay, que dieron cobijo al surgimiento de la nueva figuración en la pintura, los *happenings* y las intervenciones como formas nuevas del arte, alcanzando su punto más alto con la muestra colectiva Tucumán Arde. También el nacimiento de los *café concert*

---

<sup>100</sup> Tortti, María Cristina, “Protesta social y Nueva Izquierda en la Argentina del GAN”, en Pucciarelli, Alfredo (ed.), *La primacía de la política*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 207.

como espacios de manifestación artística, que competían con las formas tradicionales del espectáculo; o la consolidación de los teatros independientes y su puesta en escena de autores nuevos o prohibidos en los teatros oficiales. Un mundo cultural que se completaba con el circuito de cines y librerías donde se podían adquirir las malas traducciones de Hegel junto con los escritos de Marcuse o Sartre, de Fanon o Althusser, o la revista *Pasado y Presente*; a la vez que las desaparecidas librerías Fausto repartían su periódico mensual gratuito en el que se publicaban escritos de la vanguardia literaria.

Algunos de los rasgos compartidos tenían que ver con la idea del compromiso y la entrega; la militancia como una forma de lo heroico, entendida como sacrificio, imitando el derrotero del Che Guevara; un fuerte descreimiento de la democracia como forma de gobierno, ya que la única que habían conocido estos jóvenes había tenido siempre un carácter restringido. Autonomía, impugnación generalizada del orden establecido, exigencias de participación y de decisión en espacios como la fábrica o la institución hospitalaria, demandas puntuales o bien de orden general, construcción de organizaciones de base sin participación de las instancias de conducción aceptadas, tal y como se vivió en el espacio de los sindicatos: todas fueron cuestiones que atravesaron la época y marcaron su espíritu. Sobre ello trataremos en los apartados siguientes.

### **1.3. “A la calle, que ya es hora de mostrarnos a cuerpo”. El Cordobazo**

Según Rouquié, “el Cordobazo recordó a los gobernantes improvisados que la política no es ni un lujo ni un mal, sino una irreductible realidad. Desterrada por la fuerza se impone por la violencia en justa compensación”.<sup>101</sup>

Luego de la caída del peronismo, se fueron sucediendo, a la manera de un círculo vicioso, golpes de Estado a los que seguían elecciones de carácter proscriptivo; gobiernos democráticos fruto de negociaciones secretas y pactos incumplidos; planteamientos castrenses que daban lugar a nuevos golpes de Estado que se convertían en dictaduras mesiánicas. Todo esto fue alterado a partir de 1969, cuando se inició un ciclo en el que predominaron nuevas prácticas sociales que pusieron en cuestión no sólo el rol del Estado, sino también sus propios fundamentos, ya que se relativizó el principio de

---

<sup>101</sup> Rouquié, Alan, *Poder militar y sociedad política*, Buenos Aires, Emecé, 1998, p. 285.

representatividad enfatizándose la participación social directa y el reclamo de una profunda reforma de las instituciones.

En los días previos al Cordobazo, se sucedieron una serie de eventos que prepararon el terreno. A principios de mayo, el gobierno militar derogó los regímenes especiales que existían para el descanso del sábado inglés en las provincias de Mendoza, San Juan, Santiago del Estero, Tucumán y Córdoba. En la ciudad de Corrientes, sede de la Universidad del Nordeste, se generó una movilización estudiantil en demanda de que no privatizaran el comedor estudiantil; la represión se cobró un muerto y numerosos detenidos. En Rosario, los estudiantes universitarios organizaron una marcha en repudio de lo ocurrido, en la que nuevamente murió un estudiante; la filial de Rosario de la CGT convocó a un paro general para el día 23 de mayo.

El día 29 de mayo de 1969, la ciudad de Córdoba amaneció con una convocatoria de la CGT local a una huelga general con abandono de fábrica. Desde muy temprano, grupos de estudiantes y obreros fueron ganando el centro de la ciudad. La represión policial generó un violento enfrentamiento: hubo barricadas, hogueras para combatir los gases lacrimógenos, clavos miguelitos y rodamientos para detener a la policía montada. Durante buena parte de la jornada, la multitud controló el centro de la ciudad mientras las imágenes de los noticieros mostraban a las fuerzas policiales retrocediendo ante el ímpetu de los manifestantes. En el Barrio de Clínicas, santuario de los estudiantes, durante horas los francotiradores mantuvieron ocupado al Ejército, que había tomado intervención cuando comenzó a anochecer. Una de las cuestiones que llamó la atención fue que los manifestantes no respondían a una organización centralizada, ni las acciones habían sido planificadas entre los diversos grupos que participaron; sin embargo, demostraron una notable eficacia para dispersarse y reagruparse desconcertando a las fuerzas del orden, que recién a la mañana siguiente lograron recuperar por completo el control de la ciudad. En este juego de aparecer y replegarse, los vecinos tuvieron un papel central dando cobijo a los manifestantes. Cuando la revuelta terminó, se contabilizaron más de veinte muertos y centenares de heridos, y los consejos de Guerra condenaron a prisión a los principales dirigentes obreros, entre ellos, al “gringo” Agustín Tosco. Sin duda, se puede plantear que el Cordobazo, a la vez que fue el inicio de la incontenible movilización social que se prolongó hasta 1975, traía a la memoria las jornadas del 17 de octubre por su carácter inorgánico y espontaneista.

Lo interesante y a la vez preocupante para el poder fue el modo en que una serie de reivindicaciones sectoriales escalaron rápidamente el conflicto hasta convertirse en verdaderas puebladas en las que los planteos demandaban mayor participación, más

libertad, más justicia social y política. En el caso particular del mayo cordobés, la protesta obrera se articuló con el movimiento estudiantil, generando una suerte de terremoto social luego del cual el paisaje cambió. Los sectores populares, protagonistas absolutos de la protesta, se encontraron con que habían participado de un evento en el cual las dirigencias tradicionales, tanto gremiales como políticas, habían sido desbordadas, lo que les confería un grado de autonomía muy novedoso. Pero justamente estas formas de autonomía y de rebeldía, que se manifestaban en la modalidad de la violencia política, preocupaban de un modo profundo a los sectores dominantes. La percepción del peligro tenía algunos puntos particularmente claves. El primero de ellos se relacionaba con el hecho de que los trabajadores perseguían objetivos clasistas y asumían esa lucha sin la mediación del aparato sindical tradicional; dicho de otra manera, comenzó a operarse un proceso de desbordamiento de las bases con respecto a los dirigentes. Si bien toda la etapa anterior al Cordobazo había sido la de una permanente movilización, ésta se había dado dentro de las estructuras existentes en los sindicatos. La situación, luego de mayo de 1969, se modificó profundamente, toda vez que la disciplina anterior fue sustituida por una creciente demanda de democracia de base. Por otra parte, a la experiencia previa de combatividad se le incorporaron formas nuevas, como la toma de fábricas con rehenes. Este fue un tema no menor, ya que rápidamente los sectores patronales lo leyeron como la apropiación de los elementos de trabajo y el espacio de la producción para ejercer presión, cuestión que subvertía el principio de autoridad empresarial en las plantas. Otro cambio importante operado durante el desarrollo del movimiento fue el de la apropiación de nuevos espacios, como el de la comunidad extra-fábrica representada por organizaciones vecinales o parroquias, que se integraban con la actividad sindical. Esto se complementó con la difusión de las demandas de los trabajadores en las asambleas estudiantiles, como forma de extender el conflicto y buscar solidaridades en otros espacios sociales. Un claro ejemplo de que los movimientos de base contaron con el apoyo de otros sectores sociales fue el de los abogados, que no sólo asesoraron a la nueva dirigencia sindical, sino que además iniciaron sistemáticas campañas de reclamos por la libertad de los presos políticos a los que defendían cuando eran encarcelados.

La otra cuestión que resultaba preocupante para los sectores dominantes era el hecho de que, por una parte, la sociedad civil mostraba un paulatino desconocimiento de la atribución estatal de monopolizar el uso de la violencia, y por otra, era cada vez más claro el apoyo de sectores medios a las demandas de los grupos populares. A la vez, en estos grupos populares surgían signos de radicalización. Se hacía evidente que lo que se ensanchaba era una base social con carácter contestatario.

Pero el mayo cordobés no tuvo carácter único. Entre 1969 y 1972, se sucedieron alzamientos populares en ciudades y pueblos del interior. Corrientes, Rosario, Tucumán, Mendoza y Neuquén mostraban claramente el entrelazamiento de los reclamos universitario con las protestas obreras a las que se agregaban los pequeños productores rurales, comerciantes y maestros. Esta variedad de grupos y movimientos de base mostraban en sus discursos y en su accionar concreto una fuerte crítica a lo existente, y lo hacían en nombre de la construcción de una nueva sociedad. Uno de los epicentros lo constituyeron las universidades, donde el movimiento estudiantil prodigó buena parte de los grupos jóvenes que participaron de la lucha.

Como dijimos, el mayo cordobés fue el antecedente de otros episodios similares. Los estudios sobre estas formas originales de protesta muestran que en general se originaban en algún suceso, como la suba de un impuesto, un aumento de tarifas de un servicio público estratégico en la zona o alguna medida tomada por la intervención militar que ponía en riesgo a una parte de la comunidad, disparando una movilización popular que contaba con amplias redes de solidaridad. Estas puebladas mostraron la conformación espontánea de frentes policlasistas que surgían para afrontar cuestiones de la vida cotidiana que iban más allá de los problemas de índole laboral. Si inicialmente hacían blanco en los principios de la llamada Revolución Argentina, pronto evolucionaron hacia formas de cuestionamiento de la organización social, ya que el malestar creciente tendía a contradecir el ordenamiento habitual de la vida social y, sobre todo, a desafiar las formas tradicionales de ejercicio de la autoridad.

#### **1.4. “Somos turbia y fresca, un agua que atropella en sus comienzos”. Los grupos juveniles y los sacerdotes comprometidos**

Dos grupos sociales hicieron su debut en las postrimerías de la década de 1960, dos grupos que serían ferozmente devastados por el terrorismo de Estado diez años después. Por un lado, los grupos juveniles, y por el otro, los sacerdotes que adhirieron a la Teología de la Liberación.

En el año 1967, los obispos de los países del Tercer Mundo manifestaron que la preocupación prioritaria de la Iglesia católica debían ser los pobres; no hacían alusión a los pobres de espíritu, sino a los reales desposeídos y perseguidos. A partir de esta declaración y del Concilio Vaticano II, junto con la reunión de Medellín en 1968, se dio

inicio a lo que se conocería como la Teología de la Liberación. Esta corriente aseveraba que toda forma de violencia ejercida por los que menos tenían constituía una manifestación justa, a la vez que convocaba a los sacerdotes a comprometerse con los olvidados de la tierra. En el caso argentino, este compromiso llevó a casi cuatrocientos sacerdotes y a innumerables laicos a trabajar en las zonas más pobres, dando inicio a la conformación de organizaciones solidarias que impulsaron reclamos y acciones de protesta. Hacemos notar que su espacio de trabajo no lo constituía sólo el ámbito laboral, sino también las poblaciones marginales tanto en las ciudades como en el área rural. Fuertemente vinculados con los sectores populares, construyeron una práctica particular que amalgamaba la acción pastoral y la actividad política. Conocidos como Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo, mantuvieron una fluida relación con la CGT de los Argentinos y con el peronismo combativo, desarrollando un importante trabajo entre los pequeños y medianos productores rurales del nordeste a partir del cual se crearon las Ligas Agrarias.

Sobre los grupos juveniles, no abundaremos. Su accionar va a estar presente de manera permanente en este apartado, porque fueron ellos los principales protagonistas de la etapa, ya sea en las fábricas, en los barrios, en las organizaciones políticas contestatarias o en las instituciones. Fueron proclives a llevar a cabo prácticas que cuestionaban el orden existente, cargando sobre sí el peso de expandir capilarmente el movimiento popular, dándole un sesgo radicalizado. El dato clave es que los jóvenes marcaban una forma de hacer política que atravesaba de un modo transversal a la sociedad argentina con un sello de fuerte autonomía. A modo de ejemplo, podemos citar la labor política llevada a cabo en barrios de trabajadores o bien en zonas carenciadas, donde se trataba de ayudar a los vecinos a organizarse para la obtención de mejoras concretas relacionadas con la prestación de servicios públicos, como la provisión de agua corriente, la asistencia en salud, el transporte urbano o las viviendas. Estaba claro que el fundamento de este tipo de trabajo tenía que ver con la idea de que los cambios eran posibles si las personas se organizaban y presentaban batalla. Era frecuente que incentivaran a los vecinos de las villas de emergencia a organizarse para participar en el diseño de las nuevas viviendas, discutiendo sobre sus necesidades en lugar de amoldarse a viviendas diseñadas y pensadas por otros. El compromiso concreto en la alfabetización de adultos y la ayuda en las tareas escolares para chicos de bajos recursos eran otras actividades de la militancia joven.

Todo esto proveía a esos jóvenes de una importante inserción en diferentes segmentos de la sociedad, incrementando la disponibilidad para la movilización. La institución por excelencia que procesó estos modos de la revuelta fue la Universidad. En

ella se vivió un intenso clima de agitación que generó experiencias políticas innovadoras e impulsó a una gran cantidad de jóvenes a vincularse con ámbitos que les habían sido ajenos hasta ese momento. Debemos consignar que esta forma de hacer política, que la jerga de la época denominó “la militancia”, se nutría básicamente de voluntad, sacrificio y disposición para dar batalla, aunque no así de experiencia personal en el terreno del juego político. Esta cuestión se hizo relevante cuando Juan Perón inició su tercera presidencia.

### **1.5. “Cuando se miran de frente los vertiginosos ojos de la muerte”. Las organizaciones armadas**

Ya para 1970, operaban en la Argentina cinco grupos guerrilleros: las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y Montoneros. Salvo el último grupo, cuyo nombre aludía a insurgentes del siglo XIX, el resto portaba una denominación que lo colocaba en espejo con el ejército de línea. Proponiendo un cambio revolucionario, llevaban en el nombre la idea de la guerra. Entre 1970 y 1973, funcionando como un ariete, pusieron en acto esa idea a través de acciones de combate que incluían toma y retención de pequeños pueblos, reparto de comida en zonas carenciadas, asaltos a bancos y arsenales, secuestros de industriales (como fue el caso de Oberdán Salustro), secuestro y asesinato de figuras políticas o militares (como fue el caso de Aramburu). En años posteriores, intensificaron los ataques a instalaciones militares en un enfrentamiento directo con ese otro del espejo.

La guerrilla en Argentina reconoció como antecedente los diversos movimientos armados latinoamericanos, asiáticos e incluso los que se generaron en países occidentales como Italia o Alemania. En las guerrillas asiáticas o africanas, las organizaciones armadas eran el producto de un movimiento más vasto de liberación que intentaba librarse del estatus de colonia o que combatía a un ejército invasor, lo que les daba un fuerte respaldo popular. En nuestro país, surgieron como una forma de resistencia a la dictadura a la vez que trataban de generar “condiciones revolucionarias” exacerbando las contradicciones existentes. No puede achacárseles la originalidad de introducir la violencia en la política argentina o de pensarla como un campo de fuerzas en tensión, porque estas cuestiones les precedieron. Es cierto que el período estuvo atravesado por una muy visible violencia

estatal (golpes de Estado, detenciones preventivas) a la que respondieron las organizaciones armadas en ese mismo terreno. Lo que no es menos cierto es que esa no era la única forma que asumía la violencia en la sociedad argentina; existían otros modos, que podemos llamar de “violencia normalizada”, que se verificaban en los ritmos del trabajo fabril o en la explotación de los trabajadores rurales en los obrajes, contra los cuales también se ejercía resistencia.

Un rasgo a destacar es que sus integrantes rondaban un promedio de edad de veinticinco años –característica que compartían con otros grupos movilizados de la época–, provenían de las clases medias urbanas y se encontraban ligados al ámbito universitario. En sus inicios, gozaron del apoyo de vastos sectores sociales, pero cuando exacerbaron su militarismo y dejaron de lado el trabajo político territorial, perdieron buena parte del capital humano que los había acompañado. Para cuando llegó el final, los guerrilleros con real capacidad de fuego no excedían del millar y medio.

En el conjunto de grupos insurgentes, dos prevalecieron: el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y Montoneros. El primero fue el brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores de orientación trotskista, y sus acciones fueron preponderantemente urbanas, hasta que en 1975 y a partir de una sobrevaloración de la guerra revolucionaria, constituyeron un foco guerrillero en Tucumán. Uno de sus rasgos más notables fue la estrategia de proletarizar<sup>102</sup> a sus cuadros militantes con la intención de establecer un nexo entre el partido y la clase trabajadora. Frente al gobierno popular que se instaló en 1973, decidieron continuar con la lucha armada, ya que desde su posición política, esa nueva administración sólo constituía una variación del gobierno de la burguesía al que tenían como meta derrotar. Esto era concordante con su estrategia de romper el equilibrio institucional para debilitar lo que llamaban “una farsa democrática”. Su posición ideológica no les permitió incorporar los matices que presentaba la clase obrera en la Argentina con su fuerte adscripción al peronismo. Esta adscripción significaba que más allá de su probada combatividad, los objetivos a mediano plazo que perseguía la clase trabajadora peronista tenían más que ver con un proceso reformista que con uno revolucionario. Para 1976, la mayoría de sus cuadros había desaparecido en los campos de exterminio.

Compartimos con Pilar Calveiro que “las armas son potencialmente enloquecedoras, permiten matar y, por tanto, crean la ilusión de control sobre la vida y la

---

<sup>102</sup> La “proletarización de sus cuadros” consistía en que los militantes consiguieran trabajo en la industria, siendo que buena parte de ellos provenían de las clases medias.

muerte”.<sup>103</sup> Tal vez esta enunciación sea la más adecuada para referirnos a la otra agrupación guerrillera, Montoneros, que nace a la vida política con un acto de muerte, el asesinato del general Aramburu,<sup>104</sup> bajo el supuesto de reivindicar un deseo profundo de las bases peronistas. Un golpe que tenía la marca del espectáculo, marca que acompañó a muchas de sus acciones guerrilleras que brillaron más que el gris trabajo político del militante barrial en el imaginario social. A diferencia del ERP, que se constituyó primero como partido y luego mutó a formación armada, Montoneros no se referenció en sus inicios con un partido político, si bien sus integrantes se reconocían como peronistas cristianos. En su proclama inicial, se definían del siguiente modo:

Nuestra organización es una unión de hombres y mujeres profundamente argentinos y peronistas, dispuestos a pelear con las armas en la mano para la toma del poder para Perón y para su pueblo y la construcción de una Argentina justa, libre y soberana.<sup>105</sup>

Recién en 1972 Montoneros se ligó con la Juventud Peronista, que funcionó a modo de organización de superficie. Como forma de difusión, contó con un periódico (*Noticias*) y una revista (*Descamisados*), ambos con una importante tirada. Su originalidad estuvo dada por la mixtura entre la militancia cristiana y un marxismo revolucionario que le aportaron rasgos particulares de carácter mesiánico y una lectura teleológica de la historia, cuestiones que lo diferenciaron del resto de la izquierda combatiente. Hay que destacar que Montoneros nunca dudó de su adscripción al peronismo y de ligar esta forma política con la idea de pueblo. Su relación con los grupos populares quedó demostrada a través de una importante capacidad de movilización:

Los Montoneros movilizaron impresionantes multitudes a través de sus organizaciones de base en las concentraciones y manifestaciones de 1973-1974, así como en las actividades relacionadas con la campaña electoral de septiembre de 1973. En más de media docena de ocasiones, consiguieron reunir de 50 mil a 150 mil personas, e incluso sobrepasaron dichas cifras cuando el definitivo regreso de Perón al país, el 20 de junio de 1973: si bien las estimaciones del número de argentinos que fueron a recibirlo oscilaron entre un millón y cuatro millones, se sabe que la Tendencia por sí sola había movilizó a la mitad.<sup>106</sup>

Montoneros se incorporó al movimiento peronista inscripto en la tradición amigo-enemigo, y en ese juego a todo o nada, nunca se planteó formas de negociación. Esta

---

<sup>103</sup> Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2001, p. 17.

<sup>104</sup> El general Aramburu fue uno de los cerebros y ejecutores del golpe de Estado que derrocó a Juan Perón y se conoció como la “Revolución Libertadora”. Asumió la presidencia deponiendo al general Lonardi y se lo considera responsable de los fusilamientos de militantes peronistas en los basurales de José León Suárez.

<sup>105</sup> Citado por Pilar Calveiro en *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Verticales de bolsillo, 2005, p. 75.

<sup>106</sup> Gillespie, Richard, *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 170.

última cuestión desembocó en una ruptura con Juan Perón cuando los proyectos de ambos comenzaron a mostrar diferencias.<sup>107</sup> Es necesario mencionar otro punto que tiene que ver con la diferencia que existía entre la conducción y la militancia de base, que se hizo más evidente luego de la mencionada ruptura: nos referimos a la falta de participación de los militantes en la toma de decisiones y al silenciamiento de las disensiones internas. Los cuadros de superficie que reconocían diversos orígenes comenzaron a formular críticas y reparos que eclosionaron, en alguna medida, cuando en 1974 se le impuso a la militancia territorial el pase a la clandestinidad.<sup>108</sup> Esto estaba ligado a una valoración efectista de la violencia armada que la conducción convirtió progresivamente en la máxima expresión de la política, militarizando el movimiento y aislándolo del apoyo popular que era capaz de acompañar la toma de una fábrica, pero no el asesinato de un policía. Curiosamente, será Mario Roberto Santucho, máximo líder del PRT-ERP, quien reconocerá el error pocos días antes de ser asesinado:

Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las Fuerzas Armadas al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo del movimiento de masas, y no habernos replegado.<sup>109</sup>

Para 1976, la conducción de Montoneros buscó refugio en el exilio. Los militantes de base no siempre tuvieron esa opción.

## 1.6. Tres experiencias paradigmáticas

En este apartado, nos proponemos analizar tres casos que permiten entender cuál fue el accionar político y social de quienes luego serían las víctimas por excelencia de los campos de exterminio. Los casos elegidos implican geografías diferentes: el nordeste argentino, más específicamente la provincia del Chaco, Córdoba y Buenos Aires. Los actores intervinientes se corresponden con diferentes espacios en el mundo laboral: trabajadores agrarios, obreros fabriles y profesionales del área de la salud. Lo que los hacía semejantes se relacionaba, por un lado, con las formas de organización y de lucha, y por otro, con el hecho de que los objetivos que se planteaban tendían a subvertir el orden

---

<sup>107</sup> La relación entre Juan Perón y la Juventud Peronista tiene la suficiente complejidad como para merecer un trabajo particular. Por eso nos limitamos a señalar algunas cuestiones centrales.

<sup>108</sup> Era común en la época escuchar a los militantes decir: “Pero ¿qué quieren? ¿Que nos movamos por el barrio con careta o que vayamos a la facultad disfrazados? Si todo el mundo nos conoce...”.

<sup>109</sup> Citado en Seoane, María, *Todo o nada*, Buenos Aires, Planeta, 1993, p. 242.

de la institución o espacio de producción en que desarrollaban su labor. Otro rasgo distintivo tenía que ver con que la mayoría de ellos eran jóvenes que a través de una praxis transformadora iban adquiriendo un compromiso político.

Las herramientas que construyeron para llevar adelante su lucha tenían un carácter innovador y concitaban una masiva adhesión por parte de los representados o destinatarios (en el caso de los profesionales de la salud). Entendemos que estas cuestiones, sumadas a particulares coyunturas políticas que se desataron a partir del año 1973, habilitaron una forma exacerbada de represión que culminó con las prácticas de exterminio puestas en acto por el “Proceso”.

### **1.6.1. Las Ligas Agrarias**

Las Ligas Agrarias nacieron como una agrupación que reunía a colonos y campesinos víctimas de la crisis que se abatía sobre la producción agrícola en el nordeste argentino. Para poder situar el fenómeno, debemos aclarar que tuvo lugar en una región periférica dentro del esquema de desarrollo del país. Toda la región se caracterizó por producir cierto tipo de bienes (alimentos y materia prima textil), que abastecía predominantemente el mercado interno, lo que significaba que sufría las crisis y los achicamientos a los que éste era sometido por la política económica vigente en esos años. Dentro de la región, cada provincia tenía su problemática particular. En el caso de Misiones, el tema tenía que ver con la caída histórica de los precios de la yerba mate; para Formosa, la cuestión se relacionaba con el acceso y la tenencia de la tierra. Pero el caso más paradigmático y en el que vamos a centrarnos fue el de la provincia de Chaco, donde se venía produciendo, desde una década atrás, un deterioro progresivo del precio del algodón y una consecuente disminución de su producción. Esta crisis tuvo como consecuencia una pauperización del pequeño y mediano productor, que no encontraba otra salida que la emigración junto con su familia y cuyo correlato fue el abandono de la explotación o bien su entrega en pago de deudas. Al respecto, dice Osvaldo Lovey:<sup>110</sup>

Trabajé en la chacra de mis padres desde los catorce años, teníamos una explotación agrícola mediana, el cultivo principal era el algodón, se trabajaba con muy escasos medios técnicos y sin apoyo oficial, la chacra estaba situada al norte de Machagai en el Chaco. Era muy dura la vida en el campo y se veía agravada

---

<sup>110</sup> Entrevista a Osvaldo Lovey, líder de las Ligas Agrarias en el Chaco, en Moncalvillo, Mona, *Revista Unidos*, núm. 11-12, octubre de 1986.

por problemas climáticos como las inundaciones del 66/67 en las que quedamos aislados por las aguas y había que sacarla 110 km en tractor para encontrarnos que el precio que nos pagaban no había valido el esfuerzo. La situación se tornó desesperante, no se podían pagar las deudas y no se podía volver a sembrar. En los años siguientes se empezó a poner bandera de remate a las herramientas de trabajo y a las chacras de los colonos, hubo desalojos compulsivos, se inició así el éxodo, había que ver las estaciones de tren de todos los pueblos del Chaco, abarrotadas de gente, se calcula que para 1968 ya eran más de 200 mil chaqueños en Buenos Aires, en su gran mayoría jóvenes con conocimientos de la actividad agropecuaria.

Quienes se beneficiaron con esta situación fueron los grandes productores, que podían hacerse de los campos dejados por la emigración, y las empresas comercializadoras, que monopolizaban la compra de la producción determinando las reglas de juego de la actividad económica regional.

En este contexto, una pluralidad de productores, que iban desde campesinos minifundistas pauperizados hasta chacareros medianos, se fueron dando una organización que logró agrupar a más de 20.000 familias dentro de las cuales hay que destacar la presencia activa de cerca de 54.000 jóvenes.<sup>111</sup>

Entre las reivindicaciones planteadas, nos interesa rescatar aquellas que estaban orientadas a las formas y condiciones de la producción, como por ejemplo, las exenciones impositivas, la inembargabilidad de maquinarias y tierras por deudas, el reclamo por la entrega de tierras tal y como se refleja en el estatuto fundante:<sup>112</sup>

La constitución de las Ligas Agrarias ha sido motivada fundamentalmente por, a) debido a la gran despoblación del Chaco, b) un estado de marginación social, que no les permite a los campesinos adquirir un conocimiento profundo de cuáles son las raíces de los problemas que los afecta, c) una situación económico-social de injusticias que afecta desde hace muchos años a todas las familias agrarias y en mayor intensidad a los pequeños y medianos productores (art. 3).

Y además, agregaba:

Asegurar una toma de conciencia permanente en todos los afiliados, de los distintos problemas que afectan el desarrollo integral de la familia campesina en lo económico, social y educativo, denunciando las injusticias y atropellos que se cometan (art. 4); constituir las Ligas como instrumentos de control y de defensa de los intereses económicos y sociales de los agricultores, principalmente del sector más necesitado (art. 5); constituir con todos los sectores de la producción un frente amplio contra los monopolios (art. 9).

---

<sup>111</sup> Datos extraídos de Galaffassi, Guido, “Rebelión en el campo. Las Ligas Agrarias de la región chaqueña y la discusión del modelo dominante de desarrollo rural (1970-1976)”, en Lázaro, Silvia y Galaffassi, Guido (comps.), *Sujetos, políticas y representaciones del mundo rural Argentina 1930-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

<sup>112</sup> *Ibid.*, p. 249.

Este documento definió a las Ligas no sólo como un movimiento gremial, sino también como un espacio de concientización sobre los problemas que acarreaban las formas de la producción algodonera. En este sentido, los temas que comenzaron a ser debatidos tuvieron que ver con la fijación de precios, cuál debía ser la función del fondo algodonero, la prioridad que tenía que darse al consumo de fibra nacional en el mercado local y un tema que resultaba particularmente irritante para los terratenientes zonales: el papel del cooperativismo. Una de las cuestiones que más problemas trajo a las Ligas fue su lucha por la fijación de un precio sostén para el algodón en bruto, dado que eso impediría el supuesto juego libre de la oferta y la demanda; juego en el que los únicos beneficiarios eran los monopolios que se concentraban como acopiadores frente a una oferta fragmentada de pequeños productores. Esta cuestión se refleja en el testimonio de Lovey:<sup>113</sup>

Siempre tuvimos problemas con Bunge y Born, Alpargatas y Fibramalva, porque veían en el fortalecimiento del Movimiento Cooperativo un serio obstáculo para el acopio de la materia prima a precios irrisorios como acostumbraron toda la vida. A esta altura de la vida estamos seguros que esa fue una de las razones para la represión despiadada a la que fuimos sometidos.

El 31 de enero de 1972, se organiza una marcha sobre Resistencia a la que acudieron más de 10.000 productores de distintas provincias y cuyo petitorio proponía:

1) Que mediante una declaración pública el gobierno provincial se expida en contra de la importación de fibra y de los precios mínimos anunciados para el algodón en bruto. 2) Que asuma como propias las exigencias de todos los problemas planteados por las Ligas Agrarias, y que junto a los demás gobiernos del Nordeste se comprometa luchando por la solución de los mismos. 3) Que se defina públicamente si está con el pueblo chaqueño o con los monopolios. 4) Hacemos saber que si no vemos convertidas en hechos estas exigencias en un plazo no mayor de un mes, el campo paralizará sus actividades, tomaremos las rutas, tomaremos las desmotadoras particulares si es necesario y boicotearemos decididamente a todos aquellos que exploten a los agricultores y a todo el pueblo trabajador chaqueño.

La novedad del reclamo residió en la amenaza de una huelga agraria de carácter activo que no tenía antecedentes en la región.

Otra de las cuestiones que las Ligas tanto de Chaco como de Formosa pusieron en discusión se relacionó con la tenencia de la tierra. Este reclamo incluía la legalización de los que ocupaban tierras fiscales, o bien se solicitaba la entrega de tierras cultivables a todos aquellos que pudieran trabajarlas. En ambos casos, el papel central que se le

---

<sup>113</sup> Moncalvillo, *op. cit.*

asignaba a la tierra se complementaba con los aportes de cómo hacerla más productiva.

En el siguiente documento de la época, pueden verse con claridad los reclamos:

Consideramos injusto: 1) La amenaza de los desalojos sin que se reubique a los colonos desalojados. 2) La situación del que tiene gran cantidad de tierras como la del que tiene tan poca que no le alcanza para vivir dignamente. 3) Consideramos especialmente injusta la situación de los que tienen gran cantidad de tierras y muchas hectáreas sin explotar, pudiendo hacerlo. 4) La situación del que tiene poca tierra y no puede trabajarla porque le faltan herramientas y capital. 5) Que se le entreguen tierras al que tiene capital y que a los colonos pobres no se les entregue. 6) Que la mensura corra por cuenta de los colonos. 7) Que se les saquen piquetes comunales y vecinales donde pastan los animales de varios colonos. 8) Los impuestos que se cobran a los animales de los colonos, que debido a la ausencia de piquetes comunales andan sueltos. 9) Que los impuestos que se cobran al campo no vuelvan al campo.

Ante esto pedimos: 1) Se suspendan las órdenes de desalojo, así como las amenazas en toda la provincia. 2) Se reconsidere la tenencia de tierras. 3) Se faciliten créditos y maquinarias a los colonos pequeños y medianos. 4) Que la mensura corra por cuenta del gobierno. 5) Que se le otorguen piquetes comunales y vecinales para que pasten los animales. 6) Que las tierras se den al que las trabaja. 7) Que se disminuyan los impuestos. 8) Que la Dirección de Tierras envíe inspecciones para que verifiquen las existencias de tierras aptas, dentro de la zona, donde se reubiquen a los desalojados. 9) Reinvertir los impuestos sacados del campo en el campo (camino, escuelas, etc.). 10) Sacar los impuestos excesivos de los insecticidas y maquinarias agrícolas. 11) Para la adjudicación de tierras aptas, tener en cuenta lo siguiente: ser pobladores de la zona, tener familias numerosas, ser agricultores, obligar a poblar la tierra; y no tanto el capital.<sup>114</sup>

En la voz de Osvaldo Lovey, el problema toma un carácter netamente político:

El derecho a la tierra fue una de las banderas de las Ligas, en consecuencia chocamos contra los privilegios de los grandes terratenientes; es una realidad en nuestra región que el 5% de las grandes propiedades se asientan en el 75% de la tierra productiva, mientras que las grandes masas de pequeños productores son condenadas a producir en minifundios y en muchos casos en tierras ajenas como arrendatarios. Estos sectores terratenientes son los responsables del estancamiento productivo, porque usan la tierra como instrumento de especulación, por eso propusimos siempre la aplicación de la renta potencial del suelo.<sup>115</sup>

En los documentos y testimonios, va quedando claro que se luchaba para que los colonos, pequeños productores y campesinos pudieran ser incluidos en una forma de producción económica más moderna que contemplara, por ejemplo, la ventaja de la posesión de la tierra por parte del que la trabaja, como forma de elevar la calidad de vida. Pero los reclamos de corte económico, que significaban tratar de conseguir una forma de vida digna, chocaban indefectiblemente con los privilegios históricos de los grupos

---

<sup>114</sup> Documento de la ULICAF, "Información a la opinión pública y al gobierno", año 1971.

<sup>115</sup> Moncalvillo, *op. cit.*

dominantes. Estos grupos veían con enorme preocupación la radicalización del movimiento y algunos de sus logros. Dice al respecto Lovey:

Entre las conquistas que puedo recordar: terminamos con los desalojos, logramos que las herramientas fueran inembargables, frenamos el éxodo rural, se recuperó el crédito, pero creo que la más importante es que con la organización y la lucha recuperamos la dignidad de ser campesinos, una condición degradada, ya no teníamos que entrar al banco con la cabeza gacha y el sombrero en la mano... como para pedir limosna, nos sentíamos protagonistas de nuestro propio destino, porque las Ligas Agrarias eran una herramienta de participación. Recuerdo que en las asambleas participaba toda la familia, porque en el campo trabaja toda la familia y por tanto nos parecía que todos tenían derecho a opinar.<sup>116</sup>

Organización, lucha, protagonismo, recupero de la dignidad, fuerte participación de los jóvenes caracterizaron todo este proceso en el que se tendía a recuperar un modo de vida comunitario que se oponía a las formas de sujeción históricas. A partir de 1976, buena parte de los dirigentes fueron encarcelados y torturados, y algunos de ellos permanecen desaparecidos. En el caso particular de Osvaldo Lovey, fue detenido durante 1975 y luego puesto en libertad; entre 1976 y 1978, sobrevivió escondido en el monte chaqueño, gracias a la solidaridad de sus compañeros, hasta que logró salir clandestinamente del país.

### **1.6.2. El cuestionamiento a la institución psiquiátrica**

Desde mediados de la década de 1960, diversos proyectos de renovación institucional fueron planteados por profesionales que pertenecían al ámbito de la salud o de la educación. En general, solían impugnar las formas tradicionales de organización y ejercicio de la autoridad junto con propuestas que privilegiaban las formas de gestión participativa. Una circunstancia característica en estos cuestionamientos tenía que ver con el enfrentamiento entre los saberes tradicionales y las innovaciones que se producían en esos campos. En esta misma línea, quienes llevaban adelante los desafíos eran en su mayoría jóvenes profesionales. El caso que vamos a tomar se desarrolla dentro de una institución psiquiátrica y expone las condiciones de vida de los internados junto con el intento de modificar esa situación.<sup>117</sup>

---

<sup>116</sup> Moncalvillo, *op. cit.*

<sup>117</sup> Vamos a tomar los testimonios del trabajo de investigación desarrollado por Mauricio Chama sobre una sala en el neuropsiquiátrico de la localidad de Melchor Romero, y que se encuentra publicado como “La

Hablar de “condiciones de vida” es usar un eufemismo cuando esa idea se refiere a la situación de los hombres y las mujeres internados en manicomios. Los testimonios que siguen son sumamente elocuentes al respecto:

El aspecto que muestran los enfermos es por lo general muy malo; pésimamente vestidos, a veces sin calzados y sucios, no se observa una preocupación por la higiene y el cuidado de ellos. Cuando se los higieniza, sobre todo a aquellos que pasan el día en el patio que llamamos “corral”, se les da un baño de inmersión con fluido desinfectante, es decir, se toma a los enfermos como si fueran animales apestados. Con la diferencia de que a dichos animales se los cura y cuida esmeradamente. La forma en que se alimenta a los internados es indignante, carecen de lo más elemental para tomar su alimento, hay pocos platos para la cantidad de gente que habita dicha sala. No hay cubiertos, de manera que el enfermo tiene que alimentarse con las manos o llevarse el plato a la boca [...] los pacientes, que pasan su vida en el corral, están completamente desnudos. Existe una sala destinada a recibir personas recién internadas [...] los enfermos la llaman calabozo, y es precisamente eso, un calabozo con rejas y todo. En su interior se han colocado ocho camas que por lo general están ocupadas, pero como además los enfermos que están allí no disponen de medios para cubrir sus necesidades fisiológicas hay en el interior una atmósfera casi irrespirable [...] muchos internados piensan que se hallan en una comisaría o cárcel en lugar de un hospital.<sup>118</sup>

Encerrados en “corrales”, desnudos, alimentándose sin la mediación de cubiertos, rociados con desinfectantes, haciendo sus necesidades en el mismo lugar en el que viven; todo lo dicho constituye la exacta descripción de un lugar de reunión destinado a animales. A lo que hemos descripto, hay que agregarle que se requería “mantener tranquilos a los internos”, y eso se lograba a base de psicofármacos:

[...] esas mujeres eran degradadas más que a una condición de animal, eran degradadas a cosas; ni un animal estaba en el estado de privación e indiferencia en el que ellas se encontraban, había siempre dos o tres con chaleco de fuerza, la cantidad de psicofármacos era impresionante, no se trataba de dos o tres pastillas sino de puñados de pastillas.<sup>119</sup>

No menos intimidante resultaba el proceso de admisión al hospital. El paciente era privado de su ropa y objetos personales, inmediatamente se le cortaba el pelo y se lo desinfectaba pasando luego a asignarle una cama y un uniforme. Si se resistía, recibía un coctel que combinaba golpes y duchas con agua fría. El último testimonio que vamos a citar es tal vez el que mejor describe los métodos científicos de cura de los internados:

Así, mis primeras grandes acciones como psicóloga individual fueron, por ejemplo, cortar la luz para evitar los electroshocks. Había un médico que estaba haciendo su formación como psiquiatra, pero que había sido toda la vida médico

---

expansión de los límites de lo posible. El itinerario de una experiencia innovadora en salud mental de los 60”, en Pucciarelli, Alfredo (comp.), *La primacía de lo político*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

<sup>118</sup> Chama, *op. cit.*, p. 299.

<sup>119</sup> *Ibid.*, p. 282.

de policía y aplicaba electroshocks indiscriminadamente. Las mujeres se arrodillaban y le imploraban, le prometían que se iban a portar bien, que iban a ser buenas [...] eran escenas dantescas.<sup>120</sup>

Los locos son, para las sociedades capitalistas, básicamente seres improductivos, porque resulta muy complejo disciplinarlos para el trabajo. Por otra parte y a su pesar, son negadores del orden social, ya que las reglas que rigen sus vidas son por lo general insondables. En síntesis, se trata de criaturas colocadas en los confines de lo humano por el discurso de la razón. Por lo tanto, vale para ellas toda excepción. Los jóvenes profesionales que trataban de modificar esta situación encontraban una tenaz resistencia en la institución manicomial, que se reflejaba en la actitud de los médicos y de las autoridades. El siguiente testimonio da cuenta de ello:

[...] los psicólogos eran alteradores del orden natural de las cosas, jodían con la medicación, jodían con el ordenamiento de la clínica, jodían con los tiempos de internación, jodían con el electroshock, jodían con las técnicas quirúrgicas de ablación.<sup>121</sup>

Al cuestionar el tratamiento dado a los internados, inevitablemente se cuestionaba la institución tal y como lo reconoce una de las psicólogas del hospital:

[...] empezamos a cuestionar el modelo normal-anormal, el modelo de ajuste, el modelo de desviación, para empezar a construir un modelo de salud donde se incluía el proyecto social de preguntarnos a quién sirven ciertos modelos de salud, a ver a la normalidad como sospechosa porque detrás de la normalidad aparece una cuestión adaptativa y de ajuste a un patrón impuesto desde afuera y comenzamos a trabajar todo lo que es crítica y concientización.<sup>122</sup>

Para poder desarrollar una forma nueva de relación entre el paciente y el terapeuta, el grupo apeló a una diversidad de instrumentos que incluían tanto la palabra como la relación con el cuerpo. En lo que tenía que ver con lo corporal, se recurrió a clases de educación física, pero también se trabajó con técnicas de expresión que se mediatizaron a partir de clases de pintura y escultura con arcilla. Esto se complementaba con la novedad de la terapia individual basada en la palabra y no en la química. Se modificaron los modos institucionales introduciendo dispositivos tales como la comunidad terapéutica, los grupos de convivencia y las asambleas comunitarias. Estos dispositivos tenían como objetivo modificar la trama vincular y hacer del paciente un actor reflexivo y crítico, no un simple predicado del discurso médico. La propuesta estaba orientada a elevar la autoestima del paciente a partir de la posibilidad de recuperar sus relaciones afectivas y

---

<sup>120</sup> *Idem.*, p. 284.

<sup>121</sup> *Idem.*, p. 294.

<sup>122</sup> *Idem.*, p. 293.

sociales, y en última instancia, buscar el modo de una posible inserción laboral que le evitara ser una carga para su familia. En este terreno, el grupo logró generar un club recreativo en el que participaban los enfermos, sus familiares junto con vecinos del lugar, que lo adoptaron como un espacio de esparcimiento. Todo esto modificaba la relación del paciente con el afuera. Estaba claro que esas acciones se oponían al orden disciplinador de la institución manicomial tradicional. En el dispositivo particular de la asamblea y también en los grupos terapéuticos, aparecía necesariamente un *logos* común negado hasta ese momento. El paciente recuperó el derecho a la palabra y el gobierno de su cuerpo a la vez que las crisis no se resolvían con violencia, sino con discusión y participación. Describiendo un día de trabajo, una de las psicólogas dice:

Llegábamos al hospital y comprábamos *La Opinión* y *El Cronista* junto con un paquete de cigarrillos, entrábamos y se llenaba el aula. Esa aula que siempre fue para el saber, para los médicos, para una categoría especial y superior de personas que estaban del otro lado del pasillo, ahora era ocupada por los pacientes, que debatían las noticias.<sup>123</sup>

La lectura y discusión de los diarios posibilitó una relación con el mundo exterior que siempre estuvo vedada, pero también fue capaz de producir la decisión de hacer un periódico propio en el que se relataron los problemas que atravesaban los internos, y que fue censurado cuando los artículos adquirieron un tono crítico.

Si para los pacientes la experiencia significó convertirse en agentes activos de su propia cura, para los jóvenes terapeutas fue la posibilidad de innovar, a partir de una praxis concreta, los dispositivos de una institución. Así lo reconoce una de las psicólogas:

[...] no había una instancia de control, ni tampoco había instituido qué hace un psicólogo. Eso fue fantástico, que no existieran instituidos, porque hubiéramos tenido menos capacidad de imaginar.<sup>124</sup>

Intentos de democratización del gobierno de la institución, modificación de la relación entre paciente y terapeuta, introducción de la palabra como forma de la cura, internados que se transformaban en agentes activos y que trabajaban para su autogobierno, abolición de tratamientos aberrantes y una serie de cuestiones en esta línea culminaron, a principios de los años setenta, con la intervención del servicio, la circulación de patotas armadas y finalmente, en 1976, con la desaparición de algunos integrantes del grupo o su exilio forzoso.

---

<sup>123</sup> *Idem.*, p. 297.

<sup>124</sup> *Idem.*, p. 289.

### 1.6.3. Los gremios clasistas y combativos en Córdoba

Las nuevas formas de activismo sindical tuvieron su epicentro en Córdoba, principalmente en las nuevas industrias que se radicaron en la provincia a partir de la década de 1960. De esas industrias, hemos elegido las empresas automotrices, ya que tenían como característica común el contar con obreros jóvenes y altamente especializados. Por otra parte, fueron estas mismas empresas las que incentivaron la creación de sindicatos por planta con el objeto de debilitar el poder sindical central bajo el supuesto de que toda negociación sería más sencilla si se llevaba a cabo dentro de los límites de la fábrica, sin depender de los convenios colectivos nacionales. Esto tuvo como resultado que con el tiempo surgieron conducciones gremiales de base cuyas estrategias y tácticas se manifestaron como singularmente diferentes a las del sindicalismo tradicional. Mientras que este último se caracterizaba por “no haberse puesto un mameluco en años”,<sup>125</sup> sólo negociar salarios para luego desmovilizar a las bases y manejarse por medio de la cooptación o el matonismo, a los nuevos dirigentes gremiales se les reconocía su probada honestidad personal, la toma de decisiones a través de asamblea y la permanente atención de los problemas de la planta. Las nuevas conducciones no limitaron su accionar a los reclamos salariales, sino que se extendieron a las condiciones de trabajo, los ritmos, los sistemas de incentivos, las clasificaciones y las categorías. El testimonio de Gregorio Flores ilustra sobre cuáles eran esas condiciones de trabajo:

Quizás no esté de más señalar el cúmulo de tareas que teníamos que encarar, dado que con dirigentes venales la patronal había logrado imponer ritmos de producción asfixiante, trabajos insalubres, atención sanitaria deficiente, premios a la producción y asistencia, de modo que por los bajos salarios, muchas veces los obreros, por no perder el premio, concurrían a trabajar enfermos. En la planta de forja, conocida como el cementerio de los obreros, se realizaban tareas que tenían gravísimas consecuencias para la salud de los trabajadores. Había obreros que trabajaban en los martinets que tienen hasta treinta toneladas y que al golpear la pieza sobre la matriz hacen vibrar todo el piso, produciendo un movimiento en la masa encefálica que ocasiona alteraciones nerviosas. El aceite que se utiliza para refrigerar el material al rojo vivo produce un humo tóxico que provoca afecciones pulmonares. Como consecuencia de los golpes y los ruidos, la sordera alcanza grados muy agudos. Nosotros dimos la batalla para que se redujera el tiempo de trabajo a 6 horas por turno, la respuesta fue que eso encarecía el trabajo y la empresa no podía competir con otras automotrices. Otro de los problemas fue lo que se denominaba el acople de máquinas y consistía en que el operario que atendía un torno automático, mientras éste realizaba una

---

<sup>125</sup> Testimonio de Flores, Gregorio, *SITRAC-SITRAM. La lucha del clasismo contra la burocracia sindical*, Córdoba, Espartaco, 2004, p. 163.

operación, debía trabajar también en la rebanadora o poner en funcionamiento otro torno. Esto agotaba a los compañeros, que tenían accidentes cada vez más frecuentes. Merced a la lucha, logramos desacoplar un 50% de las máquinas.<sup>126</sup>

Podemos agregar que los accidentes frecuentes a los que se alude en el testimonio solían mutilar gravemente al operario, inutilizándolo para el trabajo futuro, y que los tiempos de producción exigían de los operarios un rendimiento del 125% o su equivalente en cantidad de piezas por hora, lo que convertía el ritmo de trabajo en una cuestión insostenible.

Esta nueva forma de sindicalismo, cuyo ejemplo más claro fueron los gremios de planta SITRAC-SITRAM, la regional cordobesa del SMATA y del sindicato de Luz y Fuerza, aunaba las reivindicaciones concretas con un cuestionamiento más amplio de las relaciones sociales.

Como ya dijimos, en la década de 1960 la empresa Fiat decidió avalar la creación de sindicatos por planta. Así vieron la luz SITRAC para Fiat Concord y SITRAM para Fiat Materfer. En un principio, las comisiones directivas de ambos sindicatos trabajaban de común acuerdo con la empresa. Para marzo de 1970, el entonces Secretario General del SITRAC intentaba firmar un nuevo convenio con la empresa, en el que al decir de los obreros, “lo único que había conseguido era un pan de jabón y un rollo de papel higiénico por mes por operario”.<sup>127</sup> Surgió entonces un movimiento de base que lo desplazó, tomó la fábrica y logró el llamado a elecciones para constituir una nueva conducción. En efecto cascada, se produjo un proceso similar en SITRAM. Los objetivos de la nueva conducción se ven reflejado en el siguiente testimonio:

Había muchos obreros jóvenes. Gente que venía de otras provincias y gente, como yo, que venía del campo cordobés. Estábamos hartos de las componendas y los negociados, que nos vendieran y nos traicionaran. Queríamos cambiar todo ya. Nuestra consigna era “ni golpes ni elección: revolución”. Y nos lanzamos a una movilización de base que generó una participación muy alta de los compañeros. Ubicamos a los enemigos como la dictadura, la patronal y la burocracia sindical. Pero no supimos bien juntarnos con el resto de la clase. Pensábamos que íbamos a hacer la revolución desde el sindicato; o peor aún, desde Fiat nosotros solitos. Y así nos aislaron, hasta que después del Viborazo nos disolvieron los gremios. Pero fue una escuela, allí se formaron camadas enteras de activistas y militantes. Y también se aprendió que el gremio no es sustituto del partido revolucionario. Y que la revolución la hacemos entre todos o no la hacemos. Fuimos producto de una época y fuimos madurando a los golpes.

Si bien estos fueron sus enunciados políticos, lo más valioso fue el contenido novedoso con el que dotaron a su acción sindical: un alto grado de protesta desarrollado

---

<sup>126</sup> *Ibid.*, pp. 160-162.

<sup>127</sup> *Ibid.*, p. 144.

por los trabajadores, que se corporizó en paros activos, tomas de fábricas con los gerentes como rehenes, protestas callejeras que inquietaron a los sectores patronales. Constituían sin duda un movimiento profundamente renovador dentro del gremialismo argentino. El “clasismo”, como también se lo llamaba, evidenció innovaciones en las formas de ejercer la conducción sindical, junto con una permanente movilización y politización de sus bases, a la vez que sus reclamos se relacionaron con formas nuevas de gestión de la producción, lo que resultó mucho más amenazador que la mera demanda por mejoras salariales a la que los empresarios estaban acostumbrados. Sin embargo, cuando en 1971 propusieron un programa político que los definía como la vanguardia del proletariado en el camino hacia la revolución, descubrieron que los trabajadores no estaban dispuestos a acompañarlos en una propuesta que desbordaba claramente los reclamos del mundo del trabajo y de una cierta forma de justicia social que implicara una mejor calidad de vida.

Daniel James<sup>128</sup> sostiene que el clasismo puede definirse por su alto contenido antiburocrático en lo que hace a la gestión sindical, su capacidad de generar una importante participación de las bases, el permanente cuestionamiento de las condiciones de trabajo y su capacidad para articular un vasto espectro de reivindicaciones sociales y políticas. Todo esto, además, ligado a un enorme potencial para movilizar a la comunidad, donde la fábrica ocupaba un lugar central. A lo que podríamos agregar que las formas de acción directa durante los conflictos minaban el principio de autoridad y de propiedad empresarial, ya que los obreros utilizaban como elemento de presión no sólo la suspensión de su fuerza de trabajo (como era costumbre), sino también la apropiación de las herramientas y del espacio de producción. En el mismo sentido, si la batalla hubiese sido por el salario, esto sólo hubiera significado una modificación del contrato de trabajo. Pero tratar de modificar los procesos productivos iba directo al corazón de la máquina, porque implicaba una alteración en la creación de plusvalor, y por lo tanto, afectaba la reproducción del capital. Al respecto, el testimonio de un obrero de Materfer describe la situación de manera muy clara:

[...] conseguimos aumentos salariales, ascensos de categorías, mejoras en el comedor, en la atención médica, paramos los despidos arbitrarios. Pero todavía más importante que todo esto es que cambió totalmente la vida en la fábrica. Los delegados nos defendían de los jefes frente a todos los problemas que surgían en el trabajo, controlamos los ritmos de producción que antes eran terribles. En fin, eliminamos el clima opresivo que se vivía en la fábrica y pudimos reivindicar nuestros derechos como seres humanos.<sup>129</sup>

---

<sup>128</sup> James, *Resistencia e integración*, op. cit., p. 307-308.

<sup>129</sup> Testimonio citado por James, *Resistencia e integración*, op. cit., p. 306.

En octubre de 1971, el Ejército ocupó militarmente las plantas de Fiat, disolvió los sindicatos, fueron despedidos y encarcelados los delegados, y la experiencia tocó fin dejando un legado que sería efímeramente recuperado por el SMATA clasista, liderado por René Salamanca y por las comisiones internas de establecimientos del Gran Buenos Aires en los años 1973 y 1974.

En las tres experiencias que hemos analizado, las demandas y las luchas entabladas apuntaban a transformar las formas de vida conocidas en otras más cualificadas. Se trataba de modificar los ritmos de producción; hacer del espacio del trabajo un lugar donde los derechos a “ser humanos” tuvieran alguna validez; transformar la idea de lo sano y lo enfermo, lo normal y lo anormal; alterar las jerarquías en el mundo de la salud; pretender la tenencia de la tierra que se trabajaba; construir formas de cooperación entre los que menos tenían para enfrentar monopolios poderosos; hacer valer el derecho a una vida digna. Todo esto se intentaba realizar inventando nuevas formas de organización que se nutrían de experiencias pasadas, que se enfrentaban con el orden existente, no de manera pacífica, sino en el terreno que ese mismo orden había planteado: el del combate y la violencia.

### **1.7. Los acontecimientos del año 1973**

El período previo al golpe de 1976 fue una coyuntura tramada por el retorno al país de Juan Perón, el triunfo electoral del peronismo<sup>130</sup> y, como consecuencia, de proyectos antagónicos, un feroz enfrentamiento entre las dos alas que lo componían. Por una lado, el peronismo revolucionario representado por la Juventud Peronista<sup>131</sup> y sus organizaciones territoriales con su brazo armado, Montoneros;<sup>132</sup> y por el otro, la dirigencia sindical y sus grupos de choque.<sup>133</sup> Dado que estos últimos no habían logrado puestos expectantes en la contienda electoral, cuyo peso político recayó en la JP, retacearon el apoyo al gobierno del Dr. Cámpora, quien fue visto como representante de las tendencias radicalizadas del peronismo juvenil y considerado como una vía de

---

<sup>130</sup> En los acuerdos políticos que habilitaron las elecciones de 1973, tanto Perón como el general Lanusse habían quedado imposibilitados de presentarse, por lo que Perón designó a Héctor Cámpora como su candidato.

<sup>131</sup> En adelante, la JP.

<sup>132</sup> Para 1973, salvo el ERP, el resto de las organizaciones guerrilleras habían convergido en Montoneros.

<sup>133</sup> Entre las que podemos reconocer: el Comando de Organización (C de O), el Comando Nacional Universitario (CNU), la Juventud Sindical y la Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA).

infiltración de la izquierda en el movimiento obrero. Para los jóvenes peronistas, el movimiento se constituyó en la herramienta para la construcción de una sociedad que marcharía hacia el socialismo, pero sin descartar la lucha armada.<sup>134</sup> La dirigencia sindical o “burocracia sindical” era para los jóvenes la representación de una forma corrupta y venial de manejo de los sindicatos, en los que se negociaban permanentemente los derechos de los trabajadores. A su vez, los sindicalistas vivían esta situación como una amenaza a sus privilegios y un cuestionamiento serio al poder de los sindicatos. La amenaza no tenía sólo la forma de un discurso, sino la carnadura de la capacidad de movilización social que habían demostrado las formaciones juveniles y que fue sin dudas su mayor capital. Se debe tener en cuenta que desde mitad de los años sesenta, el sindicalismo tradicional había sido puesto en cuestión por los grupos clasistas y combativos.

La batalla se inició con la toma de posiciones de ambos grupos, ya que en los primeros días del nuevo gobierno se produjeron precisamente “las tomas”.<sup>135</sup> El fenómeno consistía en ocupar una institución estatal de tipo educativa o del área de la salud u organismos estatales con el objeto de garantizar que no habría continuidad de las autoridades y prácticas de la dictadura que se había retirado. Con esta estrategia, se identificaron las organizaciones del peronismo revolucionario. Paralelamente, los grupos sindicales y de la derecha peronista se dedicaron a ocupar medios de difusión masivos (radios) y también organismos estatales como táctica para difundir su ideario y evitar “la infiltración bolche”.<sup>136</sup> Las escaramuzas y los enfrentamientos se fueron incrementando hasta alcanzar su punto máximo en lo que se conoció como “la masacre de Ezeiza”.

El gobierno de Cámpora, como algunos sueños, fue intenso, efímero y tuvo para muchos un despertar abrupto. El 20 de junio de 1973 fue el día elegido por Juan Perón para retornar definitivamente a la Argentina. Más de dos millones de personas se movilizaron para ir a buscarlo y rendirle homenaje. La “Patria Socialista” se enfrentó con la “Patria Peronista” en una batalla que dejó una decena de muertos y cientos de heridos, en su mayoría pertenecientes a la JP. Se suele evaluar este episodio como el enfrentamiento irracional de dos facciones, mientras que el resto del pueblo sólo quería participar de una celebración. A la luz de lo ocurrido en los años posteriores, esta no deja de ser una posición simplista. Las crónicas de la época dan cuenta de que buena parte de la concurrencia fue por cuenta propia, pero también es cierto que los que fueron agrupados

---

<sup>134</sup> Esta posición fue reforzada por la experiencia de la Revolución cubana y la lucha en Vietnam.

<sup>135</sup> Sobre este tema, véase Nievas, Flabián, “Cámpora, primavera, otoño. Las tomas”, en Pucciarelli, *La primacía de la política*, *op. cit.*

<sup>136</sup> Debe tenerse en cuenta que el anticomunismo fue uno de los pilares del peronismo de 1945 a 1955.

lo hicieron bajo las banderas de la JP. El sindicalismo tradicional no pudo movilizar a sus afiliados con la misma eficiencia que las formaciones juveniles, y siempre tuvo este dato en cuenta a la hora de resolver las querellas.

Se puede decir que la izquierda peronista cometió gruesos errores de evaluación. No comprendió a tiempo que dentro del complejo fenómeno del peronismo, las posiciones de sus opositores tenían un anclaje histórico. Posiciones a las que un sindicalista de la época definió diciendo que “ser peronista es comer todos los domingos los raviolos con la vieja”.<sup>137</sup> Las aspiraciones del sindicalismo de viejo cuño no excedían las de un proceso reformista que implicara una cierta redistribución de la renta dentro de las reglas de juego del capitalismo. Se habían acostumbrado luego del golpe de 1955 a “pegar y negociar” (sobre todo, negociar). El mote de traidores lo consiguieron tratando de armar un proyecto de peronismo sin Perón, que este último evitó dándoles espacio a los jóvenes de izquierda. Para 1973, habían comprendido cabalmente lo que los grupos de poder le exigían al nuevo gobierno peronista: subordinación de los trabajadores, respeto y conservación de la propiedad privada; para eso, no necesitaban enfrentarse con Perón, sino eliminar la competencia que suponían las formaciones juveniles. El pragmatismo era su ley y las prebendas su punto débil, por eso se los consideraba corruptos.<sup>138</sup> Imponían sus ideas a punta de pistola y con esta metodología lograron que en las elecciones gremiales hubiera listas únicas. Esta misma técnica fue la que emplearon para frenar el acceso al palco de las multitudinarias columnas de la JP el día del regreso. Los elementos utilizados para “frenar el acceso al palco”, objetivo primordial, tuvieron que ver con el empleo de fusiles con mira telescópica, granadas, ametralladoras y armas cortas puestas en manos de unos tres mil hombres aportados por los sindicatos, suboficiales retirados de la policía y la militancia de las organizaciones de la derecha peronista. Todo esto organizado y dirigido por integrantes del Ministerio de Bienestar Social en manos del secretario privado de Juan Perón, el inefable José López Rega.<sup>139</sup> Ese día, no sólo se disparó contra la multitud, sino que además los puestos sanitarios ambulantes recogían heridos que eran trasladados a las instalaciones del Hotel Internacional del Aeropuerto de Ezeiza para ser interrogados bajo tortura. El episodio se

---

<sup>137</sup> Definición vertida por Lorenzo Miguel, quien hereda la conducción del poderoso gremio de la UOM luego del asesinato de José Rucci.

<sup>138</sup> Era común que tuvieran viviendas fastuosas y coches último modelo, y un estilo de vida que no coincidía con su condición de obreros.

<sup>139</sup> Los datos han sido tomados de la investigación periodística llevada a cabo por Verbitsky, Horacio, publicada como *Ezeiza*, Buenos Aires, Contrapunto, 1985.

cerró sin demasiadas investigaciones y con un discurso de Juan Perón el 21 de junio, en el que dijo:

Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Los que creen lo contrario se equivocan. Estamos viviendo las consecuencias de una posguerra civil que aunque desarrollada embozadamente, no por eso ha dejado de existir, a lo que se suman las perversas intenciones de los factores ocultos que desde las sombras trabajan sin cesar tras designios no por inconfesables menos reales. Nadie puede pretender que todo esto cese de la noche a la mañana. Pero todos tenemos el deber ineludible de enfrentar activamente a esos enemigos si no queremos perecer en el infortunio de nuestra desaprensión e incapacidad culposa. Pero el Movimiento Peronista, que tiene una trayectoria y una tradición, no permanecerá inactivo frente a tales intentos, y nadie podrá cambiarlas a espaldas del pueblo, que las ha afirmado en fechas muy recientes, y ante la ciudadanía, que comprende también cuál es el camino que mejor conviene a la Nación Argentina [...] Es preciso llegar así y cuanto antes a una sola clase de argentinos, los que luchan por la salvación de la Patria, gravemente comprometida en su destino por los enemigos de afuera y de adentro. Los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro Movimiento, ponernos en marcha y neutralizar a los que pretenden deformarlo desde abajo y desde arriba. Nosotros somos justicialistas, levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. No creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa. No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen. No es gritando “la vida por Perón” que se hace patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran nuestros muchachos, que levantan banderas revolucionarias. Los que pretextan lo inconfesable aunque cubran sus falsos designios con gritos engañosos o se empeñan en peleas descabelladas no pueden engañar a nadie. Los que no comparten nuestras premisas, si se subordinan al veredicto de las urnas, tienen un camino honesto que seguir en la lucha que ha de ser para el bien y la grandeza de la patria, y no para su desgracia. Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro Movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado se equivocan. Ninguna simulación o encubrimiento por ingeniosos que sean podrán engañar a un pueblo que ha sufrido lo que el nuestro y que está animado por una firme voluntad de vencer. Por eso deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales que por ese camino van mal. Así aconsejo a todos ellos tomar el único camino genuinamente nacional: cumplir con nuestro deber de argentinos sin dobleces ni designios inconfesables.<sup>140</sup>

El discurso fue más largo y en sus primeros momentos hacía un llamamiento a reconstruir el país en paz y unidad, olvidando los agravios recibidos tal y como él mismo estaba dispuesto a hacer cuando dijo:

Llego casi desencarnado. Nada puede perturbar mi espíritu porque retorno sin rencores ni pasiones como no sea la que animó toda mi vida: servir lealmente a la patria.

Pero el segmento que hemos seleccionado es de otra naturaleza. No hay en él ambigüedades, el Perón que lo pronuncia tiene un gesto severo: condena sin dudas a la

---

<sup>140</sup> Publicado en Verbitsky, Horacio, “Anexo documental”, en *Ezeiza, op.cit.*, p. 76.

Juventud Peronista llamando a sus militantes “infiltrados”. Los conmina a deponer la lucha y los acusa de querer cambiar la naturaleza primigenia del peronismo, que se expresa en las “veinte verdades peronistas”. Sería lícito pensar si acaso, en un tiro por elevación, no estaba exhortando a todos los que habían ido a buscarlo a deponer sus demandas y a encuadrarse como antaño bajo sus directivas. En la década de 1940 y dentro de lo que se concebía como la “Comunidad Organizada”, Perón afirmó que la clase trabajadora necesitaba organización gremial, pero no política, para actuar como factor de presión dentro de un sistema donde la decisión residía en el Estado árbitro.<sup>141</sup> Esta posición se contradecía con los desarrollos que el movimiento obrero había venido dándose cuando se vio huérfano de su líder. Durante los dieciocho años de su exilio, las transformaciones habían sido profundas, y las luchas perdidas o ganadas se habían dado enfrentando a un Estado que no los protegía. Justamente la organización política y la lucha fueron las que forzaron a la dictadura a concebir una salida electoral que incluyera al peronismo como una opción.

En este discurso, Juan Perón llamó a esa lucha una “posguerra civil”, afirmando que a sus consecuencias había que sumarle la de “perversas intenciones de factores ocultos que desde las sombras trabajan sin cesar tras designios... inconfesables”; llamó a “enfrentar activamente a esos enemigos”; y por último, advirtió a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales que por ese camino van mal”.

La principal consecuencia de esta enunciación era que estaba generando una asimetría, un desplazamiento y no simplemente un opuesto. Al colocar en el discurso, en un pie de igualdad, a peronistas y argentinos no peronistas –a los que convocó a la lucha–, lo que quedaba, “los enemigos”, no podían sino ser un residuo. Esos enemigos no participaban de la contienda política, ya que se los colocaba en categorías que aludían a la moral (“perversas intenciones”), a zonas opacas de lo social (“factores ocultos”), o a una absoluta ajenidad (“infiltrados en los estamentos populares”). Estaba anticipando en su discurso lo que luego sería repetido hasta el hartazgo: el mal está entre nosotros, debemos erradicarlo como sea, el desacuerdo queda vedado, no hay espacio para el conflicto. Ya no se trataba del “pueblo trabajador” como actor central, sino de algo más parecido al tango de Discépolo, *Cambalache*, en el que todos quedaban mezclados. Por último, cuando conminó a ir “del trabajo a casa y de casa al trabajo”, estaba trazando la idea de una comunidad en la que cada uno se ocuparía de lo propio, y quien no lo hiciera quedaría por fuera de ella. La alocución se cerraba con una amenaza. Tras haberse

---

<sup>141</sup> Para el desarrollo de este tema, véase James, *op. cit.*

dirigido a “mis compañeros peronistas”, por un lado, y a los que fueron nuestros adversarios, por el otro, Perón interpelaba a una tercera categoría:

A los enemigos embozados, encubiertos o disimulados, les aconsejo que cesen en sus intentos, porque cuando los pueblos agotan su paciencia suelen hacer tronar el escarmiento.

En una coyuntura política y económica compleja, estaba intentando detener a los que antaño se habían potenciado, desatando una fuerza que contuviera esa primera fuerza desatada. Pero tal vez aquí resida el equívoco: en suponer que la voluntad de Juan Perón había desatado esa forma de movilización y de demanda, y que sólo su palabra podría contenerla. La historia es siempre más compleja que la voluntad de un hombre. En este caso, el discurso estaba construyendo un nuevo *phármakos*, un nuevo *homo sacer*. Para que la ciudad pudiera recuperarse, para que los hombres que la habitaban pudieran ser felices y las tensiones internas desaparecieran, se hacía necesario expulsar a los seres impuros, a los que estaban manchados con la violencia. Era preciso que cada uno se ocupara de sus propios asuntos, que los pescadores y los tenderos no tuvieran voz en los asuntos del Estado. Si la comunidad se interpretaba en términos organicistas y había elementos que desequilibraban su funcionamiento, era imperioso colocar un freno, instaurar una forma de disciplinamiento, establecer un orden que hiciera uso de estrategias defensivas que restablecieran reglas y límites al desborde de sus elementos.

A lo enunciado, debemos agregar que la idea de democracia y la de negociación política, como forma de canalizar los conflictos, tenían en la consideración popular un escaso prestigio, habida cuenta de lo ocurrido en los años previos. Era claro en la época que las corporaciones reemplazaban a los partidos políticos en la representación de las partes de la comunidad, y que los enfrentamientos estaban tramados por la lógica de la guerra. Pero aún las corporaciones tenían problemas internos. El sindicalismo tradicional no podía controlar el activismo en las fábricas, que se multiplicaba bajo la forma de ocupaciones de plantas y que cuestionaba la autoridad de gerentes y dueños. Por otra parte, las corporaciones empresarias tenían serias dificultades en hacer que sus miembros cumplieran lo establecido en el Pacto Social firmado con el gobierno en lo que hacía a fijación de precios, inversiones y desarrollo de nuevas tecnologías.<sup>142</sup>

---

<sup>142</sup> El Pacto Social implicaba concesiones a los sectores populares, pero a su vez suponía impedir el desarrollo de la organización autónoma del proletariado. En lo real, el Pacto consistía en una política de ingresos concertada entre los sindicatos, los empresarios y el Estado.

Para fines de 1973, Juan Perón era nuevamente presidente de los argentinos. Se puede acordar con José Luis Romero en que las expectativas sobre las posibilidades del viejo líder eran excesivas:

Para algunos –peronistas de siempre, sindicalistas y políticos– era el líder histórico que traería la bonanza. Para los más jóvenes era el líder revolucionario que conduciría a la liberación nacional. Para los que encarnaban el ancestral anticomunismo del movimiento era el que descabezaría la hidra de la subversión que trataba de usurpar las banderas tradicionales del peronismo. Para las clases medias altas era un pacificador, un león herbívoro que construiría la argentina potencia. El *establishment* esperaba que fuera capaz de controlar la movilización popular y disciplinar a los revoltosos.<sup>143</sup>

Con Juan Perón en el gobierno efectivo del país, se adicionó al programa económico una serie de disposiciones legales que restringieron el derecho de huelga. La nueva Ley de Asociaciones Profesionales excluyó la representación de la minoría, autorizó a revocar el mandato de los delegados de fábrica y facultó a las federaciones a intervenir los sindicatos afiliados a ellas. Sin embargo y hasta el golpe de 1976, las asambleas generales en el interior de las empresas actuaron como estructura sindical paralela y fueron las encargadas de llevar a cabo las medidas de fuerza. Mónica Peralta Ramos lo explicita con total claridad:

[...] las expectativas frustradas del movimiento obrero frente a un gobierno que prometió la redistribución de ingresos hacia los asalariados y efectivizó una política que expresó la ofensiva de los intereses de la fracción más poderosa de la burguesía se traducirán en la multiplicación de los conflictos sociales al margen de las conducciones sindicales, en un movimiento de protesta de las bases obreras que trascendió el plano de las reivindicaciones meramente económicas para poner en cuestión el propio proyecto de poder del peronismo en el gobierno.<sup>144</sup>

Después de Ezeiza y como respuesta para estas cuestiones, quedó habilitado un dispositivo novedoso, una forma de freno paraestatal: la Alianza Anticomunista Argentina.

---

<sup>143</sup> Romero, Luis Alberto, *Breve historia contemporánea argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 260.

<sup>144</sup> Peralta Ramos, Mónica, *La economía política argentina: poder y clases sociales (1930-2006)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 432.

## 1.8. Ensayo de orquesta

### 1.8.1. El freno paraestatal. La Triple A

En términos descriptivos, la Triple A estuvo constituida por bandas que dependían económicamente del Ministerio de Bienestar Social, que estaba en manos del secretario privado de Juan Perón, José López Rega, a la sazón, ministro de la cartera. Para las cuestiones operativas, podían recibir órdenes tanto del ministro mencionado como del Jefe de la Policía Federal, el comisario Villar. Este último formó un grupo de cien hombres destinado a “tareas especiales”, que se hacían llamar “los centuriones”. Se los había reclutado entre policías separados de la fuerza por delitos graves que incluían el homicidio. El comisario tenía un proyecto internacionalista para la aniquilación del marxismo y la guerrilla, por lo que permitió el accionar de organismos de seguridad de países vecinos, que cazaban en territorio argentino a sus “subversivos”; decenas de exiliados chilenos y uruguayos fueron víctimas de este dispositivo, como Carlos Prats (el ex ministro de Defensa de Salvador Allende) y su esposa, asesinados en Buenos Aires.

Los miembros que constituían a la Triple A fueron reclutados entre ex tacuaras,<sup>145</sup> integrantes de agrupaciones como la CNU y el CDO, matones de los sindicatos y los policías antes mencionados. Generalizando un poco, se podría decir que toda agrupación que deseara eliminar del mapa político a la izquierda peronista o a la izquierda a secas fue bienvenida en la Triple A. Aquellos miembros solían desplazarse provistos con armas de última generación que incluían ametralladoras, pistolas automáticas y explosivos. Las anfetaminas y los estimulantes también formaban parte del equipo reglamentario. Sus blancos predilectos eran abogados, sacerdotes, periodistas, actores y políticos; con ellos se confeccionaban listas con la promesa de ajusticiarlos donde se los encontrara, y nunca prometieron en vano.

Contaban con un órgano de difusión que se llamó *El Caudillo*, una revista que por primera vez en la Argentina anunciaba anticipadamente la muerte. Nació por decisión del Movimiento Nacional Justicialista (en adelante, MNJ) y fue financiada por el Ministerio de Bienestar Social. La dirigía un sórdido personaje llamado Felipe Romeo, que gustaba denominarse a sí mismo “el novio de la muerte”, remedando a Primo de Rivera. El lema de la revista fue “el mejor enemigo es el enemigo muerto”. Su columna más temible se llamaba “¡Oíme!”, una doble página en la que de un modo brutal se marcaba a los

---

<sup>145</sup> “Tacuara” era el nombre que portaba una agrupación de nacionalistas católicos que tuvo predicamento en la década de 1960 entre jóvenes de clase media.

enemigos. En los primeros números, los blancos eran temáticos: “El barbudo de las manifestaciones”; “La piba guerrillera”. Pero luego, cuando la Triple A empezó a sembrar de cadáveres carbonizados las calles y las zanjas, se transformaron en listas con nombres y apellidos que fatídicamente coincidían.

Los “objetivos” seleccionados no alcanzaron a dirigentes de alto rango en las organizaciones armadas. Sus blancos predilectos fueron dirigentes medios y activistas territoriales. La modalidad operativa articulaba asesinatos selectivos y ataques con explosivos a locales partidarios. La secuencia seguida consistió en el secuestro, la tortura y la muerte del militante. La muerte estuvo siempre revestida de cierta espectacularidad, ya que los cuerpos aparecían acribillados con más de treinta balazos, o bien carbonizados o dinamitados en grupo. Los cuerpos mostraban estragos temibles producidos por la tortura; no se trataba de obtener información, sino de castigos ejemplares. No era cualquier forma de muerte la que se le mostraba a la sociedad, sino una que contenía un completo arrasamiento del ser humano. En su objetivo de quebrar los lazos sociales entre la sociedad y los grupos contestatarios, fue eficiente: abrió el camino que aislaba a las futuras víctimas de toda forma de solidaridad. Sin embargo, su punto débil residía en que era un dispositivo de muerte artesanal que no cumplía con los requisitos necesarios para una transformación profunda de la sociedad. Esto último requería algo más secreto, más eficaz, algo todavía más aterrador.

Para febrero de 1974, la acción conjunta de los grupos parapoliciales y los grupos de choque del sindicalismo ortodoxo había atentado contra veinticinco unidades básicas de la JP, haciendo estallar bombas en diarios y revistas de izquierda y asesinando a trece dirigentes obreros.<sup>146</sup> El miedo se fue apoderando de todos aquellos que unos meses atrás, acompañando el clima de época, habían tenido alguna participación política en el amplio escenario que ahora se llamaba despectivamente “el zurdaje”.

Lo que se desprende de su accionar es que más allá de la eliminación física de los militantes, se buscaba apartarlos de sus bases sociales, fracturar el puente entre el movimiento popular y las organizaciones políticas. Sin duda, este fue el inicio del aislamiento de las futuras víctimas de los campos, que no se dio en la modalidad del encierro cartográfico, sino a través de la ruptura de los lazos sociales.

Pero más allá de esta descripción impresionista, nos interesa rescatar lo que fue el documento fundante de la represión paraestatal y que se originó a partir de un asesinato. El 23 de septiembre de 1973, el principal dirigente de la CGT, José Ignacio Rucci, fue

---

<sup>146</sup> Información recogida por Larraguy, Marcelo, *López Rega. El peronismo y la Triple A*, Buenos Aires, Punto de Lectura, 2007.

asesinado por la organización Montoneros, como una suerte de demostración de fuerza al general Perón. Si la violencia ya se había desencadenado en Ezeiza, este evento desató la represión paraestatal y las diferencias se radicalizaron. Una suerte de estado de guerra entre las organizaciones guerrilleras y el tercer gobierno peronista comenzó a regir los modos de la política.

El 1° de octubre, en una reunión del Consejo Superior del MNJ, en la que estuvo presente el presidente Perón, se declaró el “estado de guerra” contra los “infiltrados marxistas”, redactándose un documento reservado<sup>147</sup> en el que se llamó a atacar al enemigo en todos los frentes, aduciendo que en ello le iba la vida al movimiento peronista. Se declaró el estado de movilización y se impartieron una serie de directivas. La importancia del documento radica en el modo en que habilita una suerte de “todo vale” para eliminar a los opositores. Corresponde decir que de secreto no tuvo nada, ya que el diario *La Opinión* lo publicó entero en su edición del 2 de octubre de 1973. Entre las causas que le daban origen, se citaban:

- Campaña de desprestigio de los dirigentes del Movimiento ridiculizándolos con estribillos e insultos, colgándoles el mote de “traidores”.
- Infiltración en el movimiento con el objetivo de desvirtuar los principios doctrinarios.
- Amenazas, atentados y asesinato de dirigentes peronistas.
- El estado de caos no sólo afecta al movimiento como forma política, sino al país en su conjunto, lo que conduce a la necesidad de declarar un estado de guerra.

La aclaración final homologa los problemas doctrinarios del movimiento y las luchas internas con un “estado de caos” que afecta al país en su conjunto, y es a éste al que se convoca a librar la batalla. Porque si bien en el resto del documento el llamado es a los peronistas, ¿quién, en su sano juicio, querría quedar del otro lado?

En el punto 3 se anticipa lo que los militares golpistas de 1976 repetirían de un modo permanente: la lucha es una imposición de las circunstancias históricas y del éxito en la batalla depende la conservación de la vida.

Ese estado de guerra que se nos impone no puede ser eludido, y nos obliga no solamente a asumir nuestra defensa, sino también a atacar al enemigo en todos los frentes y con la mayor decisión. En ello va la vida del Movimiento y de sus dirigentes.

En las directivas impartidas, se destacó la necesidad de establecer un discurso único que requería de una obediencia ciega, a la vez que toda discrepancia quedó

---

<sup>147</sup> Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos 1973-1976*, vol. 2: *De la ruptura al golpe*, Buenos Aires, De la Campana, 1999, pp. 66-69.

prohibida so pena de ser expulsado del movimiento y tal vez de la vida. Se estableció que el enemigo no tendría participación alguna y su voz sería silenciada en el interior del movimiento y en los medios de difusión.

### **Directivas**

1. **Movilización:** el MNJ entra en estado de movilización de todos sus elementos humanos y materiales para afrontar esta guerra. Quien rehúya su colaboración para esta lucha queda separado del Movimiento.
2. **Reafirmación doctrinaria:** debe realizarse una intensa campaña para difundir y reafirmar los principios doctrinarios del Movimiento, esclareciendo sus diferencias fundamentalmente con el marxismo. En esta campaña no se admitirá intromisión alguna de elementos pro marxistas, con pretexto de polémica u otro similar, y se les excluirá de toda reunión y del acceso a todos los medios de difusión.
3. **Información:** se debe hacer saber a los dirigentes de todos los niveles y a la masa peronista la posición que toma el MNJ en relación con los grupos marxistas, explicando las circunstancias determinantes y llevando a su convicción la necesidad de participar en forma activa en la lucha contra nuestros enemigos.
4. **Definiciones:** los grupos o sectores que en cada lugar actúan invocando adhesión al peronismo y al general Perón deberán definirse públicamente en esta situación de guerra contra los grupos marxistas y deberán participar activamente en las acciones que se planifiquen para llevar adelante esta lucha. Asimismo, deberán acatar estas directivas.
5. **Unidad:** para esta lucha es fundamental consolidar la unidad del MNJ. Para ello:
  - a. Las orientaciones y directivas que emanen del general Perón en el orden partidario o en función de gobierno serán acatadas, difundidas y sostenidas sin vacilaciones ni discusiones de ninguna clase, y ello como auténtica expresión de la verticalidad que aceptamos los peronistas.
  - b. Nadie puede plantear cuestiones personales, o disensiones de grupos o sectores, que afecten o entorpezcan la lucha contra el marxismo.
  - c. En cada rama del MNJ se actuará con estricta disciplina para cumplir los programas o planes de acción que se elaboren por las direcciones superiores correspondientes.
  - d. No se admitirán comentarios, estribillos, publicación o cualquier otro medio de difusión que afecte a cualquiera de nuestros dirigentes. Quien lo utilice o quien lo reproduzca o tolere será considerado enemigo del MNJ y quedará expulsado del mismo.
  - e. No se admitirá que ningún grupo utilice expresiones destinadas a menoscabar a otros grupos peronistas, o a exaltar el propio grupo en desmedro de los demás.
  - f. Las cuestiones que se susciten en el orden partidario se plantearán por vía reservada a la autoridad superior del MNJ que corresponda encada rama. Ninguna cuestión interna se considerará más importante que la lucha emprendida ahora.
  - g. Las objeciones a actos de gobierno producidas por los peronistas que ejercen funciones públicas se harán también por vía reservada, al funcionario peronista de mayor jerarquía que corresponda, con comunicación a la autoridad superior del MNJ en cada rama.
  - h. Debe excluirse de los locales partidarios a todos aquellos que se manifiesten de cualquier modo vinculados al marxismo, a sus posiciones políticas o a sus actos.
  - i. En las manifestaciones o en los actos públicos los peronistas impedirán por todos los medios que las fracciones vinculadas al marxismo tomen participación.

- j. Se prestará apoyo solidario a todo compañero o grupo que pueda ser afectado a raíz de actos de lucha cumplidos en razón de esta campaña que se inicia.

En los puntos que siguen se estableció la delación como forma de hacer “inteligencia”, y en el punto 9 se habilitó todo medio de lucha que resultase eficiente, sin mencionar si ellos deberían ser acordes con la legalidad vigente o si sólo se los juzgaría por su capacidad de daño hacia lo que se había caracterizado como “la infiltración”:

6. Inteligencia: en todos los distritos se organizará un sistema de inteligencia, al servicio de esta lucha, el que estará vinculado con el organismo central que se creará.
7. Propaganda: se impedirá toda propaganda de los grupos marxistas máxime cuando se presenten como si fueran peronistas, para confundir. Se impedirá la difusión por todos los medios.
8. Participación popular: se esclarecerá ante la población de cada lugar cuál es la posición del MNJ y las motivaciones y sentido de esta lucha; todo ello para suscitar el apoyo y la participación de todos en la misma.
9. Medios de lucha: se utilizarán todos los que se consideren eficientes, en cada lugar y oportunidad. La necesidad de los medios que se propongan será apreciada por los dirigentes de cada distrito.
10. Acción de gobierno: la actuación de los compañeros peronistas en los gobiernos: nacional, provincial o municipales, sin perjuicio de sus funciones específicas, deben ajustarse a los propósitos y desenvolvimiento de esta lucha, ya que a ellos compete la principal responsabilidad de resguardar la paz social. En tal sentido:
  - a. Deberán impulsar de inmediato el cumplimiento de medidas tendientes a dar vigencia a los principios del justicialismo.
  - b. Deberá actuarse en permanente comunicación con los sectores populares y velando por la solución de los problemas.
  - c. Deberán participar en la lucha iniciada, haciendo actuar todos los elementos de que dispone el Estado para impedir los planes del enemigo y para reprimirlo con todo rigor.
11. Sanciones: la defección de esta lucha, la falta de colaboración para la misma, la participación de cualquier clase de actos favorables al enemigo y aun la tolerancia con ellos, así como la falta de ejecución de estas directivas, se considerarán falta gravísima, que dará lugar a la expulsión del MNJ, con todas sus consecuencias.

Este último punto advertía con claridad que a la falta le seguiría la expulsión, y que esto tendría “consecuencias” de carácter indefinido.

El documento puede ser pensado bajo la forma del bando, en el sentido que Agamben le confiere en el siguiente párrafo:

Lo que ha sido puesto en bando es entregado a la propia separación y, al mismo tiempo, consignado a la merced de quien lo abandona, excluido e incluido, apartado y apresado a la vez [...] Puesto en bando es una expresión que contiene la doble acepción de a la merced de y abierto a todo.<sup>148</sup>

Dicho de otro modo, la querella política se corría del terreno de las palabras y las ideas para entrar en un umbral de indistinción en el que la norma no regía y la vida

---

<sup>148</sup> Agamben, *Homo sacer*, op. cit., p. 142.

quedaba a merced de la pura decisión. Frente a un exceso, el sistema interiorizaba aquello que lo excedía mediante una interdicción, y de este modo, sólo regiría la pura excepción. ¿Por qué recurrir a la idea del bando para tratar de entender el alcance de lo dicho? Porque creemos que la intención de superficie era tratar de disciplinar a un movimiento de por sí heterogéneo, pero más profundamente, se estaban sentando las bases de una forma de apresamiento de lo irreductible que iba a tener consecuencias temibles. Como dijimos, no eran las ideas y sus controversias las que estaban en juego, sino la vida misma del que portaba esas ideas. Esa forma de exponer las cosas dejaba de lado la cuestión de la ley, dejaba de lado el tema del encierro como castigo para la disidencia, y abría la puerta para un freno inmunitario, porque los “otros” del discurso se comportaban como “infiltrados”, se mimetizaban con las células sanas del organismo político, y el único remedio posible era su radical destrucción.

Hay todavía otro momento en que esta cuestión se vislumbra con más claridad. Después del 25 de mayo de 1973, el ERP siguió operando, ya que su objetivo nunca había sido la constitución de un gobierno democrático, sino la revolución social. Al secuestro de empresarios, empezó a sumar el ataque a cuarteles del Ejército. En enero de 1974, atacó el Regimiento de Azul; Juan Perón habló por cadena nacional condenando el atentado y envió una propuesta de reforma al Código Penal que endurecía las sanciones para el accionar guerrillero. En el encuentro que sostuvo con los diputados de la JP, que le solicitaban que revisara esa medida, les dijo:

Nosotros estamos con las manos atadas dentro de la debilidad de nuestras leyes. Queremos seguir actuando dentro de la ley. Pero si no contamos con la ley, entonces tendremos que salirnos de la ley y sancionar en forma directa, como hacen ellos. Si nosotros no tenemos en cuenta la ley, en una semana se termina todo esto, porque formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato. Si no tenemos la ley, el camino será otro. Y les aseguro que puesto a enfrentar la violencia con la violencia, nosotros tenemos más medios posibles para aplastarla, y lo haremos a cualquier precio, porque no estamos aquí de monigotes.<sup>149</sup>

La expresión “formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato” no hablaba de un futuro, sino de una situación que estaba ocurriendo. Una situación que iba a incrementarse exponencialmente después de la muerte de Juan Perón en el invierno de 1974.

---

<sup>149</sup> Larraquy, *López Rega, op. cit.*, pp. 262-263.

## 1.8.2. El freno estatal. El Operativo Independencia

La muerte de Juan Perón catapultó al gobierno a su tercera esposa, Estela Martínez, quien en 1975 designó como ministro de Economía a un subordinado de López Rega, el inolvidable Celestino Rodrigo. El “tratamiento de *shock*” que aplicó a la economía implicó aumentos en todas las áreas, que iban desde el 100 al 170%, complementados con una devaluación del peso del mismo orden, lo que disparó la inflación y licuó los salarios desatando conflictos en casi todos los gremios. La mayoría de las fábricas de Córdoba, Rosario, La Plata, Capital Federal y Gran Buenos Aires se mantuvieron en estado de asamblea y paros con abandono de los lugares de trabajo, movilizándose a las seccionales locales de los sindicatos en demanda de soluciones. En el invierno de ese año, una concentración de casi cien mil trabajadores se congregó en Plaza de Mayo exigiendo la homologación de los convenios paritarios y la renuncia de los ministros de Economía y Bienestar Social. Este movimiento fue convocado y apoyado por la CGT, quien decretó una huelga general durante un gobierno peronista. Para que el sindicalismo ortodoxo llevara adelante semejante gesto, la presión de las bases debió resultar insoportable. Hay que recordar que desde la instauración del gobierno civil y tomando como referencia la experiencia de lucha acumulada, habían surgido nuevas camadas de dirigentes de base en las comisiones internas de las fábricas. En este contexto, tanto la JP como el PRT pudieron hacer pie en los establecimientos industriales. Este hecho no es menor, aunque la mayoría de los estudios lo soslayan poniendo el acento en el enfrentamiento entre facciones del peronismo o posteriormente con las FF.AA. Cuando se analiza el origen de las víctimas en los campos de exterminio, el mayor porcentaje corresponde a dirigentes de la clase trabajadora.

En medio de este clima, se dio inicio al llamado “Operativo Independencia” en la provincia de Tucumán, en respuesta a un foco guerrillero de no más de cien hombres que el ERP había instalado allí. El Ejército movilizó alrededor de cinco mil efectivos. Tucumán tenía una larga historia de luchas sociales enfocadas en la industria azucarera, que era su fuente de producción principal. Desde 1966 y como consecuencia de las políticas económicas centrales, se produjo un proceso de reducción del área sembrada y de concentración de capitales, que expulsó de la provincia a gran cantidad de mano de obra. Tucumán venía compitiendo con la renovación tecnológica que se había dado en Salta y Jujuy en la producción azucarera. El ingenio Ledesma, radicado en esta última provincia, ya procesaba alcohol y papel a partir de la caña de azúcar. En Tucumán sucedía

algo similar a lo que tenía lugar en el nordeste argentino; en lugar de Ligas Agrarias, operaba la FOTIA –Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera–, que agrupaba a pequeños sindicatos y fincas zonales y contaba con una intensa participación de sus bases. La caída de la producción y el cierre de ingenios le hicieron perder buena parte de sus afiliados, pero la resistencia se trasladó a grupos liderados por sacerdotes comprometidos con la Teología de la Liberación,<sup>150</sup> y la provincia fue un polvorín durante esos años. Para fines de la década de 1960, se vivió una situación de enfrentamiento social y político que se desataría más rotundamente en la década posterior. Al igual que en el resto del país, las movilizaciones populares se consolidaron uniendo a obreros desocupados, campesinos, estudiantes de la Universidad Nacional de Tucumán y sacerdotes tercermundistas. Todos ellos confluyeron en la CGT de los Argentinos, que funcionó físicamente en un local de la FOTIA. A fines de 1970, el estudiantado universitario luchaba contra la reducción presupuestaria y el cierre del comedor universitario. En esa lucha y contando con la adhesión de otras fracciones sociales, produjo el Tucumanazo.

Mario Roberto Santucho, líder del PRT-ERP, había hecho sus primeras experiencias políticas como dirigente gremial azucarero en la provincia. Tal vez eso lo llevó a lanzar la Compañía de Monte “Ramón Rosa Giménez”, conformada por combatientes armados al monte tucumano. Esto puso en alerta a los grupos de poder económico en la provincia. El siguiente testimonio de un terrateniente tucumano revela con claridad a qué se le tenía miedo:

La población, antes de que llegara el Ejército, estaba en un 90% con la subversión. [...] El almacenero les daba víveres, el otro pasaba información. Le repito: consciente o inconscientemente, queriendo o no queriendo, estaban a favor de la subversión. [...] ¡La mitad de mis obreros estaba con la subversión!<sup>151</sup>

Es difícil creer que en pocos meses los guerrilleros hubieran podido ganarse tal fervor popular. El testimonio nos lleva a pensar que el término subversión incluía otras categorías, además del miliciano armado.

En febrero de 1975, llegó a Tucumán el general Acdel Vilas para hacerse cargo del Operativo. Con el tiempo, escribió un libro –que le prohibieron publicar– en el que explicó cuál era su visión del enemigo:

---

<sup>150</sup> Para un desarrollo mayor al respecto, véase Crenzel, Emilio, *El tucumanazo*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1997.

<sup>151</sup> Artese, Matías y Roffinelli, Gabriela, “Responsabilidad civil y genocidio. Acciones y declaraciones públicas durante el Operativo Independencia”, p. 16. Disponible en línea: [http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/libros/artese/respcivil\\_genocidio.pdf](http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/libros/artese/respcivil_genocidio.pdf)

La subversión se hallaba enquistada en todos los organismos del país, y no obstante se me ordenaba combatir su brazo armado, la guerrilla. [...] Allí estaban los colegios y las universidades, los sindicatos y las parroquias trabajadas, desde antiguo, por la acción psicológica del marxismo y sus agentes. A mi llegada, Tucumán estaba pintado de cabo a rabo por leyendas donde se proclamaban las banderas del marxismo leninismo, oponiéndolo a un ejército calificado de “torturador”, “asesino” y “fascista”. Pero no sólo eso. El sacerdocio tercermundista predicaba a voz en cuello la necesidad de una revolución socialista, que según sus propugnadores era acorde con el mensaje evangélico de Nuestro Señor Jesucristo, mientras la corrupción de la “ortodoxia” gremial aherrojaba al hombre de trabajo dando pie así al surgimiento de los gremios “combativos”. De los claustros, mejor ni hablar. Allí, precisamente, residía la plana mayor de la subversión, pero no se podía entrar so pena de vulnerar la fermentada “autonomía”, que, en la práctica, sólo servía para encubrir actividades contrarias a la soberanía nacional. Finalmente, la justicia, intimada, hacía ojos ciegos, limitándose a repetir, dos mil años después, el lavado de manos que hiciera famoso a Poncio Pilatos.<sup>152</sup>

El general tenía claro a quién debía combatir, sabía que no valía la pena perder el tiempo con un centenar de milicianos mal armados y peor entrenados, provenientes sobre todo de zonas urbanas, a los que el monte se hubiera tragado con el tiempo. Él buscaba los cuerpos portadores de ideas, aquellos que con sus prácticas subvertían lo dado. A esos, los cazó sin piedad. No fue un brillante estratega, en parte porque no hubo batallas que pelear. La mayoría de los combates ocurrieron en la ciudad, donde patotas armadas secuestraban a militantes políticos y sociales y los conducían a algunos de los nueve centros clandestinos que tuvo Tucumán. Pero fue un buen alumno, como él mismo confiesa, de los militares franceses y sus tácticas de contrainsurgencia, por eso sus hombres se dedicaron con fruición a la tortura. Hay que reconocer que el general Vilas fue más allá: dado que intuía que en soledad no podía ganar la batalla, se dedicó a conformar

una minoría civil selecta, consubstanciada con las ideas directrices del “operativo” para que, a su vez, ella actuase en la ciudad apoyando al Ejército. [...] ningún Ejército, por efectivo que sea, puede erigirse airoso en una guerra de esta naturaleza si carece del apoyo de la población. La minoría cívica antedicha tendría, pues, la responsabilidad de captar a las masas de la provincia para que colaborase con mis tropas.<sup>153</sup>

Para ello organizó actos en los que confraternizaba con las “fuerzas vivas”. De los políticos, demandó apoyo; de los obispos, homilías en su favor; de los periodistas, que ocultaran o tergiversaran los hechos; de los sindicalistas, algo más:

---

<sup>152</sup> Vilas, Acdel, “Diario de campaña: Tucumán, enero a diciembre 1975”, p. 8. Disponible en línea: <http://www.nuncamas.org>. El texto fue escrito en 1977 y prohibido por el Comando en Jefe del Ejército, ya que no ocultaba ni las formas ni los reales propósitos del Operativo Independencia.

<sup>153</sup> Vilas, *Ibid.*, p. 14.

En principio, les hice ver mis limitaciones como Comandante de una zona de operaciones, pero enseguida demandé de ellos su colaboración [...] Mientras hablaba, serena, pausadamente (como es costumbre en mí), veía que esos hombres me comprendían y comprendían el sentido que pretendía darle al “Operativo”. [...] A tal punto asumieron su responsabilidad, que firmaron un documento en el que establecían su deseo de participar junto a las armas argentinas en tan trascendental acción. [...] Además, se pusieron de acuerdo entre ellos, dejando por un momento de lado las desavenencias que separaban a la CGT de las 62 Organizaciones, para colaborar con la jefatura de Inteligencia de la Brigada. Debo dejar constancia de que las múltiples informaciones que recibí de los dirigentes y obreros me resultaron de capital importancia, pues el ERP se hallaba infiltrado en dichos sectores, aunque no había podido lograr contar con la participación masiva de éstos.<sup>154</sup>

La delación le facilitó la tarea, ya que instalaba a los gremialistas como colaboradores transformando las prácticas sociales de solidaridad en un “sálvese quien pueda”, a la vez que dejó claro que no buscaba un consenso pasivo, sino una participación activa. Una participación que le permitió separar en la sociedad civil a los *fuera de la ley*, aquellos que quedaban interdictos por el bando. Como ya dijimos, en la antigua ley germánica el bando posibilitaba matar al proscrito sin celebrar juicio y al margen del derecho, en nombre de la paz en la comunidad.<sup>155</sup> El *wargus* (‘lobo’) o *banido* quedaba situado entre la pura vida animal y la vida del hombre, cualificado sin pertenecer a ninguna de ellas.

El Operativo Independencia se desarrolló a la vista de todos, con una profusa difusión en los medios y con el beneplácito de parte de la sociedad argentina. Sobre esta cuestión, Artese y Rofinelli<sup>156</sup> realizaron un minucioso trabajo exploratorio sobre las apoyaturas conseguidas en el universo político de la época y en las organizaciones civiles representativas de espacios de poder. Veamos algunas de ellas:

Declaración del entonces gobernador de la provincia Amado Juri, el 26 de agosto de 1975:

Vaya con nuestra reafirmación de solidaridad y decidido apoyo a todos los cuadros de las FF.AA. y de seguridad que hoy luchan contra los enemigos de la Patria, la más enérgica repulsa por el tremendo desprecio que han demostrado hacia fundamentales derechos humanos aquellos que declaman y reclaman esa protección.

Declaración de Adolfo César Philippeaux, jefe del PJ Tucumán, el 8 de marzo de 1975:

---

<sup>154</sup> *Idem.*, p. 28.

<sup>155</sup> Esta temática está trabajada en Agamben, Giorgio, “El bando y el lobo”, en *Homo sacer*, *op. cit.*

<sup>156</sup> Artese y Rofinelli utilizaron como fuente el diario *La Gaceta de Tucumán*.

A título personal y en nombre del partido, debo declarar que estamos muy contentos con el accionar de nuestro glorioso Ejército Argentino, que al ocupar el terreno que antes ocupaba la guerrilla nos ha liberado de esta plaga. Yo siempre la comparo con las abejas africanas, porque vienen de otros lugares, con ideas foráneas y con ideologías de otros países.

Declaración del Arzobispo Guillermo Bolatti el 8 de octubre de 1975:

Manifiesto mi preocupación por el auge de la guerrilla y por la penetración marxista. Si Argentina cae bajo su dominación, habrá entrado en un cono de sombras como recientemente han entrado Laos y Vietnam.

Declaración del periodista de *La Gaceta* José Claudio Escribano (integrante actual de la redacción del diario *La Nación*) el 16 de mayo de 1975:

[...] lo que se entiende es que la subversión amenaza a todos por igual: al gobierno como encarnación de la voluntad popular y a las instituciones y aún más, a nuestro sistema de vida. Un peligro se cierne sobre los principios definitorios de la nacionalidad: la libertad, la igualdad de posibilidades, el catolicismo, la vigencia de los derechos humanos, y también sobre los lazos del pasado.

Declaración de la Cámara de Senadores de la provincia de Tucumán el 4 de diciembre de 1975:

Los bloques políticos integrantes del Honorable Senado de la provincia declaran [...] defender nuestra tradición y vocación de vida argentinista y profundamente cristiana, respetando la voluntad mayoritaria del pueblo de ratificar una vez más el inquebrantable y decidido apoyo a las Fuerzas Armadas y de Seguridad en su lucha patriótica contra la subversión y el terrorismo para mantener la estabilidad de las instituciones democráticas.

Lo que puede deducirse de este breve análisis del proceso tucumano es que la verdadera víctima del operativo fue la sociedad civil, en especial, los trabajadores de los gremios azucareros. Que el Ejército puso en acto prácticas que institucionalizaron una forma de detención preventiva sin intervención judicial ni asistencia legal. Que los lugares de detención fueron espacios de tortura y muerte enclavados en medio de las ciudades y poblados. Y finalmente, que se contó con el apoyo de parte de la sociedad civil para llevar a cabo este ensayo. Ese apoyo tuvo que ver con una forma de involucramiento por acción o por omisión que envolvió a todos, desde la participación explícita hasta el repliegue dictado por el miedo y la necesidad de conservar la vida. Una vida que ya no poseía las cualidades o derechos que había tenido antes.

## Capítulo 4

### Notas sobre el régimen dictatorial, 1976-1983

#### 1. Las transformaciones económicas

Suele decirse que cuando los chinos quieren maldecirte suelen desearte que te toque vivir una época “interesante”. Nada más ejemplificador que el período que se abrió en 1976. Un período que fue, con respecto a las formas represivas, a la vez continuación y ruptura del momento anterior; que tuvo una considerable aceptación en la sociedad civil, producto, entre otras cuestiones, de la evidente incapacidad para ejercer el gobierno de la tercera esposa de Juan Perón. Incapacidad que quedó evidenciada en la crisis económica que desató el “Rodrigazo”,<sup>157</sup> pero por sobre todo, en el agotamiento y el miedo que la violencia y la muerte cotidianas habían generado en la población. En este apartado, expondremos descriptivamente las características del período y reservaremos el examen de las consecuencias y la actuación de los diversos actores sociales para el final del trabajo.

Comenzaremos el análisis presentando algunas cuestiones relacionadas con las políticas económicas, porque esas políticas no sólo generaron un cambio profundo en el país, sino que construyeron una nueva subjetividad en el plano social, convirtiendo a cada persona en un especulador en más de un sentido. El plan económico que acompañó a la dictadura fue posible precisamente por el carácter dictatorial del ejercicio del poder. Sus efectos sobre la economía real implicaron la destrucción de ramas de la industria, la pérdida de fuentes de trabajo y un importante atraso tecnológico que paralizó las posibilidades de crecimiento del país por muchos años. Las fortunas que se construyeron en ese período lo hicieron parándose literalmente sobre una pila de cadáveres.

La cabeza visible fue el ministro de Economía, José Martínez de Hoz, quien contó con un elenco de colaboradores que respondían a los lineamientos teóricos de la Escuela de Chicago. Básicamente, en el proyecto del ministro se trató de quebrar el poder de los grupos de capital nacional y de los sindicatos que de un modo permanente demandaban políticas que les fueran favorables. Para acabar con el rol distribucionista del Estado, tenía que dársele preeminencia a la entidad complementaria: el mercado. En teoría, éste sería

---

<sup>157</sup> Se llamó “Rodrigazo” a una serie de medidas económicas implementadas en 1975 que desataron una carrera enloquecida entre precios y salarios. El nombre hace alusión al entonces ministro de Economía, Celestino Rodrigo.

un eficaz y aséptico distribuidor, ya que premiaría sólo la eficiencia en el desempeño haciendo caso omiso de toda otra consideración, como por ejemplo, los derechos sociales. En lo real, las fuerzas económicas desatadas impusieron la ley del más fuerte, generando una concentración de capitales y empresas como no se había dado con anterioridad y una cultura de la especulación que tardaría años en revertirse. Lo curioso fue que para hacerlo posible se requirió la intervención del Estado, que transfirió recursos para apuntalar determinados sectores empresarios, mientras desarticulaba las organizaciones obreras y las pequeñas y medianas industrias. El plan contó con el beneplácito de organismos internacionales y bancos extranjeros que vieron en el proyecto económico la posibilidad de ubicar los capitales producto del alza del precio del crudo, y que no estaban destinados para inversiones productivas, sino especulativas.

José Alfredo Martínez de Hoz mantuvo una franca y cordial conversación con el secretario del Tesoro norteamericano, William Simon, quien le manifestó su asombro porque el programa económico del gobierno nacional coincidía en un todo con sus propias ideas y se congratulaba de que Argentina estuviera tomando por la buena senda [...] El ministro manifestó su complacencia por la repercusión de su discurso en la Asamblea del BID al final del cual fue ovacionado.<sup>158</sup>

Hasta antes de la crisis energética o, mejor dicho, la crisis en el régimen de reproducción del capital, el capital financiero funcionó como un subsidiario del proceso de producción de bienes. Pero a mediados de los años setenta y entre otras medidas para recomponer el régimen de acumulación, muchos activos se convirtieron en capital líquido cuya velocidad de circulación y de toma de ganancia se aceleró infinitamente.

Por otra parte, debemos reconocer que el ministro Martínez de Hoz tuvo sus tropiezos con los militares en términos de reducir puestos de trabajo como forma de disciplinamiento laboral. Si bien éstos buscaban acabar con toda forma de movilización popular, reconocían, por razones de seguridad, la necesidad de mantener el pleno empleo. También encontró una fuerte oposición a la privatización de las empresas del Estado, ya que los militares pretendían manejarlas para beneficio propio, como habían hecho desde la época de Onganía, integrando sus directorios. Para frenar a la corporación sindical, el ministro recurrió a la receta típica: intervino los sindicatos, prohibió las huelgas, congeló los salarios, desconoció las negociaciones paritarias; todo esto sazonado con una caída del poder adquisitivo que rondó el 40%. En el imaginario, se instaló la idea de que “habíamos estado de fiesta” y ahora teníamos que pagar los costos. En 1977, puso en acción su herramienta principal: la reforma financiera. Esto generó una tasa de interés

---

<sup>158</sup> Publicado en medios periodísticos el 17 de abril de 1976. Citado en Troncoso, Oscar, *El Proceso de Reorganización Nacional/1*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, p. 25.

positiva, lo que arrasó con el crédito a tasa negativa para la mediana y pequeña empresa y para la compra de viviendas familiares. Las instituciones financieras proliferaron como hongos y se generó la ficción de que podíamos vivir de la especulación; las altas tasas positivas alimentaron esta idea. No fue el mercado el que sostuvo este mecanismo, sino el Estado, que no sólo garantizó los títulos que emitía, sino también los depósitos a plazo fijo tomados a tasa libre por entidades privadas.

El espectáculo de una bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el cien y el doscientos por ciento, donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron sus capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras, valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora, son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el festín de los corruptos.<sup>159</sup>

Esta forma de la “timba financiera” se complementó con la apertura de las importaciones. Los argentinos de bien podían ahora tomar autentico té inglés y comprar baratijas coreanas que en poco tiempo arrasaron con la producción de la industria argentina; el caso más típico fue la rama textil, que rápidamente fue desmantelada. El flujo internacional de dólares, producto del aumento del precio del petróleo, permitió un movimiento conocido como “la bicicleta”, que consistió en tomar crédito, colocarlo en el circuito financiero y volver a tomar otro crédito para devolverlo. La rueda giraba a toda velocidad y el problema sobrevino cuando se detuvo: para entonces, el endeudamiento estatal y privado era del orden de los 45.000 millones de dólares.<sup>160</sup> Se incrementaba como nunca antes “la deuda externa”.

Al fortalecerse el sector financiero con su secuela de especulación y endeudamiento, se desdibujó el protagonismo del mercado interno que implicaba producción, consumo y puestos de trabajo. Sin crédito accesible, soportando la competencia externa y con un consumo interno en decrecimiento, muchas fábricas cerraron y el sector industrial sufrió una involución. Las pocas ramas que salieron beneficiadas eran las que producían bienes intermedios y cuyos insumos eran recursos naturales: celulosa, petroquímica, aluminio y cemento, que dieron lugar a grupos económicos locales tales como Macri, Pérez Companc, Fortabat y Techint. Estos grupos se diversificaron y tuvieron como objetivo los mercados externos, siendo en general poco significativos para la creación de empleo. Una curiosidad de la época fue el modo en que se compró el silencio de la prensa escrita, aunando negocios y política. Nos referimos al

---

<sup>159</sup> Extracto de la “Carta abierta a la Junta Militar” de Rodolfo Walsh, publicada en Caraballo, Liliana; Charlier, Noemí y Garulli, Liliana, *La dictadura (1976-1983). Testimonios y documentos*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC-UBA, 1996.

<sup>160</sup> Esta cifra se alcanzó a fines de 1983.

contubernio que permitió a los grandes diarios<sup>161</sup> apoderarse de la producción de papel de manera monopólica a través de Papel Prensa, con el beneplácito del gobierno, que secuestró a sus legítimos dueños y los obligó a ceder sus derechos.

Los nuevos conglomerados, que contaban con emprendimientos industriales, empresas de servicios y actividades financieras, se vieron beneficiados por las políticas de tercerización de actividades, practicadas por las empresas del Estado, convirtiéndose durante el período en sus contratistas frecuentes. Las condiciones de partida fueron beneficiosas, pero el negocio real era el permanente reajuste de precios al ritmo de la inflación y la impuntualidad del Estado para pagar. El negocio no estaba en hacer la obra, sino en cobrar intereses y renegociar la deuda de un modo permanente. El riesgo no existió y la eficiencia no fue la que dio ganancia; lo que funcionó fue “el club de amigos” del gobierno, otro rasgo que permanecería con nosotros largo tiempo. Estos grupos, junto con los acreedores extranjeros, dictarían las políticas económicas aun después de la vuelta a la democracia. Pero no sólo los sectores económicos se reconfiguraron y concentraron, también cambiaron profundamente los grupos populares.

En un trabajo realizado a poco de retornada la democracia, Juan Villarreal analizó la reconfiguración de los trabajadores describiendo tres grandes grupos: obreros industriales, empleados del sector terciario y cuentapropistas.

En el caso de los trabajadores industriales, grupo que fue central en las luchas desatadas entre 1955 y 1973, veremos que su participación en el producto bruto interno cayó en forma ostensible. Como ya dijimos, la desprotección arancelaria y la transferencia de recursos hacia otros sectores iniciaron un movimiento de desindustrialización que funcionó con un efecto “carambola”. Por una parte, se derivaban capitales productivos hacia el sector financiero o bien se fortalecía el sector agropecuario, pero esencialmente se restaba poder a dos actores fundamentales del período anterior: los pequeños y medianos propietarios industriales y a los trabajadores industrializados.

Muchos obreros seguirían trabajando en la industria, pero trabajando menos horas [...] según datos del INDEC, las horas-obreros trabajadas pasaron de 104 en 1978 a 84 en 1981 [...] las industrias en las que este fenómeno se acentuó fueron textiles, vestimenta, calzado y maquinaria [...] este último sector resultaba fundamental para abastecer de equipos al resto de la industria.<sup>162</sup>

Sobre este grupo y a nuestro juicio, lo más interesante del estudio es el análisis del proceso de estratificación salarial que va a arrojar como resultado una importante

---

<sup>161</sup> De la operación participaron los diarios *Clarín*, *La Nación* y *La Razón*.

<sup>162</sup> Villarreal, Juan, *Los hilos del poder*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985, p. 249.

fragmentación en el interior del movimiento obrero. Si antes del golpe de Estado la pirámide salarial se presentaba con una base ancha de personal no especializado que percibía salarios semejantes producto de la puja sindical, durante el “Proceso” crecerá el número de puestos de trabajo que a partir de una mayor tecnificación y especialización obtendrá salarios más altos. La otra modificación de importancia tuvo que ver con la composición del salario en cuanto al incremento de “premios y bonificaciones” en detrimento de un salario básico de convenio, lo que estimuló “la competencia entre trabajadores individualizando sus intereses y fragmentando sus condiciones de vida”.<sup>163</sup>

A las formas represivas practicadas contra el movimiento obrero, habrá que sumar entonces esta pérdida de homogeneidad que tuvo como correlato menores probabilidades de acciones conjuntas y, por lo tanto, el debilitamiento de uno de los actores centrales que se había enfrentado al poder económico. El sector industrial perdió dinamismo y cedió su lugar al sector financiero con la obvia consecuencia de que los asalariados industriales perdieron fuerza y poder social. Como bien señala Villarreal, los empleados administrativos desplazaron a los obreros como mayoría entre los asalariados. No es que este proceso fuera novedoso, había comenzado ya en la década de 1960 pero cobró un ritmo acelerado en este período, siguiendo la tendencia internacional de tercerización del trabajo. Tenemos, entonces, un decrecimiento de actividades laborales ligadas al proceso productivo a favor del incremento del sector ligado a la circulación y consumo de bienes. Este nuevo grupo pertenecía a un mosaico heterogéneo de actividades e históricamente tenía una menor tradición de lucha y participación sindical. El cuadro se completó con el crecimiento del sector de trabajadores independientes, que por sus propias características se encontraba excluido de toda relación salarial. Buena parte de los trabajadores industriales que perdieron sus empleos se reinsertaron en el mundo laboral desde los sectores de la construcción, el comercio o el transporte. Como es sabido, la actividad independiente reconoce enormes diferenciaciones internas que van desde el trabajo precario e informal hasta la instalación de emprendimientos comerciales. Si las condiciones laborales del período eran rigurosas y los salarios bajos, es razonable suponer que hubo una cierta tendencia a buscar una salida individual. La segmentación que hemos descrito fue una prolija construcción del gobierno militar, que podría sintetizarse como:

[...] un retroceso del trabajo mecanizado de producción material de la industria a cambio del crecimiento de trabajadores de servicios inmateriales en el que se utilizan símbolos para la producción de símbolos.<sup>164</sup>

---

<sup>163</sup> *Ibid.*, p. 250.

<sup>164</sup> *Ibid.*, p. 264.

Este es un tema para nada menor si se lo relaciona con el tipo de subjetividad que se constituye a partir de las prácticas laborales. Por último y en lo que respecta a la vida cotidiana de los trabajadores, dos cuestiones impactaron sobre ella: por un lado, la modificación de la Ley de Alquileres, que los liberó y encareció las viviendas populares; y por otro, la erradicación de villas de emergencia, tarea que se llevó a cabo mientras el entonces secretario de Vivienda de la ciudad de Buenos Aires, Guillermo del Cioppo, proclamaba:

[...] solamente pretendemos que vivan en nuestra ciudad quienes están preparados culturalmente para vivir en ella. Vivir en Buenos Aires no es para cualquiera, sino para el que lo merezca.<sup>165</sup>

## **2. Las formas políticas. Estado de excepción y decisión soberana**

Una manera de describir el particular momento político que se abrió con el golpe de 1976 sería deteniéndose en la novedad de que las FF.AA. encarnaron esta etapa de manera institucional.<sup>166</sup> Esto significó que el ejercicio del gobierno fue llevado adelante por todas las fuerzas en conjunto, repartiéndose por tercios ministerios, gobernaciones y los diversos cargos burocráticos sin la presencia de líderes personalistas. Esto tuvo como consecuencia desinteligencias y luchas de facciones que convirtieron la toma de decisiones en una arena de circo. Pero mucho más interesante que las querellas entre los pretorianos es detenerse en aquello que sí los unificaba, y que con la anuencia de cámaras empresarias y la Iglesia católica habían venido preparando cuidadosamente durante el año 1975: el exterminio de los grupos beligerantes y el disciplinamiento definitivo de los distintos sectores sociales participantes de movilizaciones políticas y de organizaciones populistas que con sus demandas “irresponsables” hicieron peligrar la integridad de la Nación. Era un proyecto fundacional mucho más radical que los intentos anteriores de ordenar a la sociedad argentina. No se trataba de un nuevo gobierno, sino de un nuevo orden que venía “a dar vuelta una página en la historia argentina” y a evitar la disolución de la Nación. En este sentido, llamó nuestra atención que para principios de los años noventa, Hugo Quiroga recurriera en su estudio a los conceptos schmittianos de *dictadura soberana*, *estado de excepción* y *decisión soberana* para dar cuenta del tipo de régimen

---

<sup>165</sup> Citado por Novaro y Palermo, *op. cit.*, p. 148.

<sup>166</sup> Esta es una de las tesis del trabajo de Quiroga, Hugo, *El tiempo del Proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*, Rosario, Editorial de la Fundación Ross, 2004.

que se instaló en la Argentina.<sup>167</sup> Podemos suponer que lo que condujo a Quiroga a utilizar estos desarrollos teóricos se relacionó con las características más sobresalientes del régimen militar: nació invocando un estado de necesidad, ya que estaba en peligro la integridad de la Nación; asumió poderes extraordinarios subordinando la Constitución Nacional al Acta y al Estatuto para el Proceso de Reorganización Nacional; no se propuso límites temporales, sino el cumplimiento de ciertos objetivos a los que denominó “históricos”; y finalmente, monopolizó la decisión política. Esas cuestiones están contenidas en el discurso del entonces presidente de facto:

Largos años de desencuentros y confusión en los que proliferaron los malos hábitos, las prédicas falsas y la corrupción de las costumbres políticas y sociales nos llevaron a una situación sin salida aparente, el estado de necesidad y la vocación de servicio patriótico impulsaron una decisión que, no queda duda alguna, se había tornado improrrogable. Esta decisión fue la respuesta orgánica e institucional que las Fuerzas Armadas dieron a los gravísimos problemas que ensombrecían a la Nación [...] Hoy, por imperio de las circunstancias, les toca el ejercicio de una desusada responsabilidad. Por una parte, deben conducir el proceso de reorganización nacional; por la otra, se hallan empeñadas en la eliminación total del enemigo subversivo.<sup>168</sup>

En la lógica de los discursos militares, se actuaba en nombre del peligro que amenazaba el orden público y, por lo tanto, conducía a la disolución social. Esto hacía necesario liberar la decisión soberana de las trabas del orden jurídico existente. Ante una situación excepcional, constitutiva de un estado de necesidad, el soberano se veía obligado a actuar. En este sentido, el gobierno militar hizo de la excepción la regla y la aplicó específicamente a “la eliminación del delincuente subversivo”, tal y como descarnadamente lo había expuesto el general Acdel Vilas a cargo del Operativo Independencia en su rol de señor de vida y muerte en la provincia de Tucumán:

Si el procedimiento de detención se hubiera realizado vistiendo mis hombres uniforme del ejército, entonces no habría más remedio que entregarlo [al detenido] a la justicia, para que en pocas horas saliera en libertad. Pero si la operación se realizaba con oficiales vestidos de civil y en coches operativos [...] la cosa cambiaba [...] Di órdenes precisas de clasificar a los prisioneros del ERP según su importancia y peligrosidad, de forma que sólo llegaran a la cárcel los inofensivos [...] los más peligrosos nunca llegarían al penal, esos quedarían retenidos en Famaillá<sup>169</sup> procediéndose a su interrogatorio hasta que no fueran de más utilidad.<sup>170</sup>

---

<sup>167</sup> No incursionaremos aquí en la polémica que se suscitó entre Hugo Quiroga y Jorge Dotti acerca de si la mejor definición o la más ajustada era considerar a la dictadura del período 1976-1983 como *dictadura soberana* o bien *dictadura comisarial*, en atención a su relación con la Constitución Nacional.

<sup>168</sup> Alocución del entonces general Videla en la comida de camaradería realizada el 7 de julio de 1976. Publicada en Troncoso, *op. cit.*, p. 46.

<sup>169</sup> “La Escuelita de Famaillá” es el nombre que recibió el primer campo de exterminio que se abrió en la Argentina.

<sup>170</sup> Citado por Novaro y Palermo, *op. cit.*, p. 87.

Coincidiendo con el diagnóstico de peligro elaborado por los grupos dominantes, el gobierno militar definió la naturaleza del enemigo interno y resolvió que nos encontrábamos en un estado de guerra. Asumió así el lugar del soberano y se legitimó al colocarse en el lugar del defensor de valores y principios superiores.

Al rememorar nuestros próceres del pasado, vaya también nuestro recuerdo y reconocimiento a los héroes y mártires que en días muy cercanos dieron su vida y su sangre en defensa del ser nacional, fortaleciendo con su ejemplo nuestra irrevocable decisión de terminar con la delincuencia subversiva.<sup>171</sup>

Recuperar los conceptos límites elaborados por Schmitt, sin por ello suponer que su simple aplicación lo explica todo o bien que desde ellos puede legitimarse el proceder del régimen militar, tiene la virtud de echar luz sobre la relación entre el estado de excepción, la decisión soberana y la elección del campo de exterminio como su espacio por excelencia, tal y como lo hace Agamben, quien liga estas cuestiones con la figura del *homo sacer* y la del *Wargus*, interdictos por el bando soberano. Para nuestro trabajo, la relación entre estos temas se convierte en un punto relevante, porque viene a completar la explicación elaborada desde el orden práctico por la Doctrina de Seguridad Nacional.

El caso excepcional es una situación no prevista en el orden jurídico existente o, dicho en otras palabras, un caso individual que es excluido de la norma general pero que se relaciona con ella bajo la forma de la suspensión. El estado de excepción es, por lo tanto, la resultante de la suspensión del orden previo y a la vez el modo en que el sistema interioriza aquello que lo excede. Completando esta cuestión, dice Agamben:

Puesto que no existe ninguna norma que sea aplicable al caos, éste deber ser incluido primero en el orden jurídico mediante la creación de una zona de indiferencia entre exterior e interior, caos y situación normal: el estado de excepción cuya localización visible es el campo de concentración que no es un simple espacio de reclusión contemplado dentro del ordenamiento jurídico existente.<sup>172</sup>

Para poder fundamentar lo dicho, analizaremos algunas cuestiones presentes en la obra de Schmitt. Comenzaremos estableciendo que para el pensador alemán, la posibilidad de superación del momento caótico deviene de la decisión constituyente que al igual que la palabra divina hace posible el orden. Ahora bien, la decisión se toma en una determinada situación que reviste, como ya hemos dicho, el carácter de extrema y que no es otra que la del estado de excepción. En esta circunstancia, se rebela para Schmitt

---

<sup>171</sup> Discurso del ex general Videla en el Día del Ejército, el 29 de mayo de 1976. Véase Troncoso, *op. cit.*, p. 48.

<sup>172</sup> Agamben, *Homo sacer, op. cit.*, p. 32.

el verdadero soberano: “el que decide sobre el caso de excepción” bien para restaurar el orden perdido, bien para constituir un orden nuevo pero siempre ligado a una situación de crisis. Quién encarna al soberano se resolverá según las circunstancias del momento histórico. En este punto, Agamben se separa de las consideraciones del pensador alemán para demostrar que durante el siglo XX la excepción se ha ido convirtiendo en la norma, y lo hace citando los doce años que duró el estado de excepción durante el nazismo y las medidas extraordinarias tomadas en Estados Unidos después del atentado del 11 de septiembre de 2001, entre otros ejemplos. En esta línea es que el filósofo italiano puede ligar la figura del *homo sacer* al campo de exterminio, considerado este último como el espacio en donde se puede incluir lo que debe ser excluido; además, lo que resulta más importante es que se trata de un espacio que funciona bajo un orden excepcional.

El segundo momento que nos interesa analizar en la obra de Schmitt refiere a la dupla amigo-enemigo. La primera cuestión a destacar es que el enemigo tiene siempre carácter de público, nunca es de orden privado o personal (*inimicus*) y recibe la denominación de *hostis*, aquel que es lo que yo no soy. Perteneciendo al mismo conjunto, es a la vez diferente y se lo percibe como un freno o un impedimento para la realización de lo colectivo; a la vez que pertenece a la comunidad, está en guerra con ella. Es el soberano, a través de la decisión, quien establece la identidad del enemigo:

Enemigo no es el competidor o el adversario en general. Enemigo no es siquiera el adversario privado que nos odia debido a sentimientos de antipatía. [...] Enemigo es sólo el enemigo público, puesto que todo lo que se refiere a semejante agrupamiento, y en particular, a un pueblo íntegro, deviene por ello mismo público. El enemigo es el *hostis*, no el *inimicus* en sentido amplio [...] Es simplemente el otro, el extraño, y le basta a su esencia el constituir algo distinto y diferente en un sentido existencial, especialmente intenso, de modo tal que, en un caso extremo, los conflictos con él se tornan imposibles, siendo que estos conflictos no pueden ser resueltos por una normativa general establecida de antemano.<sup>173</sup>

Si seguimos el razonamiento schmittiano, el soberano es aquel al que el orden jurídico reconoce la potestad de decidir sobre el estado de excepción, que supone la suspensión de ese mismo orden previo. Por lo tanto, podríamos decir que el soberano queda situado por fuera de la ley, pero en verdad, el soberano está estableciendo otra forma del orden o, dicho de otra manera, establece que no hay un afuera de la ley. El hecho de que las FF.AA. decretaran el estado de excepción fue en lo concreto una forma de instaurar un orden nuevo donde la decisión sobre lo que era normal como forma de vida quedó en manos del soberano. De ahí la elección del campo de exterminio como

---

<sup>173</sup> Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, versión disponible en línea, pp. 12-13.

espacio de inclusión de lo que debía ser excluido, es decir, como el espacio que se correspondía con la excepción. En este mismo sentido, el que ha sido puesto en bando no queda sencillamente fuera de la ley ni es indiferente a ésta, sino que es abandonado por ella resultando expuesto y en peligro. Para nuestras FF.AA., la “lucha contra la subversión” tuvo el carácter de “última guerra final de la humanidad”, que superando los términos schmittianos de lo político, buscó no sólo derrotar al enemigo, entendido como “absoluto”, sino también destruirlo o “aniquilarlo”, luego de haberlo despojado de su condición humana y moral. Esta última situación es conceptualizada por Schmitt como “posibilidades extremas”:

La guerra se desarrolla entonces bajo la forma de “última guerra final de la humanidad”. Tales guerras son necesariamente de una particular intensidad e inhumanidad, puesto que, superando lo “político”, descalifican al enemigo inclusive bajo el perfil moral, así como bajo todos los demás aspectos, y lo transforman en un monstruo feroz que no puede ser sólo derrotado sino que debe ser definitivamente destruido, es decir, que no debe ser ya solamente un enemigo a encerrar en sus límites.<sup>174</sup>

Si las FF.AA. se percibían como la única institución que había permanecido incorrupta y sana en medio de la debacle, esto les permitía ubicarse en una situación de indistinción entre ser parte de la sociedad y a la vez poder colocarse imaginariamente por encima de ella. Si se habían mantenido íntegras y fieles a la esencia de la Patria, entonces estaban en condiciones de diagnosticar que la Argentina se encontraba atravesada por una guerra revolucionaria. Una guerra que se presentaba como no declarada y que se libraba en el campo de la educación, la cultura, la familia o la fábrica, entre los valores nacionales representados por su brazo armado y “la hidra de mil cabezas” que encarnaba la “subversión apátrida”. Identificado el enemigo e instaurado un orden para la muerte, el soberano de hecho se dedicó a eliminar al otro irreductible.

### **3. Las formas represivas**

El aporte decisivo a una vida desquiciada no provino sólo de las medidas económicas, sino fundamentalmente de las formas que asumió el poder con el objetivo de remodelar a la sociedad toda. La tecnología represiva se sirvió de una nueva figura:

---

<sup>174</sup> Schmitt, *Ibid.*, p. 17.

“el desaparecido”, el detenido del que no había noticias, el que quedó “detenido” entre la vida y la muerte. Pero veamos en principios cuáles fueron las formas operativas que implementaron los militares y su fundamento ideológico.

Si se hiciera un análisis superficial, podría decirse que el haber sido el blanco predilecto de las organizaciones guerrilleras en los años previos determinó a las FF.AA. en su accionar. Pero lo cierto es que los estudios sobre el tema dejan en claro que la Doctrina de Seguridad Nacional jugó un rol preponderante y que el ataque de la guerrilla sirvió para confirmar lo que suponían las FF.AA. desde mucho tiempo antes, esto es, que “la amenaza comunista” se había convertido en realidad. Como bien explicita Armony:

La Doctrina de Seguridad Nacional colocaba la seguridad nacional por encima de la seguridad personal, las necesidades del estado antes que los derechos individuales y el juicio de una élite gobernante sobre el imperio de la ley.<sup>175</sup>

Sintéticamente, la Doctrina se fundaba en la experiencia francesa<sup>176</sup> de lucha contrainsurgente en Indochina y en Argelia, y aportaba la idea de un enfoque global del fenómeno, combinado con las técnicas norteamericanas<sup>177</sup> empleadas en la guerra de Vietnam. Todo esto atravesado por la creencia de los oficiales argentinos de su papel preponderante en la defensa del bien común. La idea de bien común implicaba la concepción de una comunidad orgánica constituida a partir de un orden natural, a la que debía protegerse de toda forma externa que intentara alterarla. En el teatro de operaciones de la Guerra Fría, el papel de las FF.AA. argentinas consistía en proteger esta zona del planeta de los movimientos insurgentes, promoviendo la seguridad interior y dando batalla al ataque ideológico, al que se consideraba tan o más peligroso que el accionar armado de los grupos guerrilleros. Por ello, cuando asaltaron el poder el 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas extendieron a todo el país la tecnología represiva que habían probado durante el Operativo Independencia. Para eso, dividieron el territorio en cinco zonas, y a éstas, en subzonas y áreas; comprometieron en la tarea a toda la oficialidad y pusieron bajo su mando a los grupos parapoliciales que habían operado clandestinamente en los años previos. La planificación correspondió a las jerarquías más altas de cada fuerza, quienes participaron de manera personal junto con sus subordinados de las

---

<sup>175</sup> Armony, Ariel, *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1999, p. 35.

<sup>176</sup> Tempranamente, en la década de 1960 oficiales franceses adoctrinaron a los cuadros del Ejército en la necesidad de formar un “ejército clandestino” para frenar el avance del comunismo, desconociendo las formas legales del combate.

<sup>177</sup> La transmisión sistematizada de las técnicas contrainsurgentes se llevó a cabo en las escuelas militares norteamericanas en las que se formaban los oficiales argentinos. La más emblemática fue la “Escuela de las Américas”.

distintas etapas de los operativos. La ejecución de éstos estuvo en manos de la oficialidad joven y también de algunos civiles que se incorporaron por voluntad propia. Contaban con un aparato administrativo en el que se registraban con minuciosidad las capturas, las declaraciones y el destino final de cada detenido. Las detenciones se llevaban a cabo por lo general de noche y en presencia de la familia de la víctima, aunque muchas veces también se detenía gente en sus lugares de trabajo o en la calle, a plena luz del día y con testigos involuntarios.

Se despertó violentamente con los disparos [...] a los tropezones buscó la correa de la persiana y tiró de ella [...] en la vereda de enfrente, justo en la casa del muchacho que trabajaba en la metalúrgica, había estacionado un Ford Falcon color verde. Tres hombres de civil gritaban que eran policías mientras tiraban tiros al aire y le ordenaban al joven que se entregara. Golpeaban la puerta [...] hasta que se lanzaron corriendo sobre ella y la tiraron abajo [...] vio cómo lo sacaban esposado, cómo lo escupían, golpeaban y maltrataban, mientras caminaban hacia el auto. Después lo metieron a patadas en el Falcon y se lo llevaron [...] durante ese día no pudo dejar de preguntarse qué estaría pasando con él.<sup>178</sup>

Los operativos estaban a cargo de “grupos de tarea” conocidos como “patotas”, que se desplazaban en autos sin identificación y que estaban fuertemente armados, lo que combinaba el anonimato con la exhibición descarada de fuerza. Su tarea consistía en planificar y ejecutar un secuestro en el que una docena de hombres armados capturaban a otro al que vapuleaban de inmediato para reducir riesgos, de ahí su apelativo de “patota”. Tenía derecho al “botín de guerra”, que consistía en poder desvalijar la vivienda y quedarse con todo lo que encontraran. Una de las formas más perversas que adoptó esta rapiña fue la de quedarse con los hijos de los prisioneros, tanto con los que ya habían nacido y tenían pocos meses como con los que nacían en los lugares de detención.<sup>179</sup>

A la fecha, se conoce la existencia de más de quinientos campos de exterminio que funcionaron en dependencias militares, comisarías o espacios preparados en los meses previos al golpe de Estado. Sobre su funcionamiento trataremos en apartados posteriores. Las víctimas fueron miembros de organizaciones políticas o sociales, delegados gremiales de base, estudiantes universitarios y secundarios, sacerdotes, intelectuales, periodistas, profesionales y sus familiares. El rango de edad estuvo entre los quince y los treinta años. En términos de clases sociales, el cruce fue transversal: desde jóvenes de clase alta hasta habitantes de las villas de emergencia. Complementando esta

---

<sup>178</sup> Testimonio citado por Caviglia, Mariana, *Vivir a oscuras. Escenas cotidianas durante la dictadura*, Buenos Aires, Aguilar, 2006, pp. 19-20.

<sup>179</sup> Se estima que la cifra de niños apropiados ronda los quinientos. Hasta ahora sólo se pudieron recuperar algo más de un centenar.

tecnología represiva, los partidos políticos fueron prohibidos al igual que la actividad gremial; los grandes medios de comunicación pactaron una forma de silencio cómplice cuando no una propaganda activa a favor del régimen.<sup>180</sup>

A las juntas que gobernaron en esos años, se las ha calificado con todo tipo de epítetos, sin embargo, no puede decirse que no hayan sido inusualmente democráticas: repartieron miedo sin distinciones. Aun los empresarios que hacían buenos negocios con ellas no se sentían a salvo, ya que el enemigo tenía siempre límites difusos. En la sociedad en general, primó una suerte de autocensura y un estrechamiento de los lazos. En los grupos sociales que no participaron de las experiencias previas de profunda politización, y para los que la situación anterior al golpe resultaba insostenible, era un alivio que quienes supieran cómo resolverla se hicieran cargo de ella. En este mismo sentido, les resultaba razonable que se diera un escarmiento a aquellos que con sus demandas y agitación eran responsables de lo que había ocurrido: militantes juveniles, delegados sindicales o intelectuales comprometidos; en resumen, los que poblarían los campos de exterminio. Fueron estos mismos grupos medios que asumieron el discurso de la sociedad “descarriada” los que adoptaron la actitud de justificar lo que ocurría utilizando el argumento “por algo será”. Esta última cuestión recuerda los testimonios de los polacos que veían pasar los trenes cargados de judíos y se decían unos a otros: “Qué crímenes horribles deben haber cometido estas gentes para que se los trate así”. Sobre esta cuestión, volveremos.

A modo de ejemplo de lo que ocurría en la vida cotidiana, citaremos una serie de testimonios y eventos como el siguiente, que se desarrolló el mismo 24 de marzo en la planta de Propulsora Siderúrgica:

A las dos de la mañana, la infantería de Marina ocupa la planta, lleva listas de sospechosos y detiene alrededor de 20 obreros. Cierra la fábrica por dos días y pasado ese lapso vuelven a trabajar con la planta ocupada por la Marina. Piden documentos a la entrada y salida, palpan de armas y revisan. Hacen abrir los armarios de los operarios y se llevan detenidos a aquellos que guardan volantes. Alrededor de 200 obreros son golpeados y llevados encapuchados y se los sigue torturando durante su detención. La Marina secuestra los archivos con datos del personal para seleccionar futuras detenciones. La patronal despide a los que van siendo largados “por haber faltado a sus tareas sin previo aviso”.<sup>181</sup>

El trabajo conjunto entre las FF.AA. y los dueños de empresas fue moneda corriente y se repitió en fábricas como Ford Motors Argentina y Mercedes Benz, entre

---

<sup>180</sup> Entre los casos paradigmáticos, encontramos las publicaciones de la Editorial Atlántida: *Gente, Somos y Para Ti*.

<sup>181</sup> Citado en Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos 1976-1977*, Buenos Aires, Ediciones de la Campana, 2001, p. 11.

otras. En la primera de ellas, personal del Ejército custodiaba el trabajo cotidiano, montando guardia en el interior de la fábrica. En diciembre de 1976, el Ejército emitió un documento interno sobre “procedimientos para asegurar la libertad de trabajo”, en el que se ordenaba disolver todo grupo de más de tres personas que se encontraran en las inmediaciones de los establecimientos fabriles, así como detener a los que incitaran a la huelga. Pero lo más interesante eran las indicaciones para asegurar la “libertad de trabajo”:

Para que los trabajadores tengan la seguridad de que cuentan con adecuada protección harán llegar a los mismos, particularmente a los que se muestren remisos o indecisos, las seguridades de que no habrán de sufrir molestias por parte de los elementos perturbadores que propicien el movimiento huelguista. Además los invitarán a concurrir al trabajo.<sup>182</sup>

Imaginamos que debe ser irresistible la invitación a concurrir al trabajo si ésta la realizan personas fuertemente armadas...

La vida cultural se redujo de manera ostensible, ya que durante el año anterior al golpe, una importante cantidad de artistas debió marchar al exilio, producto de las amenazas de la Triple A. Para 1976, ya existían “listas negras” que les impedían trabajar. Otros, sin embargo, colaboraron gozosamente difundiendo la idea de que los exiliados que denunciaban las atrocidades eran parte de una “campana antiargentina”. En el espacio cinematográfico funcionó una fuerte censura:

[...] sólo serán autorizadas las películas que muestren al hombre tal y como es en su lucha eterna y cotidiana contra el materialismo, el egoísmo, la cobardía, la venalidad y la corrupción, al hombre luchando por su honor, su religión y sus principios, sin librarse jamás a la violencia o al escepticismo. Sólo estas películas serán consideradas como obras de arte [...] Todas las películas sin valores artísticos o que no presenten ningún interés como diversión y que atenten a los sentimientos nacionales serán prohibidas parcial o totalmente.<sup>183</sup>

Uno de los hechos simbólicamente más atroces fue la quema de libros prohibidos, que incluyó los ensayos que tuvieran que ver con el marxismo, pero también todo trabajo cuyo autor portara un apellido ruso. En esta línea, que si no fuera trágica rayaría en el ridículo, se prohibió el uso de un libro de ingeniería llamado *La cuba electrolítica*. El diario *La Opinión* publicó la siguiente noticia el 30 de abril de 1976:

En Córdoba, en la Base del 14 Regimiento de Infantería Aerotransportada, se han estado realizando “autos de fe” contra libros y revistas, en presencia de

---

<sup>182</sup> Caraballo, Charlier y Garulli, “Documento del Ejército RE-10-51, ‘Instrucciones para operaciones de seguridad’”, en *La dictadura (1976-1983). Testimonios y documentos*, op. cit., p. 95.

<sup>183</sup> Declaración del capitán Bitleston, encargado del Instituto Nacional de Cine, en junio de 1976. Publicada en Caraballo, Charlier, Garulli, op. cit., p. 100.

periodistas. Según el Jefe de la Unida, se trata de “literatura perniciosa que afecta al intelecto y nuestra manera de ser cristiana. Esta medida pretende impedir que esta literatura continúe engañando a nuestra juventud sobre el verdadero bien que representan nuestros símbolos nacionales, nuestra familia y, en fin, el país”.

Si esto ocurría con los libros, podemos imaginar lo que pasaba en las universidades, espacios en los que –según lo que las FF.AA. habían diagnosticado– se desenvolvían los “ideólogos de la subversión”. Vaya como ejemplo esta nota publicada por el diario *La Capital* de Rosario en agosto de 1976:

La lucha contra la subversión [...] se ha llevado hasta ahora contra la cabeza visible, que es el delincuente subversivo, pero no contra el ideólogo, que genera, forma y modela esta nueva clase de delincuentes [...] Estos ideólogos, infiltrándose en todos los ambientes, envenenan a la juventud desde los claustros universitarios a las aulas secundarias y si no se desenmascara y desbarata esa máquina generadora de delincuentes, la infiltración será total [...] no podemos conformarnos con erradicar, aniquilar o eliminar el producto de ese proceso de infiltración, debemos caer y anular las fuentes mismas en que se nutre, forma y adoctrina el delincuente subversivo, y su fuente está en la universidad y colegios secundarios. Hasta tanto no se logre sanear el ambiente docente [...] y el profesor sea un hombre de pensamiento e ideología cristiana, no podemos alcanzar la victoria en esta lucha en la que todos estamos empeñados.<sup>184</sup>

De aquí que la Universidad, o era devuelta a su quicio, o continuaría siendo la principal punta de lanza de la estrategia del ERP. El problema fundamental, pues, habiendo desestimado, por las razones antes expuestas, el recambio de profesores y planes, era la destrucción física de quienes utilizasen los claustros para encubrir acciones subversivas. De ahí en más, todo profesor o alumno que demostrase estar enrolado en la causa marxista fue considerado subversivo, y, cual no podía ser de manera distinta, sobre él cayeron las sanciones militares de rigor. Hice jugar hasta sus últimas consecuencias la dialéctica del amigo-enemigo tratando a unos y a otros según su disposición. Por eso, mientras apoyé fervientemente al clero ortodoxo –recibí del mismo adhesión incondicional–, que hizo extensivo a la Universidad Católica “Santo Tomás de Aquino”, me opuse y combatí a todos aquellos que se sirvieron de sus sotanas, cargos o apellidos para apoyar al ERP.<sup>185</sup>

Esto se complementó fijando cupos de ingreso en las principales universidades del país, cerrando carreras y reestructurando las que quedaban, así como eliminando toda posibilidad de ejercer la libertad de cátedra. Se estima que durante 1976, fueron cesanteados más de tres mil docentes de ambos niveles. Debemos agregar que los directores de colegios secundarios recibían todo tipo de directivas para identificar “el aspecto, las actitudes y las ideas de los maestros subversivos”, como por ejemplo, la circular N.º 37 de la Dirección Nacional de Escuela Media y Superior, que indicaba cómo

---

<sup>184</sup> Noticia publicada en Águila, Gabriela, *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, p. 237. El que enuncia el discurso es el general Acdel Vilas, que ya comandaba la Zona V.

<sup>185</sup> Vilas, *op. cit.*

debía ser el trato entre docentes y alumnos para mantener el principio de autoridad y fijaba cómo debía ser la vestimenta tanto de alumnos como de profesores:

Para el personal masculino, profesores: usar saco, camisa y corbata. Para el personal femenino, se recomienda uso de pollera; en caso de utilizar pantalón, llevará también sacón, tapado; no se admite el uso de vaqueros o similares. En cuanto a los alumnos varones: orejas descubiertas, largo del pelo, uniforme; para las alumnas: guardapolvo y largo del guardapolvo, cabello recogido, sin uso de maquillaje.<sup>186</sup>

Pero las indicaciones no se limitaron al ámbito de las instituciones públicas; el espacio privado fue rápidamente alcanzado por la prédica de los asesores civiles del gobierno, que pontificaban sobre las formas que debía adoptar la familia argentina:

Todo induce a pensar que en nuestro país el marco normativo más favorable [...] es el que corresponde a un modelo monogámico estable. Los hijos que nacen de estas uniones tienen más probabilidades de alcanzar un equilibrio afectivo, de adquirir hábitos de comportamiento y actitudes que favorezcan a su integración en la sociedad, de adherir a las creencias y valores ligados a la cosmovisión que subyace a la vida social [...] Los hijos que nacen de uniones circunstanciales, sean éstas ilegítimas o provengan de un régimen muy permisivo de divorcio (asimilable a una poligamia o poliandria sucesiva) no gozan de estas ventajas y presentan con mayor frecuencia rasgos de conducta desviada que afectan la cohesión del cuerpo social. Una sociedad que se propone promover la vida humana no puede mirar con indiferencia este hecho, ni considerar el modelo de familia como una cuestión meramente privada.<sup>187</sup>

Por último y para cerrar este apartado, diremos que la vida de los jóvenes cambió radicalmente. Parecía que el intento de tomar “el cielo por asalto” se había convertido en un precipitarse al infierno. De más está decir que toda forma de práctica política había quedado erradicada. Como eso no bastaba, se alteró la cotidianeidad al punto en que las salidas nocturnas los exponían a constantes razias, estaba prohibido circular sin documentos, el largo del pelo y las vestimentas obedecían a estrictas reglas, resultaba peligroso el uso de barba y la disciplina no presentaba fisuras en los espacios educativos. “¿Sabe qué está haciendo su hijo en este momento?” fue el eslogan por excelencia. En diciembre de 1977, la revista *Gente* decía:

Después del 24 de marzo de 1976 usted sintió un alivio, sintió que retornaba el orden. Que todo el cuerpo social enfermo recibía una transfusión de sangre salvadora. Bien, pero ese optimismo –por lo menos en exceso– también es peligroso. Porque un cuerpo gravemente enfermo necesita mucho tiempo para recuperarse, y mientras tanto los bacilos siguen su trabajo de destrucción... Por ejemplo, ¿usted sabe qué lee su hijo?<sup>188</sup>

---

<sup>186</sup> Citado por Novaro y Palermo, *op. cit.*, p. 141.

<sup>187</sup> Rafael Braun (1978), citado por Novaro y Palermo, *op. cit.*, p. 141.

<sup>188</sup> Citado en Brodsky, Marcelo, *Memoria en construcción. El debate sobre la ESMA*, Buenos Aires, La Marca Editora, 2005 p. 59.

En términos generales, se tendió a transformar de forma radical las prácticas sociales en el sentido de cómo debía ser leída la realidad y cómo encarar las relaciones con los otros; relaciones que debían evitar la reciprocidad y en las que se trataba de que predominaran los lazos de tipo vertical. El riesgo de no obedecer se vinculaba, en los discursos oficiales, con la posibilidad del contagio, de quedar “manchado” en el contacto con los “delincuentes subversivos”. Sobre esta definición de los grupos disidentes trataremos en el próximo apartado.

#### **4. La construcción del sintagma “delincuente subversivo”**

El 30 de octubre de 1976, el contraalmirante César Guzzetti le decía a la prensa:

Mi concepto de subversión se refiere a las organizaciones terroristas de signo izquierdista. La subversión o el terrorismo de derecha no es tal. El cuerpo social del país está contaminado por una enfermedad que corroe sus entrañas y forma anticuerpos. Esos anticuerpos no deben ser considerados de la misma manera que se considera un microbio. A medida que el gobierno controle y destruya a la guerrilla, la acción del anticuerpo va a desaparecer. Yo estoy seguro de que en los próximos meses no habrá más acciones de la derecha, cosa que ya está ocurriendo. Se trata de una reacción natural de un cuerpo enfermo.

Analicemos con cuidado lo dicho. El discurso inscribe la contienda político-ideológica en el ámbito de lo biológico, y por lo tanto, sugiere que para que el cuerpo social “sano” pueda vivir, lo diferente / enfermo debe morir, estableciendo una protección negativa de la vida. La sociedad como organismo enfermo requería de una cura radical que consistía en extirpar una parte de ella. O bien, tal y como lo expresa el contraalmirante Guzzetti, el mal permite crear mecanismos autodefensivos que funcionan en el mismo sentido en que ciertas dosis de veneno inmunizan a un organismo contra su efecto letal. Las formas cancerígenas, asociadas a los movimientos políticos de corte popular, anidaban en el tejido social y lo llevaban a su disolución, por lo que sería deber del Estado conceder a las Fuerzas Armadas una cierta competencia médica capaz de regresar la salud a la población a través de la remoción de las causas del mal. Esto dio al exterminio una función terapéutica. Podemos tomar como ejemplo las palabras del arzobispo Bonamín<sup>189</sup> cuando dice que la Argentina debería atravesar un Jordán de sangre para así emerger

---

<sup>189</sup> Ministro de la Iglesia católica asignado a las Fuerzas Armadas en ese período.

purificada; en el mismo sentido, el entonces general Videla<sup>190</sup> expresaba que muchos tendrían que morir para que la Nación encontrara la paz; o el Nuncio Apostólico Pío Laghi declaraba al diario *Clarín* el 28 de junio de 1976:

El país tiene una ideología tradicional, y cuando alguien pretende imponer otro ideario diferente y extraño, la Nación reacciona como un organismo con anticuerpos frente a los gérmenes, generándose así la violencia. Pero nunca la violencia es justa y tampoco la justicia tiene que ser violenta; sin embargo, en ciertas situaciones la autodefensa exige tomar determinadas actitudes, en este caso habrá que respetar el derecho hasta donde se puede.<sup>191</sup>

Los militares argentinos y sus socios civiles repetirán hasta el cansancio metáforas médicas para referirse a la eliminación del grupo-víctima: “cuerpo social enfermo”, “cirugía mayor”, “parásitos sociales” y otras cuestiones similares. El exterminio significará para ellos una tarea profiláctica y desinfectante. Lo que se desatará entonces será una suerte de proceso inmunitario donde la *immunitas*<sup>192</sup> se manifiesta como anticuerpo. Si bien, en el estricto ámbito de la medicina, lo inmune hace referencia a la condición reluctante de un organismo vivo respecto de una enfermedad, hay algo más que determina su especificidad para el caso que nos ocupa. Esto es: la capacidad del paradigma inmunitario de funcionar destruyendo pero a la vez conservando la vida. Esta es una de las aporías más interesantes en las que quedó atrapado el “Proceso”, cuyo objetivo de conservar la vida de la Nación hacía necesario destruir a una parte importante que la constituía. Al igual que en el caso de los judíos, el disidente político fue homologado al enemigo biológico, porque aparecía no como el portador de un virus contagioso, sino como el virus en sí. Esta operación cumplía un doble propósito: por una parte, estigmatizaba, y por otra, aislaba facilitando el desencadenamiento represivo. La idea de que participar en política era homologable a estar enfermo circuló en la sociedad de modo tal que generó formas de distanciamiento con el grupo-víctima, o en el mejor de los casos, indiferencia por la suerte de los otros. Entre las publicidades de la época, ninguna era tan ejemplificadora como la de una vaca atacada por unos bichos con forma de bacterias que le chupaban la sangre hasta dejarla exhausta. Nada como una vaca para representar el ser nacional.

Otra mirada posible es la que despliega en su diario de campaña Acdel Vilas:

Era claro, pues, que la guerra desarrollada por el comunismo consistía en una verdadera “guerra de almas” con psicotécnicas para el dominio de los cerebros; una guerra llevada a cabo de manera arrítmica, polifacética, flexible y con

---

<sup>190</sup> Presidente de la Junta que toma el poder en 1976.

<sup>191</sup> Brodsky, *op. cit.*, p. 60.

<sup>192</sup> Hemos desarrollado este concepto en el primer capítulo del presente trabajo.

movilidad excepcional. La psicopolítica constituye la expresión más refinada para el logro de su objetivo en el dominio de la población, es decir, para la conquista de las mentes de estudiantes, obreros, amas de casa, profesionales y, aún, militares. Bien vista, la psicopolítica excedía en Tucumán el desarrollo de las técnicas constructivas –intimidación, desmoralización– y de las destructivas –control de la población, organización del aparato subversivo, etc.– a través de otras medidas especiales en las que se combina la ideología con las psicotécnicas, revelando, así, una nueva faceta en esta lucha.<sup>193</sup>

Mucho más pragmático, el comandante del Operativo Independencia sitúa el combate en el terreno de las ideas, poniendo de manifiesto que no se trata de batallar con combatientes armados, sino de desarticular prácticas sociales consideradas disolutivas del orden existente: dislocar las relaciones que impulsaban transformaciones atacando los cuerpos que las ponían en acto. Podemos citar como ejemplo los casos analizados en el capítulo tercero, donde, en ámbitos diferentes, se cuestionaban las formas de ejercicio del poder más que el modo de producción de la vida material.

Las víctimas del exterminio en la Argentina se caracterizaron por su accionar político-social o “militancia”; desde el punto de vista de los ejecutores del genocidio, se le dio al término un sentido amplio que permitió incluir tanto al cuadro político militar de las organizaciones armadas como al delegado de fábrica, al miembro de un centro estudiantil o al vecino que se organizaba frente a los problemas barriales.

Las formas represivas atacaron, sin distinciones, experiencias de transformación dentro de instituciones o espacios de producción de bienes materiales y simbólicos. Toda práctica cuestionadora del orden existente convirtió a su portador en un “otro para la muerte”, porque en definitiva, la política se transformó en delito.

En los primeros capítulos hemos visto que las soluciones drásticas y la disposición a aniquilar al enemigo eran cuestiones bastante usuales como forma de resolución de los conflictos en la historia argentina. En este sentido, el “Proceso” reflejaba ciertos rasgos presentes en la sociedad civil, estudiados tempranamente por O’Donnell,<sup>194</sup> y que tenían que ver con la disposición a colocar afuera y en el otro la responsabilidad de todos los males, cierta predilección por las vías ajenas a las normas junto con una escasa adhesión a las formas institucionales. Se puede compartir con O’Donnell que en ese período se llevó adelante una suerte de “venganza histórica” contra una Argentina “plebeyo-populista e inmigrante” que había resultado favorecida con las políticas económicas y sociales de las décadas de 1950 y 1960. Algo de cierto hay en esto. Sobre todo si se añade

---

<sup>193</sup> Vilas, Acdel, “Dios lo quiso. Acondicionamiento cultural y psicopolítico de la guerra moderna”, en *Diario de campaña*, op. cit.

<sup>194</sup> O’Donnell, Guillermo, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

que ese actor “plebeyo-populista e inmigrante” se había dado formas de organización que jaqueaban al sistema de manera más o menos eficiente. Por lo que no siendo suficiente desarticularlo en términos políticos, se requería una forma de domesticación que lo hiciera tolerable. En esta línea, O’Donnell señala que todo el período se caracterizó por un intento de penetrar capilarmente la sociedad, tratando de implantar ciertas formas del orden y del ejercicio de la autoridad ancladas con fuerza en un autoritarismo vertical y paternalista en el que todo debía ser controlado.

“Proceso de Reorganización Nacional”: en el nombre venía cifrado su objetivo, que no era otro que el de obturar todo intento de subvertir lo establecido, de decirle a cada oveja que su pastor sabía mejor que nadie lo que le convenía y que todo lo que ocurría era en última instancia por su bien o por “el bien común”. Para que esto fuera posible, había que buscar en el rebaño a las “ovejas negras”, estigmatizarlas, aislarlas y exterminarlas. Así, el grupo-víctima quedó constituido por aquellos que con sus prácticas políticas y sociales ponían en cuestión el orden naturalizado y objetaban lo instituido. A diferencia de judíos y gitanos, no llegaron a los campos bajo la excusa de lo que eran, sino por lo que hacían. Dicho de otra manera, fueron sus prácticas las que sellaron su suerte. Prácticas ejercidas a partir del compromiso y la responsabilidad con el otro, pero que resultaban para el poder inasimilables y disruptivas. Si nos atenemos a los datos recabados en los últimos años, la enorme mayoría eran militantes políticos y sociales que desarrollaban su tarea en ámbitos cotidianos tales como: los barrios, las villas de emergencia, sindicatos (no a través de su conducción, sino como delegados de base), las universidades, espacios religiosos, organizaciones culturales. Lo irreductible se afincaba en los lugares pequeños, en las “unidades mínimas” propagando “el mal” en cada una de las células sociales. Lo disruptivo no anidaba en los grandes discursos de cambio, sino en la práctica cotidiana, de ahí la necesidad de una meticulosa “limpieza”. El blanco de ese proceso de purificación fue cualquier opositor político o social más o menos radical. En palabras de Videla:

Un terrorista no es solamente alguien con un revolver o una bomba, sino cualquiera que difunda ideas que son contrarias a la civilización occidental y cristiana.<sup>195</sup>

En esta afirmación convivían dos cuestiones: por un lado, se sancionaba toda forma de oposición al orden imperante, pero a la vez, la definición de ese orden era lo suficientemente indeterminada como para que se hiciera indistinguible el momento de su

---

<sup>195</sup> Duhalde, Eduardo, *El Estado terrorista argentino. Quince años después, una mirada crítica*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 67.

quebrantamiento. Desde esta óptica, todo conflicto quedaba asimilado a un hecho de guerra y toda práctica podía convertirse en una forma de subversión. Cualquiera resultaba sospechoso, y delito y castigo se volvían arbitrarios. Pero el discurso del “Proceso” dio un paso más al acuñar la figura de *delincuente subversivo* y ligarla a los modos de la disidencia. En esta operación, las prácticas políticas se imbricaron con la condición de los *fuera de la ley*. Esta y no otra fue la real condición a la que quedaron sometidos los que discrepaban en términos políticos. La ambigüedad de los discursos y las metáforas biológicas apuntaban en esta dirección. El *delincuente subversivo* era un hombre sin derechos del cual podía disponerse. En su forma más extrema y para sus asesinos, se volvió algo no humano, lo que posibilitaba someterlo a una excepción permanente. Pero para que ello resultase posible, esa vida cualificada debía ser reducida a *nuda vida*, y cada hombre convertido en *homo sacer*. Si, como decíamos, cada célula social había sido atacada, entonces se hacía presente la necesidad del anticuerpo, o en términos de Esposito, de la utilización del *phármakon*<sup>196</sup> en la modalidad del antídoto. Una protección negativa de la vida, ya que para el poder, el peligro revestía la forma de la intrusión; o dicho de otro modo: una irrupción violenta en el cuerpo social. Desde la visión de los grupos dominantes, algo había penetrado el cuerpo colectivo intentando subvertirlo o corromperlo. Por lo tanto, lo idéntico a sí mismo, considerado como lo sano y normal, aparecía amenazado por algo diferente y revulsivo. Se dio entonces una combinación entre el lenguaje epidemiológico y la terminología militar, permitiendo plantear como estrategia de guerra que una forma atenuada de infección pudiera proteger de una más virulenta. Dicho de otra manera, la constitución de una contrafuerza capaz de impedir que esa fuerza primera se manifestara. En términos de Esposito: “Una práctica homeopática de protección que excluye incluyendo y afirma negando”.<sup>197</sup>

## 5. La disidencia política como delito

Cuando el discurso del poder se refería a los militantes políticos como “delincuentes subversivos”, tenía una doble finalidad. Por una parte, establecía una categoría sumamente ambigua como la de subversión; por otra, situaba las luchas

---

<sup>196</sup> La metáfora del *phármakon* es desarrollada por Esposito en su libro *Immunitas*, *op. cit.*

<sup>197</sup> Esposito, *Immunitas*, *op. cit.*, p. 18.

políticas en la esfera del delito. Veamos cada cuestión. El 20 de abril de 1977, el ex general Viola<sup>198</sup> declaraba al diario *La Nación*:

La subversión es toda acción clandestina o abierta, insidiosa o violenta que busca la alteración o destrucción de los criterios morales y la forma de vida de un pueblo, con la finalidad de tomar el poder o imponer desde él una nueva forma basada en una escala de valores diferentes.

La subversión aparecía definida como cualquier forma de crítica o cuestionamiento al orden imperante, pero a la vez resultaba lo suficientemente indeterminada como para que todo cupiese. Los “criterios morales” y la “forma de vida de un pueblo” denotan la idea de una homogeneidad deseada por el poder, pero imposible en la realidad, por lo que no había manera de saber cuándo se habían transpuesto los límites. En esa ambigüedad, toda práctica podía convertirse en una forma de subversión. En la siguiente cita, Díaz Bessone amplía un poco más la cuestión:

[...] el antagonismo entre los valores (de los ideólogos revolucionarios) y los de la sociedad nacional, a la que han resuelto cambiarle su cultura, es decir, su moral, sus leyes, sus instituciones. Es una clara evidencia de la imposibilidad de que este grupo conviva en el seno de la sociedad nacional, la imperativa, imprescindible e inevitable necesidad que tiene la sociedad nacional de aislar a este grupo, cuya radicalización total hace impensable absorberlo.<sup>199</sup>

En esta exposición, el discurso binario aparece con más claridad: de un lado, la civilización, los valores esenciales y la nación como absolutos indiscutibles; del otro, el desorden, la indisciplina y la insubordinación. Si bien la propuesta frente al problema de la subversión es la de aislarla, queda claro que al hacer referencia al otro poniendo de relieve que el “antagonismo” es insoluble, la “convivencia, imposible”, el “aislamiento, imprescindible” y “absorberlo, impensable”, lo que resta es la posibilidad de eliminarlo.

Establecimos en un principio que el grupo-víctima era perseguido por sus prácticas políticas. Como dijimos, el discurso del poder acuñó la figura de “delincuente subversivo” y ligó sus prácticas con la condición de “fuera de la ley”: aquellos que quedaban interdictos por el bando. En la antigua ley germánica, el bando posibilitaba matar al proscrito sin celebrar juicio y al margen del derecho, en nombre de la paz en la comunidad. El *Wargus* (‘lobo’) o *banido* quedaba situado entre la pura vida animal y la vida del hombre, cualificado sin pertenecer a ninguna de ellas. Ahora bien, lo que completa la estigmatización y el aislamiento es esta asociación entre práctica política y delito. Recurramos de nuevo a Díaz Bessone:

---

<sup>198</sup> Segundo presidente de facto del Proceso.

<sup>199</sup> Díaz Bessone, *op. cit.*, p. 32. Esta cita ya fue analizada anteriormente, pero ahora lo haremos desde otra perspectiva.

[...] el enemigo de la Nación, tal y como fue definido oportunamente y como lo sintió la absoluta mayoría de la población, apareció con características desconocidas hasta entonces. Este enemigo actuó en la clandestinidad y él impuso las condiciones. No presentó un frente de combate claramente definido, se reunía para atacar, preferentemente de noche, y luego se dispersaba para confundirse con el ciudadano común. [...] La subversión no respetó ninguna ley, ya que su objetivo era cambiar el orden existente. El guerrillero violó sin ningún miramiento los principios morales que sostenían la sociedad nacional, porque eran los valores de la “sociedad burguesa” a la que se proponía destruir. El guerrillero no usó uniforme que lo distinguiera, sino el traje, la ropa de trabajo o deportiva, el hábito religioso o el uniforme de las FF.AA. [...] En las ciudades o pueblos en los que operaban volvían a sus lugares de trabajo o estudio, se ocultaban en las casas de sus familias. En síntesis la subversión convivía con la población, [utilizaba] procedimientos [...] inconcebibles para el hombre común. Cabe citar como ejemplo el uso de sus propios hijos pequeños como escudo para escapar cuando alguna de sus guaridas era rodeada por fuerzas legales. O la ferocidad con la que combatían guerrilleras embarazadas próximas a ser madres.<sup>200</sup>

En el inicio, se refuerza la idea de una comunidad homogénea, mostrando que el discurso militar es avalado por la sociedad civil, dado que lo dicho es sentido por la “mayoría de la población”. El resto de la cita está dedicada a una minuciosa descripción de lo que se constituye como el “enemigo”. La clandestinidad, la rebelión frente a la ley y el ataque nocturno son cuestiones que claramente el sentido común asocia con prácticas delictivas. Como los ladrones y los homicidas, “el enemigo” se ocultaba en las sombras para asestar sus golpes fatales viviendo al margen de la ley. Alternaba su lugar de residencia entre la casa familiar y otros espacios que cumplían la función de “guarida”, lugares en los que se enmascaraba y se mimetizaba con la población “normal”. En otro párrafo, se habla expresamente de “violación” de las normas; aquí la norma abstracta cobra cuerpo y éste resulta profanado por los que no reconocen su carácter de intocable.

Este tipo de operación discursiva recurre a metáforas que demonizan o bien animalizan a la futura víctima, creando una situación de extrañación que conduce al tratamiento del otro como *hostis*, tratamiento que estaba reservado entre los antiguos contra los bárbaros, esto es, aquellos que no podían ser incluidos en la comunidad. Esto permitió a Camps<sup>201</sup> decir: “Nosotros no matamos personas, matamos subversivos”.

Si la biocracia nazi constituía al grupo-víctima como *Unmenschen* (‘no humanos’), es decir, como amenaza biológica para la especie, en el caso argentino se generaba un tramado donde se mezclaba la figura propiamente política –el subversivo– con la categoría de delincuente. Lo que ambas tuvieron en común fue la necesidad de la

---

<sup>200</sup> Díaz Bessone, *op. cit.*, p. 214.

<sup>201</sup> El general Ramón Camps fue Jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires durante el período analizado, y responsable de buena parte de los centros de exterminio zonales.

limpieza en aras de la preservación de la vida del conjunto. Pero al igual que ocurría con los arios puros que debían observar ciertas formas de vida para poder seguir siéndolo, cualquier habitante argentino podía deslizarse hacia la categoría de “delincuente subversivo” según fuera su adscripción a unas reglas que permanecían difusas.

El objetivo de estigmatizar a las futuras víctimas buscaba clausurar toda forma de relación que implicase reciprocidad; aislar lo político, que remite siempre a un nosotros, y dejar a la pura individualidad actuando por su cuenta.

Una vez que el discurso estigmatizador fue instalado, la etapa que siguió fue la del aislamiento. En el caso alemán, el gueto delimitaba el espacio en el que se acordonaba a los futuros deportados, lo que permitía, entre otras cosas, quebrar los lazos sociales. En el caso argentino, la separación o quiebre de esos lazos fue de tipo político y se combinó con el hostigamiento. La persecución llevada a cabo por la Triple A, mediante amenazas que culminaban en asesinatos, cumplía el doble propósito de eliminar opositores políticos a la vez que aislaba al resto; ya que quedaba claro que cualquiera que se les acercara corría el riesgo de convertirse en blanco de esos ataques. Con los medios masivos de comunicación haciendo eco del discurso oficial, los militantes sociales fueron convirtiéndose en “delincuentes subversivos”, quedando separados del grueso de la sociedad civil, que rápidamente entendió el destino que esperaba a quien se ocupara de algo más que de sí mismo. Esta pérdida de lazos se vio reforzada por la estrategia llevada adelante por las conducciones políticas, que consistía en que sus militantes hicieran su trabajo en espacios que no les eran naturales. Un joven universitario de clase media viviendo en un barrio obrero del conurbano bonaerense y trabajando en una fábrica era fácilmente detectable por las fuerzas represivas o por los grupos paraestatales. Pero además, había perdido toda referencia con su entorno familiar y de origen; se deslizaba por un territorio que conocía mal y en el que se le dificultaba tejer vínculos duraderos. A diferencia de la resistencia peronista, que contaba con sólidos lazos familiares, barriales y fabriles que los protegían, los jóvenes militantes de los años setenta fueron progresivamente viviendo el debilitamiento de sus relaciones con el entorno. Los siguientes testimonios dan cuenta de la precariedad física y psíquica con la que convivían cotidianamente:

[...] era la inseguridad total [...] estabas parada sobre la nada y lo que te rodeaba era la nada, es la sensación que me había asaltado a mí. No teníamos lugares, no vivíamos, no existíamos como gente, como personas [...] vivíamos todos amontonados en una pieza [...] donde además la dueña de casa se iba durante el día y por lo tanto nosotros teníamos que estar prácticamente mudos, amordazar a los chicos y caminando sobre colchones de gomapluma todo el día para no hacer

ruido. Entonces no sé si llegué a aterrorizarme, porque claro, el terror te paraliza y no te permite pensar [...], pero sí, uno tiene mucho miedo.<sup>202</sup>

Es que sentíamos la dimensión de la derrota, la derrota del proyecto militante y de nuestra vida, la única tarea, al final, era sobrevivir, y era agobiante. En algunos casos, la caída era el alivio, aunque nunca pensamos que íbamos a salir vivos.<sup>203</sup>

El discurso estigmatizante fue sostenido por distintos actores sociales. Desde el poder eclesiástico, el relato constituía a la subversión en una execración profana contra el orden celestial, por lo tanto, la lucha para derrotarla adquiría un carácter trascendental y no el de una mera masacre. La empresa del exterminio no se encontraba sujeta a ningún poder terrenal; de allí la sorpresa y la ira, hoy en día, cuando los victimarios son sometidos a los principios de la justicia de los hombres y deben responder por sus crímenes como simples delincuentes. El discurso eclesiástico los ungió como una elite elegida para una causa más allá de lo humanamente entendible. Les facilitó la construcción de una imagen de vanguardia espiritual y material que se adelantaba a su tiempo, y por ello podía llegar a ser incomprendida. Les enseñó que los actos más abominables eran en verdad un deber o un sacrificio, y que Dios, la Historia y otras entidades metafísicas reconocerían su obra. A modo de ejemplo, citaremos una parte del oficio a cargo de monseñor Víctor Bonamín en la iglesia Stella Maris, publicado por el diario *La Razón* en enero de 1976:

Cerros de Tucumán, benditos seáis, porque en vosotros se abrió el año de gloria. La patria y la religión salieron ganando como para que su año fuera el año de la grandeza y el año de la sobrenaturalidad. La grandeza se salvó en Tucumán por el Ejército Argentino. Los pueblos podrían vivir sin riquezas, sin poder y hasta a veces pueden vivir forzosamente sin libertad. Pero no pueden vivir sin grandeza. Esta es una lucha en defensa de Dios. Por ello pido la protección divina en esta guerra en que estamos empeñados.

En 1977, el arzobispo de La Plata, Antonio Plaza, presentaba a las víctimas del “Proceso” del siguiente modo:

[...] malos argentinos que salen del país, se organizan desde el exterior contra la Patria, apoyados por fuerzas oscuras [...] en combinación con quienes trabajan en las sombras en nuestro territorio.<sup>204</sup>

Pero ya en el período constitucional previo, los discursos marcaban un derrotero semejante. La entonces presidenta María Estela Martínez se expresaba de la siguiente forma:

---

<sup>202</sup> Citado por Roffinelli, Gabriela, “Una periodización de las prácticas sociales genocidas en la Argentina”, p. 18. Disponible en línea: [resistir.info/serpa/comunicacoes/gabriela\\_roffinelli\\_2004.rtf](http://resistir.info/serpa/comunicacoes/gabriela_roffinelli_2004.rtf)

<sup>203</sup> Citado en AA.VV., *Ese infierno. Conversaciones con cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Altamira, 2006, p. 42.

<sup>204</sup> Citado por Finchelstein, *op. cit.*, p. 160.

El Comando Superior del Movimiento Nacional Justicialista, como resultado de un análisis profundo y sereno de la situación del país resuelve: 1) Reiterar su más enérgica condenación de la violencia como medio político y expresar total solidaridad e identificación con las Fuerzas Armadas en la lucha contra la guerrilla y todas las manifestaciones de la subversión. Especialmente su adhesión al Ejército Argentino en la tarea de aniquilar la acción criminal de la antipatria. 2) Movilizar a los hombres y mujeres del movimiento que lo componen en la lucha antiguerrillera y antisubversiva, exhortándolos a una acción decidida y permanente.<sup>205</sup>

Previamente, el 1º de mayo de 1975 y durante un discurso público, definió lo que entendía por opositores políticos:

Las armas que asesinan tienen unas manos que aprietan el gatillo con la frialdad e insensibilidad que un cerebro lavado, un bolsillo cargado y una cantidad de drogas en su organismo ejecutan. Tienen mentes puramente materializadas que participan en el gran Anticristo que las sagradas escrituras nos indican hace siglos. Perón lo denominaba la gran sinarquía internacional, y tenía razón.

Pero la máxima figura de gobierno no estaba sola. Desde la sociedad civil, la acompañaban el presidente de la Sociedad Rural Argentina, Celedonio Pereda, quien en diciembre de 1975, decía:

Debemos asumir plenamente el hecho de que se está librando una guerra decisiva y que esa guerra se libra en muchos frentes visibles que son regados por la sangre de nuestras heroicas Fuerzas Armadas. Otros más disimulados y más peligrosos aún, como la infiltración en las fábricas, en las escuelas y universidades, como así también en la administración nacional [...] Por ello es que convoco para que desde hoy tomemos la más firme determinación de luchar en todos los frentes.<sup>206</sup>

A su vez, el Congreso de la Nación registra numerosas intervenciones, de las que hemos seleccionado las siguientes:<sup>207</sup>

Senador Díaz Biale, Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores, septiembre de 1974: “Prefiero la injusticia al desorden, dijo Goethe. El concepto no puede ser integralmente compartido, encierra sin embargo una gran verdad, porque el desorden o la subversión no es fundamento de lo justo y lesiona inexorablemente los esenciales valores de una sociedad”.

Diputado Stecco, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, marzo de 1976: “Me pregunto si no ha llegado la hora necesaria y terminante de dictar una ley fuerte que castigue a los culpables, con el fin de que no siga el Estado aguantándolos en las cárceles para que coman, duerman y engorden como los holgazanes”.

---

<sup>205</sup> Pronunciamiento de la presidenta en ejercicio como miembro del Comando Superior del Movimiento Nacional Justicialista en octubre de 1975.

<sup>206</sup> Citado por Artese y Roffinelli, *op. cit.*, p. 59.

<sup>207</sup> Citado por Díaz Bessone, *op. cit.*, p. 198.

Cuando lo que se plantea como objetivo resulta ser el exterminio o la desaparición de un grupo social, esto no refiere a una cuestión metafísica, sino que invoca inmediatamente la destrucción de cuerpos. No son las ideas las que están en entredicho, sino las vidas completas, las vidas cualificadas, el *bíos* (según lo entendían los griegos). Puesto de esta manera, la posibilidad de utilizar el dispositivo carcelario quedó descartada y el campo fue instituido. El campo con su forma particular de encierro capaz de incluir lo que debe ser excluido de la vida social. La razón instrumental nos dice que para combatir un virus letal sólo podemos recurrir a su eliminación, es decir, ponerlo por fuera de los límites de la sociedad. Pero como no hay un afuera de la sociedad, el poder recurrió a una exclusión-inclusiva. Aquí es donde un segundo momento completa la operación. Al situar al otro por fuera de la ley, se lo somete a una excepción permanente. No hay ya intermediación entre el ejercicio del poder y la vida que ha perdido sus derechos. Esa vida será sometida en un espacio donde la excepción es la norma: el espacio concentracionario.

## **Tercera parte**

### **Consideraciones teóricas sobre el campo de exterminio**

## Capítulo 5

### El campo de exterminio

¿Qué sabemos de los campos de exterminio en la Argentina? Sabemos que no sólo fueron eficaces fábricas de la muerte, sino también y sobre todo fábricas de ausencias, es decir, de muertos sin cuerpo y sin duelos. Espacios donde la vida cualificada se convirtió en “nuda vida”, momento histórico en el que se expuso que bajo ciertas condiciones “todo es posible”, donde la excepción se hizo norma. El campo no ha sido sólo el lugar de negación de la vida, sino además el espacio de negación de la muerte. En los campos no se moría, se desaparecía como en una fábrica de ausencias en serie. Los campos se expresaron como la manifestación extrema del poder, donde lo que se exterminó fue lo humano que hay en el hombre, su vida cualificada. Su principal víctima fue la sociedad que los produjo.

A pesar de que en la Argentina funcionaron alrededor de quinientos campos de exterminio, no fueron muchos los trabajos que se dedicaron a su análisis.<sup>208</sup> En general, se acepta que fueron un mecanismo producto de la Doctrina de Seguridad Nacional. Las explicaciones dadas desde el discurso militar sobre el porqué de los campos y el tratamiento que se les dio a las víctimas aludieron a tácticas de contrainsurgencia que tenían su origen en las prácticas de los estrategas franceses que actuaron en Argelia, o bien en las enseñanzas impartidas en la Escuela de las Américas a oficiales latinoamericanos, siempre con la excusa de que el “enemigo” había obligado a elegir ese camino. En otros estudios, el dispositivo concentracionario se emparentó con los métodos aplicados por los nazis cuando pusieron en acto la “solución final”. Es común leer que la forma extrema del espacio concentracionario fue el producto directo de la violencia política que atravesaba durante ese período nuestro país. Todas estas cuestiones son pertinentes, arrojan luz sobre el fenómeno de superficie y serán tratadas en apartados posteriores.

Si se les pregunta a los militares el porqué de la elección de un espacio como el campo, contestan que el dispositivo carcelario quedó conculcado cuando se amnistió a los presos políticos el 25 de mayo de 1973, y que por lo tanto, se vieron obligados a

---

<sup>208</sup> Daniel Feierstein ha trabajado en su tesis doctoral sobre la conformación de prácticas genocidas como prácticas sociales, y dentro de eso, hace un análisis del espacio concentracionario (ver Feierstein, D. *El genocidio como práctica social*). Pilar Calveiro también dedica su tesis doctoral al análisis de la vida en el campo de exterminio (ver Calveiro, P *Poder y desaparición*).

construir un lugar diferente en el que el derecho tal y como lo conocemos no estuviera presente. Para que semejante paso fuera posible, se hizo necesario que el poder guardara en sus pliegues una posibilidad diferente de relacionarse con los hombres, no ya como sujetos de derecho, sino como vidas disponibles. Dicho de otra manera, que fuera posible el deslizamiento desde una biopolítica, como forma de gestión de la vida en la modernidad, a una tanatopolítica, que al hacerse presente arrasó con esa misma vida en nombre de su preservación.

Es esta cuestión la que nos llevó a elegir los desarrollos teóricos de Giorgio Agamben, en los que se propone revisar las categorías políticas de Occidente desde sus mismos fundamentos. Para ello, trabajó la idea de biopolítica no como una simple tecnología de control propia de la modernidad, sino como el fundamento originario de la política. De ahí que indagaremos la lógica de la soberanía ligada a la noción de “excepción” y su relación con la vida despojada de sus derechos –nuda vida– tal y como se manifiesta en el espacio concentracionario. Vamos a partir de la hipótesis agambeniana de que los campos no se hacen posibles porque la política se ha vuelto totalitaria, sino que la política se vuelve totalizadora porque previamente ha tomado a su cargo la vida completa de los hombres. El campo es un paso extremo habilitado por el dominio primero de la nuda vida, un dominio que se manifiesta en los avatares de la vida desnuda en el mundo moderno: los trasplantes y su relación con los límites de la muerte; el rejuvenecimiento del cuerpo; los experimentos científicos con humanos; la eutanasia y la eugenesia, para dar sólo algunos ejemplos. Es justamente esta relación entre vida y política, que en la modernidad se manifiesta a través del modo en que la política construye una “forma de vida” que incluye los cuerpos y no sólo las vidas cualificadas, la que preocupa al filósofo italiano. Eso lo lleva a plantear:

[...] el campo de concentración, como puro, absoluto e insuperado espacio biopolítico (fundado en cuanto tal exclusivamente en el estado de excepción), aparece como el paradigma oculto del espacio político de la modernidad, del que tendremos que aprender a reconocer las metamorfosis y los disfraces.<sup>209</sup>

Comenzaremos por analizar la relación entre nuda vida y estado de excepción como forma de exclusión incluyente, para luego ver el origen de la figura del *homo sacer*. Por último, trabajaremos con el espacio particular que constituye el campo. La elección de la figura del *homo sacer* para analizar la condición de las víctimas en el interior del campo se debe al peculiar modo en que echa luz sobre las formas políticas que se dan en él. Porque como ya dijimos, el campo permite intuir una imbricación más profunda que

---

<sup>209</sup> Agamben, *Homo sacer*, op. cit., p. 156.

la de la política como mera maquinaria político-jurídica y el hombre como sujeto de esa máquina. En otro sentido, nos permite pensar la forma que asumió el exterminio de los prisioneros, ya que si la muerte de las víctimas venía a purificar la ciudad, entonces esta no podía ser una muerte ordinaria sujeta a leyes comunes, no podía tener el carácter de un simple homicidio, debía revestir el carácter de la sacralidad, pero una sacralidad resignificada por la modernidad.

## 1. Nuda vida y estado de excepción

Para establecer la relación entre la decisión soberana y la nuda vida,<sup>210</sup> Agamben recurre a una ruptura original en la política que se da en el mundo antiguo. Esa ruptura es la distinción que los griegos establecieron entre *zoé* ('vida natural') y *bíos* ('vida cualificada'). A la comunidad política *-polis-* le corresponde esta última, mientras que la *zoé* queda excluida de ella y se la recluye en el ámbito del *oikos*. La política, como manejo de los asuntos de la polis, surge de esta exclusión, ya que a partir de ella se privilegia la vida cualificada que se caracteriza por la acción libre con miras al vivir bien. Para que no queden dudas, sólo en este espacio común el hombre hace pleno uso del lenguaje (*lógos*), mientras que la voz (*phone*) lo identifica con el resto de los seres vivos. Ahora bien, la comunidad política requiere de una ley que permita que los seres humanos puedan vivir juntos. Más aún, que separe la vida en común del interés individual para que éste no juegue en detrimento de la primera. La ley entonces regla sobre los asuntos de la *polis*; la vida natural queda por fuera de ella, pero no necesariamente fuera de los alcances del poder.

De manera análoga, Agamben rastrea en el contractualismo hobbesiano una situación similar. En los presupuestos teóricos de Hobbes, la comunidad política se forma en el momento en que se supera el estado de naturaleza y predomina la ley civil. Ese hipotético estado de naturaleza contempla la situación de que todos tienen derecho a todo y buscan la satisfacción de sus deseos individuales, lo que conduce a la guerra entre ellos. El contrato les permite superar esta situación porque se comprometen a ceder su voluntad a un soberano que guarda para sí el derecho de espada. Lo que nos interesa remarcar es que se establece una separación entre lo que se encuentra dentro del orden legal (Estado y sociedad civil) y lo que permanece fuera de él (estado de naturaleza). En este punto,

---

<sup>210</sup> En *Estado de excepción* (Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2004), Agamben aclara que lo que entiende por nuda vida es una producción específica del poder, y no un dato de la naturaleza; la vida natural permitida en el interior de la comunidad, ya que no hay hombre que no esté constituido por la cultura y el lenguaje.

Agamben logra hacer evidente que tanto la división aristotélica de *zoé* y *bíos* como las teorías contractualistas conciben la política como determinada por la exclusión de la vida natural. Pero si lo que se propone es demostrar que esta relación de exclusión es a la vez una relación inclusiva, deberá encontrar el dispositivo que permita que esto ocurra. Ese mecanismo es la excepción soberana, al que define como “el dispositivo original a través del cual el derecho se refiere a la vida y la incluye dentro de sí por medio de la propia suspensión”.<sup>211</sup>

Este carácter particular de la excepción devela que la ley siempre se mantiene en relación con lo que está fuera de ella. De ahí la importancia que le asigna al bando como forma de expresión de la voluntad soberana sobre la nuda vida, ya que es allí donde se entrevé su inclusión en el orden jurídico. Dicho de otra manera, la vida no está fuera de la ley, sino que se ubica en un umbral de excepción, y por lo tanto, dentro y fuera de la ley.

Es esta relación entre el ejercicio del poder y el hombre desprovisto de sus cualificaciones lo que nos interesa de la obra de Agamben. La vida capturada por el poder soberano bajo una relación de excepción que permite que éste disponga de ella bajo las formas más extremas. Ahora bien, para fundamentar esa forma de disponer de la vida, se recurre a un “estado de necesidad” que sea capaz de dar fundamento a la excepción. Un estado de necesidad que hace alusión a una guerra encubierta, a formas de resistencia al orden o de insurrección. En otras palabras, las medidas de excepción se corresponden con un período de crisis y violencia política que no pueden ser resueltas dentro del espacio del derecho. Es por esto que el estado de excepción se presenta como la forma legal de lo que no tiene forma legal, constituyendo así una tierra de nadie entre el hecho político y el derecho en el que mora la nuda vida.

Pero ¿es realmente la situación no prevista, aquello que el derecho no puede contener, la que desata la recurrencia a la excepción? Agamben reinterpreta el adagio latino “la necesidad no tiene ley” como su opuesto “la necesidad crea su propia ley”. En este sentido, está pensando en que la excepción es una forma de salvaguarda de la norma, aquello que le permite recrearse en circunstancias novedosas. La necesidad actúa como justificación de una trasgresión en un caso singular que luego se volverá regla. En este sentido, afirma que en principio sirve a los modernos para justificar los intereses de un estado contra otro. Posteriormente, se constituye fundamento toda vez que es concebida como un estado de las cosas tal que no puede ser disciplinado por las normas establecidas.

---

<sup>211</sup> Agamben, *Homo sacer*, op. cit., p. 24.

A modo de ejemplo, podemos ver que en julio de 1934 y en referencia a la ejecución sumaria de Röhm y sus seguidores de la SA, el Reich promulga una ley que decía:

Las medidas tomadas por el Estado en defensa propia para el aplastamiento de los ataques de alta traición y de traición a la patria los días 30 de junio y 1º y 2 de julio son legales.<sup>212</sup>

En agosto del mismo año, Schmitt publica en la *Revista Jurídica Alemana* un escrito que tituló “El Führer protege el derecho”, en el que refiriéndose al asesinato masivo lo califica como un acto de la “judicialidad del Führer”, puesto que éste es quien crea el derecho.<sup>213</sup>

En sus formulaciones, Agamben recurre a dos ejemplos sobre el estado de excepción. Por una parte, el “Decreto para la protección del pueblo y del Estado”, que suspendía los artículos de la constitución de Weimar concernientes a las libertades personales y que permitió a la biocracia nazi llevar a cabo su plan de gobierno. Como ejemplo actual, Agamben cita el *military order* dictado por el presidente Bush el 13 de noviembre de 2001, en el que se autorizaba la detención indefinida y el proceso por parte de comisiones militares de todos aquellos que fueran sospechados de actividades terroristas. Dice Agamben:

La novedad radica en que cancela radicalmente todo estatuto jurídico de un individuo produciendo así un ser jurídicamente innominable e inclasificable. No se trata de prisioneros o de acusados sino de detenidos de manera indefinida sustraídos a toda forma jurídica.<sup>214</sup>

Como resultado, el sistema norteamericano queda habilitado para disponer de la vida de categorías enteras de ciudadanos que por cualquier razón resultan no integrables en el sistema político.

Ahora bien, si se acepta el rol fundamental de la excepción en la política, se entrevé que la relación de la ley con la vida no es primariamente de aplicación, sino de abandono. Lo crucial no es ya que la ley sea aplicada sobre la vida, sino que la primera abandona a la segunda y la deja expuesta en el umbral en que vida y derecho son prácticamente indistinguibles. Aquel que se encuentra en esta situación está por fuera de la ley, pero simultáneamente, bajo el poder soberano. Dice Agamben al respecto:

La excepción es una especie de exclusión. Es un caso individual que es excluido de la norma general. Pero lo que caracteriza propiamente a la excepción es que lo excluido no queda por ello absolutamente privado de conexión con la norma; por

---

<sup>212</sup> Citado por Bracher, Karl, *La dictadura alemana*, tomo 1, Madrid, Alianza, 1973, p. 322.

<sup>213</sup> Citado por Bracher, *Ibid.*, p. 323.

<sup>214</sup> Agamben, *Estado de excepción*, *op. cit.*, p. 26.

el contrario, se mantiene en relación con ella en la forma de la suspensión. El estado de excepción no es el caos que precede al orden, sino la situación que resulta de la suspensión de éste. Frente a un exceso, el sistema interioriza aquello que le excede mediante una interdicción.<sup>215</sup>

Si la regla es lo que queda suspendido, entonces todo es posible, ya que el derecho rige en la modalidad de no regir. Paradójicamente, el orden que se busca restablecer vuelve desaplicándose. Pero como no puede desaplicarse para todo la sociedad ni en todo el territorio que ésta ocupa, lo hace en una topología particular —el campo— y recurriendo a una figura que es la nuda vida contenida en el *homo sacer*.

## 2. Homo sacer, figura arquetípica que habilita una exclusión inclusiva

Giorgio Agamben llevó a cabo un minucioso análisis del sintagma *homo sacer*, que se inicia con la definición que en el tratado “Sobre la significación de las palabras” construye Festo sobre la antigua figura del derecho romano:

Hombre sagrado es, empero, aquel a quien el pueblo ha juzgado por un delito, no es lícito sacrificarle, pero quien le mate, no será condenado por homicidio. En efecto, en la primera ley tribunicia se advierte que “si alguien mata a aquel que es sagrado por plebiscito, no será considerado homicida”. De aquí viene que se suele llamar sagrado a un hombre malo e impuro.<sup>216</sup>

Lo llamativo de la figura es que está fundada en una contradicción, puesto que se confirma como sagrada a una persona a la que se puede dar muerte, pero no bajo la forma de los rituales reconocidos, sino bajo la forma del asesinato que no será penado. Se trata de un ser al que sus delitos han convertido en impuro, por lo tanto, no es sacrificable, pero a la vez, debe ser castigado. Es tanto venerable como execrable. El carácter de *sacer* es más una consagración a la muerte que a los dioses, es una suerte de muerte en suspenso. Lo cierto es que no será el pueblo el que le dé muerte; su vida parece estar sujeta a una decisión soberana.

En esta línea de análisis, Agamben incorpora críticamente la interpretación de *sacer* como tabú, llevada a cabo por Fowler.<sup>217</sup> Aquí, el *homo sacer* resulta vinculado con la figura del *banido*, con el descastado y con lo maldito. El registro secularizado construye un giro desde lo sagrado a lo abominado. Aparece en esta exploración una primera ligazón entre el *homo sacer* romano y el *Wargus* o *banido*, figura del antiguo derecho germano

---

<sup>215</sup> Agamben, *Homo sacer*, *op. cit.*, p. 30.

<sup>216</sup> Citado por Agamben, *Homo sacer*, *op. cit.*, p. 94.

<sup>217</sup> Fowler, William Warde, “The Original Meaning of the Word Sacer”, en *Roman Essays and Interpretations*, Oxford, Clarendon Press, 1920.

en la que el proscrito podía ser muerto sin celebrar juicio, porque estaba interdicto por el bando soberano. El *Friedlos* o sin paz era el que debía justamente ser excluido de la comunidad para que la paz volviera a ella. La metáfora asimila al sin ley con el animal temido –el lobo–, el que amenaza con su ferocidad al ganado y a los hombres. Dice Agamben al respecto:

El que sea llamado hombre –lobo y no simplemente lobo [...] es algo decisivo en este punto. La vida del banido –como la del hombre sagrado– no es un simple fragmento de naturaleza animal sin ninguna relación con el derecho y la ciudad; sino que es un umbral de indiferencia y de paso entre el animal y el hombre, la *physis* y el *nomos*, la exclusión y la inclusión, ni hombre ni bestia, que habita paradójicamente en ambos mundos sin pertenecer a ninguno de ellos.<sup>218</sup>

En esta interpretación, lo que pone en peligro a la ciudad y sus leyes es alguien que queda situado en una zona de indistinción entre lo animal y lo humano; una suerte de estado de naturaleza interno a la *civitas* al que se le hace frente no desde el derecho, sino desde su excepción. Si esto es así, dirá Agamben, entonces podemos entender que en Hobbes

el fundamento del poder soberano no debe buscarse en la libre cesión, por parte de los súbditos, de su derecho natural, sino más bien en la conservación, por parte del soberano, de su derecho natural de hacer cualquier cosa a cualquiera, que se presenta ahora como derecho a castigar.<sup>219</sup>

Este recorrido permite arribar a la idea de que la impunidad de matar, que va asociada a la figura del *homo sacer*, es claramente una excepción al derecho, una suspensión de la ley, un poner al individuo por fuera de la comunidad. Una aplicación de la ley bajo la modalidad de su desaplicación. Lo que sigue entonces es indagar la relación entre esta forma de actuar y la estructura de la soberanía:

Restituido a su lugar propio, más allá tanto del derecho penal como del sacrificio, el *homo sacer* ofrece la figura originaria de la vida apresada en el bando soberano y conserva así la memoria de la exclusión originaria a través de la cual se ha constituido la dimensión política. Dicho de otra manera, el espacio político de la soberanía se habría constituido a través de una doble excepción: como una excrecencia de lo profano en lo religioso y de lo religioso en lo profano que configura una zona de indiferencia entre sacrificio y homicidio. Soberana es la esfera en que se puede matar sin cometer homicidio y sin celebrar un sacrificio; y sagrada, es decir, expuesta a que se le dé muerte, pero no sacrificable, es la vida que ha quedado prendida en esta esfera.<sup>220</sup>

---

<sup>218</sup> Agamben, *Homo sacer*, op. cit., p. 137.

<sup>219</sup> *Ibid*, p. 138.

<sup>220</sup> *Idem*, p. 109.

Aquello que queda apresado en el bando soberano es una vida humana a la que llamamos nuda vida y que expresa la sujeción de ésta a un poder de muerte.

Para encontrar el origen de esta relación entre el soberano y el *homo sacer*, Agamben recupera la fórmula *vitae necisque potestas*, que designa la potestad de dar la muerte que ejerce el padre sobre los hijos varones y que, por lo tanto, recae sobre todo ciudadano varón libre en el momento de su nacimiento. Este derecho ejercido por el *pater* parece indicar que los ciudadanos varones pagan su participación en la vida política con una sujeción incondicionada a un poder de muerte, como si la vida sólo pudiera entrar en la ciudad bajo la excepción de poder recibir la muerte impunemente. Poseyendo cada ciudadano una vida natural a la vez que una vida cualificada, el vínculo establecido con el soberano adquiere un modo más profundo que el del pacto o la sujeción a la norma positiva, un vínculo que se desarrolla en un espacio de indistinción entre el *domus* y la *civitas*. Una suerte de ruptura originaria que separa la vida cualificada de la vida natural, donde esta última queda incluida en la comunidad bajo la posibilidad de una muerte violenta.

En los desarrollos agambenianos, queda claro que lo que arrastra la figura del *homo sacer* hasta nuestros días no es otra cosa que la biopolítica definida como “la creciente implicación de la vida natural del hombre en los mecanismos y los cálculos del poder”.<sup>221</sup>

El modo en que el poder gestiona nuestra vida en sus más íntimos detalles para hacerla más placentera o para eliminarla si así conviene a la comunidad. La sacralidad del hombre es en la modernidad una forma de estar a disposición del poder. La actualización del *homo sacer* y su nuda vida es el arcano que Agamben devela en la estructura de los campos.

### **3. Producción de la muerte en serie. El campo de exterminio**

La primera lección de los campos es la que nos muestra la ambigüedad de los hombres, capaces de las mejores y de las peores cosas. En otras palabras, que los límites de la ética pueden cruzarse una y otra vez y que ese cruce produce nuevas subjetividades. Pero los límites no se cruzan por decisión propia, sino porque se somete a los prisioneros

---

<sup>221</sup> Agamben, *Homo sacer*, op. cit., p. 151.

a una situación límite. El prisionero en el campo transita permanentemente por un umbral que lo coloca entre la vida y la muerte. Este quedar sometido a la voluntad del poder hace que desaparezca toda distinción entre lo propio y lo impropio, ya que el dispositivo concentracionario resulta ser una aceitada maquinaria de fabricar el sinsentido. En todo momento, lo excepcional se hace posible y lo que no se espera ocurre. Esto lo coloca en una situación de negociación permanente entre lo que piensa y lo que hace, lo obliga a interrogarse sobre cuál es el límite propio que no está dispuesto a traspasar. Cuando deja de ser prisionero y se convierte en sobreviviente, se mueve en una zona de indefinición, ya que no puede explicarse a sí mismo ni explicarles a los otros por qué sobrevivió. En su supervivencia hay algo perturbador, pues ha sufrido todo lo que podía soportar, más allá de lo humano. Hannah Arendt dice al respecto:

Cualquiera que hable o escriba acerca de los campos es considerado como un sospechoso, y si quien habla ha regresado decididamente al mundo de los vivos, él mismo se siente asaltado por dudas con respecto a su verdadera sinceridad como si hubiera confundido una pesadilla con la realidad.<sup>222</sup>

En su análisis sobre los campos de exterminio, Arendt habla sobre la irrealidad del testimonio de los que sobreviven y la atribuye a dos cuestiones: por una parte, al aislamiento del espacio concentracionario, y por otra, al hecho de que dentro de él “todo sea posible”. Tal vez esta última cuestión sea la piedra de toque, ya que no se trata de que “todo esté permitido”, cuestión que, como señala la autora, ya estaba contenida en el sentido común liberal y utilitario gestado durante el siglo XIX. “Lo que la gente normal se niega a creer es que todo ‘sea posible’”.<sup>223</sup>

Porque el relato de los sobrevivientes alude a algo que no encaja en las categorías que ese sentido común maneja. De ahí la idea de lo indecible. El sentido común es capaz de analizar fragmentos del campo, pero el todo tiende a escapar a su comprensión. Más que indecible, resulta inimaginable. Sobre estas cuestiones volveremos cuando analicemos el caso argentino.

Para Arendt, Auschwitz aparece no como el más terrible de los *pogromos*, sino como un acontecimiento nuevo; acontecimiento que tiene como fundamento una alianza entre la biología racial y la técnica moderna, lo que da lugar a “masacres administradas”, a “fábricas de la muerte”, fábricas capaces de procesar las poblaciones superfluas, las “vidas indignas de ser vividas”. En 1946, le escribe a Jasper diciéndole que se había creado un sistema de exterminio cuyo fin último consistía en erradicar el concepto de ser

---

<sup>222</sup> Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2003, p. 654.

<sup>223</sup> *Ibid.*, p. 656.

humano. No era el número de víctimas lo que escandalizaba, sino que se hubiese puesto en entredicho la condición humana: “Por lo tanto, es muy significativo [...] que los hombres sean incapaces de perdonar lo que no pueden castigar e incapaces de castigar lo que ha resultado ser imperdonable”.<sup>224</sup>

Con esta aporía concluye Arendt su análisis sobre los campos de concentración y exterminio, pero a la vez sanciona lo ocurrido. Imposibilidad de castigar y de perdonar mientras exista una cierta imposibilidad de comprender la verdadera magnitud de lo acontecido. Castigo y perdón van ligados a una ofensa capaz de ser entendida por los hombres, pero cuando el delito excede lo conocido, se hace imposible toda forma de castigo jurídico, político o moral, y en el mismo sentido, toda forma de perdón. Si bien la pensadora alemana no dedicó una obra en particular a lo que significaron las *fábricas de la muerte* en *Los orígenes del totalitarismo*, intentará desentrañar la centralidad del campo. Es aquí donde lo conceptualizará como la institución esencial que en un proyecto de dominación totalitaria pone en acto la ingeniería necesaria para un rediseño social completo. El campo se presenta como el laboratorio en el que todo es posible, ubicado dentro de la sociedad pero a la vez aislado completamente de ella; aislamiento que torna lo que ocurre en su interior irreal. Espacio donde delito y pena no se corresponden, en el que muerte y vida son obstruidas con idéntica eficacia. Ese umbral entre vida y muerte, por donde circulan los prisioneros, tiene como objetivo fabricar un tipo de especie humana sólo preocupada por su preservación. Eliminar la espontaneidad, destruir la existencia y borrar todo recuerdo acerca de ella, convertir a los hombres en algo superfluo: esto es lo que se intenta a través de que la excepción sea siempre la norma.

Para Arendt, los campos de concentración y exterminio fueron el espacio por excelencia en el que el totalitarismo nazi ensayó su ingeniería social. Buscaba transformar el cuerpo político en un cuerpo puramente biológico, pretendiendo organizar la complejidad, la multiplicidad y las diferencias infinitas de los hombres como si fuesen un único individuo. En otras palabras, transformar la vida cualificada, el *bíos* de los griegos, en una pura *zoé*. Para ello, se hizo necesario generar un lugar donde se pudiera rediseñar lo humano, y en caso de no lograrlo, aniquilarlo sin dejar rastros de su existencia. Sabemos que ese lugar fue el campo, y que para cumplir con su objetivo, debió portar ciertas características que lo diferenciaron de otras instituciones.

En principio, debió estar aislado del resto de la sociedad, teniendo que obrar como un espacio donde excluir lo que no podía ser asimilado o bien lo que enfermaba el cuerpo

---

<sup>224</sup> Arendt, Hannah, *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 260.

social. Para lograrlo, debió situárselo por fuera del sistema penal, a la vez que se hacía necesario que los prisioneros que llegaban a él lo hicieran sin haber sido atravesados por un proceso judicial. Este quedar separados, campo y prisionero, del sistema normal de justicia facilitó que dentro de él *todo fuera posible*, que la pura excepción fuera siempre norma y que, por lo tanto, no hubiera relación perceptible entre delito y castigo. Para el internado, las reglas del campo que regían su posible supervivencia se tornaban incomprensibles. Esto tenía el efecto de devastar su subjetividad previa, a la vez que derrumbaba toda forma de ética o dignidad conocidas. Comenzaba entonces la paulatina construcción del hombre inanimado, aquel que había perdido toda espontaneidad y se deslizaba lentamente hacia lo que, en algunos campos, se llamaba *el musulmán*. El hombre disponible para la muerte, la cifra perfecta del campo, en él toda voluntad había sido aniquilada. La otra figura extrema que el campo construía, y de la que hubo poquísimos sobrevivientes, era el miembro del *Sonderkommando*.<sup>225</sup> hombres destinados al “trabajo” de conducir a los prisioneros a las cámaras de gas, procesar luego sus cuerpos y finalmente hacerlos desaparecer en los hornos crematorios; hombres que enloquecían el primer día o bien se “acostumbraban” y cumplían con su tarea.

Si lo que ocurría en el interior del campo tenía carácter de irreal, no menos irreal resultaba el relato de esos eventos. Dice Antelme: “A nosotros mismos, lo que teníamos que decir empezaba a parecernos inimaginable”. Los testimonios resultaban incomprensibles o, dicho de otra manera, increíbles para quienes los escuchaban. Lo que en verdad resultaba imposible era comprender lo sucedido desde las categorías jurídicas, políticas o morales existentes. Arendt señala que el error proviene de suponer una naturaleza humana identificada con la historia establecida para siempre, “el campo nos enseña que el hombre puede ser lo que decida ser”.

Una segunda cuestión que nos interesa destacar tiene que ver con la posibilidad del campo de obstruir con idéntica eficacia tanto la muerte como la vida. El que ingresaba al campo se convertía para el mundo exterior en una suerte de muerto-vivo de cuya existencia real se dudaba. Su vida se había tornado superflua, ya que podía –y de hecho lo era– ser reemplazado en cualquier momento. Sin embargo, elegir la propia muerte le estaba vedado. Su vida en el campo estaba regida por el sinsentido; todo trabajo al que estaba obligado era claramente inútil. Como persona moral y jurídica, había dejado de existir desde el momento en que fue subido a un tren o recibió el primer fustazo sin que hubiera existido ofensa que lo justificase. Podríamos pensar que al someter a las víctimas

---

<sup>225</sup> ‘Escuadras especiales’ conformadas por prisioneros a los que se asesinaba después de un cierto tiempo.

al hambre y la degradación, el poder concentracionario gana tiempo, lo que le permite fundar un umbral entre la vida y la muerte por el cual transitan los prisioneros, y este es su verdadero triunfo. De esta forma queda expuesto su auténtico objetivo: la transformación de la naturaleza humana.

Podemos ahora volver a la aporía acerca de la imposibilidad de perdonar o castigar ciertos crímenes, imposibilidad que radica en la ineficacia de las categorías con las que contamos para comprender la naturaleza del crimen. No se trata simplemente de que el delito no se encuentre tipificado en nuestro sistema legal. La palabra *crimen* nada nos cuenta. Arendt se pregunta: “¿Qué significado tiene la palabra asesinato cuando nos enfrentamos a la producción en serie de cadáveres?”.<sup>226</sup> La inmensidad de lo ocurrido hace que resulte más sencillo creer que no pasó que aceptar el relato de los sobrevivientes.

Sabemos que algunos de los acontecimientos del campo pueden ser rastreados en eventos previos en el desarrollo político y cultural europeo. La idea del subhombre que acompañó y justificó las matanzas durante la guerra colonial se hizo realidad en el campo de una manera paroxística. La muerte anónima y masiva en las trincheras de la Primera Guerra produjo el acostumbamiento necesario para que las cámaras de gas funcionaran sin demasiados cuestionamientos. Pero esto no es suficiente para explicar la producción en serie de muerte y la producción en serie de no hombres generados cotidianamente en el campo. Es el momento de tratar de completar el pensamiento de Arendt con la hipótesis de Agamben de que sólo porque en nuestro tiempo la política ha pasado a ser integralmente biopolítica, se ha podido constituir en una medida desconocida como política totalitaria.

Cuando Agamben afirma que el campo de concentración es el *nomos* de lo moderno, no sólo está realizando una afirmación fuerte, sino que además piensa el campo como paradigma que, por una parte, expone el funcionamiento del estado de excepción ligado a una lógica de la soberanía, y por otra, revela la especificidad de la biopolítica moderna. Ya Arendt había expresado algo semejante cuando enuncia: “[Los] campos son la verdadera institución central del poder organizador totalitario”.<sup>227</sup>

Incluso, como lo recalca Agamben en varias oportunidades, el totalitarismo sólo puede ser entendido bajo un contexto biopolítico.

Los campos constituyen, en el sentido que hemos visto, un espacio de excepción, en el que no sólo la ley se suspende totalmente, sino en el que además hecho y

---

<sup>226</sup> Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, op. cit., p. 656.

<sup>227</sup> *Ibid.*, p. 653.

derecho se confunden por completo: por eso todo es verdaderamente posible en ellos.<sup>228</sup>

Lo anterior lleva a Agamben a afirmar que el *campo* es el más absoluto espacio biopolítico. En él sólo habita la nuda vida, y por lo tanto, ya no hay distinción entre *homo sacer* y ciudadano.

Ahora bien, para que el campo fuera posible, su estructura jurídico-política debió haber estado habilitada con anterioridad. Como ya hemos señalado, en términos formales el estado de excepción comenzó a regir en febrero de 1933. La base jurídica puede buscarse en la *Schutzhaft* ('custodia protectora'), una institución de origen prusiano a partir de la cual se detenía preventivamente a ciertos individuos con independencia de cualquier delito penalmente relevante con el fin de evitar un peligro para el Estado. Pero además de la base jurídica, Agamben señala otro tipo de antecedentes que tienen que ver con el desarrollo, en la medicina, del planteo ético-jurídico acerca de la existencia de "vidas que no merecen ser vividas".

El primer texto analizado corresponde a 1920.<sup>229</sup> Comienza planteando el suicidio como un acto de soberanía del hombre sobre sí mismo, acto que es sostenido en una situación que resulta insoluble y que no puede ser incluido pero tampoco excluido en el espacio del derecho. A partir de esta posibilidad, el texto gira hacia la necesidad de que la sociedad y el Estado consideren la posibilidad de autorizar la eliminación de aquellas vidas que son indignas de tal nombre. En otras palabras, hacer lícita la eutanasia con el correlato de definir cuándo una vida tiene valor y cuándo no lo tiene, cuestión que no encuentra otra posibilidad que quedar ligada a la decisión soberana. Si seguimos atentamente el ejemplo dado por los autores, que comparan a los muertos en un accidente minero con los enfermos mentales, y consideran a los primeros como pérdidas de vidas laboriosas, mientras que los cuidados que se les prodigan a los segundos son una pérdida de tiempo y energía, comenzaremos a entender a qué se hace referencia cuando se habla de valor. Los enfermos mentales no sólo son improductivos en términos de trabajo, sino que además son completamente inútiles en términos sociales. El antecedente más inmediato de esta posición fue sin duda el "darwinismo social" que invocaba las leyes de la evolución y de la selección postulando la "lucha por la existencia" y el "derecho del más fuerte" como principios básicos de la convivencia entre los hombres. La calidad biológica de un pueblo decidía su victoria sobre otro. Si se tomaba al pie de la letra la ley

---

<sup>228</sup> Agamben, *Homo sacer*, op. cit., p. 217.

<sup>229</sup> El texto referido ha sido publicado en castellano. Binding, Karl y Hoche, Alfred *La licencia para la aniquilación de la vida sin valor de vida*. Buenos Aires, Ediar, 2009

de la herencia genética y se la transponía al mundo político-social, la única solución para evitar una población defectuosa era la exclusión, nunca la educación de los no aptos. Esta forma del darwinismo ya proponía un control estricto de la reproducción mediante la unión de los mejores y la prohibición de las mezclas con grupos considerados inferiores. En esta misma línea, se establecía una dura crítica contra la protección de los débiles que insumían energías y esfuerzos sin resultados aceptables. A este problema va a dar respuesta el programa de eutanasia puesto en práctica por el Reich en 1940, y que aniquiló alrededor de sesenta mil personas.

Lo que en el programa estaba en juego era el ejercicio, en el horizonte de la nueva vocación biopolítica del Estado nacionalsocialista, del poder de decisión soberano sobre la nuda vida. La vida digna de ser vivida no es un concepto político referido a los legítimos deseos y expectativas del individuo: es, más bien, un concepto político en el que lo que se pone en cuestión es la metamorfosis extrema de la vida eliminable e insacrificable del *homo sacer*, en la que se funda el poder soberano.<sup>230</sup>

Para comienzos de la Segunda Guerra Mundial, la cuestión había avanzado en dirección a “dar forma de vida a un pueblo”, como real programa de gobierno del nazismo. Agamben cita un libro destinado a informar sobre las políticas eugenésicas del Reich y sus adelantos, en el que puede leerse:

Nos estamos aproximando a una síntesis lógica de la biología y de la economía. La política tendrá que estar en condiciones de realizar de manera cada vez más precisa esta síntesis, que hoy apenas está en los inicios, pero que permite reconocer, como un hecho ineluctable, la interdependencia de estas dos fuerzas [...] Si el economista y el comerciante son responsables de la economía de los valores materiales, de la misma manera el médico es responsable de la economía y de los valores humanos [...] Es indispensable que el médico colabore en una economía humana racionalizada, que ve en el nivel de la salud del pueblo la condición del rendimiento económico [...] Las oscilaciones de la sustancia biológica y las del balance material son, en general, paralelas.<sup>231</sup>

Como vemos, ya no se trata de eliminar lo inútil, sino de una forma elaborada de ingeniería genética que pretende dar forma a la vida biológica del pueblo alemán. No es una construcción social que pueda leerse desde una racionalidad de cálculo –que sólo intervino en su puesta en acto– ni desde las leyes raciales que intentaban una primera cesura entre lo puro y lo impuro. Es una cuestión que hace a la disposición de una cierta forma de lo humano como no se había visto antes. Cuidar la vida pasa a significar librar una batalla contra aquello que la contamine. En la introducción del texto, puede leerse:

---

<sup>230</sup> Agamben, *Homo sacer*, op. cit., p. 179.

<sup>231</sup> El texto citado por Agamben lleva el título de *Estado y salud*, pp. 183-184.

La revolución nacionalsocialista quiere apelar a las fuerzas que tienden a la exclusión de los factores de degeneración biológica y al mantenimiento de la salud hereditaria del pueblo. Pretende, pues, fortalecer la salud del conjunto del pueblo y eliminar las influencias nocivas para el completo desarrollo biológico de la nación. Los problemas tratados en este libro no se refieren a un solo pueblo; las cuestiones que aquí se plantean son de una importancia vital para el conjunto de la civilización europea.<sup>232</sup>

A la luz de este planteo, el cuidado de la salud y la lucha contra el enemigo se hacen indistinguibles; medicina y política marchan juntas. No se trata sólo de eliminar a los judíos porque se comportan como una forma de vida contaminante de lo alemán, se trata de eliminar a todos aquellos alemanes que no se ajusten al tipo biológico esperado. Así adquieren otro sentido las leyes eugenésicas y se pueden ligar con las leyes de Núremberg sobre “la ciudadanía del Reich” y sobre la protección de la sangre y el honor alemanes. Pero no sólo el régimen nazi mostró esta imbricación entre vida sin cualidades y poder soberano. Los experimentos con cobayos humanos realizados sobre condenados a muerte en Estados Unidos ponen en evidencia la misma estructura.

Precisamente porque al estar privados de casi todos los derechos y expectativas que suelen atribuirse a la existencia humana, aunque biológicamente se mantuvieran vivos, se situaban en una zona límite entre la vida y la muerte, lo interior y lo exterior, en la que no eran más que nuda vida. Los condenados a muerte y los habitantes de los campos son, pues, asimilados inconscientemente de alguna manera a los *homines sacri*, a una vida a la que se puede dar muerte sin cometer homicidio. El intervalo entre la condena a muerte y la ejecución delimita, como el recinto del *lager*, un umbral extratemporal y extraterritorial, en el que el cuerpo humano es desligado de su estatuto político normal y, en estado de excepción, es abandonado a las peripecias más extremas, y en donde el experimento, como un rito de expiación, puede restituir a la vida —condonar la pena es atributo del poder soberano— o consignarlo definitivamente a la muerte a la que ya pertenece.<sup>233</sup>

Lo expuesto hasta aquí nos permite pensar el campo desde otra perspectiva; cobra ahora otro sentido decir que el campo se manifiesta como una porción de territorio que se sitúa fuera del orden jurídico normal, pero que en modo alguno es un espacio exterior a él. Se comprende en qué sentido se puede afirmar que lo que en él se excluye, según la definición etimológica de excepción (‘sacado fuera’), es incluido por medio de esa exclusión. No se trata de la emisión de un bando soberano fundado en una situación de peligro ocasional, sino de la producción de una situación de hecho que se prolonga en el tiempo con fuerza de ley y que está destinada a transformar la vida tal y como la conocemos. El campo no es el lugar de la pura ilegalidad, sino de una forma de legalidad atada a la decisión soberana.

---

<sup>232</sup> Citado por Agamben, *Homo sacer*, *op. cit.*, p. 186.

<sup>233</sup> Agamben, *Homo sacer*, *op. cit.*, p. 202.

Quien entraba en el campo se movía en una zona de indistinción entre exterior e interior, excepción y regla, lícito e ilícito, en que los propios conceptos de derecho subjetivo y de protección jurídica ya no tenían sentido alguno.<sup>234</sup>

Hay que tener en cuenta que los judíos en Alemania ya habían sido privados de sus derechos ciudadanos antes de entrar al campo, y para cuando se aplicó la “solución final”, ya habían sido desnacionalizados. Estas cuestiones hicieron que los moradores del campo estuvieran reducidos a una nuda vida y, por lo tanto, sujetos a un extremo poder biopolítico. No se trataba de ciudadanos peligrosos, sino de *homines sacri* a disposición del soberano, abandonados a su decisión. En los campos, los nazis regimentaron lo que consideraban era un forma de vida inferior cuya destrucción permitiría el triunfo de una “forma de vida aria”. Es esta estructura la que habilitó cometer toda suerte de horrores contra los prisioneros sin que éstos constituyeran delito alguno. Una estructura que se compuso de procedimientos jurídicos, como la custodia protectora, o mecanismos políticos, como el estado de peligro interno, y que ligada a un proyecto de ingeniería biológica hizo posible Auschwitz, que fue a la vez un campo de trabajo forzado, un espacio de experimentación médica y un lugar de concentración y exterminio de prisioneros.

---

<sup>234</sup> Agamben, *Homo sacer*, *op. cit.*, p. 217.

## Capítulo 6

### Referencias históricas sobre el campo de exterminio

#### 1. Orígenes de la “solución final”

Rastrear en la historia europea aquello que posibilitó las *matanzas administradas*, llevadas a cabo por el nacionalsocialismo, no implica otorgarles a esos procesos un carácter causal. De lo que se trata es de captar la convergencia de elementos que hicieron viable el exterminio de diversos grupos (judíos, gitanos, eslavos y opositores políticos) que constituían parte de la sociedad alemana y europea. Una definición interesante sobre el exterminio es la que enuncia Enzo Traverso:

Una masacre perpetrada gracias a un sistema planificado de producción industrial de muerte, un engranaje creado por una minoría de arquitectos del crimen, puesto en práctica por una masa de ejecutores afanosos, en medio de la indiferencia de la gran mayoría de la población alemana y con la complicidad de Europa y la pasividad del mundo.<sup>235</sup>

En ella están contenidas algunas de las cuestiones que vamos a desarrollar en este apartado: la posibilidad de planificar y llevar a cabo un proceso de “muerte industrializada”, la existencia de una burocracia que funcionó como “ejecutora afanosa”, el papel del antisemitismo como forma de segregación de un otro, la construcción histórica de “indiferencia social” y el acostumbramiento a la muerte masiva.

El análisis de Traverso trata lo ocurrido en Alemania como una *síntesis única* de procesos previos, propios de la historia europea, que configuraron el mundo social y las disposiciones individuales en los que fue posible forjar y poner en acto la *solución final*.

Como ya dijimos, este rastreo no busca “causas” en una perspectiva determinista, sino “orígenes”, en el sentido que Arendt le daba a este término; factores que devienen constitutivos de un fenómeno histórico y que pueden ser entendidos como tales después de haberse cristalizado en él. Así, los orígenes culturales y sociales del nazismo no se limitaron a la ideología *Völkisch* o al antisemitismo racial. La singularidad histórica del genocidio judío residió en que fue consumado con el objetivo de lograr una remodelación de carácter biológico en el pueblo alemán en lo inmediato, pero que hubiera abarcado a la humanidad en forma posterior. Por fuera de esta particularidad, el nazismo tuvo un

---

<sup>235</sup> Traverso, Enzo, *La violencia nazi. Una genealogía europea*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 22.

fuerte anclaje con la historia de Occidente. No pueden entenderse las cámaras de gas y los hornos crematorios si no se los liga con el largo proceso de deshumanización e industrialización de la muerte que integra la racionalización productiva y administrativa de la Europa del siglo XIX y principios del XX. Tampoco quedaría clara la necesidad de una ingeniería biológica si no se anuda con los estereotipos racistas y antisemitas que fueron prolijamente contruidos por el cientificismo de fines de siglo. Esta última cuestión se vio reforzada por el surgimiento de un racismo de clase que reinterpretó en término de razas los conflictos sociales del mundo industrial asimilando las clases trabajadoras a los salvajes del mundo colonial.

Comenzaremos entonces con las formas políticas y sociales que acompañaron el proceso de la guerra colonial, que para Arendt constituyeron las condiciones previas a las prácticas llevadas a cabo contra los pueblos eslavos en la búsqueda de la *Lebensraum* alemana. Tanto Arendt como Traverso comparten la idea de que de la selección natural practicada contra los indígenas se pudo pasar a la selección artificial que permitía a una sociedad deshacerse de aquellos que consideraba indeseables o irreductibles. Para los nazis, los judíos constituyeron la confluencia de dos figuras paradigmáticas de la época: el otro del mundo occidental y el subhombre del mundo colonizado. No se trató de una transposición lineal del imperialismo del siglo XIX al expansionismo alemán, sino de rastrear ideas o fuerzas que ya existían y sobre las que se montó el discurso nazi.

La expansión territorial europea durante el siglo XIX tenía su fundamento económico en la necesidad de contar con materias primas para la producción de bienes, utilizando la población existente en esas regiones para su extracción. Para que el sometimiento fuera posible, los habitantes originales debieron ser considerados como razas inferiores, y la conquista debió llevarse a cabo bajo el supuesto de una misión civilizadora que muchas veces conllevó el exterminio de los pueblos vencidos, incapaces de resistir el encuentro con el conquistador europeo.

Nada puede vencer a la ley implacable de la naturaleza como ya lo ha demostrado la historia en numerosas ocasiones: el más fuerte se come al más débil. La raza polinesia no ha aprendido a subir los escalones de la escala del progreso, ni tampoco ha aportado una mínima contribución a los esfuerzos que hace la humanidad para mejorar su propio destino; por lo tanto, debe ceder su lugar a otras razas más valiosas y desaparecer. Si muere, la civilización no perderá nada.<sup>236</sup>

---

<sup>236</sup> Citado por Traverso, *Ibid.*, p. 69.

Las armas de repetición,<sup>237</sup> el trabajo extenuante, el hambre y las enfermedades nuevas para las que no había defensas inmunológicas mataron durante el siglo XIX y los primeros años del XX cerca de sesenta millones de personas en Asia y África. Con este antecedente, se comprende mejor por qué durante la *Blitzkrieg* Alemania podía pensar en el desplazamiento de treinta a cuarenta millones de eslavos, y la instalación en su reemplazo de unos diez millones de alemanes, quienes dispondrían de mano de obra esclava para colonizar el territorio.

Debemos tener en cuenta que en las guerras coloniales el enemigo lo constituía la población de la región a conquistar; no eran conflictos previstos por el derecho internacional, eran guerras de rapiña y destrucción que concluían con la sumisión total del conquistado. Según cita Traverso, en 1904 el general alemán Von Trotha condujo la represión de los hereros, en la actual Namibia, decidiendo no tomar prisioneros y deportando al desierto a las mujeres y los niños; de los ochenta mil hereros que había al inicio del exterminio, sólo sobrevivieron veinte mil. Pero lejos estuvo esta actitud de ser propia de los alemanes; los franceses, los ingleses y los belgas hicieron cosas semejantes en sus propias colonias.

En ningún momento se consideró que la extinción de las “razas inferiores” fuera un problema, más bien se interpretaba como una ley de la naturaleza a partir de la cual algunos grupos primitivos debían dejar su lugar a los que con su inteligencia habían logrado desarrollos prodigiosos. Lord Cromer, a cargo de la Evington Baring en Egipto, lo manifiesta de la siguiente manera:

Para ser más explícito, lo que se quiere decir cuando se dice que el espíritu comercial debería estar bajo cierto tipo de control es que, tanto con los indios, los egipcios, los silluks o los zulúes, la primera cuestión es considerar lo que estos pueblos (que, desde un punto de vista nacional, están todos *in statu pupillari*) piensan que es mejor para sus propios intereses; sin embargo, este es un punto que merece una reflexión más seria, pues es esencial que en cada caso particular se tomen las decisiones de acuerdo, principalmente, a lo que nosotros, según el conocimiento y la experiencia occidentales atemperados por algunas consideraciones locales, consideremos que es mejor para la raza sometida, sin pensar en las ventajas reales o supuestas que Inglaterra pueda obtener como nación [...] Y además ganará el comercio.<sup>238</sup>

Todo el proceso de colonización tuvo como sustento ideológico las ideas científicas desarrolladas que reportaban a un darwinismo social mezclado con los presupuestos de una antropología médica y una biología racial. Este soporte dado por la

---

<sup>237</sup> En la batalla de Omdurman, varios centenares de soldados británicos armados con ametralladoras dieron muerte a once mil guerreros sudaneses que portaban lanzas como arma de combate.

<sup>238</sup> Citado por Said, Edward, *Orientalismo*, Barcelona, Random House, 2002, p. 65.

ciencia avalaba la idea de una suerte de selección natural practicada contra los indígenas, a partir de la cual era posible deslizarse hacia una selección artificial que permitiera deshacerse de los indeseables sociales o políticos. Conviene recordar que los indígenas onas y yaganes llevados a Francia a fines del siglo XIX eran exhibidos en un zoológico sin que esto escandalizara al público parisino.<sup>239</sup> Tal cosa podía ocurrir porque en los discursos de la época la idea de una misión civilizadora no se entendía como una simple cuestión de propaganda, sino como la firme creencia de que los territorios africanos o asiáticos debían ser gobernados por los europeos, y que sus habitantes históricos sólo los ocupaban, aunque carecían de los desarrollos necesarios para ser considerados sus auténticos dueños. Para la Europa del período, la tecnología y la producción no se entendían sino oponiéndolas a lo salvaje, que siempre iba asociado a lo tenebroso. Tengamos en cuenta que tal y como lo expuso en *El nomos de la tierra*, Schmitt pensaba la cruzada civilizatoria como una extensión del derecho público europeo recubierto de derecho internacional, y que Stuart Mills decía que el despotismo se correspondía con una forma de gobierno legítima cuando se aplicaba a los bárbaros.

La idea de la necesidad de un “espacio vital” era un lugar común en el pensamiento europeo durante la etapa imperial. Para los alemanes, que habían llegado tarde al reparto del mundo, ese “espacio vital” estaba al Este, entre los pueblos eslavos a los que consideraban subhumanos (*Untermenschen*). Cuando el nazismo se hizo del gobierno, aplicó en Polonia, Ucrania y los países bálticos los mismos principios y métodos que Francia y Gran Bretaña ya habían probado en África y Asia, con la diferencia de que no se trataba de una ley de la naturaleza, sino de la voluntad del pueblo alemán encarnada en su Führer. En 1942, Karl Korsch, filósofo alemán exiliado en Estados Unidos, escribía:

La novedad de la política totalitaria reside en el hecho de que los nazis difundieron entre los pueblos “civilizados” de Europa los métodos antiguamente reservados a los “salvajes” que vivían fuera de la pseudocivilización.<sup>240</sup>

Arendt sostenía una posición semejante, ya que entendía que la violencia colonial había habilitado los crímenes cometidos contra los judíos como forma de depuración racial. Tal y como lo desarrolla en su estudio sobre el pangermanismo, ya para fines del siglo XIX existían en Alemania proyectos de “germanización del mundo eslavo”, que incluían expulsión de poblaciones y medidas de corte eugenista que preanunciaban las leyes de Núremberg.

---

<sup>239</sup> Una fotografía de este suceso puede verse en el museo del Parque Nacional La Pataia en Tierra del Fuego.

<sup>240</sup> Citado por Traverso, *op. cit.*, p. 60.

Otra de las cuestiones destacadas por la filósofa alemana es la fusión entre masacre y administración:

Los burócratas de las Indias proponían “masacres administradas” mientras que los funcionarios en África declaraban que “no se autorizará ninguna consideración de orden ético, como los derechos humanos, que pudiese obstaculizar el paso de la dominación blanca”.<sup>241</sup>

Si consideramos el papel que la burocracia jugó en el proceso de colonización, en el sentido de gestionar eficazmente el trabajo, el hambre y evitar o reprimir las rebeliones, podremos verla como el antecedente necesario para la eficiente burocracia nazi.

La administración racional que acompañó el desarrollo industrial se caracterizó por la especialización y el principio de cálculo, las operaciones segmentadas sin conocimiento del proceso completo, la ejecución de órdenes sin discusiones y el cumplimiento de la misión encomendada de la manera más eficiente.

En el caso de la burocracia alemana, se dedicó eficazmente a cumplir cada uno de los pasos que conducían al campo: la aplicación de las leyes raciales, las operaciones de aislamiento y deportación de los grupos elegidos, así como una prolija gestión de los centros de la muerte. En los documentos de trabajo, el lenguaje administrativo llamó “tratamiento especial” a las ejecuciones; a las cámaras de gas, “instalaciones especiales”, y “solución final” al exterminio.

Raúl Hilberg describió a la burocracia de la “solución final” diciendo:

La masa de burócratas redactaba memorandos, escribía proyectos, firmaba cartas, hacía llamados telefónicos, participaba en conferencias. Estos burócratas podían destruir un pueblo entero sin moverse de su escritorio. Nunca tenían que ver 100 o 1.000 cadáveres juntos.<sup>242</sup>

Si bien es cierto que los agentes del aparato burocrático no controlaban el proceso en su conjunto—Eichmann, por ejemplo, afirmaba que él “sólo movía los trenes”—, cuando conocían su finalidad se justificaban diciendo que ellos no tenían responsabilidad alguna, que cumplían órdenes. Se consideraban a sí mismos sólo un medio de ejecución eficiente ajeno a la finalidad de la acción. En su conjunto, el proceso administrado no era otra cosa que un sistema industrial de muerte que seguía los procedimientos fordistas, y en el que los detenidos no eran prisioneros sino materia prima necesaria para la producción de cadáveres. El campo contenía los principios integrados de la empresa moderna: tecnología, división del trabajo y racionalidad administrativa. En este caso, la técnica

---

<sup>241</sup> Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, *op. cit.*, p. 221.

<sup>242</sup> Citado por Traverso, *op. cit.*, p. 52.

aparecía como una exteriorización de la voluntad de poder, quedando habilitada como medio para deshacerse de un *Geist* no deseado. Cada campo constituía más o menos una fábrica organizada: recibía la materia prima, es decir, los prisioneros; los clasificaba; empleaba la mano de obra, y finalmente disponía de ellos matándolos. Más tarde se estableció la especialización. Se erigieron plantas separadas para cada proceso. Había campos de recepción y distribución en los que clasificaban y enviaban a los presos a campos de exterminio o de trabajo. Auschwitz presentó analogías notables con la fábrica en su arquitectura –chimeneas, barracas alineadas en columnas simétricas– y su localización cercana a vías férreas. Si en Birkenau funcionaban las cámaras de gas, en Buna-Monowitz se trataba de fabricar caucho sintético. El siguiente documento muestra el estilo de correspondencia que mantenía la comandancia del campo y el monopolio de productos químicos I. G. Farben:

Les agradeceremos nos envíen un lote de mujeres para realizar experimentos con una nueva droga soporífera.

[...]

Recibimos su respuesta, pero consideramos excesivo el precio de 200 marcos por mujer. Sólo estamos dispuestos a pagar 170 marcos por cada una. Si se encuentran de acuerdo con nuestro precio, aceptaremos a las mujeres. Necesitamos aproximadamente 150.

[...]

Quedamos enterados de su aceptación. Prepárenos 150 mujeres en las mejores condiciones de salud. Tan pronto como nos avisen que todo se encuentra dispuesto, nos encargaremos de ellas.

[...]

Recibimos el pedido de 150 mujeres. A pesar de estar extenuadas, nos parecieron satisfactorias. Los mantendremos enterados por correo del desarrollo de este experimento.

[...]

Se realizaron pruebas. Todos los sujetos murieron. Dentro de poco les pediremos un nuevo embarque.<sup>243</sup>

En los campos de concentración, no sólo el trabajo humano sino toda persona se convertía en mercancía que podía ser usada, intercambiada o desechada según las necesidades del proceso productivo. Si los prisioneros ya no resultaban útiles, se los descartaba, pero recuperando el material útil –cabello, dientes de oro– mediante métodos fabriles. Relata Bettelheim que cuando los SS asesinaban a alguien, usaban la expresión *Fertig machen*, que habitualmente se utilizaba en la industria para designar el proceso de acabado de una pieza. El tratamiento dado a los prisioneros tenía un aire de familia con la forma de diferenciar la materia prima en las fábricas. Al llegar al campo, todos los

---

<sup>243</sup> Citado por Bettelheim, Bruno, *El corazón bien informado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 224.

prisioneros eran vestidos con los mismos uniformes a rayas y se les afeitaba la cabeza para que parecieran idénticos. Sin embargo, se los obligaba a usar insignias de tela, cosidas a los uniformes, que tenían colores específicos para cada grupo y también para sus divisiones. Así, los individuos parecían todos iguales, pero los grupos, diferentes. Cada prisionero tenía grabado un número (al igual que las piezas de las fábricas llevan un número de serie) que debía utilizar cuando hablaba de sí mismo a un superior, no pudiendo usar bajo ningún punto de vista su nombre propio.

El trabajo útil o no de los prisioneros estaba cronometrado respondiendo a una mezcla de taylorismo y fordismo: sumisión de los trabajadores, separación rigurosa de la concepción y ejecución de las tareas, jerarquización de la fuerza de trabajo, segmentación de la producción en distintas operaciones. El trabajo de matar, por ejemplo, se dividía en varias etapas: llegada al campo, separación de los aptos para el trabajo, expoliación de los bienes de las víctimas, gaseado, recuperación de ciertas partes de sus cuerpos, e incineración. Un trabajo que se iniciaba a la mañana con la llegada de los trenes, y que por la noche había finalizado cuando las cenizas eran esparcidas.

El humo de las chimeneas se veía en los poblados cercanos, los trenes atravesaban territorios densamente habitados, las gentes que vivían en las cercanías de los campos establecían relaciones con los administradores y a veces con los mismos prisioneros. Lo que tratamos de decir es que algo de lo que ocurría se sabía, tal vez no en sus detalles más terribles, pero resultaba imposible ignorarlo. Se puede suponer que debió haber habido una experiencia anterior que generara una suerte de acostumbramiento a las deportaciones y a la muerte en masa. Esa experiencia bien puede haber sido la Gran Guerra; momento fundacional del siglo XX que implicó la dislocación de las relaciones sociales previas. Entre las muchas cuestiones que la guerra dejó como huellas, nos interesa remarcar algunos rasgos. En principio, la muerte anónima, masiva, que anticipa la posibilidad de la muerte industrializada. La guerra de trincheras grabó en la memoria de los hombres imágenes apocalípticas y aterradoras: el olor de la muerte; el enemigo presentido, pero no visto; el barro, las ratas y el alambre de púas como paisaje permanente; las máscaras antigases que daban a los soldados un aspecto no humano; los lanzallamas y las explosiones constantes; todo esto a pocos kilómetros de las ciudades, donde la vida, tal como se conocía, todavía era posible. Como la mayoría expresaba, del frente se volvía mudo, ya que resultaba inevitable la distancia entre la palabra y la experiencia; el retorno al mundo cotidiano estaba atravesado por la imposibilidad de comunicar la experiencia vivida. Una experiencia que resultará similar a la que tendrán posteriormente los liberados de los campos. Dirá Benjamin al respecto:

Una generación que fue al colegio en tranvía se hallaba al descubierto en un paisaje donde nada era reconocible –salvo las nubes–; en medio de un campo de fuerzas minando de tensiones y de explosiones destructoras, el minúsculo y frágil cuerpo humano.<sup>244</sup>

Si tenemos en cuenta que el héroe por antonomasia fue el soldado desconocido, podremos afirmar que la muerte anónima se constituyó en una de las características salientes de esta guerra. Pero la muerte no sólo era anónima, sino que provenía de una máquina y no de otro hombre de carne y hueso. Estas cuestiones habilitaron una ruptura antropológica que permitió una nueva percepción de la vida humana y, sobre todo, de la muerte. Durante la guerra, dirá Günther Anders: “Estar muerto era la condición de normalidad del ser”.<sup>245</sup> En el imaginario, el evento se vivió como una afirmación del *ethos* nacionalista: virilidad, fuerza, coraje, heroísmo, unión sagrada y el fuego purificador del combate. En lo real, fue el reino de la muerte banal y no épica, una muerte sin aura. El resultado para los sobrevivientes fue una vida entre el horror de lo vivido y el retorno a una normalidad que nunca volvió a ser tal.

Sin embargo, hubo otra mirada en Alemania sobre la Gran Guerra. Fue la de los revolucionarios conservadores cuyas características analizaremos de manera breve. Podemos decir que pretendían una revolución cultural y política que revitalizara la nación. Se consideraban profundamente nacionalistas como forma de oponerse al capitalismo y al marxismo, a los que juzgaban carentes de alma. Buscaban a través de la restauración del instinto revertir la degeneración producida por un exceso de civilización, o como les gustaba decir, el “afeminamiento burgués”. Dicha restauración la encontraban en el horror y la violencia de la guerra, que aparecían como elementos liberadores de las fuerzas de la vida. Proclamaban la necesidad del triunfo de la voluntad y el espíritu sobre la razón. La experiencia estética reemplazaba a la moral en la justificación de la vida sin que hubiera límites para esa experiencia. En su desprecio por la razón, ligada a la idea de *Zivilisation*, ensalzaban la sangre, la raza y el espíritu. La guerra les dio sentido de comunidad contra el cosmopolitismo reinante, del que Berlín era un claro ejemplo. Proclamaban la existencia de una armonía social basada en el sacrificio y el rendimiento individual, donde toda consideración humanista debía ser dejada de lado. Por último y haciendo de necesidad virtud, lograron incluir la técnica en la *Kultur* a través de la estética y el supuesto potencial vital que poseía. Se apoyaron para eso en que por primera vez una guerra se jugó a partir de la capacidad tecnológica de los contendientes. No fue la

---

<sup>244</sup> Citado por Traverso, *op. cit.*, p. 105.

<sup>245</sup> Citado por Traverso, *op. cit.*, p. 106.

habilidad de los guerreros lo que permitió el triunfo, sino el despliegue de las máquinas. Esa misma técnica que durante el siglo anterior se había transformado en la promesa de una vida mejor para la humanidad se convertía en un eficaz elemento para la muerte en masa. En su breve ensayo “Sentido único”, Benjamin describe la guerra de la siguiente forma:

[...] se lanzaron a campo abierto masas humanas, gases, fuerzas eléctricas. Corrientes de alta frecuencia atravesaron el paisaje, nuevos astros se elevaron en el cielo, en el espacio aéreo y las profundidades marinas resonó el ruido de las hélices y en todas partes se cavaron fosas sacrificiales en la madre tierra. El encuentro entre el hombre y la técnica se traduce en un baño de sangre... Durante las noches de exterminio de la última guerra, una sensación comparable al éxtasis de los epilépticos sacudía las entrañas de la humanidad.<sup>246</sup>

Lo que para Jünger era una experiencia mística anunciadora de una nueva dominación de la técnica y con ella el advenimiento de la era del *arbeiter* (miliciano del trabajo), a juicio de Benjamin no era otra cosa que la amenaza de un crepúsculo definitivo de la humanidad. Porque es, justamente, esta visión premonitrice de Jünger lo que lo espanta, dado que detecta un cierto carácter pervertido en ese planteo estético de la guerra, que luego se vinculará con las fórmulas y temáticas que los nazis harían suyas. Para Ernst Bloch, Jünger hizo de “la experiencia del frente” una suerte de “utopía concreta” en la que la comunidad de hombres armados en las trincheras constituían un lugar de liberación, para el instinto, de las ataduras con que lo sujetaba la sociedad moderna. La guerra significaba un contacto excitante con el peligro y la muerte, un conflicto de fuerzas naturales letal pero majestuoso en el que “una bomba explotando era ‘un huracán de fuego’, un avión bombardeando era ‘un buitres’ y las casas se derrumbaban no por efecto de la metralla sino ‘por obra de la magia’”.<sup>247</sup>

El soldado era idealizado como un ser libre tanto del temor a la muerte como del horror de matar; cuyo cuerpo era cincelado y endurecido por la batalla como si fuera un pedazo de acero, creando así al hombre nuevo. Para Jünger, la guerra no tenía carácter devastador, era una experiencia que llevaba a los hombres comunes al éxtasis en el combate y les permitía purificarse. Cada batalla liberaba el “ruido metálico sonoro de la barbarie renaciente que restablecía la armonía cósmica entre naturaleza y técnica”.<sup>248</sup> En verdad, esta forma poética ocultaba que los soldados se transformaban en obreros al

---

<sup>246</sup> Citado por Traverso, Enzo, *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2001, p. 74.

<sup>247</sup> Citado por Herf, Jeffrey, *El modernismo reaccionario*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 159.

<sup>248</sup> Herff, *op. cit.*, p. 161.

servicio de la maquinaria bélica y que no eran más que un engranaje en el proceso productivo, ya que el combate carecía de cualquier dimensión épica. La ametralladora era la herramienta por excelencia, como máquina eficiente de asesinar en serie. Él mismo lo reconocía cuando declaraba:

Los países se transformaron en gigantescas fábricas productoras de ejércitos en cadena con el fin de enviarlos al frente durante las veinticuatro horas del día, allí donde el proceso sangriento de consumo, también mecanizado por completo, jugaba el papel del mercado.<sup>249</sup>

Siguiendo esta línea de análisis, veamos las características que portaba el “miliciano del trabajo”. Según el propio Jünger lo describe, era frío, maquinal y amenazante. Según los dibujos de la época, su aspecto era el de una especie de híbrido entre lo humano y la máquina, y su piel tenía el brillo del acero. Evidentemente, Jünger había percibido correctamente esta hibridación entre el hombre –en este caso, el soldado– y la máquina. Cuestión que estaba ligada con las formas del proceso de producción en serie de bienes, en el que el taylorismo introdujo la novedad de dissociar al trabajador del control del proceso de trabajo. Se pasó de las destrezas del oficio al trabajador sin autonomía intelectual, que cumplía órdenes de forma mecánica; lo que construía una suerte de autómatas deshumanizados y alienados, ya que en el proceso de trabajo quedaba cancelado todo vínculo con la creatividad. Sin embargo, la derecha alemana creía ver, tanto en el trabajo como en la guerra, una actividad estética y creadora, a la vez que un supuesto acto liberador que se oponía a las actividades abstractas que aparecían ligadas a los intelectuales en particular y a los judíos en general. En este sentido, en “El fuego y la sangre” Jünger enuncia: “Una raza nueva, del más elevado potencial, formada en la dura escuela de la guerra que tiene a mano el instrumento de realización de la muerte”.<sup>250</sup>

Para Benjamin, esta filosofía de la guerra o de la muerte implicaba una estetización de la política, cuya forma acabada se encontraba en el fascismo. Esta exaltación del desencadenamiento de los elementos celebraba la técnica no como “promesa de felicidad”, sino como “fetiche de la decadencia”. Idealizaba el combate, la destrucción y la muerte como una “experiencia primordial” vivida intensamente, que rompía con la continuidad de la experiencia transmitida y cristalizada en la sociedad. A través de una recreación fantasiosa, la guerra se tornaba un espectáculo y parecía romper con el aburrimiento y la seguridad de la sociedad industrial. Aburrimiento y seguridad

---

<sup>249</sup> Citado por Traverso, *La violencia nazi*, *op. cit.*, p. 96.

<sup>250</sup> Citado por Herf, *op. cit.*, p. 160.

que, debemos aclarar, sólo podía estar presente entre las clases medias, pero nunca entre los trabajadores.

En este sentido y a modo de síntesis, Benjamin expresa: “La humanidad se ha vuelto tan ajena a sí misma que puede vivir su propia destrucción como un gozo estético de primer orden”.<sup>251</sup>

Una visión de mundo en donde una transformación total sólo podría tener lugar de la mano de un cambio repentino y violento, dando paso a una sociedad nueva fundada en un “romanticismo de acero”. En *Doktor Faustus*, Thomas Mann lo llamará “un mundo viejo-nuevo”. Un mundo al que no todos serán bienvenidos, en el que no habrá lugar para la Bauhaus o para los hombres de la Escuela de Frankfurt, ni para millones que quedarían identificados con el mal absoluto y sobre los que se practicaría un exterminio técnico y eficiente. El ensayo general se había llevado a cabo durante las matanzas de la guerra colonial. Por otra parte y como ya dijimos, esa forma de muerte anónima y masiva, propia de la Primera Guerra, produjo el acostumbramiento necesario para que las cámaras de gas funcionaran sin demasiados cuestionamientos. Benjamin intuía estos peligros y por eso fijó una posición crítica con respecto a la filosofía de la historia, convencido de que tenía que pensarse a partir de la catástrofe y que el pesimismo debía servir de marco frente al avance del nacionalsocialismo, al que muy acertadamente llamó el “Anticristo”. Con ironía, sostendrá esta idea del pesimismo, de la desconfianza acerca de lo dado, enunciando:

Pesimismo en toda la línea. Sí, sin duda, y completamente. Desconfianza con respecto al destino de la literatura, desconfianza con respeto al destino de la libertad, desconfianza con respecto al destino del hombre europeo; pero por sobre todo, tres veces desconfianza frente a cualquier arreglo: entre las clases, entre los pueblos, entre los individuos. Y sólo confianza ilimitada en la I. G. Farben y el perfeccionamiento pacífico de la Luftwaffe.<sup>252</sup>

Terminada la primera guerra, tuvo lugar un reordenamiento territorial que implicó deportaciones de población civil. El resultado fueron grupos enteros sin nación y sin derechos, apátridas o grupos superfluos.

Entre esos grupos superfluos que iban a poblar los campos, estaban los judíos. Su selección presupuso un proceso previo que tuvo que ver con la construcción del estereotipo del “judeobolchevique”; que podría definirse como la síntesis en la que el judío degenerado y decadente racialmente se conjugaba con el revolucionario sangriento. Un principio de biologización de la radicalización política.

---

<sup>251</sup> Citado en Traverso, *La historia desgarrada*, op. cit., p. 76.

<sup>252</sup> Citado en Löwy, Michael, *Aviso de incendio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 26.

## 2. La construcción del judío conceptual. El rol del antisemitismo

En la construcción conceptual del ser judío, como sustancia se pretendía reunir todo aquello que atemorizaba de la modernidad. Las transformaciones en las relaciones sociales eran producto de una racionalidad abstracta en la que predominaba lo económico. Las formas de la producción se habían vuelto impersonales, sin lugar para el artesano, dueño de sus herramientas y de su trabajo. Se trataba de un mundo sin alma y sin raíces aparentes en el que la imagen del hombre errante y dedicado a las actividades financieras encajaba perfectamente.

Werner Sombart tradujo de manera inequívoca categorías sociales e históricas a arquetipos raciales, oponiendo supuestas virtudes alemanas (trabajo productivo y creativo) al espíritu judío (especulación, circulación improductiva y abstracción económica). En el aparente carácter judío, se mezclaban su compromiso en un proceso de racionalización intelectual a la vez que se conservaban restos de tradiciones medievales; eran tanto representantes del proceso de asimilación cosmopolita como parte de las formas de vida del gueto de Europa oriental. En sus desarrollos teóricos, afirma que el capitalismo posee un componente activo y voluntario que se opone a otro calculador y racionalista. Para poder ligar estas últimas cualidades a los judíos, destaca cuatro aspectos que hacen a su devenir social en Europa: al vivir diseminados en diferentes países, les era posible construir una red de contactos internacionales; su existencia como forasteros los colocaba en posición de poder aprovechar mejor las nuevas oportunidades económicas, ya que no necesitaban sostener costumbres y tradiciones locales; al encontrarse excluidos de los derechos de ciudadanía plena, pudieron desentenderse de la política local y abocarse a cuestiones de la economía mundial; su actividad económica principal fue la banca ligada a la especulación improductiva. Todo esto los colocaba en posición de participar en una sociedad atravesada por una racionalidad con arreglo a ciertos fines, típica del contractualismo y opuesta a la visión romántica del siglo XIX, que proponía para el pueblo alemán una comunidad orgánica en armonía con la naturaleza.

En *Modernidad y Holocausto*, Bauman plantea una cuestión por demás interesante que intenta explicar la elección de la comunidad judía como grupo víctima. La llama el “grupo a horcajadas de las barricadas”; dicho de otra manera, un grupo siempre en los límites, al que no le resultaba posible pertenecer enteramente a un mundo, sino que quedaba situado en un umbral. Sostiene esta posición analizando el modo en que los

judíos son integrados a la sociedad a partir de los presupuestos de la modernidad, su relación con la Iglesia católica y con la construcción de las nacionalidades. Veamos cada una de estas situaciones.

En las formas sociales previas a la Revolución francesa, no eran más que un grupo entre otros perfectamente segregado, no había en ellos nada de particular. Desde el gueto y bajo ciertas normas, mantenían vínculos comerciales con la comunidad; tenían prohibido el casamiento por fuera de su grupo y no podían compartir la mesa con los gentiles. Cuando esta segregación fue dejando paso a un proceso de asimilación, es decir, cuando el judío se hizo indistinguible del resto de los ciudadanos, se lo identificó como representante del orden moderno. Un orden nuevo que amenazaba las viejas identidades. Construir esa representación fue posible porque durante siglos se lo pudo reconocer por su vestimenta, sus costumbres o el lugar donde vivía en la ciudad; ahora se vestía como todos los demás o, mejor dicho, de acuerdo con su condición social, que podía ser superior a la de los gentiles; compraba propiedades en zonas que habían sido privativas de los cristianos; conquistaba lugares expectables en el mundo intelectual o de la ciencia; y lo más importante, muchos eran exitosos económicamente. Su movilidad social quedó ligada al desarrollo del capitalismo y se convirtió en la figura emblemática del arrasamiento que éste produjo. Ligado al mundo de las finanzas, única tarea que se le permitió desempeñar durante siglos, se lo veía como el enemigo del trabajo y la producción.

Otro punto de conflicto se dio cuando comenzaron a constituirse las identidades nacionales. Dado que los judíos eran considerados un grupo universal por excelencia, parecía que para ellos pertenecer a una nacionalidad era una cuestión de elección. Producto de la diáspora, se habían dispersado por toda Europa, y al decir de Bauman, constituían “una nación internacional o una nación no nacional”. No eran simplemente asimilables a lo extranjero, sino que se los pensaba como el enemigo interior. El hecho de poder conformar una red de relaciones internacionales hizo que las monarquías los utilizaran como mediadores para sus querellas; cuando estas cualidades se manipularon desde los Estados naciones, ya no fueron simplemente pacifistas, sino traidores en los procesos de destrucción del enemigo o de conquista territorial. Durante la Gran Guerra, su carácter cosmopolita los volvió sospechosos. Quedaron situados como conjunto en un no lugar o en un espacio vacío sin identidad nacional, más allá de las acciones particulares que fueran capaces de llevar a cabo.

En alguna medida, esta situación del no lugar tenía un antecedente en el modo en que los teólogos cristianos concebían la existencia de los judíos. Simplificando un poco

la cuestión, se puede decir que no pertenecían al grupo de los paganos a los que podía convertirse ni al de los herejes que habían caído de la gracia divina; más bien, se deslizaban por el umbral entre ambos espacios. No eran infieles, sino gentes que habían elegido otra verdad. Esta conceptualización del judío lo convertía en un oponente irredento de la cristiandad, un otro del que había que diferenciarse, pero que debía ser conservado como límite de la propia identidad. En alguna forma, para la Iglesia cristiana el judío conceptual era portador de una alternativa siniestra al orden establecido. La modernidad va a heredar esta idea del judío como anomalía potencialmente peligrosa para el mundo.

Las cuestiones enunciadas forman parte del cuerpo explicativo del antisemitismo, que fue sin duda un elemento importante en el desencadenamiento de la Shoá. Su importancia se agranda cuando se lo coloca como elemento causal de la violencia. Sin embargo, no hay registros históricos que comprueben el estallido de *pogromos* espontáneos como producto de la furia popular. Por lo general, el ataque siempre provino de grupos organizados para tal fin, que contaban con la protección del poder de turno.

El antisemitismo adquirió rasgos realmente letales cuando quedó atravesado por el discurso biológico, porque sólo la medicina y su asociación con la política pudieron proporcionar la idea del defecto fatal e irremisible, ofreciendo formas rápidas y eficientes de solución. El aporte de la biología utilizada para explicar fenómenos sociales contribuyó a considerar rasgos culturales como si fueran de orden físico y de carácter inmutable, lo que llevó a construir una imagen invariante. Se trató de un proceso de despersonalización que extinguía al hombre y que sentaba las bases para una planificación fría y mecánica de la privación colectiva de derechos y, en último término, del exterminio: al tratar al judío como insecto dañino, quedaba expedito el camino para la realización mecánica y burocrática de su asesinato.

No se nos escapa que el otro elemento que se hace necesario para el arrasamiento de un grupo minoritario es la decisión política del Estado de llevar a cabo un rediseño social. Bauman utiliza la metáfora del jardinero para referirse a esta forma de ingeniería biológico-social:

Algunos jardineros odian las malas hierbas que estropean su diseño, esa fealdad en medio de la belleza, esa basura en medio del orden sereno. A otros les dejan impasibles, son simplemente un problema que hay que resolver. Estas dos actitudes no suponen ninguna diferencia para las malas hierbas, ya que ambos jardineros las eliminan. Si se les preguntara a ambos estarían de acuerdo en que las malas hierbas deben morir no a causa de lo que son sino por lo ordenado y bello que el jardín debe ser. La cultura moderna es una cultura de jardín en la que se tiende a eliminar lo espontáneo, lo que crece por fuera del orden previsto. Ese

orden necesita de herramientas para la lucha contra el peligro que supone el desorden, necesita separar lo nocivo, evitar su reproducción, que se cruce con las buenas hierbas y produzca híbridos. Todas las visiones de la sociedad como jardín definen a parte de la sociedad como malas hierbas humanas, como con los vegetales hay que mantenerlos fuera de los límites de la sociedad, si esto no es suficiente entonces se apela al recurso de exterminarlas. La gente contaminada con una mancha indeleble no tiene lugar en un mundo saludable, no se las puede mejorar ni reeducar.<sup>253</sup>

La construcción de un orden social artificial requiere de la combinación de la medicina y la ingeniería para proporcionar los arquetipos necesarios para planificar y gerenciar la existencia humana. Lo mismo que en la metáfora de la vegetación de un jardín, no se puede dejar que las cosas se resuelvan solas, porque seguramente el jardín terminaría infectado de malas hierbas y la sociedad de “razas inferiores” que como tejidos cancerosos la destruirían de un modo progresivo. Para evitarlo, se trata de utilizar las herramientas que nos aportan la ingeniería o la medicina y nos sirven para separar y aislar los elementos útiles, destinados a vivir y desarrollarse, de los nocivos y dañinos a los que hay que exterminar. La siguiente es una declaración de dos científicos alemanes:

La extinción y la salvación son los dos polos alrededor de los que rota el cultivo de la raza [...] la extinción es la destrucción biológica de la persona hereditariamente inferior por medio de la esterilización, la represión cuantitativa del enfermizo y del indeseable [...] la tarea es salvar al pueblo de la excesiva proliferación de malas hierbas.<sup>254</sup>

El racismo biológico nos dice que existe cierta categoría de personas inmune a cualquier esfuerzo para mejorar, que escapa de manera irremediable al control, que esta no es una cuestión de educación sino de naturaleza. Si esta forma de racismo se convierte en política de Estado y se plantea como objetivo una remodelación radical de la sociedad, en la que no habrá cabida para aquellos que no se adapten al tipo biológico deseado; si este Estado tiene a su disposición los recursos administrativos y normativos necesarios – estado de excepción– y cuenta con la aceptación pasiva de la sociedad civil, estaremos frente a una situación tal que puede desembocar en una masacre. Para aplicar lo dicho al caso alemán, podemos utilizar las palabras de Friedrich Meinecke:

Siempre se podrá objetar que la ideología maquiavelista y del Estado de poder no ha sido algo privativo de Alemania. Se dirá que entre nosotros, los alemanes, se predicó quizá más abiertamente, aunque no se practicó con mayor celo. Todo ello es muy exacto. Sin embargo, lo específicamente alemán fue precisamente la franqueza y ausencia de medidas encubridoras, su clara conciencia e intensidad por principio, la alegría por la brutalidad de las consecuencias, la inclinación a convertir en modelo filosófico lo que en un principio se situaba en el plano

---

<sup>253</sup> Bauman, *op. cit.*, p. 126.

<sup>254</sup> Citado en Bauman, *op. cit.*, p. 98.

meramente práctico. Esto fue lo específicamente alemán y lo funesto para el futuro, una vez que esas ideas, en principio meramente teóricas, se transformaron en armas del poder. La idea alemana del Estado de poder, cuya historia se inicia con Hegel, habría de encontrar en Hitler su más amarga y fatídica sublimación y explotación.<sup>255</sup>

### 3. El sobreviviente como testigo

Para abordar la temática del *Lager*, vamos a servirnos del testimonio de los sobrevivientes convertidos en testigos. Es curioso que los nazis hayan hecho enormes esfuerzos para borrar todo rastro de lo ocurrido. Primo Levi refiere que en los primeros meses de 1945, con la guerra ya perdida, comenzaron los terribles traslados. De Majdanek a Auschwitz, de Auschwitz a Buchenwald y de este último a Bergen Belsen, en un desesperado intento por hacer desaparecer a los “detentadores de secretos”.<sup>256</sup> Pese a ello, algunos fueron lo suficientemente testarudos como para resistir, sobrevivir y prestar testimonio. Casi todos los liberados recuerdan un sueño recurrente que los acosaba durante las noches en el *Lager*: haber vuelto a casa, estar contando con apasionamiento y alivio los sufrimientos pasados a una persona querida, y no ser creídos, ni siquiera escuchados. En la variante más típica, el interlocutor se daba vuelta y se alejaba en silencio.<sup>257</sup>

El testimonio es una narración que se mueve en una zona híbrida entre la historia y la literatura, en un umbral entre la memoria y la ficción, porque el testimonio es siempre vivencia y no dato objetivo. El testimonio es el relato de la experiencia del horror, el relato que hace presente una ausencia, la del “hundido”, la del que no sobrevivió.

Giorgio Agamben rastrea el origen de la palabra sobreviviente y dice:

En latín, la palabra *superstes* define a quien habiendo vivido hasta el final un determinado acontecimiento o experiencia está en condiciones de ofrecer testimonio sobre él.<sup>258</sup>

No es simplemente un testimonio con vistas a un proceso de orden legal. El testimonio de quien ha sobrevivido a un dispositivo genocida tiene una consistencia

---

<sup>255</sup> Citado por Bracher, Karl, “Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo”, en *La dictadura alemana*, Madrid, Alianza, 1973, p. 71.

<sup>256</sup> Así llama Primo Levi a los prisioneros.

<sup>257</sup> Levi, Primo, *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik, 1989, p. 10.

<sup>258</sup> Agamben, Giorgio, *Homo sacer*, vol. 3: *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, Valencia, Pre-Textos, 2000, p. 15.

diferente, ya que en él se habla por aquellos que no pueden hacerlo. Es una narración que se sitúa en la laguna entre lo que puede ser dicho y lo indecible, da cuenta de una presencia que se manifiesta en la modalidad de la ausencia. Suele situarse en un umbral en el que desde lo humano se intenta dar razón de acontecimientos que parecen no humanos. Capaz a la vez de revelar el funcionamiento concreto del dispositivo genocida pero también sus efectos en las víctimas y en la sociedad que lo produjo.

En su testimonio, se vislumbra que todas las categorías y certezas que constituyen nuestra posibilidad de “ser humanos” son puestas en entredicho; que en el campo, lo que llamamos “dignidad” no tiene lugar cuando no se puede mantener distancia entre vida y norma. Primo Levi afirma que el deportado, al ingresar al campo, deja fuera lo que conoció como su humanidad.

Al salir del campo, el sobreviviente trae consigo “la vergüenza” que no está dada sólo por no poder explicar su supervivencia, que no deriva estrictamente de una falta, “vivo en lugar de otro”, sino de la conciencia de haber atravesado lo intolerable; como afirma Levinas, de “ser entregado a lo inasumible”.

La llegada de los rusos a Auschwitz trajo consigo la liberación de los sobrevivientes. Levi recuerda ese momento de esta forma:

No nos saludaban, no sonreían; parecían oprimidos, más que por la compasión, por una timidez confusa que les sellaba la boca y les clavaba la mirada sobre aquel espectáculo funesto. Era la misma vergüenza que conocíamos tan bien, la que nos invadía después de las selecciones, y cada vez que teníamos que asistir o soportar un ultraje: la vergüenza que los alemanes no conocían, la que siente el justo ante la culpa cometida por otro, que le pesa por su misma existencia, porque ha sido introducida irrevocablemente en el mundo de las cosas que existen, y porque su buena voluntad ha sido nula o insuficiente, y no ha sido capaz de contrarrestarla.<sup>259</sup>

La vergüenza de lo inasumible se relaciona con el hecho de haber sido expropiado de sí mismo, desubjetivado, y no obstante, haber tenido que asistir a la propia ruina y a la de todos los demás. Dice Agamben:

En la vergüenza el sujeto no tiene otro contenido que la propia desubjetivación, se convierte en testigo del propio perderse como sujeto. Este doble movimiento, a la vez de subjetivación y desubjetivación, es la vergüenza.<sup>260</sup>

En palabras de Levinas:

---

<sup>259</sup> Levi, *Los hundidos y los salvados*, op. cit., p. 67.

<sup>260</sup> Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, op. cit., p. 110.

En la vergüenza aparece justamente el hecho de estar engarzado a sí mismo, de la imposibilidad radical de huir de sí para ocultarse de sí mismo, de la presencia irremisible del yo ante sí mismo.<sup>261</sup>

En la vergüenza aparece el rechazo de quedarse quieto, el esfuerzo por salir de una situación insostenible sin saber adónde ir. Desde esta nueva subjetividad construida en el campo, el sobreviviente se convierte en testigo. Comencemos por aclarar el origen de la palabra. Curiosamente, en griego testigo se denomina *martis*, de allí proviene nuestra palabra “mártir”. Agamben aclara que el sustantivo griego proviene de un verbo que significa ‘recordar’ y que en los inicios del cristianismo se lo utilizó para dar cuenta de aquellos que eran muertos al brindar testimonio.<sup>262</sup> En nuestro caso, los testigos no son ni se consideran mártires, no hay en sus testimonios apelación a la mística. Hay necesidad de comprender, de explicar, de alertar sobre lo ocurrido. Hay, en fin, necesidad de narrar. Detengámonos un momento sobre esto. Sabemos que en la filosofía occidental, la experiencia es siempre conceptualizada, en otras palabras, pensada. Pensar es siempre una tarea solitaria, pero narrar no lo es, narrar es dirigirse a otro. Narrar es dar testimonio de la experiencia vivida. En este caso, la narración, el testimonio, no sólo se dirige a otro, sino que habla por cuenta de otro que no puede hacerlo. Cuando el sobreviviente decide convertirse en testigo, se hace responsable, responde por los otros, por los “hundidos”, por los desaparecidos. Fiel a su costumbre, Agamben rastrea el origen del término *sponsor* (en latín, ‘el que se pone en lugar de otro’) y del verbo *spondeo*, que designa la acción de “salir de garante de alguno en relación a algo y frente a alguien”,<sup>263</sup> expresiones de las que deriva la palabra “responsabilidad”. Podríamos preguntarnos: ¿qué le hace asumir la responsabilidad por los otros? Tal vez un resto de su anterior subjetividad, quizás aquí haya un indicio de lo que lo convierte en testigo.

Agamben inicia el tercer volumen de *Homo Sacer*, titulado *Lo que queda de Auschwitz*, diciendo que lo que incita a la supervivencia en un campo de exterminio es la idea de poder convertirse en testigo. Testigos portadores de un testimonio que no será bien recibido. Un testimonio en el que conviven la culpa por haber sobrevivido, la vergüenza de no poder explicarlo y la idea de que se vive en lugar de otro. ¿Por qué indagar en esos testimonios? Porque en ellos podemos ver cómo a pesar del intento de devastar al prisionero, en una situación extrema, siempre hay algo que resiste, que se niega a doblegarse y que rearma una nueva subjetividad. Pero esa subjetividad ha cruzado

---

<sup>261</sup> Citado por Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, *op. cit.*, p. 110, en donde analiza algunos de los desarrollos teóricos de Emmanuel Levinas.

<sup>262</sup> Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, *op. cit.*, p. 26.

<sup>263</sup> *Ibid.*, p. 20.

algunos límites, tal vez los mismos límites que cruzó la sociedad civil y de los cuales no se retorna. Según las relaciones que establecen entre sí, los hombres connotan de manera diferente lo que llaman ética. En general, se cree que la ética debe presentar un núcleo duro, un límite que no se cruza; la lección de los campos es que la ética vive en la incertidumbre y en la ambigüedad, y por lo tanto, es una ética engarzada a las vivencias de lo humano. La subjetividad que emerge del campo bajo la forma del testigo es una subjetividad a la que le concierne el otro: “Yo soy tú cuando yo soy yo”, dirá Paul Celan en su poema “Alabanza de la lejanía”.<sup>264</sup>

En diversos trabajos, pero particularmente en *La lección de Auschwitz*, Joan Mèlich sugiere la posibilidad de una ética no basada en el deber, sino en la situación del ser humano en la historia y en las relaciones que hombres y mujeres establecen entre ellos. No concebida como un deber derivado de un imperativo categórico universal, desvelado mediante la razón pura práctica, sino simplemente como una relación con el otro. Una ética de la situación, de la relación y desde la experiencia. Esta es una ética que vive de la incertidumbre, de las ambigüedades, porque sólo una ética así entendida, dirá Mèlich, puede ser genuinamente humana, tan vulnerable como las relaciones entre los hombres. Su propuesta está en sintonía con las ideas de Levinas, en el sentido en que los “ausentes” son tan importantes como los “presentes”.

La ética comienza en el momento en que el otro apela a mi responsabilidad y yo respondo de él. En otras palabras: en la relación ética el otro es más importante que yo mismo, hasta el punto de que la muerte del otro es más importante que la mía.<sup>265</sup>

Según Levinas, la responsabilidad no es un valor, sino una relación con el otro. Ser responsable indica responder de la apelación o ruego y responder de la vida y de la muerte del otro. Desde este punto de vista, la relación entre el yo y el otro no es una relación de diferencia, sino de deferencia.

La relación entre el Mismo y el Otro es una deferencia del Mismo hacia el Otro en la que podemos reconocer la relación ética que no ha de estar subordinada a la ontología o al pensamiento del ser.<sup>266</sup>

---

<sup>264</sup> Citado por Mèlich, Joan-Carles, *La lección de Auschwitz*, Barcelona, Herder, 2004. Un análisis más pormenorizado de la posición de Paul Celan puede consultarse en Traverso, Enzo, *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Barcelona, Herder, 2001.

<sup>265</sup> Mèlich, *op. cit.*, p. 66.

<sup>266</sup> Mèlich, *op. cit.*, p. 74. Levinas desarrolla esta cuestión en *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Salamanca, Sígueme, 1977.

En Levinas, la ética debe romper la inmanencia del ser, el primado de la ontología: yo soy yo y tú eres tú debe manifestarse como trascendencia y como consideración de la alteridad.

En síntesis, el objetivo del sobreviviente-testigo es darles voz a los que no pueden testimoniar, a la vez que evitar que la historia la cuenten sólo los verdugos. En su testimonio aparece la idea de que se puede sobrevivir aun en las situaciones más extremas, pero a costa de cruzar una y otra vez límites que se creían infranqueables. Dice Levi al respecto:

La libertad significaba cobrar conciencia de haber sido envilecido; de haber vivido como animales o peor que eso; de haber estado atravesados por el hambre, el frío, el miedo, el cansancio; de verse obligado a cualquier cosa para sobrevivir, de haber roto todos los códigos éticos conocidos y bajo los cuales se había vivido hasta la llegada al *lager*. Todos habíamos robado: en las cocinas, en la fábrica, a nuestros amigos, nos habíamos olvidado de nuestras familias, nuestros países, nos habíamos olvidado del pasado y del futuro, sólo vivíamos un presente continuo.<sup>267</sup>

Este es un testimonio que pone en duda la existencia de una naturaleza humana definida de una vez y para siempre, ya que en el campo, la vida cualificada se transforma en un simple haz de reacciones, puras funciones biológicas; se pierde todo rasgo de espontaneidad y de humanidad. Pero el testimonio trae también la experiencia de haber sobrevivido a lo inhumano y muestra que, frente a un poder totalizante, siempre existen grietas, líneas de fuga y resistencias. Da cuenta de que no se sobrevive para recuperar sólo la propia vida, se sobrevive por los otros y para los otros. En este sentido es que hemos apelado a la construcción sobre una ética de la responsabilidad en Levinas, que pareciera ajustarse a la experiencia de los sobrevivientes de los campos convertidos en testigos. Como decíamos al principio, una ética que contenga el deseo de que los verdugos no tengan la última palabra.

#### **4. El *Lager* como referencia de análisis**

Una posibilidad de abordaje de la estructura del campo es a través del análisis de las prácticas que se daban en la vida cotidiana, relatadas en el testimonio de los sobrevivientes. En términos muy generales, se puede decir que los prisioneros eran

---

<sup>267</sup> Levi, *op. cit.*, p. 70.

vestidos, alojados y alimentados de manera totalmente inadecuada; se los exponía al calor, la lluvia y a temperaturas de congelación durante más de diecisiete horas diarias, los siete días de la semana. A pesar de la desnutrición, debían llevar a cabo todo tipo de trabajos, la más de las veces, extremadamente agotadores. A esto se sumaba que cada momento de sus vidas estaba estrictamente regulado y vigilado. No tenían intimidad ni derecho a atención médica, salvo en contadas ocasiones. Entre otras cuestiones, esta situación tenía el propósito de evitar toda iniciativa de resistencia o de intentos de fuga, ya que el mundo exterior les resultaba tan hostil como el propio campo. Imagínese a un hombre agotado y hambriento, vestido con un traje a rayas, con la cabeza rapada y los pies heridos tratando de escapar y ocultarse en un territorio desconocido ignorando la lengua del lugar. En alguna medida, las condiciones de vida a las que eran sometidos permitían comprobar cuánto era el mínimo que un ser humano necesita para sobrevivir en condiciones de trabajo extremo, agregando que el único incentivo que recibían tenía que ver con evitar el castigo. Por otra parte, a los que podían aprenderlo, el *Lager* les enseñaba que para sobrevivir se requerían las cualidades de Ulises, y no las de Aquiles. Saber cuál era el mejor lugar en el reparto de la sopa, conseguir un puesto de trabajo más protegido, dominar el arte de regatear en el infinito mercado del campo, pero por sobre todo, saber que cuando alguna de esas cosas se lograba, significaba que otro no la había obtenido. De todo lo incomprensible que se vivía, esta ruptura de cualquier lazo solidario era una de las más eficaces para el derrumbamiento de los hombres.

El ingreso era un choque, por la sorpresa que suponía. El mundo en que se veían precipitados no sólo era terrible, sino también indescifrable. Se ingresaba creyendo, por lo menos, en la solidaridad de los compañeros, pero éstos, a quienes se consideraba aliados, no eran solidarios, se comportaban como mónadas desesperadas en continua lucha unos contra otros. Esta revelación se manifestaba en los primeros momentos en el campo y resultaba tan incomprensible que acababa con la voluntad de los hombres, ya que es difícil defenderse de un ataque inesperado. A esto había que sumarle cierta percepción sobre lo que podría sobrevenir, como se lee en el siguiente testimonio:

Apenas salimos del tren nos quitan con fiereza los equipajes, esos mínimos paquetitos nos los arrancan y los dejan en el suelo allí mismo. Nadie puede llevar nada ni tener nada consigo. La orden sume a todos en el pesimismo, porque si te ordenan dejar lo más necesario, lo más elementalmente útil, es una señal de que lo necesario es innecesario y lo útil es inútil. Aquí, en este sitio, ya no necesitas ninguna cosa de utilidad humana.<sup>268</sup>

---

<sup>268</sup> Gradowski, Zalmen, *En el corazón del infierno. Documento escrito por un Sonderkommando de Auschwitz-1944*, Barcelona, Anthropos, 2008, p. 39.

El ritual siniestro que acompañaba el ingreso tenía que ver con patadas, golpes en pleno rostro, órdenes gritadas con rabia en un idioma que no siempre se comprendía, con el desnudamiento, el afeitado de la cabeza y de todo el cuerpo, las ropas andrajosas y los zuecos de madera, de modo que todo concurría para anular la voluntad de resistir. En ese momento, comprendían que lo habían perdido todo: sus casas, sus familias, sus costumbres, su lengua, sus ropas, su propia vida no les pertenecía. Cuando Primo Levi arribó a Auschwitz, tuvo un primer encuentro con los *Häftlinge* y los describió de la siguiente manera:

Emergieron a la luz de los faroles, dos pelotones de extraños individuos. Andaban en formación de tres en tres, con extraño paso embarazado, la cabeza inclinada hacia adelante y los brazos rígidos. Llevaban en la cabeza una gorra cómica e iban vestidos con un largo balandrán a rayas que aún de noche y de lejos se adivinaba sucio y desgarrado [...] Esta era la metamorfosis que nos esperaba. Mañana mismo seríamos nosotros una cosa así.<sup>269</sup>

Y no se equivocaba, ya que el *Lager* era el espacio en el que culminaban las múltiples cesuras a las que se había sometidos a los hombres: “El ciudadano dio paso al no ario, el no ario se transmutó en judío, el judío en deportado, el deportado en *Häftling* y éste en el límite último: en musulmán”.<sup>270</sup>

También podía ocurrir, aunque no era frecuente, que algún viejo prisionero se apiadara del recién llegado, como le ocurrió a Bettelheim, y recibiera un consejo:

Oye, decídete: ¿quieres vivir o morir? Si no te importa, no comas estos desperdicios. Pero si deseas vivir, sólo hay una manera: decídete a comer todas las veces que puedas y todo lo que puedas, sin importar lo desagradable que sea. Cuando encuentres oportunidad, defeca, y así estarás seguro de que tu cuerpo trabaja. Cada vez que tengas un minuto, no te pongas a platicar, lee algo, échate y duerme.<sup>271</sup>

Cuando los nuevos preguntaban a los prisioneros viejos cómo era posible tolerar la vida en el campo, solía decirseles que esto era a causa de que todos habían sido privados de su virilidad. Los recién llegados estaban dispuestos a creerlo y los prisioneros antiguos usaban esta expresión de manera inconsciente como forma de explicar la capacidad de tolerancia que habían desarrollado y los avergonzaba.

Atravesado el período iniciático, el prisionero pasaba a enfrentarse con su primer enemigo: el hambre. Comer, en la lengua del campo, se llamaba *Fressen*, que es el modo de nombrar el comer de los animales; *Essen*, en cambio, es el nombre que se da al acto

---

<sup>269</sup> Levi, Primo, *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik, 2000, p. 21.

<sup>270</sup> Agamben, *Lo que queda de Auschwitz, op. cit.*, p. 88.

<sup>271</sup> Bettelheim, *op. cit.*, p. 136.

de comer de los hombres en la mesa. Este último nunca era utilizado, porque la comida no se comía, se devoraba ansiosamente. El alimento que se les proporcionaba era un escaso y aguachento potaje de coles o papas, culpable de la disentería que la mayoría padecía. El pan debía racionarse, porque con frecuencia se necesitaba como moneda de cambio. Al no proveérseles cuchara, estaban obligados a elegir, o sacrificaban pan o potaje para conseguirla, o comían como los animales, utilizando la lengua como utensilio.

Quince días después del ingreso tengo ya el hambre reglamentaria, un hambre crónica desconocida por los hombres libres, que por las noches nos hace soñar y se instala en todos los miembros de nuestro cuerpo.<sup>272</sup>

El segundo enemigo, que se sumaba al hambre y que conspiraba para la aniquilación rápida, era el trabajo. Estaba claro que el trabajo resultaba difícil de sobrellevar a causa del agotamiento físico y psicológico del recluso, producto del estado de desnutrición, el descanso insuficiente y la tensión permanente. En ocasiones, la tarea podía carecer de sentido práctico, como transportar rocas pesadas de un lugar a otro para al final del día volver a ponerlas donde estaban, cavar agujeros en la tierra con las manos teniendo a la vista las herramientas necesarias, ser enganchados como animales a carretas y obligados a tirar de ellas. Las mujeres de Ravensbrück pasaban jornadas interminables paleando arena en círculo, arrojando una palada hacia la derecha, donde la compañera repetía la operación, por lo que la arena volvía siempre al punto de inicio. En este caso, el prisionero se sentía extenuado y degradado por el sinsentido. Si por el contrario el trabajo resultaba útil al Reich, el recluso se enfrentaba al dilema de hacerlo bien, obteniendo alguna satisfacción por el deber cumplido y colaborar de manera activa con sus enemigos, o deliberadamente hacer las cosas mal y arriesgarse a ser castigado y a no obtener ninguna satisfacción moral.

Nadie tenía reloj, lo que ocasionaba un sufrimiento adicional al no poder calcular cuándo terminaría el horror del trabajo forzado. Se debían ahorrar fuerzas para resistir la jornada, porque si se gastaban las energías demasiado pronto, se corría el riesgo de estar exhausto mucho antes del descanso. Por ejemplo, si se sabía que cada viaje de la columna de acarreo duraba media hora, se podía saber cuánto faltaba para el descanso del mediodía y luego continuar calculando cuánto faltaba para la noche. Cuando la sensación de no poder más asaltaba al prisionero, le resultaba más fácil controlarla si sabía que se hallaba próximo el descanso, organizar el tiempo permitía conservar alguna posibilidad de autonomía bajo la forma de la planificación del gasto de energía.

---

<sup>272</sup> Levi, Primo, *Si esto es un hombre*, op. cit., p. 39.

Las cuadrillas más temidas eran aquellas en las que se trabajaba siguiendo el ritmo de la máquina; tal era el caso del trabajo en la cantera, donde los hombres debían alimentar incesantemente la trituradora y de no lograrlo pagaban con la vida. Otra forma de trabajo temible tenía que ver con hacerlo sin límite de tiempo. Este fue el caso de la construcción de vías férreas para unir las ciudades de Buchenwald y Weimar, con un plazo de tres meses para terminar la obra. El trabajo se hizo en término, costó la vida a centenares de presos y en el viaje inaugural los rieles se hundieron.

Las mejores cuadrillas eran las que podían trabajar en el interior de un edificio, al resguardo del frío o del calor excesivo, en tareas sencillas, o bien aquellas en las que se llevaban a cabo labores que se consideraban importantes por la escasez de mano de obra.

Cuando el trabajo cesaba, venía el momento de regresar a la barraca, supuestamente al descanso. Pero en verdad, la barraca no era sino otro lugar para el tormento y la tensión. Cada mañana, los presos eran despertados con violencia a las 3:15 de la mañana en verano y apenas un poco más tarde en invierno. Para las tareas de las barracas disponían de 45 minutos. En ese lapso debía tenderse la cama de la siguiente manera: el colchón de paja debía acomodarse de tal modo que quedara plano como una tabla y los lados debían formar un rectángulo perfecto. La almohada se colocaba sobre el colchón y se arreglaba de modo tal que formara un cubo perfecto. Almohada y colchón se cubrían con una colcha a cuadros azules y blancos; la manta que hacía las veces de sobrecama debía colocarse de modo tal que los cuadros quedaran horizontal y verticalmente alienados a la perfección. Las literas estaban superpuestas y unas pegadas a las otras, cuestión que dificultaba su arreglo simultáneo. Para que esto resultara aún más complejo, no sólo la cama en forma individual debía quedar bien, sino que todo el conjunto tenía que estar alineado. Si esto no ocurría, toda la barraca era castigada. Los que no podían lograrlo pagaban con pan a otros reclusos para que hicieran el trabajo por ellos. Luego había que encontrar tiempo para beber el café y asearse. El tiempo de más que se empleara en alguna de las tareas impedía realizar las otras. A este ritual había que sumarle el de la defecación. Hay que tener en cuenta que en el campo toda eliminación se hallaba estrictamente regulada y era un suceso importante. En Buchenwald, con frecuencia prohibían defecar durante la jornada de trabajo; cuando se hacían excepciones, el prisionero debía obtener permiso del guardia e informarle cuando había terminado. Las letrinas consistían en un foso con un madero en cada lado, en los que los reclusos debían hacer equilibrio. La eliminación se hacía siempre en público. En las barracas, había hileras de letrinas al descubierto y a la vista de todos. A causa del pequeño número de letrinas (entre seis y ocho), del breve tiempo disponible y la gran cantidad de prisioneros

(alrededor de trescientos por barraca), se formaban grandes filas en las que los que esperaban apuraban a los que las estaban usando. El uso de los baños y de las letrinas quedaba prohibido luego de pasado el tiempo estipulado a la mañana; por otra parte, debe considerarse que el grueso de los prisioneros padecían problemas digestivos a causa de la comida, y por lo tanto, el uso del baño resultaba indispensable, ya que no se regresaría a la barraca sino diecisiete horas más tarde. En todo este martirio ni siquiera intervenían los SS.<sup>273</sup>

El idioma oficial del campo era el alemán; como segundo idioma podía prevalecer el yiddish si los judíos del Este eran mayoría. De todos modos, convenía conocer otra lengua además de la propia, porque no entender la lengua era no entender las órdenes, ni las obligaciones, ni las prohibiciones. Cuenta Levi que la mayoría de los italianos que no entendían alemán o no hablaban yiddish murieron durante los primeros meses. Si hubiesen entendido el idioma, hubieran sabido cómo procurarse comida extra o abrigo, cómo sobrellevar las enfermedades inevitables, cómo evadir el enfrentamiento mortal con los SS, cómo esquivar el trabajo extenuante. En Mauthausen llamaban al látigo de goma el *Dolmetscher*, ‘el intérprete’, ya que se hacía entender por todos.

Estaba claro que quien no hablaba o entendía alemán era un bárbaro. Si se obstinaba en hacerse entender en su no-lengua, había que hacerlo callar a patadas y ponerlo en su sitio, es decir, a tirar de algo, llevar algo o empujar algo porque se había establecido que no era un *Mensch*, que no era humano.<sup>274</sup>

Sin embargo, de todas las palabras había una que se unificaba en todos los idiomas: la *Selekcja*, la selección para el gas. Cuando se presuponía que esto iba a ocurrir, el campo era recorrido por una agitación imparable:

Los jóvenes dicen a los jóvenes que serán elegidos los viejos. Los sanos dicen a los sanos que sólo serán elegidos los enfermos. Serán excluidos los especialistas. Serán excluidos los judíos alemanes. Serán excluidos los números bajos. Serás elegido tú. Seré excluido yo.<sup>275</sup>

Había todavía una situación más en que resultaba imprescindible poder comunicarse: la circulación por el mercado. El hambre, la escasez y el ingenio para tratar de sobrevivir unos días más generaban en el interior del campo un mercado<sup>276</sup> cuyo monopolio estaba en manos de los griegos de Salonia, quienes manifestaban una solidaridad nacional que no se repetía con ningún otro grupo. Se intercambiaba lo que se

---

<sup>273</sup> Las iniciales SS se refieren a *Schutzstaffel*, ‘escuadrón de protección’ encargado del control de los campos de concentración y de exterminio.

<sup>274</sup> Levi, *Los hundidos y los salvados*, op. cit., p. 87.

<sup>275</sup> Levi, *Si esto es un hombre*, op. cit., p. 134.

<sup>276</sup> En Auschwitz, era conocido como “La Bolsa”.

poseía, lo que se había podido robar o lo que algún civil externo al campo había entregado al *Häftlinge*. En el *Lager*, robar o procurarse por medio del intercambio elementos necesarios se llamaba “organizar”. El pan y el tabaco eran las monedas de cambio más habituales. Había quien vendía su única camisa por una ración extra de comida arriesgándose al castigo del *Kapo* pero salvando el día; había quien ahorraba con doloroso esfuerzo el pan de la mañana para cambiarlo por un litro de potaje, se comía las papas y vendía el líquido por un pedazo de pan, y todo volvía a empezar. Los objetos y alimentos tenían una cotización que, como en la economía clásica, se relacionaba y también fluctuaba con su escasez. Quien era capaz de conseguir una camisa rota podía presentarse y cambiarla por una nueva; recibiría una paliza por no saber cuidar los elementos que le habían sido dados, pero se habría hecho de una camisa extra que podría cambiar en el mercado por cuatro o seis raciones de pan. Había quien le ofrecía a un recién llegado, desesperado de hambre, raciones de pan extra a cambio de las fundas de oro de sus dientes. Una de las piezas claves en el funcionamiento del mercado eran los enfermeros, ya que ellos introducían las ropas y zapatos de los muertos o de los que partían desnudos hacia el gas. Un caso aparte resultaba el tráfico de cucharas que podían recuperarse de los muertos o ser fabricadas por los herreros del *Lager* y resultaban indispensables para tomar el alimento. Una cuchara-cuchillo podía cotizarse en tres cuartos de ración. Hay que tener en cuenta que la inestabilidad de la vida impedía establecer transacciones de largo plazo. El tráfico con civiles estaba prohibido y se castigaba enviando al prisionero a trabajar a las minas, lo que significaba una muerte segura por agotamiento a las pocas semanas.

Por último y como rasgo no menor, estaba la despersonalización, que comenzaba, como ya hemos contado, con el número tatuado al ingreso, pero que alcanzaba también al castigo del prisionero. Es de suponer que la tortura o la muerte de un hombre tiene que ver con él; en los campos dejó de tener relación directa con la persona o con un hecho concreto. Cuenta Bettelheim<sup>277</sup> que cierta vez un prisionero debía ser flagelado, pero lo liberaron antes de que esto sucediera. A un recién llegado le dieron el número de aquel preso, y días más tarde le aplicaron el castigo, ya que todo el trámite se había registrado bajo ese número.

El castigo o la muerte no siempre obedecían a una razón clara. Es posible afirmar que en el campo la muerte empezaba por los zapatos, esos zuecos de madera que a poco de andar ocasionaban dolorosas heridas que no sanaban y se infectaban produciendo hinchazón y un andar extraño, pero por sobre todo, tan lento que hacía llegar tarde a todas

---

<sup>277</sup> Citado por Bettelheim, *op. cit.*, p. 216.

partes a causa de lo cual se recibían golpes suplementarios. Sobre el final, el prisionero ya no podía caminar y su destino era el gas.

En los campos, se moría porque los judíos se habían convertido en algo superfluo, o porque había demasiados polacos o demasiados húngaros. Toda razón era buena, y la más de las veces no se necesitaba ninguna. Cuando llamamos a la muerte en Auschwitz “fabricación de cadáveres”, no estamos hablando de muerte, sino de algo mucho más perturbador. Porque si la muerte de un ser humano no puede ser llamada muerte, esto no afecta sólo la dignidad de la vida, sino más bien la dignidad de la muerte. Este envilecimiento de la muerte fue uno de los ultrajes específicos del *Lager*. No era la muerte propia, la que pertenece a cada uno, sino una muerte en serie, anónima, donde los SS obligaban a llamar a los cadáveres *Figuren*. Si la vida ya no era vida; o dicho de otra manera, si la vida era “indigna de ser vivida”, debía entonces corresponderle una muerte semejante. Una muerte producida como mercancía, auxiliada por la técnica de las cámaras de gas. Porque la existencia del deportado fue siempre una existencia a la espera de la muerte, una muerte “trivial, burocrática y cotidiana”, como la recuerda Levi. Auschwitz no fue un producto bastardo del mundo moderno, sino su catastrófico resultado. Burocracia y tecnología, dos de los elementos fundadores de la modernidad, se convirtieron en sus mejores aliados, porque asesinar seres humanos en masa se transformó en una rutina burocrática. No en la tarea de un loco o de un criminal, sino claramente en un quehacer propio de funcionarios. Para que un campo de concentración o de exterminio funcione, hay que transformar a los individuos en funcionarios y a éstos en engranajes de una maquinaria, sin restos de autonomía. Una mezcla de violencia consentida, de procedimientos rutinarios disciplinadamente aplicados, de deshumanización de las víctimas, a la vez que una estricta separación entre la víctima y el verdugo son condiciones necesarias para el buen funcionamiento de una máquina de matar. En el mismo sentido, es necesario que las víctimas no tengan “rostro”, y que sus verdugos tengan la impresión de que no están asesinando seres humanos, sino cosas, insectos o parásitos. Víctimas y verdugos no deben ser más que un número reemplazable dentro del sistema. A la racionalidad instrumental hay que sumar una lógica tecnológica que facilite el proceso, que lo haga rentable del mismo modo en que se hace rentable el proceso de producción de mercancías. El perfeccionamiento de las cámaras de gas solucionó el problema de las muertes masivas. El otro punto fue el secreto: todo esto debía ocurrir sin dejar rastros, ni huella, De ahí la enloquecida tarea de desenterrar a los muertos de las fosas comunes mientras los ejércitos alemanes huían del avance ruso o la voladura de los crematorios en Birkenau cuando las tropas soviéticas estaban a pocos kilómetros.

La vida en el campo era lo que hemos descrito para la mayoría de los *Häftlinge*, pero también producía otras formas de vida. Por una parte, aquellas capaces de completar la cadena en la maquinaria burocrática: tal el caso del *Kapo*. Por otra, los conocedores del secreto del exterminio: el *Sonderkommando*. Y por último, el nervio del campo: el musulmán.

## 5. El *Kapo* como reproductor del orden

El interior del *Lager* era un microcosmos intrincado y estratificado. La “zona gris” la constituían, entre otros, los prisioneros que colaboraban con las autoridades. No hay sobreviviente que no los recuerde en su testimonio, ya que las primeras amenazas y golpes provenían de estos colaboradores que, sin embargo, portaban la misma ropa a rayas que los recién llegados acababan de ponerse.

Como señala Rousset en su informe sobre los campos, el poder de los *Kapos* siempre se manifestó como una forma de proteger y matar (no proteger o matar), ya que sin esta capacidad de eliminar a otro, no se conservaba el poder. Era por demás una posición ambigua que dependía de la eficiencia con que se sirvieran los intereses de los SS. En la génesis del cargo de *Kapo* estaba la necesidad de contar con capataces que condujeran a los hombres en el trabajo, pues los SS no estaban destinados al trabajo manual porque se consideraban una casta guerrera destinada a hacer cumplir la voluntad del Reich. Primo Levi describe a los *Kapos* de la siguiente forma:

Son el típico producto de la estructura del *Lager* alemán: ofrézcase a algunos individuos en estado de esclavitud una posición privilegiada, cierta comodidad y una buena probabilidad de sobrevivir, exigiéndoles a cambio la traición a la solidaridad natural con sus compañeros, y seguro que habrá quien acepte. Éste será sustraído a la ley común y se convertirá en intangible; será por ello tanto más odiado cuanto mayor poder le haya sido conferido. Cuando le sea confiado el mando de una cuadrilla de desgraciados, con derecho de vida y muerte sobre ellos, será cruel y tiránico porque entenderá que si no lo fuese bastante, otro, considerado más idóneo, ocuparía su puesto. Sucederá además que su capacidad de odiar, que se mantenía viva en dirección a sus opresores, se volverá irracionalmente contra los oprimidos, y él se sentirá satisfecho cuando haya descargado en sus subordinados la ofensa recibida de los de arriba.<sup>278</sup>

La posición de *Kapo* otorgaba la posibilidad de obtener privilegios, seguridad y cierto poder en la estructura del campo. Tenían la potestad de asignarles tareas a los que

---

<sup>278</sup> Levi, *Si esto es un hombre*, op. cit., p. 97.

estaban bajo su mando, lo que significaba para éstos la diferencia entre la vida y la muerte. Las tareas podían ser específicas, con lo que el prisionero se consideraba calificado y, en alguna medida, más difícil de reemplazar; o podía ser un trabajo no especializado que representaba tareas peligrosas o pesadas en las que el recluso podía ser fácilmente sustituido. Esto llevaba a tratar de sobornar al *Kapo* para obtener puestos de trabajo en el campo que permitieran hacer más soportable la vida.

Sabía que sus hombres estaban sometidos a un trabajo extenuante, mal alimentados, sin el descanso adecuado en condiciones climáticas desfavorables, pero a la vez debía ignorar todo esto si quería sobrevivir y conservar su situación. Estaba permanentemente sometido a esta tensión que descargaba en sus subordinados; los castigaba por beber agua contaminada mientras que sabía que no tenían los medios para hervirla.

Dormía aparte y no estaba obligado a respirar el aire viciado de la barraca, ni tiritaba de frío o estaba agobiado por el cansancio o el hambre. Siempre que podía, trataba de explicar su situación de excepción no desde la estructura perversa del campo, sino desde la incapacidad de los otros prisioneros para mejorar sus condiciones de vida.

Los SS descendían varias veces al día, como un huracán destructivo, sobre los prisioneros, y éstos los temían constantemente; pero había treguas entre uno y otro ataque. Los capataces ejercían una presión continua, que se sentía constantemente todo el día durante el trabajo, y toda la noche en las barracas.<sup>279</sup>

Esta forma de estratificar el campo tenía la ventaja de que unos pocos SS podían gobernar a centenares de prisioneros mediados por esta elite que no les resultaba para nada peligrosa. Si bien los *Kapos* ofrecían a los prisioneros una protección limitada, debían ante todo servir a los SS para conservar sus posiciones. Esto los obligaba muchas veces a anticipar los deseos y exigencias que ellos tenían, siendo así mucho más rigurosos de lo que hubiera sido necesario. Bettelheim cuenta que cierta vez, el SS dio la indicación de lavar por dentro los zuecos, cosa que los volvía muy duros. A los pocos días, se olvidó de su exigencia, pero el *Kapo* siguió ordenando a su barraca lavar los zuecos durante meses sin atreverse a ignorar una orden en la que el SS ya no tenía interés.

En los primeros años, cuando los campos recién se instalaron, congraciarse con un *Kapo* podía significar para el prisionero conseguir una buena cuadrilla de trabajo o algo de comida extra. En los años posteriores, cuando el exterminio se hizo regla, significaba la diferencia entre la vida y la muerte. Pero para el *Kapo*, conservar su cuadrilla también era algo importante, por lo que a veces se arriesgaba para evitar que

---

<sup>279</sup> Bettelheim, *op. cit.*, p. 171.

muriera. Era común que frente a situaciones de desobediencia, todos los prisioneros tuvieran que permanecer formados durante largas horas como castigo. Si esto ocurría en época invernal, la sanción se cobraba un número enorme de víctimas que morían de frío durante la formación. Para evitarlo, el *Kapo* debía autorizar que los prisioneros utilizaran papel o cualquier otra cosa que pudieran ocultar entre sus ropas para resistir un poco más. Corresponde aclarar que sólo él disponía de un sobretodo. Los presos comunes tenían su uniforme y en algunas ocasiones un suéter, y eran severamente castigados si utilizaban otras formas para protegerse del congelamiento.

El trabajo se le ofrecía a los delincuentes comunes, a prisioneros políticos con años de internación en el campo y, en los últimos tiempos, a los judíos. A estos últimos les era ofrecido como una salida para escapar de la muerte; en su mayoría, terminaban identificándose con los SS.

## **6. El *Sonderkommando* como experimento extremo**

“Obreros de la muerte”, “cuervos del crematorio”, *Geheimnisträger* o “portadores de secretos”: así también se conocían a los hombres de las escuadras especiales o *Sonderkommando*, porque al igual que los constructores de tumbas egipcias, estaban destinados a morir con su secreto. Obligados a asistir a la destrucción de su propio pueblo, conocían el destino de las víctimas, pero no podían revelarles la verdad so pena de sufrir una muerte horrorosa. En un principio, eran elegidos por los SS de entre los prisioneros del *Lager*; más tarde, la selección se hacía en los andenes ferroviarios cuando la gente estaba absolutamente desesperada y no comprendía cabalmente el tipo de tarea propuesta, hasta que era tarde y no podía dar marcha atrás. Se les concedía una mayor cantidad de alimentos y ropa más abrigada, no estaban obligados a usar zuecos de madera y podían ingerir bebidas alcohólicas.

Los “equipos especiales” estaban compuestos por deportados, judíos en su mayor parte, encargados de ejecutar las tareas vinculadas al proceso de matar. A ellos les correspondía poner orden entre los prisioneros recién llegados que iban a ser conducidos a las cámaras de gas e ignoraban su destino. Procedían luego al desnudamiento de las víctimas, organizaban las filas delante de las cámaras de gas. En momentos posteriores, debían extraer los cadáveres para luego recuperar los dientes de oro y los cabellos. Mientras esto ocurría, otros clasificaban la ropa y el calzado. Finalmente realizaban el transporte de los cuerpos hasta los crematorios, procediendo a su incineración y dispersión de las cenizas. Contado de este modo, no es más que una sucesión de tareas

escabrosas, pero cuando el relato lo realiza uno de sus protagonistas, adquiere otra dimensión. Así lo cuenta Gradowski:

Con manos temblorosas nuestros hermanos hacían girar los tornillos y descorrían cuatro cerrojos. Se abren las puertas de las dos grandes tumbas. Una ola de muerte atroz sopla su aliento. Todos se han quedado rígidos por el horror, no pueden creer lo que ven sus ojos ¿Cuánto tiempo habían tardado? Ante nuestros ojos aún flotaba la imagen de los cuerpos trémulos de esos hombres y mujeres, en nuestros oídos aún resonaba el último eco de su palabra. Nos perseguían todavía las miradas profundas de sus ojos llenos de lágrimas [...] Es preciso endurecer el corazón, matar toda sensibilidad, acallar todo sentimiento de dolor. Es preciso reprimir el horroroso sufrimiento que recorre como un huracán todos los rincones del cuerpo. Es preciso convertirse en un autómatas que nada ve, nada siente y nada comprende. Los brazos y piernas se dedican a trabajar. Allí hay un grupo de compañeros, cada uno ocupado en su labor. Se estira con fuerza hasta extraer los cuerpos de la madeja, éste por una pierna, aquel otro por un brazo, lo que resulte más cómodo. Parece que en cualquier momento van a desmembrarse por los incesantes tirones. Después se arrastra el cuerpo por el mugriento y frío suelo de cemento, y su hermosa blanca alabastrina, como si fuera una escoba, va cogiendo toda la suciedad, todo el polvo que encuentra en su camino. Se toma el cuerpo ahora manchado, y se lo coloca boca arriba. Te miran unos ojos ya vidriosos, como si preguntaran: ¿qué harás ahora conmigo hermano? Más de una vez reconoces a alguien con quien compartiste ratos antes de que entrara en la tumba. Tres personas se disponen a preparar los cuerpos, arrancan los dientes de oro, cortan los cabellos ondulados. Ahora ya se los puede llevar el montacargas. Dos hombres mecen los cuerpos como si fueran leños y los lanzan sobre la plataforma; cuando han sumado siete u ocho, se avisa con un bastonazo y sube el montacargas.<sup>280</sup>

Separados de los otros prisioneros, suscitaban en ellos un sentimiento de horror, ya que estaban ligados a la parte más temida del campo y no se los diferenciaba de esa pesadilla. En la memoria de algunos sobrevivientes han quedado grabados con rasgos inhumanos:

[...] ya por el terrible olor que despedían se tenía poco contacto con ellos [...] estaban siempre sucios, eran como salvajes indescriptibles y sin piedad [...] eran rostros desencajados, de locos.<sup>281</sup>

Hay una dificultad constitutiva en la comprensión de lo que significaba vivir como un *Sonderkommando* día tras día y aceptar tal condición. Es seguro que sólo podía hacerse al precio de insensibilizarse, pero no todos los “obreros de la muerte” trabajaban como autómatas; algunos sacaban fuerzas de su deseo de vivir para brindar testimonio. Entre ellos, está Filip Müller, sobreviviente de la última escuadra de Auschwitz, quien describe el trabajo en los hornos crematorios:

---

<sup>280</sup> Gradowski, *op. cit.*, p. 163.

<sup>281</sup> Gradowski, *op. cit.*, p. XXIII.

La violencia de las llamas y el calor que se desprendía del horno eran tales que todo crujía y temblaba. Algunos detenidos cubiertos de hollín y empapados en sudor se ocupaban de rasquetear uno de los hornos para desprender una sustancia incandescente y blanquecina. Ésta se acumulaba en las grietas, se incrustaba en el piso de hormigón, debajo de la reja del horno. Cuando esta masa se enfriaba un poco, se volvía blanca, grisácea. Eran las cenizas de hombres que, algunas horas antes, habían estado con vida. Mientras se desprendían las cenizas de uno de los grupos de hornos, se encendían los ventiladores ubicados sobre un complejo próximo y se hacían los preparativos para una nueva tanda. Una gran cantidad de cadáveres ya cubría los alrededores sobre el desnudo piso de cemento.

Esta forma de describir el trabajo hace pensar en la producción de cadáveres en serie más que en la matanza de seres humanos. Es casi una forma de tomar distancia para poder dar cuenta de lo que se hacía. En esta misma línea de poder poner distancia, se inscriben los manuscritos enterrados en los alrededores de los crematorios, con el agregado de que constituían además una forma de resistirse a la vida que les había sido impuesta. Una resistencia a través de la escritura que tiene para nosotros un doble mensaje. Por una parte, el relato de primera mano de lo que Primo Levi consideraba como “el crimen más demoníaco del nacionalsocialismo”: el intento “de ubicar en otros, especialmente en las víctimas, el peso de la falta, de modo que, para aliviarlos, no les quedara siquiera la conciencia de su inocencia”.<sup>282</sup> Por otra, la prueba de que no necesariamente todos estos hombres se refugiaban en alguna forma de resignación o de apatía. Los que escribían habían encontrado la manera de no enloquecer y de poder dejar testimonio, de salirse momentáneamente de sí mismos, de poder ver lo que les ocurría desde afuera. Para que algunos pudieran escribir, debieron contar con la solidaridad del resto. El hecho de quedar libres de la lucha cotidiana de todos contra todos por el alimento y a la vez tener la obligación de enfrentar juntos una tarea monstruosa generaba en estos hombres lazos que eran imposibles de construir para los otros prisioneros.

Pero los manuscritos ponen en evidencia algo más, ofrecen un testimonio sobre las condiciones de vida y sobre la subjetividad que debieron construir para poder seguir aferrados a la humanidad que los había expulsado justamente de la condición de seres humanos. Hombres que tuvieron que ser capaces de representar el horror inimaginable, de transmitirle al lector aquello para lo cual no hay palabras. En este sentido, los manuscritos de Zalmen Gradowski son un claro ejemplo. Resulta evidente al leerlos que el autor no pretende ni puede hacer crónica. La necesidad de desviarse del mundo de muerte que lo rodea lo conduce a elaborar un texto casi literario que le permite desdoblarse la realidad que de otro modo lo hubiera devorado. Dando este rodeo, es capaz de

---

<sup>282</sup> Levi, *Los hundidos y los salvados*, op. cit., p. 49.

presentarnos aquello que resultaría intolerable. A través del relato, recoge fragmentos de las vidas que pasan por sus manos, no se regodea en la desgracia, sino que resalta el vigor de los que van a morir, la promesa incumplida de una vida que dejará de ser unos pocos momentos después. Establece con los que serán las víctimas un pacto ético que honrará a través de la escritura, pero que también le permitirá saldar la deuda que contrae con su pueblo después de cada gaseamiento. Su primer manuscrito se inicia con un llamamiento:

Ven aquí, acércate –tú, ciudadano libre del mundo–, que vives allí donde la vida se rige por la ética humana y la existencia está garantizada por la ley, y te contaré como los vulgares bandidos de hoy en día pisotearon la moral de la vida y aniquilaron las leyes de la existencia.<sup>283</sup>

A llegar al campo, los sorprenden dos eventos que se suceden a diario. El primero de ellos tiene que ver con la orquesta que acompaña la ida y el regreso del trabajo:

Se oyen sonos musicales. ¿Qué ocurre aquí? ¿Música en el *Lager* de la muerte? En la isla de la muerte se oye el sonido de la vida. En el fragor de la faena encima nos excitan con las frívolas notas, llenas del mágico encanto de la vida de antaño, aquí en el enorme cementerio, donde todo respira muerte y aniquilación, encima te recuerdan la vida anterior. Pero aquí todo es posible. Es la armonía de la barbarie. Es la lógica del sadismo.<sup>284</sup>

El otro momento es el del recuento de prisioneros que implicaba un complejo ritual que dejaba al desnudo el alma nazi:

Nuestras miradas siguen a los arrogantes militares que se acercan a cada una de las barracas. Y lo que vemos, casi delante de cada una de ellas, junto a los diversos grupos de hombres, es que hay una y, a veces, tres o cuatro personas muertas echadas en el suelo. Son las víctimas que no consiguieron sobrevivir la noche anterior. Ayer, durante el recuento, estaban todavía vivas, eran números que estaban de pie, y hoy ya están echados inmóviles, el recuento es correcto. No es importante la vida, es importante la cifra. La cantidad coincide.<sup>285</sup>

Gradowski ha perdido toda su familia en el ingreso al campo; sólo él fue considerado apto para el trabajo. Una vez integrado al comando, se procuró lo necesario para tomar notas y simultáneamente se integró al grupo que planeaba llevar adelante una rebelión. En el verano de 1944 y en el lapso de seis semanas, el comando fue obligado a “procesar” a medio millón de judíos húngaros y a centenares de familias checas. Para octubre de ese año, la escuadra se reveló haciendo volar por el aire uno de los crematorios, entrando en batalla con los SS. Todos los rebeldes fueron asesinados. De los manuscritos

---

<sup>283</sup> Gradowski, *op. cit.*, p. 5.

<sup>284</sup> Gradowski, *Ibid*, p. 54.

<sup>285</sup> Gradowski, *Idem*, p. 53.

que se encontraron, hemos seleccionado tres momentos en el “trabajo” cotidiano. El primero nos muestra a las víctimas que llegan al crematorio:

Escucha, tú, luna, yo te contaré, te revelaré un secreto. No es un secreto de amor ni de dicha del que voy a hablarte ahora. Ya ves que estoy aquí sentado solitario, me he quedado solo en el mundo, me siento triste y destrozado. ¿Lo ves, oyes el enorme ruido, el intenso clamor? Son las víctimas que han llegado, que no tuvieron otra alternativa que dejarse apresar, pese a que sabían que quizá no regresarían nunca. Tú ves a las madres con los niños pequeños, esos tiernos pajaritos oprimidos contra sus pechos, que miran al edificio con terror y sus ojos se tornan salvajes como enloquecidos al ver el fuego y aspirar el hedor. Perciben que ha llegado el último minuto, los últimos instantes de la vida se aproximan y ellas están abandonadas, han llegado solas porque el marido fue arrancado de su lado, ahí en el tren.<sup>286</sup>

El segundo momento remite a los funcionarios nazis que vertían el gas en las cámaras:

Acaso ves, luna, que ya vienen marchando dos de los esclavos del diablo que traen consigo la muerte de millones. Se acercan con pasos “inocentes” a los ojos abiertos, que te enfocan a ti y derraman dentro el gas de la muerte; ése es el último saludo al mundo, el último obsequio del demonio para ellos.<sup>287</sup>

Y por último, el momento posterior al gaseamiento, cuando ya todo está perdido:

Observo estas vidas palpitantes que aquí ocupan un gran espacio, que ahora mismo representan mundos enteros, y dentro de unos minutos se alzarán ante mis ojos otra imagen: la de un compañero llevando una carretilla de cenizas hacia la gran fosa. Ahora estoy junto a un grupo de mujeres y muy pronto todos sus cuerpos, todas sus vidas cabrán en una carretilla de cenizas. Sentimos en nosotros mismos, sufrimos en carne propia la angustia de su paso de la vida a la muerte.<sup>288</sup>

Gradowski, al igual que millones de judíos europeos, no eligió ser precipitado en el horror del *Lager*. Apenas si pudo elegir morir combatiendo. A él, como a los centenares que integraron las escuadras especiales, le pertenece esta reflexión: “No creáis que somos monstruos, somos como vosotros, aunque mucho más desdichados”.<sup>289</sup>

---

<sup>286</sup> *Idem*, p. 71.

<sup>287</sup> *Idem*, p. 71.

<sup>288</sup> *Idem*, p. 143.

<sup>289</sup> Agamben, *Lo que queda de Auschwitz, op. cit.*, p. 24.

## 7. El “musulmán” como expresión de la dupla *nuda vida-homo sacer*

El campo como espacio de exclusión radical tenía como regla no escrita convertir toda vida en una nuda vida, y el mejor ejemplo de su cumplimiento es el musulmán. Ese quedar convertido en una vida desnuda o sin cualidades hacía de él un no hombre, un cuerpo disponible para el gas. Como hemos ido exponiendo, al entrar al campo todo individuo quedaba convertido en un *homo sacer*, es decir, excluido del mundo y del derecho de los hombres. El musulmán como paradigma de la situación extrema se mostraba como una suerte de entidad determinada por la vida fisiológica. Sujeto de experimento político, umbral entre la vida y la muerte o entre lo humano y lo no humano, encarnación perfecta de la situación extrema que en el campo era de orden cotidiano.

Es curioso pero no inexplicable que un luchador como Amery se refiera al musulmán en los términos que siguen:

El denominado *Muselmann*, como se llamaba en el lenguaje del *Lager* al prisionero que había abandonado cualquier esperanza y que había sido abandonado por sus compañeros, no poseía ya un estado de conocimiento que le permitiera comparar entre bien y mal, nobleza y bajeza, espiritualidad y no espiritualidad. Era un cadáver ambulante, un haz de funciones físicas ya en agonía. Debemos, pues, por dolorosa que nos parezca la elección, excluirle de nuestra consideración.<sup>290</sup>

Este tipo de testimonio se repite en la mayoría de los sobrevivientes y tiene su razón de ser en la idea de que al hombre le repugna aquello con lo que teme que se le note un parecido. El musulmán es unánimemente evitado porque todos se reconocen en su rostro extinguido como en un espejo que adelanta.

El hecho de haber sido arrasado antes de poder organizarse y de entender algo de las intrincadas reglas del campo lo convertía en un compañero peligroso para las formas de supervivencia que se proponían. Formaba parte de aquellos que en el momento de su llegada no habían tenido tiempo de adaptarse por las razones que fueran; que no trataban de entender el idioma predominante; que no podían discernir las reglas; que sólo pensaban en comida y no en las estrategias que les permitieran conseguir algo más. Constituyeron la materia anónima siempre renovada pero a la vez idéntica; fueron, sin duda, el nervio del campo, su cifra perfecta.

Para Semprún, se los identificaba por la mirada o, más precisamente, por la ausencia de ella:

---

<sup>290</sup> Jean Améry, citado por Agamben, *Lo que queda de Auschwitz, op. cit.*, p. 41.

Por la mirada uno se da cuenta del cambio súbito, del abandono, cuando el sufrimiento llega a un punto del que ya no hay regreso. Por la mirada, bruscamente apagada, átona, indiferente. Cuando la mirada ya no indica una presencia. Cuando ya no es más que un signo de ausencia de sí mismo y del mundo. Entonces, en efecto, se comprende que el hombre está abandonándose, perdiendo pie, como si ya no tuviera sentido obstinarse en vivir; entonces puede entenderse, por la ausencia, en qué consiste la mirada, que tal vez se había conocido vivaz, colérica o risueña. Puede advertirse que el hombre desconocido o camarada está sucumbiendo al vértigo de la nada, a la fascinación irresistible de la Gorgona.<sup>291</sup>

Levi, que ha utilizado la imagen de la Gorgona, lo describe de la siguiente manera:

Se sabe que están aquí de paso y que dentro de unas semanas no quedará de ellos más que un puñado de cenizas y, en un registro, un número de matrícula vencido. Aunque englobados y arrastrados sin descanso por la muchedumbre innumerable de sus semejantes, sufren y se arrastran en una opaca soledad íntima, y en soledad mueren o desaparecen, sin dejar rastros en la memoria de nadie.<sup>292</sup>

Sucumbir en el *Lager* es sencillo, ya que sólo hace falta cumplir todas las órdenes que se reciben, no comer más que la ración y atenerse a la disciplina del trabajo. Entonces el prisionero no sobrevivirá más que tres meses.

El impulso más inmediato es el de interpretar esta experiencia límite en términos morales. A esto alude Bettelheim cuando habla de un punto de no retorno que una vez transpuesto convierte al hombre en musulmán. A nuestro juicio, éste no es tanto la cifra del punto de no retorno, del umbral más allá del cual se deja de ser hombres, de la muerte moral a la que hay que resistir con todas las fuerzas para salvar a la humanidad y el respeto de sí, sino más bien el lugar de un experimento, en que la moral misma, la humanidad misma, se ponen en entredicho. Porque lo que el musulmán representa es una especie particular en que pierden todo su sentido no sólo categorías como dignidad y respeto, sino incluso la propia idea de un límite ético. El musulmán ha penetrado hasta una región de lo humano donde estas cuestiones se han hecho inservibles. Si esto es así, lo que queda en entredicho es la ética como tal, ya que ninguna ética puede albergar la pretensión de dejar fuera de su ámbito una parte de lo humano por desagradable que sea su contemplación. Que se pueda perder dignidad y decencia más allá de toda imaginación, que siga habiendo todavía vida en la degradación más extrema es el mensaje atroz que los musulmanes han dejado para nosotros.

Tal y como lo expresa Agamben, es el *phasma* que nuestra memoria no consigue sepultar, eso a lo que no podemos decir adiós y con lo que hemos de confrontarnos de

---

<sup>291</sup> Semprún, Jorge, *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona, Tusquets, 2001, p. 164.

<sup>292</sup> Levi, *Si esto es un hombre, op.cit.*, p. 95.

forma obligada. Porque, en un caso, se presenta como el no vivo, como el ser cuya vida no es verdaderamente tal; pero, en otro, como aquel cuya muerte no puede ser llamada muerte, sino fabricación de cadáveres.

Esa suerte de pasividad que presenta frente a la muerte en realidad traduce un estar entre dos muertes. Por un lado, ya muertos para una estructura civil que los toma como seres sin nombre, sin cuerpos, seriados y numerados por una organización burocrática dedicada al exterminio. Por otro, la muerte biológica que es la culminación del exceso de dolor frente a la pérdida de los seres queridos, el exceso de privación, el terror continuo y la humillación de seguir vivos pero sin futuro.

Son los que pueblan mi memoria con su presencia sin rostro, y si pudiese encerrar a todo el mal de nuestro tiempo en una imagen, escogería esta imagen que me resulta familiar: un hombre demacrado, con la cabeza inclinada y las espaldas encorvadas, en cuya cara y en cuyos ojos no se puede leer ni una huella de pensamiento.<sup>293</sup>

---

<sup>293</sup> Levi, *Si esto es un hombre*, *op.cit.*, p. 96.

## **Cuarta parte**

### **El campo de exterminio y la producción de subjetividad en la experiencia argentina, 1976-1983**

## Capítulo 7

### El testimonio sobre el dispositivo concentracionario

En 1983, Víctor Basterra<sup>294</sup> se atrevió a sacar de la ESMA una serie de fotos que se acumulaban para ser destruidas. En su mayoría eran imágenes de secuestrados que permanecen desaparecidos. Sus habilidades y la omnipotencia de sus secuestradores lo colocaron en posición de hacerlo, ya que parte de su trabajo esclavo consistía en tomar fotografías para falsificar documentos. Basterra sacó a la luz el horror del campo. Nos dio la posibilidad de mirar a los ojos a los *homini sacri*, los desaparecidos. Logró lo que se había propuesto cuando decidió sobrevivir: convertirse en testigo. Esa mirada última que nos permitió, fue su testimonio más valioso.

En diversos escritos, Michel Foucault atribuye al poder la capacidad de “hacer vivir o dejar morir”. En el umbral entre ambas opciones, en nuestro país el poder se manifestó a través de la posibilidad de hacer desaparecer. El campo de exterminio fue la materialización de ese poder desnudo de sutilezas, y el desaparecido, el componente necesario del dispositivo genocida. Pero a la vez produjo al sobreviviente, que retornó para prestar testimonio. Un testimonio que se ubica en un umbral en el que desde lo humano se intenta dar cuenta de acontecimientos que parecen no humanos. Es una narración que se sitúa en la laguna entre lo que puede ser dicho y lo indecible, capaz a la vez de revelar el funcionamiento concreto del dispositivo pero también sus efectos en las víctimas y en la sociedad que lo produjo. Y esto último nos interesa porque entre la sociedad que hizo posible los campos de exterminio y la sociedad actual no hay identidad, pero sí similitudes, coincidencias, porque nos guste o no, somos herederos de esa sociedad y tenemos con ella un aire de familia.

Los griegos utilizaban dos palabras para definir vida: *bíos* designaba la vida cualificada del ciudadano de la polis; y *zoé*, su vida natural, sin atributos, una *nuda vida*. El objetivo del dispositivo que funcionó en el interior del campo fue convertir esa vida cualificada en una nuda vida, que un hombre fuera sólo la manifestación de sus funciones vitales sin dejar rastro de humanidad en él. Tal como lo expresó Hanna Arendt, un ser sin iniciativas, sin espontaneidad, sin creatividad. Para lograrlo, construyó un dispositivo que funcionaba a partir de una determinada secuencia. Ésta se iniciaba cuando el prisionero

---

<sup>294</sup> Víctor Basterra estuvo detenido en la ESMA. En 1984 entregó numerosa información, por ejemplo, fotos de los captores y de algunos prisioneros, que pudo rescatar arriesgando su vida.

que había sido sustraído violentamente de un ámbito familiar era arrojado al espacio concentracionario no en su calidad de hombre, sino de objeto. Sus captores solían decir que entregaban un “bulto”, un “paquete” al que se le obligaba a abandonar su nombre y cambiarlo por un número. La bienvenida se le daba en el “quirófano”, eufemismo utilizado para denominar la sala de tortura. Una vez que el prisionero había recibido el “tratamiento” con el que se lo destruía físicamente, con el que se lo humillaba y degradaba, se iniciaba su breve vida en el campo. Una vida que transcurría en la oscuridad, el aislamiento, el silencio y la inmovilidad en espera de la muerte. Una muerte que llegaba bajo la forma del “traslado”. Cuerpos arrojados al mar, enterrados en fosas comunes, dinamitados, cuerpos sin identidad, sin tumbas, sin duelos. Cuerpos que no dejaban rastros de haber existido.

Sin embargo, el dispositivo no resultó infalible. No sólo hubo prisioneros que lograron fugar, sino también y por sobre todo, hubo sobrevivientes cuyos testimonios permitieron reconstruir lo ocurrido. Sobrevivientes que no fueron completamente devastados, que lograron conservar algo de su vida cualificada y se convirtieron en testigos al salir.

Estructuraremos el presente capítulo a partir del testimonio de quienes han logrado sobrevivir en los campos de exterminio, examinando los distintos momentos que atravesaba el prisionero. Analizaremos algunas cuestiones que resultan recurrentes en el testimonio de los sobrevivientes, cuestiones tales como la culpa, el estigma de la traición, la vergüenza, los límites de la ética y la responsabilidad.

Las narraciones seleccionadas no han sido tomadas de entrevistas directas, sino de relatos publicados por los propios sobrevivientes muchos años después. La mayoría de los testimonios existentes han constituido prueba jurídica, sólo unos pocos han elaborado sus historias poniendo distancia con la experiencia en el campo, y en algunas ocasiones, a partir de un trabajo colectivo o recurriendo al artificio de la novela.<sup>295</sup> Pilar Calveiro reconstruyó su paso por la ESMA a partir de su tesis doctoral. Claudio Tamburrini noveló su cautiverio y posterior fuga de Mansión Seré. Mientras que un grupo de mujeres sobrevivientes produjeron, colectivamente, un relato sobre sus experiencias cotidianas en la ESMA. En ese mismo tono, Graciela Daleo fue entrevistada en el libro *La voluntad*.

---

<sup>295</sup> Algunos de estos trabajos fueron citados con anterioridad en esta tesis. Volvemos a dar el detalle aquí en virtud de clarificar las referencias. AA.VV., *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001; Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición*, Buenos Aires, Colihue, 2001; Tamburrini, Claudio, *Pase libre. La fuga de Mansión Seré*, Buenos Aires, Continente, 2002; Carrea, Giustino, *P82. Crónica de una desaparición y el despertar del alma*, Buenos Aires, Tiago Biavez, 2006. Villani, Mario y Reati, Fernando, *Desaparecido. Memorias de un cautiverio*, Buenos Aires, Biblos, 2011.

Giustino Carrea narra sus diálogos imaginarios con Dios como forma de soportar su paso por Campo de Mayo. Y recientemente, Mario Villani pudo contar su peregrinaje por más de cuatro campos diferentes.

## **1. El testigo**

En cada testimonio encontramos que lo que funcionó como objetivo para sobrevivir fue la posibilidad de convertirse en testigo, un testigo que debía hablar por cuenta de otros, de los que no podían hacerlo. Es en este sentido que el sobreviviente se hace responsable por los que no volvieron. Podríamos preguntarnos: ¿qué le hace asumir la responsabilidad por los otros? Tal vez un resto de su anterior subjetividad, aquella que lo había convertido en militante. Quizás aquí haya un indicio de lo que lo convierte en testigo. Sabemos que muchas de las víctimas que poblaron los campos declinaron la posibilidad de ponerse a salvo porque consideraban que esa conducta implicaba abandonar a quienes habían sido sus compañeros de lucha. Una vez en el campo, los perseguía la idea de que de alguna manera habían tenido participación en la detención de otros militantes. Esto se refleja en la forma en que el prisionero relata su paso por el tormento. Palabras más palabras menos, suele admitir que no “pudo” mantenerse en silencio.

Más allá de los datos objetivos que estuvieron en condiciones de brindar, me quiero referir a ese uso del verbo “poder”. Si el detenido no “pudo” callar, es porque supone que en algún momento el “poder” estuvo de su lado y lo utilizó de una manera que considera reprochable. Otros debieron atravesar sus mismas penurias porque no “pudo” soportar la situación a la que fue sometido. Ningún análisis racional sobre la imposibilidad de tolerar un tormento sostenido en el tiempo o los límites físicos del dolor será capaz de correrlo de ese sentimiento de culpa. Los testimonios hablan de la responsabilidad que se siente por los compañeros caídos, responsabilidad que poco a poco se va extendiendo al resto de los prisioneros que no lograron sobrevivir y comienza a constituir un objetivo para la supervivencia, pero además, la dota de sentido. La subjetividad que emerge del campo, bajo la forma del testigo, es una subjetividad a la que le concierne el otro tal y como hemos establecido en apartados anteriores. Pero a la vez, en el testimonio aparecen otras cuestiones, ya que en él convive la culpa por haber sobrevivido con la vergüenza de no poder explicarlo y la idea de que se vive en lugar de otro. Dicen los testimonios:

De miles de personas, cien sobreviven. ¿Por qué nos eligieron? [...] El haber sido una “elegida” me hace pensar: ¿fue una oportunidad de lavar las culpas de los represores?, ¿una sofisticación del disciplinamiento?<sup>296</sup>

Al igual que cuando Levi plantea “si esto es un hombre”, aquí tampoco hay respuesta. Ni siquiera los verdugos la tienen. Una serie de sucesos fortuitos, una palabra apropiada, una actitud oportuna pusieron al prisionero fuera del campo, así de ambiguo resulta para su percepción. Dado que el dispositivo funciona tratando de anular toda forma de autonomía, de creatividad y de voluntad decisoria, genera en la víctima la ilusión de ser una “elegida”.

Por otra parte, volver del espacio concentracionario representó retornar al mundo de los vivos, pero ese retorno tuvo un componente ominoso: la sospecha.

El haber sobrevivido ya nos convirtió en sospechosas. El “si se los llevaron por algo será” se transformó en “si sobrevivieron por algo será”. Nuestra propia culpa actuó también.<sup>297</sup>

Siempre el temor de que alguna madre te acuse por el hecho de estar viva cuando sus hijos no lo están. Sos portadora de vida cuando hay un montón de gente que está muerta, sos la imagen de una posible traición. [...] La culpa es un tema recurrente, parece que por estar viva cargara sobre mis espaldas todas las muertes.<sup>298</sup>

En el caso argentino, la culpa tuvo al menos dos componentes: por un lado, la idea de vivir en lugar de otro, pero por otro, la sospecha de la traición. En su ensayo *Traiciones*, Ana Longoni<sup>299</sup> analiza esta última cuestión trabajando con las posiciones en que se ha colocado al desaparecido: la víctima inocente, el mártir o el héroe trágico.

Ninguna de estas cuestiones alcanza al sobreviviente, ya que queda situado del lado del ángel caído. Se suele utilizar una metáfora biológica para dar cuenta de su situación: “Ha quedado contaminado en su paso por el campo”, ha sobrevivido al contacto con sus verdugos. Se sospecha que lo entregó todo a cambio de su vida, pese a que existen numerosos indicios que dan cuenta de que esa circunstancia no garantizaba la supervivencia. Sin embargo, esto no está claro ni para él mismo:

Yo tenía claros los límites pero el hecho de estar viva, ¿no era una forma de colaborar? Yo estaba simulando y después me empezaba a preguntar: ¿yo soy la que soy, o estoy siendo la que simulo ser?<sup>300</sup>

---

<sup>296</sup> AA.VV., *Ese infierno*, op. cit., p. 161.

<sup>297</sup> *Ibid*, p. 14.

<sup>298</sup> *Idem*, p.277.

<sup>299</sup> Para ampliar el tema, véase Longoni, Ana, *Traiciones*, Buenos Aires, Norma, 2007.

<sup>300</sup> Anguita y Caparrós, *La voluntad*, vol. III, op. cit., testimonio de Graciela Daleo, p. 363.

Sabemos que el prisionero transitaba permanentemente por un umbral que lo colocaba entre la vida y la muerte. Este quedar sometido a la voluntad del poder hizo que desapareciera toda distinción entre lo propio y lo impropio, ya que el dispositivo concentracionario resultó ser una aceitada maquinaria de fabricar el sinsentido. En todo momento lo excepcional se hizo posible y lo que no se esperaba ocurría. Esto lo colocó en una situación de negociación permanente entre lo que pensaba y lo que hacía, obligándolo a interrogarse sobre cuál era el límite propio que no estaba dispuesto a traspasar:

Los guardias nos habían dejado ver la carrera de autos. Reutemann ganó. Guardias y cautivos festejamos abrazados. La atmósfera en la cocina es delirante.<sup>301</sup>

Hacía tres meses que no nos bañábamos, ni nos lavábamos los dientes. Esa noche trajeron la comida sin cubiertos. Le dije al guardia: así no como, porque me quedan los dedos engrasados. Al rato me trajo una cuchara.<sup>302</sup>

En los testimonios que siguen puede verse cómo el prisionero se relaciona con ese “ser expropiado de sí mismo”, con esa forma de desubjetivación y reconfiguración en un otro que es vivido bajo la forma de la vergüenza.

La patota ha vuelto, retumba el sonido de apertura de otra celda. ¡No es la mía! ¡No es la mía! Es el grito en silencio de todos. Menos de uno.<sup>303</sup>

Semanas después me permitieron afeitarme. El rostro que se refleja en el espejo es el que estoy acostumbrado a ver; pero no siento que sea yo, me resulta un conocido absolutamente extraño.<sup>304</sup>

## 2. El testimonio

Las declaraciones de los sobrevivientes, ya sea delante de comisiones investigadoras o en el marco de la instrucción de una causa o durante su proceso, constituyeron las primeras ocasiones de ruptura del silencio. En ese contexto, a la vez impersonal y constrictivo, el testimonio se restringió a un número limitado de acontecimientos, en respuesta a preguntas precisas. El testimonio sobre la experiencia vivida tendió a desaparecer detrás de ciertos hechos. Este tipo de declaraciones llevó y

---

<sup>301</sup> Tamburrini, *op. cit.*, p. 150.

<sup>302</sup> *Ibid*, p. 147.

<sup>303</sup> Carrea, *op. cit.*, p. 37.

<sup>304</sup> *Ibid*, p. 119.

lleva la marca de las formas jurídicas, ya que se limitan, por definición, al objeto del proceso.

No es este el testimonio que nos interesa analizar, sino aquel que Hannah Arendt definió como el que la gente normal se niega a creer, porque el testimonio de los sobrevivientes le resulta irreal. Esa irrealidad está en relación directa con el hecho de que el testimonio no encaja en las categorías que el sentido común puede manejar, y entonces se hace inimaginable. Lo que está en el relato del sobreviviente no es lo ocurrido en sí. Arendt sostiene que el relato contiene “la conciencia del abismo que separa al mundo de los vivos del de los muertos vivientes”.<sup>305</sup> Se testimonia sobre el umbral entre la vida y la muerte. En este mismo sentido, Agamben afirma que “el testigo testimonia de ordinario a favor de la verdad y de la justicia, que son las que prestan a sus palabras consistencia y plenitud”.<sup>306</sup>

Pero en este caso, el testimonio vale por lo que falta. Los que lograron salvarse hablan por los desaparecidos, hablan por delegación, testimonian de un testimonio que falta. Testimonian por los que tienen imposibilidad de testimoniar. Si el acontecimiento primordial del campo fue la desaparición, no es posible dar testimonio integral de ello, porque no es posible testimoniar desde el interior de la muerte. El sobreviviente no es un testigo integral, ya que como afirma Levi, “no ha visto a la Gorgona de frente”. Los verdaderos sujetos del testimonio no pueden hacerlo, los testigos dan testimonio por aquellos que quedaron colocados entre muerte y vida: los desaparecidos.

Sentía que no podía ir a las marchas de las Madres [...] no podía asimilar la consigna “aparición con vida” porque yo sabía que eso era imposible [...] me superaba la vergüenza que sentía.<sup>307</sup>

Las primeras declaraciones no fueron bien recibidas. Sus testimonios no hablaban de prisioneros ocultos, sino de muertos. Describían las condiciones del campo y afirmaban que los que no estaban habían sido eliminados sin dejar rastros, pero a la vez sus relatos no podían certificar la muerte, ya que ningún sobreviviente había presenciado el momento de la ejecución. En este caso, el testigo “sabía” que la dinámica del campo no permitía la supervivencia masiva, pero no “podía” afirmarlo. Dar testimonio se convertía en algo cruel, porque obligaba a la sociedad a confrontarse con lo ocurrido.

Para nosotros, el testimonio de los sobrevivientes contiene otras cuestiones, ya que es capaz de dar cuenta de qué ocurre con un hombre sometido a una situación

---

<sup>305</sup> Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, op. cit., p. 657.

<sup>306</sup> Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, op. cit., p.34.

<sup>307</sup> AA.VV., *Ese infierno*, op. cit., p. 277.

extrema. Es prueba viviente de lo que el dispositivo concentracionario puede hacer con una vida cualificada. En su testimonio se vislumbra que todas las categorías y certezas que constituyen nuestra posibilidad de “ser humanos” son puestas en entredicho; que en el campo, lo que llamamos “dignidad” no tiene lugar cuando no se puede mantener distancia entre vida y norma. Primo Levi afirma que “el deportado al ingresar al campo deja fuera lo que conoció como su humanidad”.

El guardia me hizo acostar desnudo en el suelo, me roció con acaroína y después me barrió con una escoba. Mi compañero G lloraba y repetía: ¡cosas, somos cosas!<sup>308</sup>

Me preparé durante los seis años de ingeniería para un razonamiento lógico, racional y previsible, todo lo opuesto al caos, incertidumbre e irracionalidad de la situación por la que estoy atravesando. Debo buscar las respuestas en otra parte, porque lo único seguro es que no he de encontrarlas en la razón.<sup>309</sup>

El testimonio contiene la idea de que se puede sobrevivir aun en las situaciones más extremas, pero a costa de cruzar una y otra vez límites que se suponían infranqueables. Que todo aquello en lo que sólidamente creíamos puede desvanecerse. Porque, como ya establecimos en el caso de los testimonios del *Lager* nazi, lo que se pone en duda es la existencia de una naturaleza humana definida de antemano, ya que el campo, como dispositivo disciplinario, tratará de convertir lo que conocemos como una vida cualificada en una serie de funciones biológicas ligadas a la supervivencia. En este sentido, se presenta como el mecanismo perfecto de la dominación, ya que en él se pierde todo rasgo de espontaneidad y de creatividad.

Nuestros reflejos responden certeramente a los estímulos circundantes. Salivamos al oír la olla de comida y sentimos angustia al escuchar el taconeo de botas en la escalera de madera.<sup>310</sup>

Nuestros músculos se contraen al escuchar llegar la patota. Sufrimos constantemente el hambre pero cada comida es una fiesta.<sup>311</sup>

En palabras de Hannah Arendt: “Los campos son los laboratorios donde se ensayan los cambios en la naturaleza humana y su ignominia no atañe sólo a sus internados; es tema que afecta a todos los hombres”.<sup>312</sup>

---

<sup>308</sup> Tamburrini, *op. cit.*, p. 140.

<sup>309</sup> Carrea, *op. cit.*, p. 34.

<sup>310</sup> Tamburrini, *op. cit.*, p. 107.

<sup>311</sup> *Ibid*, p. 102.

<sup>312</sup> Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, *op. cit.*, p. 680.

Pero a la vez, los testimonios dan cuenta de que a pesar de haberse enfrentado a un poder con características de absoluto, fue posible encontrarle hendiduras y elaborar formas de resistencias.

El guardia me pidió las botas. Le dije: “sé que mi vida no vale nada, pero me prometí morir con las botas puestas, si las querés, ya sabés lo que tenés que hacer”. Me sorprendió mi respuesta, pero una les debía ganar, aunque mi vida fue la apuesta, necesitaba saber que seguía siendo un hombre.<sup>313</sup>

Atila era un lugar salvaje. Sin embargo, existían ciertas leyes no escritas. Como todo código normativo informal, las reglas de Atila eran subjetivas y arbitrarias. Las reglas podían ser cambiadas repentinamente como consecuencia de algún hecho fortuito. El cumplimiento de la “ley” imperante en la casa no garantizaba la supervivencia. La suerte de los prisioneros dependía de su capacidad de interpretar la lógica interna y utilizarla. Había también una alternativa más osada: violar la normativa y tratar de no ser descubiertos. Ganar o perder sin términos medios.<sup>314</sup>

Curiosa situación la del sobreviviente, ya que su relato no le permite dar cuenta del porqué de su supervivencia, lo cuente como lo cuente. Emerge del campo provisto de una subjetividad que no encaja en los parámetros normales. Corre el riesgo de que el sentido común lo considere un ser apto para la supervivencia como si se hubieran salvado los mejores, o bien, por el contrario, quedar ligado a la sospecha de haberlo traicionado todo para salvar la vida. El propio Primo Levi manifiesta que los mejores han muerto y que ellos han tenido el dudoso privilegio de sobrevivir porque fueron capaces de adaptarse. Es curioso que todo su relato desmienta esta afirmación, no en el sentido de invertirla, sino en el de mostrar cómo los sobrevivientes, más allá de hechos fortuitos, sobrevivieron justamente porque no se adaptaron y resistieron construyendo estrategias mínimas para mantenerse con vida. Un sobreviviente posee una subjetividad previa a su paso por el campo que emerge re-subjetivada. Dicho de otra manera, vuelve como testigo del horror del campo, y en ese retorno se hace sospechoso para todos aquellos que tratan de juzgarlo o de medirlo con los valores de una ética convencional. Es, como dijimos, “un ángel caído” que reclama ser escuchado por la sociedad. Pero su relato no es nunca un relato binario, es un relato que da cuenta de los múltiples grises del campo. Tanto da cuenta de momentos solidarios como de circunstancias abyectas, situaciones todas atravesadas por el sinsentido del espacio concentracionario. Sin embargo, dar testimonio de ese acontecimiento fue el objetivo que se trazó al tratar de sobrevivir en el campo. Convertirse en testigo para que la historia no la contaran sólo los verdugos. Para darles

---

<sup>313</sup> Carrea, *op. cit.*, p. 30.

<sup>314</sup> Tamburrini, *op. cit.*, p. 143.

voz a los que no podían testimoniar. Démosle al sobreviviente y a su testimonio la última palabra: “Nadie permanece en el campo puro o intocado, nadie puede atribuirse la inocencia pura ni la culpabilidad absoluta”.<sup>315</sup>

### 3. El diseño del dispositivo concentracionario

Si tomamos como punto de partida las distintas investigaciones realizadas sobre el tema, queda claro que la persecución llevada a cabo contra los militantes políticos se inició con el gobierno constitucional vigente antes del golpe de Estado de 1976. Si bien en el período previo al golpe del 24 de marzo el grueso de la operatoria había recaído en elementos paraestatales como la Triple A o el Comando Libertadores de América, ya en octubre de 1975 circulaba una disposición secreta destinada a la “lucha contra la subversión”,<sup>316</sup> en la que se disponía la misión que le correspondería a las Fuerzas Armadas. En esta misma disposición se destacaba que lo más importante era preservar la propiedad privada según el orden en que se enunciaba lo que debía ser preservado:

Operar ofensivamente [...] contra la subversión en el ámbito de su jurisdicción y fuera de ellas en apoyo de las otras FF.AA., para detectar y aniquilar las organizaciones subversivas a fin de preservar el orden y la seguridad de *los bienes*, de las personas y del Estado.

A partir del golpe del 24 de marzo, las FF.AA. asumieron el comando de las acciones represivas a través de la coordinación de todos los organismos de seguridad a nivel nacional. Se dividió el territorio en áreas operativas, en las que se instalaron centros clandestinos de detención y exterminio de prisioneros políticos, operados por lo que se denominó “grupos de tareas”. Estos grupos estaban integrados por miembros de las FF.AA. y policiales a los que se agregaban en algunas circunstancias civiles que habían pertenecido a las fuerzas paraestatales de la Triple A. Al operar, lo hacían vestidos de civil, en algunas ocasiones disfrazados, utilizaban distintos apodos, se movilizaban en autos particulares sin identificación. En el momento de secuestrar a alguien, ejercían una violencia excesiva, ya que por lo general se trataba de la detención de una persona a cargo de varios ejecutores. Sistemáticamente robaban en los domicilios allanados en atención a una directiva no escrita que les permitía hacerse de un “botín de guerra”. Esta última

---

<sup>315</sup> Calveiro, *Poder y desaparición*, op. cit., p. 128.

<sup>316</sup> Directiva del Comandante General del Ejército N.º 404/75.

cuestión no fue menor, porque no estamos hablando de pequeños objetos, sino de bienes inmuebles, automotores, dinero y todo aquello que tuviera un valor de reventa. Esta suerte de premio adicional cumplía la función de colocar a la “patota” en un espacio de ilegalidad, pues constituía un ataque a la propiedad privada que no podía justificarse como un servicio a la patria, pero que funcionaba como un freno a las deserciones.

La descripción de la tarea, desde el punto de vista de los ejecutores, que se ha recogido en declaraciones requeridas por la justicia suele contener formas de exculpación como la que citamos a continuación:

Una vez detenidos o aprehendidos elementos probadamente subversivos, a raíz de los elementos que probaban que eran subversivos, se informaba al Comando del Cuerpo de quien dependía y operacionalmente, aconsejando la detención, y el que resolvía respecto de la detención era el Comandante del Cuerpo. Los canales de información que poseíamos nosotros, propios, de la propia fuerza, en base a declaraciones de detenidos, se establecía la existencia de otros elementos y procedíamos a su búsqueda y detención cuando era posible localizarlos, por ahí vienen las detenciones, que se informaban al Comando del Cuerpo por escrito.<sup>317</sup>

Pero también estaban las directivas secretas, como la que se firmó en diciembre de 1976 y que indicaba:

[...] aniquilar a los delincuentes subversivos en donde se encuentren [...] cuando las FF.AA. entran en operaciones no deben interrumpir el combate ni aceptar rendición [...] también se podrá operar en forma semiindependiente y aun independiente, como fuerza de tareas [...] como las acciones estarán a cargo de las menores fracciones, las órdenes deben aclarar, por ejemplo, si se detiene a todos o a algunos, si en caso de resistencia pasiva se los aniquila o se los detiene [...] las operaciones serán ejecutadas por personal militar, encuadrado o no, en forma abierta o encubierta [...] elementos a llevar: capucha o vendas para el transporte de detenidos a fin de que los cabecillas detenidos no puedan ser reconocidos y no se sepa dónde son conducidos [...] los tiradores especiales podrán ser empleados para batir cabecillas de turbas o muchedumbres [...] la evacuación de los detenidos se producirá con la mayor rapidez, previa separación por grupos: jefes, hombres, mujeres y niños.<sup>318</sup>

Los campos de exterminio se encontraban dispersos por todo el país. A la fecha, se registran más de quinientos, la mayoría en los grandes centros urbanos, es decir, en las zonas más densamente pobladas. Con excepción de La Perla (en Córdoba), la ESMA y Campo de Mayo (en Buenos Aires), la mayoría no tenía capacidad para alojar centenares de detenidos simultáneamente, como sí tenían los nombrados. Se utilizaban diversas dependencias policiales o militares y en algunas ocasiones casaquintas alquiladas o cedidas para tal fin. La identificación de los lugares de detención ha sido una compleja

---

<sup>317</sup> Citado por Águila, *op. cit.*, p. 51.

<sup>318</sup> EMGE, 17 de diciembre de 1976, citado por Novaro y Palermo, *op. cit.*, p. 112.

tarea para los sobrevivientes, que fueron conducidos a esos lugares vendados o encapuchados y en estado de *shock* por el terror que producía la violencia empleada.

La organización física del espacio variaba según los campos y sus posibilidades, pero en general los testimonios dan cuenta de que los prisioneros podían ser alojados en un sistema de celdas o de “cuchetas”. Estas últimas consistían en una serie de compartimientos estancos, sin techo, de un metro de ancho por dos de largo y una altura de más de medio metro, que permitía que la guardia vigilara los cuerpos depositados en su interior de un solo vistazo. Carecían de puerta, ya que los prisioneros permanecían sujetos con cadenas, grilletes, esposas o ligaduras varias que los mantenían inmobilizados. Las celdas respondían a la idea tradicional de encierro, con una puerta ciega que poseía una mirilla. En ambos casos, los prisioneros permanecían atados, vendados y en silencio, acostados sobre un pedazo de gomaespuma generalmente sucio de orín, excrementos y sangre. El espacio físico destinado a estas construcciones variaba de campo en campo. En La Perla, de la provincia de Córdoba, se trataba de una cuadra militar; en Campo de Mayo se habilitaron pabellones en los que los prisioneros estaban ligados entre sí por una cadena; la ESMA destinó un piso completo; “Automotores Orletti” funcionaba en un depósito de autos; el “circuito Camps”, en la provincia de Buenos Aires, acumulaba detenidos en habitaciones de comisarías; el “Atlético”, en Capital Federal, poseía un sistema de celdas. Todos tenían en común que al ingresar el prisionero perdía su nombre y pasaba a ser un número.

Una vez llegado al campo, el detenido era invariablemente torturado con el objetivo de obtener información para continuar con las detenciones y para “quebrarlo” en términos físicos y psíquicos. Antes de abordar esta cuestión, queremos referirnos a la jerga que se empleaba a lo largo del proceso y que permitía poner una cierta distancia entre el perpetrador y la acción cruel que llevaba a cabo. Los grupos de tareas encargados de secuestrar se identificaban como “patotas” y llamaban a los secuestrados “blancos” u “objetivos”. Éstos les eran indicados a través de una orden que provenía de una autoridad superior. Una vez capturado el “objetivo”, se convertía en un “bulto” o “paquete” al que se transportaba en el piso del automóvil, o bien en el baúl como si fuera una cosa, nunca una persona. Como se sigue lógicamente, un “paquete” debe ser entregado. En este caso, la entrega era en el interior del campo al “grupo de inteligencia”, eufemismo que encubría a los oficiales encargados del tormento; o dicho de otra manera, aquellos que iban a lacerar, quemar o asfixiar el cuerpo del prisionero tratando simultáneamente de arrasar su mente. Si seguimos con la lógica del “paquete”, la secuencia que corresponde es la de extraer lo que ese “paquete” contiene; para el caso, información.

Arrancar, extraer, extirpar son acciones que se ligan con procedimientos quirúrgicos, y justamente la sala de torturas era conocida como “el quirófano”. Cuando un prisionero moría durante la “operación”, se decía que “se quedó” en la tortura, como si se hubiera empeñado en quedarse en esa situación, como si hubiese sido una decisión personal en la cual sus captores apenas si participaban. De puro incorregible eligió morir, mientras que ellos hubieran preferido que “saliera” vivo para poder matarlo después cuando se les antojara.

Después de aplicar diversas formas del suplicio sobre el detenido y de haber obtenido la información, se elaboraba un informe, como en cualquier oficina, en el que se detallaban cuestiones tales como la historia política previa, a qué organización pertenecía, su “nombre de guerra” y, sobre todo, las actividades en que había participado. En este sentido, los informes que se han recuperado hablan de las siguientes acciones: panfleteadas; pintadas; participación en actos relámpagos; impresión clandestina de periódicos o documentos; colocación de explosivos; ser delegado en un ámbito educativo, fabril o barrial; o haber dado refugio a perseguidos. A modo de ejemplo, reproducimos algunos de esos informes, recuperados de la ESMA por sobrevivientes, que detallan la caída de un grupo de militantes pertenecientes a la organización FAP (Fuerzas Armadas Peronistas), así como el tipo de datos que se les arrancaba mediante el tormento.<sup>319</sup>

---

<sup>319</sup> AA.VV., *Archivos de la ESMA*, Buenos Aires, La Campana de Palo, 2009, pp. 25-27.

## SINTESIS DE LAS DECLARACIONES DE NORA IRENE WOLFSON (NG) "MARIANA", u "OLGA LIDIA ACOSTA"

Guardó papeles pertenecientes a ORTEGA PEÑA.

En una oportunidad se encontró en una cita con (NG) "ELSA", quien le hizo entrega de un paquete conteniendo explosivos, con el que concurre a un bar donde al notar que del mismo salía humo huyó dejándolo abandonado en el lugar; en estas circunstancias también deja abandonada su cartera en la que levaba su documento legal. Por este motivo pasa a la clandestinidad y concurre a vivir por el lapso de ocho meses aproximadamente, a la casa de un tal (NG) "ALEJANDRO" de las FAP cuyo (NL) podría ser Dr. S. Al extraviar sus documentos personales, la BDT le proveyó un documento falso a nombre de Olga Lidia ACOSTA con el que continuaba moviendo hasta el presente.

Fue instruida en el manejo de armas cortas. Tuvo en su poder un revólver en una oportunidad una escopeta que le entregó (NG) "SABASTIAN" durante el transcurso de una cita en SARANDI.

### HECHOS EN LOS QUE PARTICIPO EN EL PERIODO 1969-1972

Asalto al policlínico FINOCHIETTO (actuó como apoyo sanitario).

Asalto al Banco Alemán y Transatlántico (apoyo sanitario).

Realizó un relevo en la zona de Tortuguitas.

Efectuó el relevo para una operación que no llegó a concretarse y que consistía en la colocación de artefactos explosivos en los supermercados "SUPERMARKETS" durante la visita a nuestro país de ROCKEFELLER.

Robo de automotores en la zona de Puente Saavedra.

Intento de rescatar a un DT detenido (NG) "ANIBAL" o "TURCO".

Fuga del penal de mujeres (integró el equipo de traslado de la DT LAURA y las FAL que huyó en esa oportunidad)

Ataque y robo de armas de la Prefectura de Tigre (compuso apoyo sanitario)

### ACTIVIDAD PRESENTE

Volanteada en la fábrica algodonera.

Volanteadas en otros establecimientos fabriles con el panfleto refrendado por "OBREROS PERONISTAS".

### INFRAESTRUCTURA QUE CONOCE DE LA BDT

- Casas: La de (NG) "VICTOR", la de (NG) "PEPE" y de (NG) "PETIZA".

- Vehículos: Camioneta utilizada por (NG) "PETIZA"; rodado que utiliza (NG) "GORDO" y el que usa (NG) "POCHO" en Córdoba.

- Armas: En la casa de (NG) "VICTOR" puede haber una larga, dos cortas y explosivos. (NG) "PEPE" puede tener algunas más.

### GENTE QUE CONOCE

- (NG) "PETIZO": Es quien le debía retirar el paquete con explosivos del bar, cuando perdió sus documentos legales.

- (NG) "ALEJANDRO": Vivió tabicada en su domicilio por el lapso de ocho

meses aproximadamente. Sería médico del policlínico POSADAS. El domicilio quedaría en la calle Charcas a dos cuadras de Canning.

- (NL) VILLAFLORES: De gráficos.
- (NG) "PETIZA": Le entregó documentos falsos en blanco, los que fueron secuestrados en el momento de la detención, junto a volantes y revistas confeccionadas en La Plata.
- (NG) "GRANDOTE": Se trata de Sebastián M., actualmente se encuentra en MEXICO.
- (NG) "CECILIA" o "CHICHA": Casada con un tal R. Actualmente se halla en SUECIA, pero mantienen correspondencia.
- (NG) "DIANA": Hija de PIAZZOLA y a su marido de apellido VILLAFLORES, vivían en Viamonte entre Paraná y Montevideo.
- (NG) "ROLO": No puede aportar otros datos.
- (NG) "IGUANA": Su (NL) es CLAUDIO L., sus padres viven en la calle Estado de ISRAEL.
- (NG) "POCHO": De Córdoba. Puede estar conectado con "PETIZA"
- (NG) "TATO": Trabaja en FATE.
- (NG) "MALENA": Sin otros datos.
- (NG) "NEGRITA": esposa de (NG) "GORDO"
- (NG) "VASCO": Abogado de Mar del Plata. También es conocido como (NG) "GALLEGO" y a su esposa le dicen (NG) "NEGRITA".

Del interior conoce a:

- Córdoba:
  - (NG) "POCHO": Amigo de W. Cooke
  - La mujer del anterior
  - (NG) "GORDO": Sin otros datos.
- Mendoza:
  - Un cura
  - Un enfermero del Hospital Español
  - Uno de YPF que había participado en el robo de explosivos
- Chaco:
  - Un cura de apellido DRY
  - Gente de la Ligas Agrarias
- Corrientes:
  - (NG) "FRANCISCO" posteriormente se relacionó con Montoneros<sup>17</sup>.

Cabe aclarar que el departamento donde residía actualmente la causante, la mitad del dinero utilizado para su compra le fue facilitado por la organización. Se continúa con el interrogatorio.

## SINTESIS DE LAS DECLARACIONES DE JOSEFINA VILLAFLOR

En Junio de 1970 ingresó al Sindicato de la Federación Gráfica Bonaerense por mediación de la doctora E. I., Jefe del Servicio Médico del Sindicato, como empleada de la Secretaría de Asistencia Social de la misma. Encargada de tareas reivindicativas del Sindicato (Atención de Jubilados. Pensionados, etc).

En 1971 pasa a la Sec. de Organización. Cumple tareas en la Asesoría Gremial de los talleres. Comienza a participar en la Coordinadora Gráfica Peronista de Base. Cumple tareas agitativas de apoyo a la lista verde (S. Ongaro), pintadas, volanteadas, visitas a talleres, participación en plenarios y asambleas, en la organización de coordinadoras por zonas.

En 1973 realiza tareas de agitación referentes a los planes progresivos de medidas de lucha. Organización de luchas contra el "pacto social". Empieza a funcionar en el local de la calle Mario Bravo tras la intervención al Sindicato. Participa en tareas de agitación y organización de medidas de lucha contra la intervención. Al disolverse el grupo, por afiliación de los delegados y activistas al nuevo sindicato deja de militar.

No tiene militancia activa hasta la fecha. Nunca tuvo más contactos con los agitadores y activistas gremiales de aquella etapa. De los activistas que recuerda de aquella época puede mencionar a (a) "POTO" (Taller Colombati), hombre de unos 60 años, que dejó de activar. Montesino y Bau, ambos de formularios continuos, quienes luego de cobrar la indemnización se fueron de sus lugares de trabajo. JORGE P. de unos 45 años, despedido, asesor gremial del Sindicato; JUAN CARLOS G. (a) "Cortito", despedido. MIGUEL R., muy combativo, despedido. V., delegado de Crónica. FRANCOMANO, lista verde, falleció de muerte natural.

Como muestran los documentos, las supuestas pruebas se obtenían a partir de la confesión de la víctima o del hecho de haber sido señalado por otro prisionero. Todo esto siempre en situación de tortura, salvo en pocos casos en que la colaboración era voluntaria.

El siguiente relato, que pertenece al padre de una víctima y ocurrió cuando fue a averiguar por la suerte de su hijo, muestra la absoluta impunidad con que se desenvolvían los grupos de tareas:

Para tranquilizarme me hizo bajar del sector donde me estaba atendiendo, hacia el centro de la Jefatura de Policía, por una entrada que da por la calle Santa Fe, y en un primer piso abrió una puerta grande, me mostró algo que me aterrorizó totalmente, y me dijo: "Mejor, viejo, meta violín en bolsa, y váyase de acá, sino algo de esto le puede pasar", lo que me mostró fueron, aproximadamente, quince cadáveres que pendían del techo, atados por los tobillos. Luego me fui a mi casa y nunca más averigüé nada más.<sup>320</sup>

---

<sup>320</sup> Águila, *op. cit.*, p. 80.

El testimonio de Martín Gras, prisionero durante dos años en la ESMA y brindado en 1981, denuncia que de las conversaciones que sostuvo con sus captores pudo inferir que el constante exterminio de prisioneros se relacionaba con una concepción del enemigo como irrecuperable. Solían sostener que por la formación ideológica que portaban y la mística que los acompañaba, toda transformación era dudosa. Por otra parte, si los secuestrados volvían a la vida civil, el dispositivo quedaría al desnudo; resultaba imprescindible que se convirtieran en “ausentes para siempre”. También sostenían que la desaparición definitiva tenía un objetivo mayor: el de expandir el terror en la sociedad. Era necesario que el miedo se infiltrara en los espacios de trabajo, de estudio y en la vida cotidiana toda. Refiriéndose a la desaparición de los prisioneros, el último presidente de facto le dijo a Marie-Monique Robin:

Es un tema tabú, es una exageración lo que dicen acá. Es un tema muy difícil de explicar. La esencia es que los primeros que optan por desaparecer son ellos. No es como en el caso de Argelia. En el caso nuestro, ellos pasan a la clandestinidad, desaparecen. Se ponen nombres de guerra, tienen documentos falsos y obran en la clandestinidad. O sea, para la sociedad no existen. ¿Nos vamos a preocupar después nosotros por identificarlos? Llevaban una pastilla de cianuro en el bolsillo. En la guerra clásica también hay desaparecidos.<sup>321</sup>

#### **4. La caída**

“La caída” es el modo en que los sobrevivientes nombran el momento de su secuestro. Algunos fueron apresados en sus domicilios o en sus lugares de trabajo, porque la forma de su militancia no les permitió alejarse de los lugares en los que eran conocidos. Otros fueron detenidos cuando ya habían roto los lazos familiares y afectivos y se encontraban en lo que la jerga militante llamaba “la clandestinidad”; término este que tenía el propósito de indicar un trabajo político encubierto cuando en verdad se trataba de una huida permanente. Una huida que implicaba dormir cada noche en una casa diferente o hacerlo en un medio de transporte; acarrear consigo las pocas pertenencias y, en muchas ocasiones, a los propios hijos; viajar o caminar por la ciudad sin rumbo fijo hasta que se hiciera la hora en que algún compañero lo llevara a una casa segura; y en el medio, realizar alguna tarea política menor, como trasladar periódicos o documentos. Algunos pocos lograban llevar algo así como una vida normal, porque conseguían trabajos temporarios

---

<sup>321</sup> Reportaje a Reinaldo Bignone publicado en Robin, Marie Monique, *Los escuadrones de la muerte*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

y alcanzaban a alquilar una vivienda que eventualmente compartían con otros compañeros. Pero si alguno de los habitantes de la casa no volvía en el horario estipulado, todos los demás estaban obligados, por elementales razones de seguridad, a juntar sus cosas y buscar nuevos rumbos, con lo que implicaba deambular a veces en plena noche por una ciudad patrullada por los “Falcon verdes”.

En el apartado en el que analizamos la constitución del grupo-víctima, citamos testimonios que hablaban del cansancio psíquico y del miedo permanente. Esa era la condición psicológica en que se encontraba la mayoría cuando eran detenidos. Previo a su exterminio, los judíos europeos fueron prolijamente hostigados durante años; se les quitaron sus derechos políticos y civiles, se los aisló topográficamente en guetos donde se los hambreó de manera sistemática. Antes de subirse a los trenes, ya habían padecido toda suerte de horrores, su voluntad estaba minada y su capacidad de resistencia muy disminuida. Huir en medio de una sociedad que les había mostrado su hostilidad se presentaba como una posibilidad remota. Con las diferencias del caso, los que poblaron los campos de exterminio en la Argentina no fueron subidos a trenes de carga, sino a autos civiles. La sensación de aislamiento y de derrota que los acompañaba era semejante.

Las detenciones se originaban tanto en el trabajo previo de inteligencia hecho por los servicios secretos, mediante la infiltración de agentes en el interior de las organizaciones populares, como en la confección de archivos llevada a cabo en los años previos a 1976. Pero fundamentalmente, se debían a la información obtenida en las sesiones de tortura a las que se sometía a los prisioneros.

Si bien la delación desde la sociedad civil no fue un factor importante en la desaparición de personas, había un permanente bombardeo para que se denunciaran situaciones consideradas anómalas, como las que enuncia el siguiente aviso aparecido en el diario *La Gaceta de Tucumán* durante el año 1976, y que tenía como objetivo hacer que la población individualizara a los posibles “subversivos”:

Atención Tucumano:

Preste atención y colabore si comprueba:

Que en su barrio, pueblo o paraje se radican personas jóvenes sin hijos o con hijos de corta edad;

Que esas parejas no mantienen relación con el vecindario;

Que no se les conoce familiares;

Que no se sabe a qué se dedican ni en qué trabajan;

Porque esas personas pueden estar atentando contra su seguridad, la de su familia y el país... Su información será valiosa.

Ejército Argentino.<sup>322</sup>

---

<sup>322</sup> Citado por Feierstein, *El genocidio como práctica social*, op. cit., p. 325.

De alguna manera, esta proclama describe un cierto estado de cosas. No es simplemente una invitación a la delación, es la descripción de la forma que la vida había asumido para los que ya no podían volver atrás. Puesto en palabras de una sobreviviente queda mucho más claro:

Quedé sola tratando de hacer una vida normal [...] Tenías que vivir la historia que vos misma habías armado: darles explicaciones a los vecinos sobre quién eras, qué hacías y que todo sonara coherente con el personaje ficticio que ahora representabas. Era una situación esquizofrénica que ya no se toleraba. No estábamos militando; teníamos el estigma de haberlo hecho y sentíamos la obligación moral, el deseo, la necesidad y el compromiso de militar sabiendo que no podíamos. Yo creo que esto favoreció las caídas.<sup>323</sup>

Los lazos familiares y sociales se habían ido cortando en atención a las formas que había asumido la represión o por la propia dinámica de la militancia.

Había gente que te decía: si yo fuera soltero te prestaría el departamento pero ahora estoy casado y tengo un bebé y me da miedo [...] o parientes que dejaban de tener contacto con tus padres porque tenían hijos adolescentes y tenían miedo que los chuparan [...] terminabas quedando completamente solo.<sup>324</sup>

La percepción que se tenía del estado de situación posterior al golpe del 24 de marzo se puede ver en el siguiente testimonio:

El tipo de represión desatada empieza a tener consecuencias directas sobre nosotros. El primer punto es el aislamiento con la conducción. Uno empieza a percibir la inseguridad. Ya no está más esa seguridad que brindaba la organización. Se empiezan a cortar los contactos. La vinculación con el jefe inmediato es más esporádica. Comienzan las caídas. En mayo empiezan a caer compañeros, aparecen compañeros asesinados y en el caso mío, estaba en esta cosa de vivir en lo de mi tía y en lo de mi compañera, me van a buscar a mi casa, no me encuentran. Pierdo contacto con la organización porque me tengo que fugar. El 80 por ciento de mis relaciones habían desaparecido del escenario de un modo y de otro. Muchos se fueron a la mierda con recursos familiares y otros fueron detenidos y asesinados.<sup>325</sup>

Las formas de los secuestro asumían distintas características. Por lo general, se efectuaban de noche y en los domicilios de las víctimas, pero también podían ser llevados a cabo a plena luz del día y con testigos, como ilustran los siguientes testimonios:

De repente en la madrugada, estruendos, salto de la cama sin comprender qué pasa, golpes en la puerta como para derribarla, en un segundo la mente analiza cientos de posibilidades para entender, pero no entiendo nada [...] entran y me tiran al suelo, son muchos, no sé cuántos. Corren por la casa, revuelven todo,

---

<sup>323</sup> Testimonio registrado en AA.VV., *Ese infierno, op. cit.*, p. 43.

<sup>324</sup> Testimonio registrado en AA.VV., *Ese infierno, op. cit.*, p. 44.

<sup>325</sup> Citado por Águila, *op. cit.*, p. 153.

patean lo que haya a su paso, no sé qué buscan, no sé qué quieren... me preocupan mi mujer y mis hijas.<sup>326</sup>

De la puerta de Bagley me secuestraron [...] Me sorprendió, pero no mucho, ver a ese grupo de hombres armados que me agredía. Enseguida me di cuenta de lo que pasaba, me estaban secuestrando a plena luz del día... intenté retroceder junto a los compañeros, fue inútil, se me abalanzaron... después me enteré que habían cortado la calle y que habían llevado con ellos a un ex compañero de la Facultad para que me reconociera.<sup>327</sup>

Parece inevitable preguntarse por qué frente a la posibilidad de ser aniquilado buena parte de los militantes siguió hasta el final y, en proporción, los menos eligieron el exilio interno o externo. Como ya dijimos, los testimonios hablan de lealtad a los principios que los habían llevado a militar y que, por lo tanto, habían significado sus vidas en los últimos años. Los que permanecieron se sintieron atravesados por “una oscura sensación de deuda moral o culpa con sus compañeros muertos”.<sup>328</sup> Las condiciones de agotamiento psíquico en que eran apresados no constituían las mejores para soportar la lenta agonía antes de la muerte, que formaba parte del dispositivo concentracionario. Los prisioneros llegaban al campo después de largos meses en los que habían ido perdiendo sus referentes políticos, afectivos y su espacio familiar; en muchos casos, se encontraban sumidos en una situación de profunda soledad. Tal vez por esto es que la caída se vivía a veces como el fin de una etapa de angustiosa espera, pero no es menos cierto que la militancia política los había preparado, por lo menos en el imaginario, para morir combatiendo, aunque no para la siniestra y dolorosa muerte que se los esperaba en el campo.

## 5. La vida en el campo

Lo que en la Argentina se dio en llamar la “desaparición de personas” no se corresponde con un eufemismo, sino con una literalidad. A partir del secuestro, se perdía todo rastro del detenido, ya que las formas de búsqueda que habían sido habituales en las dictaduras de Onganía y Lanusse no daban resultado en este período. No existía, para los familiares, manera de establecer si el detenido se encontraba con vida o si debía

---

<sup>326</sup> Carrea, *op. cit.*, p. 15.

<sup>327</sup> Watts, Jorge, *Memorias del infierno*, Buenos Aires, Continente, 2009, p. 43.

<sup>328</sup> Calveiro, *Poder y desaparición, op. cit.*, p. 20.

considerárselo muerto. Como todos sabemos, es materialmente imposible desaparecer, sin embargo, esta era la situación en que el poder colocaba al detenido.

Para el dispositivo, esta fue una de las claves de su éxito. Le permitía mantener aislado al prisionero sin que éste pudiera comunicarse con sus antiguos compañeros haciéndoles saber qué tipo de información había dado. Se lo podía someter a tormento sin límites de tiempo, pero fundamentalmente permitía combinar la perversa fórmula conocimiento-desconocimiento. El núcleo afectivo, que sabía de su secuestro, suponía que se encontraba detenido en algún lugar; a medida que pasaba el tiempo y alguna información se filtraba, comenzaba a dudar sobre su supervivencia, pero no podía certificar su muerte. Los relatos parciales sobre lo que ocurría en los lugares de detención eran eficaces distribuidores de terror. Para el menos informado de los ciudadanos, quedaba claro que las fuerzas de seguridad podían llevarse a cualquiera y hacerlo desaparecer.

El desaparecido revestía esa condición para sus seres queridos, pero desde su cautiverio, él mismo vivenciaba como desaparecido su antiguo mundo. Los relatos marcan que recordar situaciones anteriores se tornaba muy doloroso. Esto mismo registra Bettelheim con respecto a los prisioneros más antiguos de los campos nazis. El prisionero tiene la sensación de que el mundo lo ha olvidado, que nada ni nadie vendrán a salvarlo.

La mano de cal en la ventana está saltada, puedo atisbar la calle. El asomarme a ese mundo diminuto volvía a zambullirme en la vida cotidiana que fluía fuera de las paredes de Atila. Entonces me abrumaba tomar conciencia de la condición subhumana a la que había sido condenado.<sup>329</sup>

Los pocos que sobrevivieron relatan que esa lógica debió ser combatida, porque de lo contrario el campo ganaba la batalla.

Si bien los campos de exterminio en la Argentina no fueron una novedad, ya que se nutrieron de experiencias previas que se dieron en otros países, sí tuvieron algunas peculiaridades. La detención tenía por lo menos dos propósitos. Uno de ellos era obtener la información necesaria para continuar con la cadena de capturas hasta eliminar la organización. El otro, producir el quiebre de los prisioneros sometiéndolos a un régimen de terror que se centraba en la exhibición de un poder omnímodo. Ese ejercicio de poder puede leerse en los esfuerzos que se realizaban para evitar que el prisionero se suicidara con el solo fin de matarlo cuando el dispositivo lo considerara oportuno.

La permanencia del prisionero en un campo era por lo general breve. Su “traslado” se producía después de obtener la información necesaria para apresar a otros. Por lo tanto,

---

<sup>329</sup> Tamburrini, *op. cit.*, p. 63.

el tiempo del que disponía para elaborar una estrategia de supervivencia era bastante reducido. La cantidad de sobrevivientes con respecto a los desaparecidos estimados es exigua. No se sobrevivía por decisión propia, esta cuestión no estaba en manos de los prisioneros. Al respecto, dice uno de los testimonios:

En ese contexto de arbitrariedad y locura casi todo era incierto, salvo una opción: el que quería elegir morir, podía morir ahí adentro, no podías elegir vivir y tener garantías de que vivirías, hicieras lo que hicieras.<sup>330</sup>

### **5.1. El suplicio como estrategia de quebrantamiento**

La detención de un prisionero implicaba, en general, un uso excesivo de la violencia en relación con la resistencia que el detenido podía oponer, y en numerosas circunstancias, alcanzaba a su núcleo familiar. La angustia y el miedo que esto provocaba eran los ingredientes necesarios para vulnerar su posible resistencia a la tortura. En el argot concentracionario se lo llamaba el “tratamiento”, y muchas veces participaba un médico que estaba encargado de administrar las “dosis” necesarias evitando la muerte inmediata del supliciado. El dolor físico que acompañaba el tormento era insoportable, pero no parecía ser lo más grave para el prisionero:

La anticipación del dolor es aún más desesperante que los golpes de corriente. El pánico es más difícil de soportar que el dolor físico.<sup>331</sup>

[...] tenía grabada la tortura en forma conjunta con otros detenidos, porque no hay peor tortura que sentir las torturas de otros.<sup>332</sup>

Algunos liberados han señalado que cuando les tocaba escuchar la tortura de otros volvían a sentir los propios dolores y perdían la noción de ajenez, confundiendo el tormento ajeno con el propio. Otros refieren que los inundaba una imperiosa necesidad de dormir. Para todos, era un momento de absoluta indefensión, del cual se retornaba transformado:

Me quito la última prenda. Desaparece el último garante de mi dignidad. Sin ropa, mi sensación de desprotección es total. Estoy completamente librado al capricho de mis secuestradores.<sup>333</sup>

---

<sup>330</sup> AA.VV., *Ese infierno*, op. cit., p. 158.

<sup>331</sup> Tamburrini, op. cit., p. 25.

<sup>332</sup> Águila, op. cit., p. 92.

<sup>333</sup> Tamburrini, op. cit., p. 24.

Sometido a una situación extrema, el prisionero libra una desigual batalla para seguir considerándose humano. Bruno Bettelheim parece aludir a algo de esto cuando habla de un punto de no retorno. Una cuestión individual que debía respetarse para poder conservar alguna estima de sí. Esto era lo que bajo ninguna circunstancia podía cedérsele al opresor. Tal situación se daba particularmente en la tortura, donde el prisionero ocultaba algún tipo de información y se consideraba victorioso si había podido resguardarla. Esto le permitía sobrellevar el dolor y la humillación. Vivir o morir no dependía de su voluntad, pero en última instancia, podía llegar a la muerte habiendo tomado algunas decisiones. Relata una sobreviviente de La Perla:

Mientras agonizaba, producto de las torturas recibidas, FS repetía: “Los jodí, los jodí. No les di la información clave”.<sup>334</sup>

Por su parte, cuenta C, una sobreviviente de un campo en la provincia de Buenos Aires:

Medio desnuda, sucia y lastimada, todavía no sé cómo pero logré esconder mi diafragma durante todo el tiempo de mi cautiverio, no sé por qué pero para mí eso era lo que no podía entregar.

Información u objetos daba igual, mientras permitieran al prisionero pensar que sus captores no le habían arrancado todo.

Desde el punto de vista del dispositivo, el tormento cumplía varias funciones. Centralmente, su utilidad estaba dada por la capacidad de extraer información para continuar con la cadena de detenciones. Como ceremonia iniciática, tenía la propiedad de mostrar que eran los captores quienes disponían la duración y características del suplicio. Al mismo tiempo que se obtenía información, se buscaba desarmar toda forma de resistencia, dejarle en claro al prisionero que la vida como la había conocido tocaba a su fin y se iniciaba un nuevo momento en el que la sobrevivencia no le pertenecía. En algunos campos, durante el tormento se le mostraba al detenido viejos compañeros, a los que presumía muertos, y se le hacía saber que estaban colaborando como una forma de indicarle que la sumisión podía salvarlo, pero que si en cambio se empecinaba en mantener la lealtad a sus ideales, esto podía conducirlo a una forma de muerte lenta.

Cuando se dio cuenta que le estaba dando datos inútiles me dijo: “si no colaboras la vas a pasar muy mal, vos sabes que hay distintas maneras de reventar a una persona. Y algunas formas de morir pueden ser terribles”.<sup>335</sup>

---

<sup>334</sup> Calveiro, *Poder y desaparición*, op. cit., p. 74.

<sup>335</sup> Tamburrini, op. cit., p. 202.

## 5.2. Las formas de la vida cotidiana

La existencia de una realidad que no esperaba y que se percibía como una lógica perturbadora ponía al prisionero en una situación difícil, ya que se pensaba a sí mismo como preparado para morir, pero no para atravesar esta sobrevivencia en la que lo acechaban situaciones impensadas: compañeros que creía muertos y encontraba colaborando con sus captores; su propia deshumanización; la incapacidad física y psíquica de tomar decisiones; pero por sobre todo, lo que más rápido percibía era que el mundo que conocía se había perdido para siempre. Comenzaba a entender que si salía con vida, nunca volvería a ser el mismo.

A nosotros no nos va a querer recibir nadie. Nadie nos va a creer. ¿O vos te creés que si vamos y contamos lo que pasó acá adentro, alguien nos va a creer? Nosotros no vamos a poder ir a ninguna parte.<sup>336</sup>

Este ser una suerte de muerto en vida, que se alimentaba, dormía y pasaba sus días en medio de sentimientos confusos, hacía que todo lo que lo rodeara se tornara irreal y le dificultara alguna forma de comprensión a partir de las categorías propias de su vida anterior. Su única esperanza era descubrir las grietas en ese poder, que se le presentaba como absoluto, y a través de ellas colar alguna forma de resistencia por insignificante que le pareciera. Primo Levi había percibido esta necesidad cuando reflexionaba diciendo que para tener la muerte asegurada en el campo sólo había que seguir todas las órdenes. Mario Villani<sup>337</sup> relata que la primera decisión que tomó fue la de considerar a sus captores como seres humanos, ni como bestias ni como dioses omnipotentes, simples hombres con los que tendría que lidiar si quería seguir con vida, se negaba a pensar como los verdugos. A la vez que sabía que eran más fuertes y podían matarlo, también sabía que resultaba factible confundirlos y engañarlos para poder sobrevivir: “El azar es parte de la supervivencia; la otra parte es cómo se aprovecha o no ese azar”.<sup>338</sup>

En términos físicos, lo que primó fue el aislamiento, la pérdida de la noción del tiempo y la inactividad permanente. En estas circunstancias no resultaba sencillo generar algún tipo de relación con los otros; sumado a esto, el ocio y la inmovilidad

---

<sup>336</sup> Diálogo entre Graciela Daleo y Andrés Castillo durante su cautiverio en la ESMA. Véase Anguita y Caparrós, *La voluntad*, vol. 3, *op. cit.*, p. 401.

<sup>337</sup> Mario Villani permaneció detenido más de tres años y circuló por cinco campos: El Atlético, El Banco, El Olimpo, El pozo de Quilmes y la ESMA. En todos fue utilizado como mano de obra esclava reparando aparatos electrónicos.

<sup>338</sup> Villani, Mario, *Desaparecido, memorias de un cautivo*, Buenos Aires, Biblos, 2011, p. 48.

desorganizaban el ciclo del tiempo haciendo que el cuerpo se impregnara de esa situación cosificadora.

[...] permanecíamos tirados en el suelo sobre colchones mojados de sangre y orín y llegamos a ser casi 20 personas. No podíamos hablar y desde allí se escuchaban los gritos permanentes de los torturados y un televisor a todo volumen que lo apagaban en el momento de los noticieros.<sup>339</sup>

No nos imaginábamos cómo íbamos a poder contar hasta qué punto vivíamos constantemente encerrados en una celda, a oscuras, sin poder ver, sin poder hablar, sin poder caminar. Tal vez esta frase no sirva para graficar lo que significaba en realidad estar 14 horas sentados, encapuchados y sin poder hablar un día tras otro, esperando la muerte.<sup>340</sup>

Para nosotros fue la oscuridad total, no encuentro en mi memoria ninguna imagen de luz. No sabía dónde estaba. Todo era noche y silencio.<sup>341</sup>

La imposición de una permanente pasividad tenía su contrapeso en la tensión constante que se sufría de ser trasladado o torturado de nuevo. Existía también el temor a que la llegada de nuevos prisioneros, que podían ser conocidos o familiares, implicara la aparición de datos que el detenido había ocultado a sus captores, sellando de esta manera su suerte. Otro de los momentos que provocaba pánico era el ser sacado del campo con el objetivo de patrullar la ciudad en busca de antiguos compañeros a los que se debía entregar:

Era muy riesgoso, El oficial que te acompañaba podía darse cuenta que no estabas dispuesto a marcar a nadie. Podía suceder que alguno, al verte, se delatara solo acercándose a hablarte o poniéndose a correr. En ese caso perdía él y también vos por no haberlo señalado. Y no te digo nada cuando ibas con alguno de los colaboradores, y veías como a tu lado entregaban a un compañero.<sup>342</sup>

Cuando se analizan estas situaciones en los testimonios, surge que la mayoría de los sobrevivientes lograron articular estrategias que iban en el sentido de protegerlos de las constantes ambivalencias a las que eran sometidos. Algunos se refugiaron en sus creencias religiosas, otros se anclaron en alguna figura externa a la que no querían defraudar, pero casi todos entendieron que seguir las reglas del campo sin discusión los iba a conducir a la muerte segura. Entregar algunos datos, pero no todos; salir a patrullar la ciudad, pero no señalar a nadie; mostrarse sumiso y arrepentido mientras se tramaba alguna posible fuga: esas fueron algunas de las argucias utilizadas para ganar tiempo y

---

<sup>339</sup> Águila, *op. cit.*, p. 89.

<sup>340</sup> Duhalde, *op.cit.*, p. 170.

<sup>341</sup> Calveiro, *Poder y desaparición, op. cit.*, p. 49.

<sup>342</sup> Duhalde, *op.cit.*, p. 174.

sobrevida. Quizás uno de los momentos más difíciles fue el que se relata en el siguiente testimonio:

Un día se me acercó “Colores” y me trajo su picana predilecta porque estaba descompuesta y me pidió que se la arreglara, me quedé paralizado y le contesté “no puedo arreglar un instrumento de tortura”, a lo que me contestó: “¿no podés? Entonces voy a empezar a torturar con variac”.<sup>343</sup> Empecé a ver a la gente que salía del “quirófano” en condiciones terribles, incluso en estado de coma. “Colores” se aseguró de que las víctimas pasaran siempre por la puerta del taller improvisado para que yo los viera, así día tras día. Soporté el espectáculo de los cuerpos con quemaduras terribles exactamente una semana al cabo de la cual lo llamé y le dije: “Traeme la picana que te la arreglo”.<sup>344</sup>

El relato se completa con el detalle de que al arreglar la picana, el prisionero le introdujo un capacitor de menor valor, lo que redujo el voltaje aplicado a las víctimas. Obligado a colaborar, reparó el instrumento de tortura, pero a la vez lo inutilizó parcialmente tomando una decisión que podría haberle costado la vida.

Dentro de las situaciones cotidianas, el momento de la comida era para muchos un reencuentro con la vida. Les permitía algunos movimientos y quizá la posibilidad de intercambiar unas palabras con los otros. Al igual que en los campos nazis, la comida solía ser escasa y pésima, tal y como aparece en los siguientes relatos:

En la Favela nos daban de comer una vez por día, era indigerible, nunca me dieron agua, que para poder tomarla tenían que conducirnos hasta el baño, tirar la cadena y tomarla desde el inodoro [...] la comida era una sopa con grandes fideos y unos trozos de carne llenos de grasa, la servían sin cubiertos.<sup>345</sup>

La comida era desastrosa, o muy cruda o hecha un masacote de tan cocida, sin gusto [...] Estábamos tan hambrientos que habíamos aprendido a agudizar el oído para detectar cuando empezaban los preparativos [...] nos desesperábamos por el ruido de las cucharas y los platos de metal y del carrito que traía la comida. Se puede decir que vivíamos esperando la comida [...] la hora del almuerzo era la mejor, por eso apenas terminábamos y cerraban la puerta, comenzábamos a esperar la cena.<sup>346</sup>

Los prisioneros podían moverse para ir al baño sólo una o dos veces por día, dependiendo de la época y del tipo de campo. La guardia solía formar a los presos y llevarlos colectivamente al baño. Ser llevado solo era un enorme riesgo, ya que el prisionero podía ser violado o bien sometido a una golpiza por parte de la guardia.

---

<sup>343</sup> El *variac* es un transformador variable que va de 0 a 280 voltios de salida y puede llegar a producir la muerte o heridas muy profundas, mientras que la picana difícilmente mate al prisionero.

<sup>344</sup> Villani, *op. cit.*, p. 84.

<sup>345</sup> Águila, *op. cit.*, p. 97.

<sup>346</sup> Calveiro, *Poder y desaparición, op. cit.*, p. 50.

En la ESMA te bañabas con los guardias presentes. El pudor no tenía espacio [...] lo doloroso era el ultraje de la intimidad, verse así de expuesta, como en carne viva.<sup>347</sup>

Durante largo tiempo, las necesidades fisiológicas se hacían en un balde que permanecía todo el tiempo en el recinto de “Capucha”.<sup>348</sup>

Para los sobrevivientes, fue necesario vencer estas situaciones, reconvertir esa nuda vida en otra cosa. A pesar de los guardias observando, bañarse les devolvía algo de su humanidad perdida. La peor de las comidas los mantenía vivos. Aprendieron a distinguir sombras a través de la capucha y a aguzar el oído, a hablar por señas o con una voz casi imperceptible.

Con la venda en los ojos comenzamos a percibir detalles cada vez más refinados, distinguimos matices que normalmente se nos hubieran pasado por alto si no tuviéramos los ojos cubiertos.<sup>349</sup>

En la manera que encontraban de resolver sus necesidades biológicas recuperaban algo de su antigua condición. Pero a la vez se hacía evidente que eran capaces de soportar cosas que nunca se hubieran imaginado que podrían soportar, su “antigua condición” se iba convirtiendo en una nueva condición.

La realidad de La Perla era una realidad absoluta, total, con sus propias reglas. Esa realidad comienza a imponerse con la venda y el proceso de aislamiento, uno va encerrándose en sí mismo, se retrae y penetra cada vez más adentro de su conciencia, allí uno se encuentra todo roto, donde lo que debía ser la vida está falseado y la propia vida es otra cosa.<sup>350</sup>

Grilletes, esposas, vendas, capuchas, la imposibilidad de hablar: todo remite al interior. Lo exterior estaba vedado, lo exterior alude a un mundo que se ha perdido, pero que continúa existiendo del otro lado de la ventana. Un mundo donde se podía ejercer una vida cualificada. La vida del campo es “otra cosa”. Es la pregunta permanente sobre qué significa la dignidad, el respeto por sí mismo, la vergüenza, cuál es en verdad el límite ético. El testimonio de un sobreviviente de Arana lo sintetiza así: “Un compañero me dijo: ‘Yo no quiero salir de acá vivo, porque mi papá va a avergonzarse’”.<sup>351</sup>

En el campo desaparecía toda distinción entre lo propio y lo impropio, lo que se había conocido como cotidiano iba adquiriendo un tinte siniestro y lo siniestro era la

---

<sup>347</sup> AA.VV., *Ese infierno*, op. cit., p. 125-126.

<sup>348</sup> Duhalde, op. cit., p. 158.

<sup>349</sup> Tamburrini, op. cit., p. 101.

<sup>350</sup> Calveiro, *Poder y desaparición*, op. cit., p. 86.

<sup>351</sup> AA.VV., *Ese infierno*, *Ibid*, p. 283.

cotidianeidad: “El domingo por la noche, el hombre que me había torturado me presionó para que jugara a las cartas con él”.<sup>352</sup>

En el mismo sentido se pueden entender estos otros testimonios de sobrevivientes de la ESMA:

Después de exhibir el cadáver acribillado de M nos obligaron a vestarnos y a salir a cenar con ellos. Trajeron chocolate para festejar el cumpleaños de S y al día siguiente lo trasladaron.<sup>353</sup>

[...] estando en la ESMA una sola vez sentí que iban a matarme, ¡y me sacaron a cenar! Después fui aprendiendo que allí la lógica y la coherencia estaban ausentes.

Pasamos la Nochebuena comiendo pollo con ensalada rusa y sidra, charlando entre nosotros. La noche de Año Nuevo había cambiado la guardia, nos dieron una sopa saturada de sal y tuvimos que permanecer arrodillados sin poder movernos.<sup>354</sup>

De este tipo de situaciones estaba constituida la vida en el campo, la convivencia permanente entre el horror y la normalidad de las acciones cotidianas, y donde castigo y delito no tenían conexión.

Para aquellos que, por los motivos que fueran, habían decidido sobrevivir, el cuidado del propio cuerpo se volvió importante: bañarse, peinarse y mantener la poca ropa que se poseía limpia, en la medida de las posibilidades, era una forma de alejarse del proceso de animalización en que los sumergía el encierro. Realizar cualquier tipo de tarea manual era otra forma de recuperar la propia estima: “Cuando me dieron una escoba y me pusieron a barrer supe que iba a sobrevivir”.<sup>355</sup>

Me obligaron a reparar aparatos electrónicos para lo cual trajeron las herramientas y la mesa de trabajo que estaba en mi casa y la instalaron en un pequeño cuartito y así me encontré en una situación surrealista: trabajando en un centro clandestino con los mismos objetos que tenía en mi taller cuando estaba en libertad. Trabajaba de noche y dormía de día por lo que iba del taller a mi celda solo, como quien va del trabajo a su casa.<sup>356</sup>

En ese intento de supervivencia tenían que aprender a tolerar lo intolerable, a convivir con situaciones extremas, como la que cuenta el siguiente testimonio:

Tanto María Luz como Fernández Samar fueron torturados con aplicaciones de picana y palizas simultáneas. Los prisioneros más antiguos sabían que ese tormento conduce inexorablemente a la muerte, y a una muerte horrible, pues

---

<sup>352</sup> Calveiro, *Poder y desaparición, op. cit.*, p. 72.

<sup>353</sup> Estos testimonios fueron brindados por prisioneras que se encontraban atravesando lo que los marinos de la ESMA llamaban “proceso de recuperación”.

<sup>354</sup> Tamburrini, *op. cit.*, p. 98.

<sup>355</sup> *Ibid*, p. 52.

<sup>356</sup> Villani, *op. cit.*, p. 76.

mientras que los músculos se contraen por efecto del paso de la electricidad, se relajan como consecuencia del golpe con los palos. Al recibir dos estímulos contrapuestos el cuerpo no resiste. A los dos días ya le costaba mucho esfuerzo caminar y orinar. A la medianoche del cuarto día comenzó a gritar por el dolor. Al cabo de unas horas se nos autorizó a auxiliarla, la poníamos de lado cada vez con más frecuencia, a las 5 de la madrugada su cuerpo estaba completamente hinchado y desfigurado. Comenzó a delirar, su mente huyó a la infancia. Para distraerla la acunábamos y le cantábamos canciones infantiles mientras se moría. A las 8 de la mañana los oficiales la sacaron de la cuadra y la tiraron en las caballerizas donde murió en medio de su delirio, de su horrible dolor y de su soledad.<sup>357</sup>

No hay muchas fantasías compensatorias frente a este tipo de episodios desestructuradores.

En la mayoría de los testimonios, encontramos que para enfrentar las situaciones que hemos descripto los prisioneros requerían de algunas “habilidades”:

Todos los que sobrevivimos teníamos una práctica de disociación. Sin esa habilidad no habríamos sobrevivido. El tipo de militancia que teníamos nos llevó a una práctica de simulación ante los demás que luego nos sirvió para resistir dentro de la ESMA.<sup>358</sup>

En esta permanente disociación entre lo que se pensaba y lo que se hacía, el prisionero transitaba por bordes sinuosos. Estaba obligado a interrogarse todo el tiempo sobre cuál era el límite propio que no estaba dispuesto a traspasar. No era una cuestión definible desde la racionalidad; pertenecía a la órbita íntima del sobreviviente. Reafirmando esto, M dice:

Todo el tiempo estábamos metidos en medio de ese dolor y esa angustia sin límites [...] todo era muy vertiginoso. Hacías todo al mismo tiempo, como si fueras cinco personas a la vez: una que pensaba en sobrevivir, otra que seguía siendo militante y recababa información para utilizarla el día de mañana, otra que creía que todo pasaría y que una vez afuera podría ir al cine como siempre.<sup>359</sup>

De los distintos testimonios, se puede inferir que negociaciones y formas de resistencia coexistieron entre los prisioneros. Era importante portar alguna característica distintiva o realizar alguna actividad que permitiera recuperar rasgos humanos. En el caso de la ESMA, los prisioneros realizaban diversas tareas que los marinos les encomendaban, y eso les permitía alimentarse mejor y no estar inmóviles todo el día. Sin embargo, esto tenía un costo. Dice E:

Secuestrados hubo en muchos campos, pero la gente que traían de otros lugares decía que en la ESMA estábamos mucho mejor, porque a algunos nos veían

---

<sup>357</sup> Duhalde, *op. cit.*, p. 168.

<sup>358</sup> AA.VV., *Ese infierno*, *op. cit.*, p. 37.

<sup>359</sup> *Ibid*, p. 139.

caminando, como en una aparente situación de normalidad. Esto era lo perverso. Nosotros éramos secuestrados, los marinos eran dueños de nuestras vidas, pero circulábamos y debíamos hablarles como si nada pasara, como si la cotidianeidad en el campo fuera “lo normal”.<sup>360</sup>

Estos prisioneros “en proceso de recuperación” se veían obligados a traspasar todo el tiempo el límite entre lo que se consideraba normal y lo anormal. Habían aprendido, a su pesar, a moverse en la simulación permanente con el riesgo de no poder distinguir a veces cuál era la real situación. O tal vez comprendiendo que la pura excepción se había convertido en norma, ya que en el campo la situación extrema se transforma en paradigma de lo cotidiano.

Lo que los testimonios nos permiten ver es que a pesar del intento de devastar al prisionero en una situación extrema, siempre hay algo que resiste, que se niega a doblegarse y que rearma una nueva subjetividad. Pero esa subjetividad ha cruzado algunos límites, tal vez los mismos límites que cruzó la sociedad civil y de los cuales no se retorna.

Dicen que tuvimos suerte los que sobrevivimos. ¿Suerte por qué? Nos liberaron. ¿Nos liberaron de qué? Nos liberaron de los sueños de la juventud. Y seguimos arrastrando esta carga que nunca vamos a poder dejar. ¿Y los otros? ¿Por qué nosotros?<sup>361</sup>

Nadie conoce sus límites hasta que se encuentra en las regiones fronterizas. Esos límites están, por lo general, mucho más allá de lo concebible.<sup>362</sup>

Desde su experiencia personal en la ESMA, Pilar Calveiro sintetiza la situación en el campo:

La vida sin ver, ni oír, sin moverse, la vida sin los afectos, la vida en medio del dolor es casi como la muerte y sin embargo el hombre está vivo; es la muerte antes de la muerte; es la vida entre la muerte.<sup>363</sup>

El aislamiento corporal, la des-subjetivación y re-subjetivación permanentes, la estimulación de estados catatónicos, las regresiones infantiles y la angustia incontrolable: todo esto, sumado al presente continuo donde el pasado aparecía negado y el futuro era algo imposible, constituyó la realidad cotidiana de los prisioneros.

---

<sup>360</sup> AA.VV., *Ese infierno*, op. cit., p. 98.

<sup>361</sup> *Ibid*, p. 33.

<sup>362</sup> Villani, op. cit., p. 111.

<sup>363</sup> Calveiro, *Poder y desaparición*, op. cit., p. 86.

### 5.3. El borramiento de los cuerpos. Los traslados

Si la palabra que todos reconocían en el campo de concentración nazi era *Selejka* ('selección para el gas'), la palabra "traslado" significaba, en la experiencia argentina, el viaje hacia la muerte, que podía adquirir la forma del fusilamiento para luego ser enterrado como NN o la modalidad más siniestra de anestesiarse a los prisioneros para luego arrojarlos vivos al mar completando así su desaparición.

Las señales eran diversas. En algunos campos, el "traslado" estaba asociado a que el prisionero fuera llevado "a bañarse" y a "darle ropas limpias", diciéndole que lo llevaban a una cárcel común. En otros, como la ESMA, esos "traslados" se realizaban en días fijos. En general, la guardia aseguraba las ataduras y los vendajes de los prisioneros, y luego se los llamaba por su número y se los hacía salir en fila transportándolos a su destino final.

Según el recuerdo de los sobrevivientes, muchos prisioneros solían negarse a asociar "el traslado" con la muerte, ya que en el campo circulaban toda suerte de versiones, como por ejemplo, la de "granjas de reeducación en el sur" en las que se legalizaba a los desaparecidos. Los menos se despedían de sus compañeros a sabiendas de que no volverían. Tanto en el caso de los campos nazis de exterminio como en los propios, el dispositivo aniquilador funcionaba tratando de obturar toda resistencia y de construir en cada prisionero una máquina obediente y colaboradora. Como bien lo enuncia Pilar Calveiro, "morir, pero antes de ello, contestar: sí, señor".

Los traslados: eran una muerte en la que el que iba a morir no tenía ninguna participación, era morir sin luchar, como morir estando muerto o como no morir nunca.<sup>364</sup>

En *Mínima Moralía*,<sup>365</sup> Adorno cita al católico radical Charles Péguy, quien dice:

El mundo moderno ha logrado envilecer lo que era quizás lo más difícil de envilecer en el mundo, porque es algo que tiene en sí, como en su textura misma, una suerte de dignidad particular, como una incapacidad singular para ser envilecido; envilece la muerte.

Los campos fueron fábricas de la muerte, el insumo hombre era cuidadosamente procesado, se obtenía de él lo requerido y luego su destino era desaparecer sin dejar rastros, como en esas fábricas modernas en las que el proceso de producción no arroja

---

<sup>364</sup> Calveiro, *Poder y desaparición*, op. cit., p. 52.

<sup>365</sup> Adorno, Theodor, *Mínima Moralía*, Caracas, Monte Ávila, 1975, p. 246.

restos. Adormecer a un hombre antes de matarlo es quitarle la posibilidad de una última palabra, de un último gesto. Hacer desaparecer su cuerpo para que el duelo sea imposible, para que no quede recuerdo de su existencia es, como dice el testimonio, una muerte que no termina de ocurrir. Podríamos suponer que no dejar rastros del crimen impulsó a los verdugos a elegir este destino para los prisioneros. El efecto real fue y sigue siendo el de un duelo incompleto, una ceremonia que nunca termina. Año tras año los familiares, en los aniversarios del golpe, transportan una bandera hecha con las fotos de los desaparecidos, a la manera de un féretro hacia un entierro imposible.

## **6. De quebrados y traidores**

Uno de los temas recurrentes, que se encuentra en el testimonio de los sobrevivientes, es justamente esa condición: la de haber sobrevivido cuando miles no lo lograron. Esta cuestión presenta varias aristas. Aunque resulte perogrullesco decirlo, un sobreviviente ya no es un desaparecido, no transita por un limbo fantasmático ni está recubierto por un manto de inocencia o de heroicidad. Un sobreviviente posee una subjetividad previa a su paso por el campo, que emerge conformada de otra manera.

Conviene considerar que más allá de la interpretación que el liberado hacía de su propia situación, existía una condición real que fue variando a lo largo del tiempo. Durante el proceso genocida, el poder utilizó para la construcción del grupo víctima el ropaje de lo sacrificial: la muerte de algunos preservaba al resto. Esto no significa que debamos adoptar esa lectura para pensar la cuestión. Sin embargo, en algunos sobrevivientes aparece la idea del campo asociada a la imagen del infierno, que como todos sabemos, es el lugar en el que, para la teología cristiana, se purgan los pecados, en el que se expía la culpa. Leer el campo de esa manera nos sitúa en la posición de que toda militancia política o toda lucha popular son del orden del pecado, y que de alguna manera, la culpa se limpia a través del dolor. Al igual que con las brujas y los herejes, el fuego purifica o, en este caso, el paso por el campo limpia a los impuros.

En el período mencionado y en los primeros años de la democracia, la mayoría de los familiares presentaban, por razones jurídico-estratégicas, a sus desaparecidos como víctimas inocentes, sin hacer mención de su vida política anterior. Durante la década de 1990, el desaparecido fue recubierto de un ropaje de heroicidad sin fisuras. En ninguna de estas dos categorías podía situarse el sobreviviente, cuyo retorno se había hecho

posible merced a una decisión que le era ajena, o bien había sido capaz de desplegar ciertas estrategias que resultaron adecuadas para recomponer su condición humana y retornar con vida.

A través de los testimonios, sabemos que buena parte de los prisioneros entregó algún tipo de información en el momento de ser supliciado; simuló frente a sus captores una cierta forma de “recuperación” en busca de la libertad perdida; si lo obligaban a salir del campo para “marcar” y denunciar compañeros, trató de no ver, de no reconocer a nadie y oró para que nadie se le acercara. Si sus condiciones físicas y psíquicas se lo permitían, trató de urdir todo tipo de estrategias para sobrevivir, aunque estuvieran reñidas con la ética militante. No puede decirse de ellos que se hayan envilecido. Los testimonios cuentan que aun los que murieron lo hicieron tratando de recuperar su vida. Pero hubo otros prisioneros que a partir del suplicio o incluso antes no sólo brindaron información, sino que se convirtieron rápidamente en victimarios. En la jerga del campo, se los conocía como “quebrados”. En algún sentido y al igual que los *Kapos*, salvaron sus vidas biológicas a cambio de sus vidas cualificadas. Solían participar en operativos de detención junto con sus captores, o bien en sesiones de tortura indicando si el prisionero mentía o si decía la verdad. En la calle se comportaban como letales marcadores y buscaban permanentemente incorporar nuevos miembros al grupo. Eran en extremo peligrosos para el resto de los prisioneros, y la más de las veces, despreciados por sus propios captores, aunque en algunos casos se produjeron matrimonios morganáticos entre ellos. Sin embargo, conviene no olvidar que eran prisioneros y que no eligieron voluntariamente ser atravesados por la lógica del campo.

Cuando caí en la ESMA vino a verme Caín y me dijo “¡así que estabas en la monta, pendeja! ¡Acá tenés que poner los dedos, porque el que no pone los dedos se va para arriba!”. Eran las dos de la mañana, estábamos solos, no había ningún guardia, ¿por qué tenía que tratarme así?<sup>366</sup>

Los testimonios dan cuenta de que estos casos fueron mínimos, pero causaban un efecto devastador en los nuevos prisioneros, y para los que hacía más tiempo que estaban detenidos, funcionaban como una advertencia acerca de los límites que no debían cruzarse.

El retorno al mundo exterior se hizo desde una subjetividad modificada en la que el tema de la traición tuvo un peso significativo. No porque ésta hubiera tenido lugar en lo real, sino porque funcionaba para ese mundo como una explicación rápida acerca de la posibilidad de haber sido liberado. Pasemos revista brevemente a las condiciones

---

<sup>366</sup> AA.VV., *Ese infierno*, op. cit., p. 59.

ideológicas y emocionales en las que el prisionero volvía. Había ocupado en el campo una posición de sometimiento más allá del grado de colaboración que hubiese prestado. El proyecto político al que pertenecía, y que fue el significativo de su vida anterior, había sido derrotado. La organización política a la que había pertenecido ya no existía, y sus antiguos compañeros estaban desaparecidos o en el exilio; se movía en la más absoluta soledad. No podía recuperar su antiguo lugar en la fábrica o en el barrio, ni explicar quién había sido, más bien debía ocultarlo. Al igual que ocurrió con los soldados retornantes de la guerra de Malvinas, nadie lo estaba esperando. La militancia parecía haber sido un delito por el que había sufrido un castigo desmedido.

En el siguiente testimonio, se reproduce un diálogo entre un ex militante, que busca saber si su esposa desaparecida lo traicionó, y un liberado:

—Quiero saber si ella cantó la casa.

—¿Cuándo cayó tu casa?

—Unos quince días después que la secuestraron.

—¿Quince días? Quince días son muchos días. Si la cantó, les dio tiempo de sobra de haberse levantado.

Se vuelve hacia su mujer y le dice:

—Quince días... ¿Te das cuenta, Martha? Contale a estos compañeros lo que son quince días allá adentro. Contales lo que te hicieron en un solo día. Porque es correcto, no lo niego, investigar lo que pasó. Claro que hablar e investigar cuando uno no estuvo allá adentro... Yo aguanté dos días. Dos días para dar mi nombre legal y mi casa. Y no me considero ningún hijo de puta.<sup>367</sup>

La militancia de la década de 1970 estuvo atravesada por ciertas formas éticas que privilegiaban el sacrificio, la solidaridad y la abnegación como características personales para el trabajo político y la relación con los otros. A medida que se acercaba el golpe de 1976, las organizaciones de superficie fueron reemplazadas por el aparato militarizado, y la mayoría de la militancia se vio subsumida bajo una lógica que no necesariamente aceptaba o compartía, pero que por efecto de la coyuntura no podía discutir. Hablamos de una lógica militar que decía rendir culto al héroe. Una lógica que afirmaba que la tortura se resistía, pero por las dudas los militantes debían suicidarse antes de ser capturados con vida. Dentro de esa lógica, el ponerse a salvo o tratar de sobrevivir hasta que la ola represiva amainara eran cuestiones que no podían considerarse; lo mismo ocurría con la participación o con la discusión crítica entre aquellos que arriesgaban sus vidas y los que tomaban las decisiones. “A vencer o morir”: con esa consigna llegaban al campo. Volvían al mundo sin haber cumplido con ninguno de los dos mandatos. Volvían al mundo habiendo resistido la muerte, la locura y la devastación.

---

<sup>367</sup> Citado por Longoni, *op. cit.*, pp. 153-154.

## 7. Nuestros “hundidos”. Los desaparecidos

Los miércoles en la ESMA eran días terribles. Al atardecer, algunos prisioneros eran llamados por sus números, puestos en fila y llevados al sótano. Una vez adormecidos, partían hacia su destino final: la desaparición.

La siniestra elección de hacer desaparecer los cuerpos de las víctimas de los campos no tuvo sólo un efecto de orden legal o de castigo para sus familiares, sino que se extendió al discurso social impidiendo la reconstrucción de una realidad de la que apenas hemos recuperado fragmentos arbitrarios. En distintos ensayos, semiólogos y psicoanalistas coinciden en señalar que cuando las FF.AA. decidieron aplicar como metodología la desaparición de los prisioneros sabían que sustrayendo los cuerpos y la posibilidad de darles sepultura estaban produciendo un borramiento social que impediría en el futuro la reconstrucción plena del acontecimiento y su representación. Porque esa ausencia de cuerpo produce que los sufrimientos y la muerte de los desaparecidos sean, de algún modo, casi abstractos, como si se tratara de postulados lógicos o metafísicos y no hubiese habido hecho empírico alguno. No sólo los cuerpos fueron secretamente sustraídos, sino que los espacios físicos en los que el exterminio se llevó a cabo permanecieron durante largo tiempo ocultos a los ojos de la sociedad, y sólo de manera reciente es posible tener algún acceso a los que todavía se mantienen en pie.

Desde su origen como comunidad, los hombres han dado, mediante variadas ceremonias, sepultura a sus muertos, o bien han exhibido el cuerpo del fallecido como forma de asimilar lo ocurrido y luego poder continuar con la vida. Los hebreos tenían una ceremonia para aquellos que habiendo salido en caravana por el desierto no habían regresado y, por lo tanto, sus deudos no tenían un cuerpo al que darle un último adiós. Pero esos hombres, perdidos en el desierto, no habían “desaparecido”; se sabía que una catástrofe había terminado con sus vidas, por eso el culto era posible. Exponer el cuerpo en las ceremonias fúnebres tiene el sentido de poder ver, literalmente, a la muerte y construir entonces la certeza de que no habrá un retorno del ser amado. La muerte entonces no es una simple abstracción, sino que es del orden de lo sensible. Ahora bien, cuando el fenómeno de la muerte trasciende lo privado y es una cuestión que afecta a la sociedad toda, como lo fue el exterminio de una porción de ella, se hace necesario poder construir una imagen y un relato de lo ocurrido para evitar los fantasmas sin forma y las dudas que nunca se saldan. Las pilas de cadáveres fotografiadas o filmadas en los campos

nazis o las figuras humanas bamboleantes de los sobrevivientes anclaron el horror en una imagen que permitía comenzar a delimitar justamente ese horror sin nombre.

Elaborar un relato es una tarea más compleja, pero nosotros carecemos hasta de esas imágenes del espanto: tenemos que imaginar lo que sucedió. O bien podemos aceptar que la imagen que poseemos es la de las viejas fotografías que muestran a los desaparecidos eternamente jóvenes, flotando por encima de un mar de pañuelos blancos. Nada más parecido a una imagen fantasmática. O esa otra imagen desconcertante, la de los HIJOS llevando esas mismas fotografías en las que sus padres son semejantes a ellos o incluso cada vez más jóvenes. En ambas escenas, el tiempo aparece detenido y el relato deber recomenzar cada vez desde el principio, porque nunca fue posible ponerle un fin. En torno a los desaparecidos, el tiempo adquiere un carácter circular, porque las demandas para conocer sus paraderos, el lugar en que yacen sus cuerpos o dónde están los nietos sustraídos no han encontrado respuesta, y por lo tanto, se sostienen en tiempo presente.

Si bien estábamos privados de la posibilidad de construir una imagen que representara lo ocurrido, poseíamos el relato de los sobrevivientes-testigos. Sin embargo, ese relato no pudo ser escuchado por la comunidad en uno de los actos más importantes del primer gobierno democrático, como fue el Juicio a las Juntas. Las imágenes eran transmitidas por televisión privadas de sonido, por lo tanto, privadas de relato. Se obturaba así una ocasión única para que la sociedad civil pudiera comenzar a recomponer un momento de su historia que no era menor. Silenciar a los sobrevivientes que prestaban testimonio sobre los que no podían hacerlo resultó una refinada perversión que hacía desaparecer las voces y la congruencia necesaria entre imagen y sonido para entender lo que había pasado. Imágenes sin palabras, que es lo mismo que sin anclaje conceptual. Huecos y faltas en el discurso haciendo desaparecer ahora la historia.

El vacío dejado por los cuerpos es la única señal que nos queda de lo sustraído por el horror del campo. Pero el vacío es aquello que no puede ser representado ni puesto en palabras. Resulta entonces del orden de lo incomunicable y sume al lenguaje colectivo dentro de lo inconcebible. Los desaparecidos constituyeron una operación política que está todavía entre nosotros como una suerte de presente griego. Esas siluetas vacías sólo pueden ser llenadas de contenido si recuperamos sus rasgos, sus anécdotas, sus recuerdos y sus historias: si somos capaces de reconstruirlos. Algo de esto viene haciendo el Equipo de Antropología Forense al recuperar los restos de las fosas comunes. Devuelve a las familias sus seres queridos, reconstruye el cómo de su muerte, permite un entierro digno. Cuando Haydee García Gastelú recuperó a Horacio, me dijo: “Ahora lo voy a llevar al

Cementerio de San Justo y lo voy a poner en la tumba del abuelo, para que nunca más esté solo”.<sup>368</sup>

Recuperar sus restos es apenas un paso. Falta recuperar sus historias, porque negarles eso es volver a hacerlos desaparecer. La dificultad radica en que los desaparecidos, como militantes, habían estructurado sus vidas en función de un paradigma que ya no está vigente, y en el que la propuesta de vida implicaba involucrarse en un proyecto colectivo que, leído desde los discursos triunfantes a fines del siglo pasado, suena por lo menos ingenuo. Es necesario construir puentes de sentido entre una época y otra, porque urge valorar los aciertos y hacerse cargo de los errores de una generación que perdió su vida de una manera atroz.

El exterminio de un grupo, su eliminación física constituye un acontecimiento que requiere ser interpelado una y otra vez. A lo largo de estos años, se lo ha descrito y categorizado. Se ha intentado apresararlo en los límites conceptuales de la teoría social, pero siempre hay un resto del que no podemos dar cuenta. Al indagar en los testimonios de los sobrevivientes, buscamos respuestas para ese resto. Revisemos brevemente algunas de las cuestiones que hemos podido establecer.

El campo no es el espacio de la ley tal y como la entendemos, pero tampoco el de la pura arbitrariedad, es más bien el espacio de la excepción. El espacio que incluye excluyendo lo irreductible. En él toda distancia entre cuerpo y sí mismo se derrumba, ya que ese es uno de sus objetivos. En este sentido, los que sobreviven una experiencia extrema lo hacen construyendo una nueva subjetividad, pero no la que el dispositivo tenía por finalidad. Como estrategia de supervivencia, el campo induce a aplicar una lógica de simulación que apunta a mostrarse adaptado. Esto implica cruzar una y otra vez el límite de la ética sin saber hasta dónde se extenderá este cruce. El que vuelve del campo porta una doble marca: la de la culpa por no poder explicar su supervivencia, y la de la sospecha que los otros vierten sobre él. No obstante, aquellos que deciden convertirse en testigos lo hacen a partir de una ética de la responsabilidad, responden por los que no pueden hacerlo. Testigos incómodos para la sociedad que debió escuchar sus testimonios sobre una realidad de catacumbas, una realidad que transcurrió –como los mismos sobrevivientes lo expresaron– “pared de por medio” con la vida cotidiana. Sin embargo, ese testimonio fue y sigue siendo el único capaz de reconectar lo inconexo entre campo y sociedad, a la vez que evita la trivialización de lo ocurrido y enseña que la subjetividad que emerge del campo no es ni heroica, ni demoníaca, ni tampoco “inocente”.

---

<sup>368</sup> Relato hecho a la autora de esta tesis en la iglesia de la Santa Cruz, en el momento de la misa en memoria de Horacio. Haydee es una de las catorce madres fundadoras del movimiento Madres de Plaza de Mayo.

Nuestra sociedad ha experimentado dos formas de exclusión sucesivas en el tiempo. La primera estuvo asociada al exterminio de toda forma de oposición política, mientras que la segunda, durante los años noventa, estuvo relacionada con el achicamiento del mercado laboral, conjuntamente con un progresivo debilitamiento de los núcleos sintetizadores de la integración social. Suponer que la primera tuvo como finalidad única habilitar a la segunda sería recorrer un camino lineal y simplista. El campo produce subjetividades en una sociedad, y así persigue metas más profundas que una coyuntura económica, ya que busca sancionar lo irreductible, aquello que no puede normalizar. Así como dentro del espacio concentracionario se pierde toda forma de dignidad y lo que se conocía como ética queda diferido, en la sociedad que lo contiene toda posición o atributo se torna precario y vulnerable. Lo que se consideraba inalienable pierde consistencia.

Por otra parte, en este evento último que es el exterminio se juega una forma particular de ejercicio del poder. No es el poder limitado por el contrato social, sino el poder ejercido en la modalidad de la guerra permanente, donde la represión no es un exceso sino una consecuencia de la relación de dominación. Puesto así, el dispositivo concentracionario que se materializa en el campo comienza a adquirir otra significación. No puede ser pensado como un acontecimiento fijado en el pasado, sino que adquiere un carácter más duradero, habilitando la posibilidad de su retorno.

Piqueteros, cartoneros, variadas formas de la mendicidad: todos ellos son manifestaciones de la pobreza, conforman hoy grupos estigmatizados. Diversas señales hacen suponer que parte de nuestra sociedad civil quisiera perderlos de vista sin tener que enterarse de cómo esto ocurre. El primer paso para que un grupo se constituya como víctima es el de la estigmatización. Sabemos lo que viene después.

## Capítulo 8

### Campo y sociedad civil

#### 1. Rasgos de la vida cotidiana. El miedo a saber y la indiferencia social

La experiencia del aniquilamiento llevada adelante por el “Proceso” tuvo sus víctimas principales en los grupos políticos contestatarios. Los constituyó como enemigos a partir de sus prácticas, o mejor dicho, porque sus prácticas enfrentaban el orden establecido en muy diversos ámbitos de la sociedad, como ya hemos visto en capítulos precedentes. El régimen obtuvo una victoria en lo que hace a la clausura de la movilización social tal y como ésta se conoció en las décadas de 1960 y 1970. Arrasó con redes y prácticas sociales produciendo un extrañamiento entre la sociedad y los movimientos políticos, lo que tuvo su corolario en el cierre del espacio público.

Diversos autores afirman que frente a la forma en que el régimen instrumentalizó el miedo, la sociedad civil respondió oscilando entre el desentendimiento y la aceptación de lo que ocurría. El razonamiento que funda dicha afirmación sería el siguiente: la sociedad fue puesta de cara frente a la represión, sin opción de enfrentarla abiertamente o de huir de la situación. Lo que parece haberle quedado como posibilidad fue negarla (“esto no está ocurriendo”) o aceptar las explicaciones del poder (“esto es necesario que ocurra”). No se trató de un consenso tal y como se entiende en la sociología tradicional, sino de una suerte de sumisión-aceptación que permitía ficcionalmente preservar la vida, aunque al igual que en el campo, no había reales garantías al respecto. Porque en secreto, se intuía que “algo podía pasarme”. Justamente ese “algo” indeterminado y oscuro definía, con su carácter impreciso, que “todo era posible”, como percepción primera y permanente.

Es en este sentido en que Norbert Lechner<sup>369</sup> afirma que los regímenes autoritarios suelen manipular los miedos resignificándolos. Cuando una sociedad atraviesa un período de cambios y movilizaciones sociales, la vida cotidiana puede resultar surcada por situaciones que resultan vertiginosas y que son leídas como caóticas. Frente a este tipo de situaciones aparecerá una demanda de seguridad. Del mismo modo en que era posible asociar la peste con el pecado y la culpa, los regímenes autoritarios asocian las crisis con

---

<sup>369</sup> Conferencia dictada en Barcelona en el año 1985 y publicada en *Los patios interiores de la democracia*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1990.

la subversión de las normas o de los usos, y reclaman para sí un plus como instancia redentora.

Sin embargo, no toda la sociedad lo vivió de la misma manera. Sabemos que los conglomerados humanos no son homogéneos. En el caso argentino, podríamos distinguir tres grupos. El primero de ellos tenía que ver con aquellos que siempre estructuraron sus vidas con acuerdo a un orden establecido más o menos conservador. Por lo tanto, los valores que constituían sus núcleos familiares o su conducta en el espacio laboral y social eran semejantes a los que enarbolaba la dictadura. Para ellos, el golpe del 24 de marzo no trajo demasiadas novedades; si pensaban que “algo” podía ocurrirles, no lo asimilaban a la política de exterminio, sino a una coyuntura impredecible. El nuevo gobierno venía a terminar con una época de caos en la que se les hacía difícil vivir, y se proponía restaurar la plena vigencia de las jerarquías y la autoridad. La convivencia con lo diferente se vivía como ajenidad y provocaba incertidumbre. Lo único capaz de remediar esa incertidumbre era el orden proveniente de una autoridad apta para restablecer las jerarquías y poner a cada uno en su lugar.

El segundo grupo estuvo constituido por aquellos que sin participar en acciones colectivas, asistían a instituciones educativas o espacios laborales en los que estas acciones se daban y a las que veían con simpatía. Para ellos el “algo puede ocurrirme” estuvo asociado al posible contagio por haber conocido a alguien que tuviera desempeño político, mezclado con un poco de culpa por las escasas libertades que se habían tomado. En su imaginario, lo que ocurría estaba vinculado con un enfrentamiento entre grupos que consideraban ajenos a su entorno primario, fueran estos militares o militantes, de izquierda o de derecha. Para éstos, la vida cotidiana estuvo atravesada por sentimientos de impotencia, porque si bien no adherían a los preceptos del régimen, no les era posible evadirlos. Lentamente se iba generando un proceso de des-responsabilización sobre la conducción de la propia vida, dando lugar a una cierta apatía moral.

Por último, el grupo más reducido lo componían los que “algo habían hecho”. Para ellos el miedo fue permanente y la idea de que “algo podía pasarles” no era un rasgo paranoide, sino una certeza con cumplimiento diferido.

Por otra parte, hay que tener presente que cuando las Fuerzas Armadas tomaron el poder, la sociedad argentina atravesaba un proceso de fuerte tensión. Tensión que era producto de la violencia creciente verificada durante el año y medio previo al golpe de Estado. La cuota mayor de violencia no se originaba en las organizaciones armadas, cuyos golpes tenían un carácter más efectista que extendido. Lo realmente desequilibrante para la sociedad era el accionar de las bandas paraestatales. Los grandes diarios mostraban esta

situación, a la opinión pública, como una guerra de iguales, cuando en los hechos los golpes de la guerrilla eran respondidos con el secuestro y muerte de militantes populares en el ámbito de la vida cotidiana. Cuando el poder pasó del gobierno civil a manos militares, la sociedad lo vivió con alivio; finalmente un grupo monopolizaría el uso de la violencia de manera legal. A los pocos meses, quedó claro que esto no era así, ya que las acciones clandestinas no sólo continuaban, sino que además se habían generalizado. Como sabemos, la mayoría de los secuestros se realizaban en la noche o madrugada, pero otros se hacían a plena luz del día en presencia de vecinos o de casuales transeúntes. Los familiares de desaparecidos han dado cuenta de que pudieron reconstruir el momento de la detención a partir de los relatos efectuados por vecinos testigos del hecho. Que las personas podían ser detenidas en forma violenta y transportadas hacia destinos desconocidos era sabido. A la vez, la población recibía información de curiosos enfrentamientos seguidos de la muerte de puñados de “delincuentes subversivos” que se amontonaban en un vehículo o bien panfleteaban en descampados, como bien lo expresó Rodolfo Walsh en su carta de denuncia a la Junta Militar. El 4 de noviembre de 1977, los medios de prensa publicaban un comunicado oficial del Comando del Primer Cuerpo de Ejército, que decía:

En las proximidades de Constitución una patrulla de las fuerzas legales sorprendió a un activista que incitaba al cese de las actividades y trataba de impedir la concurrencia al trabajo de algunos operarios, siendo abatido por el fuego. Las fuerzas legales cumplían con la misión impuesta, tendiente a asegurar la libertad de trabajo.<sup>370</sup>

La contundencia de la noticia no dejaba dudas sobre lo que le ocurriría a quien intentara ejercer sus derechos. Sin embargo, esta manera de informar constituía una excepción. Lo común era que la forma de comunicar engendrara un conocimiento ambiguo de lo que ocurría. Por un lado, se sabía que las personas desaparecían; por otro, se informaba sobre el hallazgo de cadáveres sin identificación o bien sobre enfrentamientos que producían muertes en uno solo de los bandos en pugna. Así se ignoraba lo que había sucedido en el tiempo vacío entre ambas situaciones, o bien se dejaba librado a la imaginación generando un miedo multiforme.

La ecuación desaparición-muerte mostraba un fuerte desequilibrio, ya que la mayoría de los que eran detenidos no aparecían muertos: simplemente no aparecían. A diferencia del régimen chileno, los prisioneros no se amontonaban en un campo de juego del cual se podía salir muerto o con destino a una cárcel legal. En el caso argentino,

---

<sup>370</sup> Duhalde, *op. cit.*, p. 58.

desaparecían lisa y llanamente. Que estuvieran muertos era una posibilidad, no una certeza. Ahora bien, con la certeza de la finitud hemos aprendido a convivir, pero esta era una situación ambigua en la que había que decidir si el otro estaba muerto.

En un primer momento, el ciudadano común pudo pensar que sólo aquellos ligados a prácticas políticas eran susceptibles de ser víctimas del poder. Sin embargo, esta cuestión comenzó a tornarse imprecisa, ya que el discurso militar hablaba de una fuerte consustanciación con los valores occidentales y cristianos que nunca se explicitaban, y por lo tanto, dejaba a cada uno con el permanente temor a ser encontrado culpable de un delito que revestía un carácter ambiguo. Si uno se comportaba de acuerdo a los preceptos del “ser nacional”, no debía temer a nada; el problema es que no quedaba claro de qué se trataba el “ser nacional”; dicho de otra manera, en qué momento una opinión o una conducta podían ser consideradas como desacertadas y quiénes tenían potestad para juzgar: “Porque subversión no es ni más ni menos que eso: subversión de los valores esenciales del ser nacional”.<sup>371</sup>

El miedo se convirtió en una constante en la vida cotidiana: en los mensajes y en los discursos estaba siempre presente la paradoja de que para preservar la vida se hacía necesaria la presencia de la muerte. Esa muerte que estando inscrita en un cierto grupo, podía, sin embargo, alcanzar a los demás en cualquier momento y por cualquier razón. Con el agregado de que la relación con el poder se había tornado siniestra, entendiendo esto último tal y como lo entendía Freud, es decir, que lo que nos aterroriza es precisa y solamente aquello que, en otro momento, tuvo la capacidad de protegernos y tranquilizarnos.

Si la sociedad civil percibía un estado de permanente amenaza, se hacía necesario encontrar estrategias que le permitieran organizar la vida de forma tal de controlar o evitar, aunque fuera en forma ilusoria, que esa amenaza se convirtiera en realidad. Se hicieron visibles mecanismos de adaptación y de simulación que se imponían en un sentido semejante al de los prisioneros en el campo. Adaptabilidad y simulación: dos componentes de la realidad concentracionaria, incorporados a la vida de todos los días. El “por algo habrá sido” o bien el “nada sucede” permitieron tolerar lo impensable. La complicidad con lo que ocurría formó parte de lo cotidiano junto con la desconfianza en lo colectivo. Si lo que ocurría no podía ser puesto en palabras y por lo tanto no podía semantizarse, debía entonces ser negado. Se deseaba no saber como forma de defensa frente a la imposibilidad de evitar que lo que no se quería ocurriera.

---

<sup>371</sup> Palabras del ex general Jorge Rafael Videla, en discurso pronunciado el 25 de mayo de 1976. Citado por Finchelstein, *op. cit.*, p. 152.

Pensemos un momento en la situación real: si no se estaba de acuerdo con la lógica de las detenciones y los asesinatos, que era la cara más visible de la represión, ¿con quién o en qué espacio podía plantearse la disidencia? Como les sucedía a los prisioneros en el campo, no era factible confiar en los otros, porque cualquiera era un potencial delator. Pero esta situación ni siquiera era la de la mayoría, que vivió los primeros años de la dictadura de manera positiva: había orden, una situación económica relativamente tranquila y otros se ocupaban de los problemas de la sociedad, mientras a ellos se les permitía comprar baratijas en Miami.

La desconfianza funcionó de manera harto eficaz para clausurar las relaciones de solidaridad. Desconfiar fue una de las estrategias para la preservación de la vida, el costo de preservarse implicaba poner una enorme distancia con los otros, volverse sobre uno mismos, del mismo modo que los prisioneros en el campo, a quienes se les advertía al llegar que no podían confiar en nadie, que estaban solos. A diferencia de la sociedad civil, los sobrevivientes construyeron lazos que les permitieron atravesar el espacio del campo apoyándose en otros. Tamburrini no hubiera podido escapar solo de Mansión Seré. Lo logró junto con tres prisioneros tan aterrorizados como él, y lo lograron porque se mancomunaron en la tarea. Para la sociedad fuera del campo, la opción no fue tan clara, la salida individual, la apuesta al “sálvese quien pueda” se presentó como la única posibilidad. El consumo vino a suplir el lugar que dejaba vacante una política de compromiso con los otros: usar pantalones vaqueros, pero ahora de marca Fiorucci; bailar al son de la música disco sin las asperezas del rock and roll; tragarse el miedo con un buen té inglés o con unos chocolates suizos. Desconfiar de los otros, por supuesto, pero por sobre todo desconfiar de la política, porque a ella quedó amarrada la muerte o, lo que es peor, esa ausencia sin sutura que es la desaparición física. Ahora había que ser “divertido”, sostener conversaciones banales; pensar y cuestionarse era potencialmente peligroso. Durante los años siguientes, para descalificar cualquier reclamo bastó con tacharlo de “político”. Defender los intereses individuales resultaba aceptable, mientras que todo reclamo colectivo parecía esconder algo oscuro o siniestro. Del miedo a la parálisis, de ésta a la desconfianza, y por último, el encierro en uno mismo, todo sazonado con un consumo permanente. Es significativo que una sobreviviente de los campos definiera esta situación de la siguiente manera:

Desconfíen de los sobrevivientes de los campos, por supuesto, porque “por algo habrán quedado vivos”. Pero desconfíen también de los nuevos amigos, que quién sabe por qué se acercan ahora, y de los viejos amigos, que no pueden explicar por qué se alejaron o por qué no lo hicieron. Y de los que nunca fueron ni quisieron ser amigos, porque algo esconden en dicha distancia. Desconfíen de los

conocidos, porque seguramente esconden su complicidad a nuestros ojos. Y desconfíen de los desconocidos, quienes se acercan para robarnos bienes o información. Desconfíen, por último, de sí mismos, de su propia indignación ante la miseria, de sus ansias de cambiar el mundo, de la utopía de una sociedad más justa o de la compasión por aquel que es más débil. Vayan a terapia y, de la mano de las nuevas metodologías de curación rápida y de autoayuda “ayúdense a sí mismos” y sólo a sí mismos.<sup>372</sup>

Una de las pocas conductas que parecía ofrecer cierto resguardo era la de convertirse en inquisidor de los semejantes, guardián del “ser nacional” frente a los otros. Guillermo O’Donnell denominó a ese fenómeno una “sociedad que se patrulló a sí misma”, sobre la base de la incorporación de comportamientos que se adecuaban a los requerimientos del régimen: retirarse al espacio privado, no cuestionar pero a la vez defender lo que estaba ocurriendo. El “acá hay que poner los dedos”, que circulaba en el campo como indicación de la obligación de colaborar activamente, circuló en la sociedad cuando se la invitó a sostener que los argentinos éramos “derechos y humanos”.

Al preguntárseles a diversos actores sociales cómo veían al “Proceso”, las respuestas resultaban positivas, ya que reconocían que se había recuperado el orden y la estabilidad económica. Asimismo, esas respuestas dejaban entrever que ya no había que explicarse la realidad ni cuestionarla, porque simplemente el poder se encargaba de hacerlo, y todo lo que demandaba era apoyo para esas explicaciones. Una suerte de “consenso por apatía”<sup>373</sup> en la mayoría y un apoyo sin fisuras en una minoría. La percepción fragmentada de la realidad contribuía a la legitimación de un discurso que aparecía como totalizador, que “cerraba” en una lógica binaria: ellos o nosotros. Donde “ellos” no eran seres de carne y hueso, sino figuras, estereotipos, o como dijo el ex general Viola, “argentinos circunstanciales”.

## **2. Una fotografía de la sociedad de la época. El rasgo autoritario**

Durante los primeros años del régimen, Guillermo O’Donnell vivía en la Argentina, y tal vez en el mismo sentido que Bettelheim, se propuso estudiar lo que ocurría a su alrededor. Para ello se dedicó a analizar algunos rasgos de la vida cotidiana o a hacer una suerte de microsociología. A sabiendas de los riesgos que corría si

---

<sup>372</sup> Testimonio de Graciela Daleo citado en Feierstein, *op. cit.*, p. 340.

<sup>373</sup> La idea de un consenso por apatía es planteada por Susana Murillo en el capítulo IV de su libro *Colonizar el dolor*, Buenos Aires, CLACSO, 2008.

interrogaba abiertamente a una muestra significativa, se contentó con elegir personas de extrema confianza, pero que ocuparan lugares claves en la sociedad. A esto agregó una minuciosa observación de los comportamientos en instituciones relevantes y una especial atención en escuchar con detenimiento los discursos oficiales y su réplica en el lenguaje cotidiano. En definitiva, obtuvo un valioso documento sobre representaciones y rasgos epocales, y justamente será en la modalidad del documento que vamos a utilizar su trabajo.

Entre las cuestiones que reconoce como más significativas en el accionar del gobierno, nos interesa destacar un sistemático y profundo barrido capilar por la sociedad, intentando implantar en ella los criterios de orden y autoridad que funcionaban como principios del régimen. Si como hemos venido manifestando, para el “Proceso” el “cuerpo social” estaba “infectado” con el “virus de la subversión”, se imponía una cura de carácter celular o, dicho de otra manera, una reorganización profunda de la sociedad. Citamos a continuación el planteo central de O’Donnell al respecto:

Si desde el aparato estatal se nos despojó de nuestra condición de ciudadanos y se nos quiso reducir, por los mecanismos del mercado, a la condición de obedientes y despolitizadas hormigas, en los contextos del cotidiano –el de las relaciones sociales y los patrones de autoridad que tejen la vida diaria– se intentó llevar a cabo una similar obra de sometimiento e infantilización: los que tenían “derecho a mandar”, lo efectivizaban despóticamente en la escuela, el lugar de trabajo, la familia y la calle; los que tenían el “deber de obedecer” lo hacían mansa y calladamente, uniformados en la aceptación de que aún el mando más despótico estaba hecho igual que el del Estado, para bien de los que así obedecían; porque si no era así, no se podría separar el trigo de los mansas de la cizaña de los subversivos; y porque además había quedado fehacientemente demostrado que la insolencia de los “inferiores” sólo llevaba al caos.<sup>374</sup>

Tratando de comprobar estas afirmaciones y observando cuestiones cotidianas, O’Donnell detectó en los varones lo que llamó el “uniforme civil”, que consistía en el uso de saco y corbata de colores apagados, cara afeitada y cabello corto, y cuyo uso evitaba llamar la atención cuando se caminaba por la calle. Si por casualidad se era testigo involuntario de alguna detención o hecho de violencia protagonizado por las autoridades, la prudencia aconsejaba simular que no se había visto nada, evitando los comentarios con extraños, porque cualquier intervención podía significar acompañar a la víctima hacia un destino desconocido. Por otra parte, las personas trataban de no dar opiniones que se distinguieran del común, aun sobre temas triviales; destacarse de los demás podía resultar peligroso, sobre todo en las instituciones educativas en las que preguntar o reunirse no eran alternativas permitidas. Si el autoritarismo era indisimulable en los espacios

---

<sup>374</sup> O’Donnell Guillermo Contrapuntos. Op. cit. p. 136

educativos o de trabajo, no lo era menos en el ámbito familiar, donde los padres se abocaban a la tarea de mantener a sus hijos lejos de la política, de la calle y de la noche.

Su papá se había puesto durísimo, nunca le había dicho que no a tantas cosas y ella presumía que en parte había sido el golpe el que le había allanado el “no”. Ahora tenía el aval del gobierno militar.<sup>375</sup>

“El silencio es salud” fue un eslogan de la época, que invitaba a no tocar bocina si no era necesario, pero que en realidad advertía que era mejor permanecer callados, porque los que debían tener la palabra eran los que realmente sabían, o sea, militares y economistas. El resto de la sociedad ya había hablado demasiado, y con esas palabras había llevado al país al borde del caos; o bien había leído demasiado, y por eso el 29 de abril de 1976 se produjo en Córdoba una quema de libros. Allí fueron a la pira textos de Marx junto con Neruda, *El Principito* o *Rojo y Negro*, de Stendhal. El militar que lo ordenó dijo que se hacía para evitar que la juventud argentina fuese confundida con textos subversivos. Un suceso a la vez temible y grotesco, propio de seres “ubuescos”.

De las entrevistas que O’Donnell realizó a publicistas de la época, surgía que la imagen más demandada por las empresas se relacionaba con una familia constituida por un padre bien vestido que regresando del trabajo encontraba a su mujer en la casa. La casa presentaba un aspecto impecable, rodeada por los hijos pequeños de ese hombre, que se mostraban felices, prolijos y obedientes. La escena se completaba con un abuelo. Pero lo que resultaba sumamente llamativo era que en esa escena familiar no existían jóvenes. Estos últimos sólo aparecían en publicidades de productos extranjeros, cuyo formato venía diseñado desde afuera. El borramiento de los jóvenes del espacio publicitario televisivo no era una imposición de la Junta Militar, sino una demanda de los dueños de las marcas. Del mismo modo, numerosos jefes de redacción de medios gráficos expresaban que si bien existían “listas negras” y algún tipo de recomendación sobre cómo tratar los temas cotidianos, había sido decisión de los dueños de los medios acompañar ideológicamente al “Proceso”. En el mejor de los casos, se limitaban a reproducir los comunicados que recibían sin comentarios de ninguna naturaleza.

Uno de los temores más frecuentes que aparecían en las entrevistas era el de ser delatado. Pero más allá de los casos comprobados en el ámbito laboral o los que se dieron en el espacio educativo, la percepción de que se podía ser delatado por cualquiera recorrió la sociedad y funcionó con eficacia, porque no resultaba seguro confiar en alguien. El cuidado al hablar se tenía tanto en el espacio de la familia extendida como en el trabajo o

---

<sup>375</sup> Testimonio recogido por Caviglia, *op. cit.*, p. 89.

en cualquier círculo que se frecuentara. No era simplemente el miedo al “infiltrado” que podía funcionar como delator profesional, sino además el miedo a los conocidos a los que se suponía con capacidad de hacer delaciones ante las autoridades.

O'Donnell alude a la existencia de émulos de *Kapos*. Creemos que la figura del *Kapo* no resulta adecuada, ya que en última instancia, el que aceptaba esa tarea en el campo de concentración no dejaba de ser una víctima más. Para los casos de quienes aprovecharon el momento para liberar sus rasgos autoritarios, no podemos afirmar que lo hicieran porque se les iba la vida; en tales casos, se trataba de una decisión de acompañar el exterminio de los semejantes, y por eso, eran doblemente temibles. Los directivos de espacios educativos, los jefes de empresas, los *pater familias* que exacerbaban su rol de custodios de reglas y valores en función de un disciplinamiento mayor componían este grupo. Es posible que en su mayoría no concretaran una delación, pero funcionaban como forma de advertencia: “Cuidado con lo que decís, hacés o pensás, que yo estoy aquí representando a los que gobiernan y soy el custodio del ‘deber ser’”.

Si para algunos esta tendencia a funcionar como “amos” de los posibles subordinados fue la conducta elegida, para otros la opción estuvo relacionada con permanecer tan indiferentes a lo que ocurría a su alrededor como fuera posible: “Nunca vi nada, no sabía lo que pasaba, no tuve nada que ver con lo que ocurrió, estaba ocupado con mis cosas”. Frases que funcionaron como salvoconductos para poder mostrar la indignación adecuada cuando se hiciera presente un gobierno democrático. Para poder esconderse en la indiferencia, se hizo necesario afirmar que nada ocurría, que lo que se comentaba era producto de rumores malévolos echados a rodar por indeseables que se refugiaban en el extranjero. Cuando esto no alcanzaba, se culpaba a las víctimas que seguramente habían cometido un delito de tal envergadura que merecía un castigo acorde. Resguardarse en la vida privada y negar lo que sucedía les permitía alimentar la fantasía de que se encontraban a salvo, de que cuando el régimen fuera menos temible, podrían indignarse todo lo que fuera necesario y, por supuesto, culpar a los militares, o a los “subversivos”, o a ambos, o a quien fuera preciso para poder declarar que se era absolutamente inocente y ajeno a lo que había ocurrido.

Autoritarios y negadores conformaban un grupo que agradecía consciente o inconscientemente a las FF.AA. que hubieran asumido una tarea de limpieza y depuración social, pero por sobre todo, que no les comunicaran los detalles desagradables. Para muchos, los años previos al golpe estaban marcados por la incertidumbre y asociados a formas de violencia social. Pero a la vez y muy sutilmente, se vivían con culpa las pocas libertades que se habían conquistado en el período anterior. En sus discursos, el “Proceso”

deslizaba que se había estado de “fiesta” y era el momento de pagar por los desatinos cometidos. En 1976 y luego del golpe militar, el escritor Jorge Luis Borges visitó Chile, y en un discurso público ante el general Pinochet, dijo:

En esta época de anarquía sé que hay aquí, entre la cordillera y el mar, una patria fuerte. Lugones predicó la patria fuerte cuando habló de la hora de la espada. Yo declaro preferir la espada, la clara espada a la furtiva dinamita, y lo digo sabiendo muy claramente, muy precisamente, lo que digo. Pues bien, mi país está emergiendo de la ciénaga, creo, con felicidad. Creo que mereceremos salir de la ciénaga en que estuvimos. Ya estamos saliendo, por obra de las espadas, precisamente. Y aquí ya han emergido de esa ciénaga. Y aquí tenemos Chile, esa región, esa patria, que es a la vez una larga patria y una honrosa espada.<sup>376</sup>

No suponemos a Borges consustanciado con la lógica del exterminio, pero sí representando un estilo de pensamiento al que toda forma de desorden popular inquieta y que prefiere el orden sereno de los señores de la guerra.

En las entrevistas que O'Donnell realizó entre 1978 y 1979, la visión predominante sobre el “Proceso” contraponía el “orden” existente al caos del último gobierno democrático. De este último se resaltaba la incertidumbre permanente a la que se había sometido, y se esperaba que el régimen militar garantizara un trabajo ordenado y estable, un hogar sin conflictos y espacios educativos que no cuestionaran el estado de las cosas. En algunos casos, los episodios previos a 1976 eran evaluados como excesos de una estudiantina irresponsable, una suerte de fiesta insensata por la que ahora había que pagar retrayéndose a cosas más serias, a formas de vida correctas y poco demandantes, algo así como “si salgo vivo de esto, prometo portarme bien”.

Si la evaluación que se hacía era que violencia y caos se habían situado en la esfera pública, entonces nada más seguro que un repliegue al espacio de lo privado. Si la producción de prácticas sociales liberadoras conducía a la muerte, nada mejor que el refugio en el consumo de objetos inertes que ningún peligro podían esconder. Frente a los riesgos de la calle y la noche, era preferible el refugio en el hogar. Esto se sostenía a pesar de que —era sabido— buena parte de los secuestros se producían en las casas de los detenidos a la vista de los vecinos o despertándolos en medio de la noche. No se trataba de vivir, sino de establecer un simulacro de vida, una simulación semejante a la que ensayaban los prisioneros en el campo cuando se proponían sobrevivir: convencer al poder de que la nuestra era “una vida digna de ser vivida”, una vida de corto plazo, de satisfacciones inmediatas, porque el mañana era solo una promesa prorrogada día a día.

---

<sup>376</sup> Finchelstein, *op. cit.*, p. 184.

En términos microsociales, el trabajo de O'Donnell destaca algunas representaciones que la sociedad argentina tenía sobre sí misma y que resultan significativas para entender los comportamientos de la época. En lo que respecta a la historia del país, la mirada predominante era de carácter maniqueo, y en alguna medida, paranoica: los gauchos anatemizados por los dueños de la civilización; los inmigrantes ridiculizados y despreciados por las clases altas; los descamisados tachados de bárbaros por las ascendentes clases medias; y por último, los jóvenes estigmatizados como delincuentes que subvertían el santo orden reinante. En este sentido, los conflictos resultaban siempre antagónicos y no podían sino escalar permanentemente. El modelo familiar, de marcado carácter patriarcal, se sostenía en un falso puritanismo que sólo comenzó a ceder en los primeros años de la década de 1970. Frente a ciertas situaciones en la vida cotidiana, se verificaba una fuerte predilección por las vías ajenas a las normas, junto con un escaso apego a las formas institucionales y, por último, la intolerancia ante lo diferente y la propensión a culpar a los demás por nuestros infortunios.

En esta misma línea, se estableció que aquellos que apoyaron el régimen trataron de obtener de él satisfacciones materiales o simbólicas, y que lo abandonaron rápidamente cuando ya no estuvo en condiciones de brindarlas. Esto último es interesante porque cuando el "Proceso" llegó a su fin, resultaba difícil encontrar a alguien que sostuviera que lo que había pasado había sido bueno. Pero lo mismo ocurrió años más tarde: por ejemplo, cuando los gobiernos de Alfonsín o Menem culminaron, nadie los había votado. Resultaba imposible explicarse con qué apoyo habían gobernado si, como todos sostenían, nadie había estado con ellos.

### **3. Las corporaciones y el régimen. El rol de las instituciones**

En este recorrido, es ineludible hacer un breve repaso del rol de ciertas instituciones y de la repercusión que su actuar tuvo en la sociedad toda. Hay que destacar que las asociaciones empresarias, la Iglesia católica, los grandes medios de comunicación y los partidos políticos conservadores prestaron de buen grado y en todo momento su colaboración y apoyo al régimen, dándole así una legitimidad social e ideológica que no hubiera podido construir en soledad. Vamos a centrarnos en tres de ellas, porque su papel durante el período fue muy importante tanto material como simbólicamente. Las corporaciones económicas fueron determinantes en el nuevo perfil que adquirió el

mercado de trabajo, al apoyar un fuerte disciplinamiento del movimiento obrero que mantendría sus efectos después que los militares dejaran el gobierno. Los grandes diarios cumplieron el rol de informadores y ocultadores de lo que ocurría, construyendo un tipo de discurso que silenciaba toda voz que no fuera la oficial. Por último, la Iglesia católica fue sin dudas la más profundamente comprometida, dicho esto en el sentido de que brindó un apoyo incondicional al régimen, incluso con presencia física de sacerdotes en campos de exterminio jugando el rol de interrogadores.

### ***La corporación económica***

Si algo caracterizó a los discursos económicos del período fue su permanente machacar sobre la responsabilidad que le cupo al Estado intervencionista sobre el desorden social. Concretamente, se lo acusaba de haber avalado los comportamientos y enfrentamientos corporativos de los actores económicos. Por lo tanto y si se quería disciplinar de una vez y para siempre la economía, debía emplearse el instrumento indicado, que no era otro que el mercado. Para cuando los militares se retiraron, toda puja distributiva había quedado invalidada, no por los supuestos efectos benéficos del mercado, sino por la fenomenal concentración económica en un conjunto de grupos empresarios tanto nacionales como internacionales. Para hacerlo posible, se requirió, curiosamente, una fuerte intervención del Estado transfiriendo y concentrando recursos, desarticulando a los sectores que se consideraban no competitivos (como las pequeñas y medianas empresas) o reprimiendo a los excesivamente demandantes (como el sector obrero).

No es el objetivo de este trabajo analizar las formas económicas del “Proceso”, simplemente queremos establecer que el apoyo recibido por parte de las grandes corporaciones económicas se fundó en los enormes beneficios obtenidos cuando el ciclo de la producción de mercancías se vio afectado en el ámbito internacional por el crecimiento del sector financiero. Entre las medidas más relevantes que permitieron la diversificación de los negocios, sobre todo de los de carácter especulativo, hay que destacar: la reforma financiera que desregulaba la tasa de interés bancaria; la “tablita” cambiaria que establecía una devaluación pautada del peso; el incentivo para la proliferación de bancos y entidades cambiarias junto con la apertura de las importaciones y la desprotección de la industria local. Si la empresa tenía quebrantos operativos, siempre podía compensarlos con ganancias en la actividad financiera. Por primera vez, los grandes grupos empresarios no tenían que preocuparse por problemas de reinversión o tasas de

retorno de capital bajas. Los más exitosos se asociaron al Estado para la obra pública, diversificaron sus actividades y, cuando todo terminó, se habían convertido junto con los acreedores externos en tutores del Estado.<sup>377</sup> Para completar esta situación y liberarse de una buena vez de los reclamos obreros, el reclutamiento de nuevos operarios comenzó a hacerse de modo provisional: se solicitaba a los servicios de inteligencia un informe sobre la persona a contratar, y sólo al recibir una respuesta se le otorgaba una relativa estabilidad. De más está decir que un antecedente como activista impedía el acceso al puesto de trabajo.

Pero el costado más oscuro estuvo relacionado con la desaparición de delegados gremiales. En términos reales y comprobables, las listas de personas delatadas fueron elaboradas mayoritariamente por directivos de empresas que buscaban eliminar trabajadores combativos o cuerpos de delegados demandantes, como se comprobó en los casos de las empresas automotrices. Consideremos que esta cuestión reconoce por lo menos un antecedente, cuando en 1975 el entonces líder de la Unión Cívica Radical Ricardo Balbín denominó como “guerrilla industrial” a las corrientes sindicales opositoras a la burocracia tradicional. Si esta era la visión de un partido político democrático, qué cabía esperar de las organizaciones patronales que vivían evocando el fantasma de la insurrección ante el menor gesto de reclamo.

En uno de los testimonios transcritos en el libro *Nunca más*, puede leerse un relato sobre un encuentro entre directivos de la planta Pacheco de Ford Motors Argentina y delegados gremiales. Frente al planteo de algunas objeciones, los directivos les dicen a los delegados, como cierre abrupto de la reunión, “ustedes le van a mandar saludos a un amigo mío, Camps”. En la mencionada planta se instaló un centro de detención y tortura a los pocos días de dado el golpe. En este mismo sentido, Emilio Mignone, padre de una desaparecida, relata acerca de una reunión en la que le tocó participar junto con ejecutivos de la firma Acindar. Estos últimos le preguntan al entonces general López Aufranc si tienen que preocuparse por los activistas gremiales de la empresa, a lo que el general responde: “Quédense tranquilos, están todos bajo tierra”.<sup>378</sup> Las comisiones internas de las empresas Mercedes Benz, Acindar, Somisa, Lozadur, Astilleros Río Santiago fueron secuestradas en su totalidad. Los pocos que reaparecieron se encontraron en sus casas con los telegramas de despido por haber faltado al trabajo de manera injustificada. Esta fue una práctica que algunas empresas utilizaron para deshacerse de trabajadores que por

---

<sup>377</sup> Entre los grupos exitosos se encontraban: Pérez Companc, Macri, Fortabat o Bulgheroni (de capital nacional), y Techint o Bunge y Born (de capital internacional).

<sup>378</sup> Mignone, Emilio, *Iglesia y dictadura*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 1999, p. 20.

alguna razón las incomodaban. Sabían perfectamente lo que hacían cuando denunciaban a un obrero.

¿Qué autorizó o qué hizo capaces a estos ejecutivos, que no eran diferentes a los del resto del mundo, a arrojar a los delegados obreros de sus empresas a la tortura y la desaparición cuando ya era evidente que había muy poco margen para cualquier forma de insurrección fabril? No es equívoco afirmar que el “Proceso” no sólo puso a prueba a la dirigencia, sino que además sacó a la luz lo peor de ella. La oportunidad de enriquecerse ejerciendo una autoridad sin límites colocó a los grupos económicos en una posición de compromiso con las autoridades militares. Sus empresas crecieron encaramándose sobre pilas de cadáveres. Se podría decir que la productividad creció a fuerza de más trabajo por menos salario y peores condiciones laborales. La siguiente descripción sintetiza lo que estamos comentando:

El golpe tuvo para la condición laboral el efecto de un rayo letal [...] suprimida la acción defensiva del sindicato y desatada sin límite la represión armada [...] los empleadores apretaron los controles de asistencia [...] se multiplicaron las medidas sancionatorias, disciplinarias y de descuentos [...] los regímenes de licencia fueron incumplidos [...] se tornó irrestricto el derecho del patrono para trasladar a los trabajadores dentro de la empresa y variar las condiciones de trabajo [...] un aspecto que adquirió contornos de pesadilla fue la presencia constante de la represión policial ejercida como hábito disciplinario sobre el trabajador [...] se recurrió a la policía para resolver hechos banales y nimios [...] la persecución ideológica fue una constante.<sup>379</sup>

Para cerrar este apartado, nada tan elocuente como la solicitada publicada pocos meses antes de que asumiera la primera magistratura Raúl Alfonsín, firmada entre otros por la Asociación de Bancos Argentinos; Asociación de Industriales Metalúrgicos; Bolsa de Cereales de Buenos Aires; Bolsa de Comercio de Buenos Aires; Cámara Argentina de Anunciantes; Cámara Argentina de Comercio; Cámara Argentina de Editores de Libros; Cámara Argentina de la Construcción; Consejo Empresario Argentino; Consejo Publicitario Argentino; Liga de Madres de Familia, y Sociedad Rural Argentina. A modo de despedida del régimen, la solicitada decía:

### **Los argentinos queremos decirle al mundo**

Los argentinos estuvimos en guerra. Todos la vivimos y la sufrimos. Queremos que el mundo sepa que la decisión de entrar en la lucha la provocó e impuso la subversión, no fue privativa de las Fuerzas Armadas. Tampoco fue privativa del gobierno argentino. Fue una decisión de argentinos. Todos, absolutamente todos los hombres de buena voluntad que habitan el suelo argentino, pedimos en su

---

<sup>379</sup> La descripción fue hecha por Álvaro Abós, quien hasta 1977 fue abogado de un sindicato. Citado en Novaro y Palermo, *op. cit.*, p. 138.

momento a las Fuerzas Armadas que entraran en guerra para ganar la paz. A costa de cualquier sacrificio. Y todos deseamos que la guerra terminase cuanto antes. Hoy, la guerra terminó, aunque no la vigilia. Y tal y como cualquier otra guerra, la nuestra también tuvo su precio. Su enorme cuota de dolor y sacrificio. Porque en ella hubo muertos y desaparecidos. Argentinos que cumplían con su deber, defendiendo nuestro derecho a la paz, y nuestro tradicional modo de ser, que una minoría cuestionaba. Y murieron también muchos de aquellos que, temerariamente, pretendieron imponernos ideologías extremistas, y un sistema de vida totalmente ajeno a nuestro sentir nacional. Ese fue el precio de la guerra en la Argentina. Las instituciones abajo firmantes, queremos refrendar de esta manera nuestro apoyo a aquella dolorosa pero imprescindible decisión. Aunque en idénticas circunstancias volveríamos a actuar de idéntica manera, quiera Dios que nunca más tengamos que pagar este precio para vivir en paz.<sup>380</sup>

### ***Los medios de comunicación***

Los grandes medios tendieron de un modo permanente a presentar al régimen y sus acciones como una solución drástica pero necesaria ante la amenaza en la que supuestamente se vivía, dándole así un marco ideológico de legitimación ante la opinión pública. Por los desarrollos tecnológicos de la época, el peso de la información recaía en la prensa escrita. A pocos días del golpe, los directivos de los medios de mayor tirada recibieron las indicaciones sobre lo que debía publicarse y lo que no, recomendaciones que cumplieron sin cuestionamientos hasta que el régimen comenzó a declinar. Lo hicieron incluso cuando la prohibición de mencionar a las organizaciones guerrilleras tornaba la redacción de una frase ridícula. El Ejército Revolucionario del Pueblo debía mencionarse como “la organización subversiva declarada ilegal en primer término”, mientras que Montoneros era la organización ilegalizada en segundo término, por lo que se podía leer habitualmente: “Abatiese a un grupo de subversivos de la organización declarada ilegal en segundo término”.

El discurso sobre los modos represivos utilizaba esta forma de construcción: un verbo impersonal, una denominación ominosa de los sujetos víctimas de la acción y una jerga confusa para dar cuenta de su origen político. Del mismo modo, el relato de las noticias políticas se limitaba a transcribir los dichos de los funcionarios militares sin agregar nada. Si algo caracterizó a los grandes diarios fue el hecho de que en los títulos, en las volantas o en las bajadas hubiera desaparecido completamente el enunciador del discurso. Lo que se informaba parecía provenir de una voluntad invisible que notificaba, por ejemplo, la muerte sin tener que explicar por qué o cómo ocurrió. Era común leer: “Cayeron abatidos 5 subversivos en la localidad de Avellaneda”. El uso del verbo “abatir”

---

<sup>380</sup> Márquez, Nicolás, *La otra parte de la verdad*, Mar del Plata, edición del autor, 2004, p. 86.

ya resulta controversial, porque en verdad se abate a un animal en una cacería, pero no es el verbo adecuado para informar sobre personas asesinadas. Por otra parte, al decir “cayeron abatidos”, sin dar cuenta de quién los “abatió”, se sugería que fuerzas extrahumanas omnipotentes tenían la potestad para asesinar personas.

“Aparecieron numerosos cadáveres esta madrugada”: con ligeras variantes, este era otro de los titulares comunes en los diarios. La forma de redactar da la idea de que tanto se podía amanecer con cadáveres en la vereda como con una lluvia pertinaz o cualquier otro evento de orden natural. El periodista no interpretaba ni inquiría o trataba de explicar el suceso, sólo lo reproducía de forma acrítica. Y esto no era una decisión personal, sino que se constituía en una modalidad de trabajo. La reproducción de la información proveniente de los servicios de inteligencia oficiales hacía las veces, en la prensa escrita, de la interrupción de los programas televisivos para transmitir comunicados a la población.

Al recorrer los primeros meses posgolpe de las páginas políticas de *Clarín*, tan absolutamente neutras, tan grises, no se encuentra prácticamente ninguna vida periodística: pura y monocrorde megafonía del palabrerío oficial. Uno las mira y se llega a preguntar veinte años después qué sentido tenía escribirlas, diagramarlas e imprimirlas, a no ser que se tratara de la mera existencia inercial de la empresa, un desensillar hasta que aclare o un apoyo por omisión.<sup>381</sup>

Tanto en el caso del diario *Clarín* como en el de *La Nación*, no se trató de desensillar hasta que aclarase, sino más bien de llevar adelante el mejor negocio de sus vidas; nos referimos al modo espurio con el que se apropiaron de la empresa Papel Prensa. Así como los militares se quedaban con los hijos de los desaparecidos, los dueños de los grandes diarios recibieron la productora de papel como una suerte de botín de guerra.

En una revisión de lo publicado, otra cuestión que resalta es el hecho de que el tiempo parece detenido, sobre todo en los primeros cuatro años del “Proceso”. La única información política que se puede publicar sin riesgos es la de las anodinas ceremonias militares que se reproducen permanentemente: “Celébrase el día del Oficinista del Ejército con una ceremonia en el edificio del Comando en Jefe”. Por otra parte, si se comparan las páginas plagadas de cadáveres que aparecen de manera inexplicable en lugares insólitos (junto a la demanda de los vicarios castrenses que reclaman sangre que purifique a la nación o las arengas para cortar la cabeza de la hidra marxista), con las páginas dedicadas a las crónicas deportivas, vemos que en estas últimas reaparece la vida y el relato periodístico en toda su intensidad. El circo, que alcanza todo su esplendor

---

<sup>381</sup> Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998, p. 31.

durante el Mundial de fútbol de 1978, no sólo es admitido sino que es necesario para dejar en claro que la vida cotidiana no ha sido alterada. La prensa escrita reflejaba el espíritu de la época en ese encubrir lo que pasaba, a la vez que lo dejaba sugerido de manera críptica y, por lo tanto, más amenazadora.

La siguiente cita de un editorial del diario *Clarín*, aparecida con motivo de la clausura del diario *La Razón* en febrero de 1978 por haberse atrevido a publicar las disidencias que se daban entre los comandantes en jefe de las distintas armas, es sumamente ilustrativa en lo que respecta a la línea del diario.

[...] los órganos periodísticos se manejan con prudencia. El gobierno no ejerce presiones indebidas. La prensa se alinea sin dificultades en el rumbo general del Proceso [...] si tropieza lo hace en temas que o bien son de interpretación dificultosa, o bien carecen de un completo esclarecimiento por parte de los poderes públicos.<sup>382</sup>

Casi una súplica que podría traducirse como “estoy dispuesto a decir lo que ustedes quieran, pero por favor díganme qué quieren que diga”.

Hay que destacar que si al recorrer las tapas del diario *Clarín* se coincide con la cita que hemos incluido más arriba, no pasa lo mismo al ver las del diario *La Nación*. En ellas se encuentra algo siniestro, como si el diario estuviera cómodo con lo que ocurría. Sin necesidad de recurrir a un lenguaje brutal como *La Razón*, el medio que regenteaba Claudio Escribano dejaba traslucir que las cosas estaban siendo puestas en su lugar, sin regodeos innecesarios, con la serenidad que suelen tener los amos cuando el orden de los elementos es el que corresponde. El primer editorial del diario después del golpe llevaba el elocuente título de “La edad de la razón”, y en él se comparaban los horrores del último gobierno peronista con las bondades del nuevo régimen.

Si tuviéramos que sintetizar el lenguaje de los medios durante el período, habría que señalar algunas características que se repiten en la manera de referirse al gobierno y sus acciones: toda afirmación tenía carácter de verdad absoluta y estaba realizada en la modalidad de la arenga; la idea de triunfo sobre las fuerzas del mal era algo que se encontraba sumamente próximo, pero no terminaba de acontecer; más que un descarado falseamiento de la realidad, ésta se mostraba de manera retorcida o velada; y por último, se verificaba una cierta deformación de los conceptos que los tornaba sumamente ambiguos.

Durante los primeros años del “Proceso”, varias empresas periodísticas aprovecharon la ola represiva para sacarse de encima a los gremialistas más molestos, los

---

<sup>382</sup> Citado en Novaro y Palermo, op. cit., p. 144.

mismos que habían conseguido los niveles salariales más altos de la historia del periodismo gráfico.

Para cerrar este apartado, queremos destacar que una de las pocas excepciones en la época fue sin duda la revista *Humor*, heredera del *Satiricón* de los años setenta, en la que se podían leer ácidas críticas contra la televisión del momento o sobre el deplorable cine nacional, y que progresivamente, en sus historietas ejercía un análisis entre satírico y real sobre formas corruptas de la vida cotidiana. Esto se podía ver en “La clínica del Dr. Cureta” o las aventuras del abogado “Picafece”. La revista fue capaz de establecer cierta complicidad con los lectores en su famoso correo de lectores, y destilaba un humor a la vez inteligente e irreverente, yendo sólo un poco más allá de lo permitido, como lo refleja esta reflexión de Alejandro Dolina:

Ya no hay fiestas: la gente no quiere reunirse... ¿Y cómo se divierten? Solos [...] salen a romper faroles [...] miran la televisión [...] buscan malas palabras en el diccionario [...] Fiestas no hay... todos los componentes de esta revista añoramos las buenas y viejas fiestas [...] pero sabemos bien que ya nunca viviremos tan apasionantes experiencias. Porque ya no hay fiestas...<sup>383</sup>

### ***La corporación religiosa***

Sin pretender hacer un análisis exhaustivo del derrotero de la Iglesia católica en nuestro país, y sin desconocer su ligazón previa con el Ejército, elegimos abordar algunas cuestiones ideológico-políticas compartidas con las FF.AA., que se originan históricamente en la década de 1960, cuando desembarca en la Argentina la *Cité Catholique*, apéndice para América Latina de la *Action Française* creada por Charles Maurras. Esta organización combinaba en su interior tanto la doctrina religiosa como el sustento para la guerra contrarrevolucionaria practicada por los franceses en Argelia y los norteamericanos en Vietnam. Su rasgo más saliente era la defensa del uso del tormento en su doble rol: como forma de obtener información y como posibilidad de purificación del alma a partir de la flagelación del cuerpo. Frente a los cuestionamientos que esta práctica recibió, uno de sus miembros dijo:

Si la ley permite, en interés de todos, suprimir a un asesino, ¿por qué se pretende calificar de monstruoso el hecho de someter a un delincuente, reconocido como tal y por ello pasible de la muerte, a un interrogatorio penoso, pero cuyo único fin es, gracias a las revelaciones que hará sobre sus cómplices y sus jefes, proteger a inocentes? En circunstancias excepcionales, recursos excepcionales.<sup>384</sup>

---

<sup>383</sup> Citado por Novaro y Palermo, *op. cit.*, p. 348.

<sup>384</sup> El texto pertenece al sacerdote Louis Delarue. Citado por Verbitsky, Horacio, *El silencio. Las relaciones secretas de la Iglesia con la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 34.

Para la misma época y en ocasión de un acto público, el cardenal primado Antonio Caggiano sostuvo:

[...] cuando la existencia de la Iglesia se ve amenazada, deja de estar sujeta a los mandamientos de la moral. Cuando la unidad es el fin, todos los medios están santificados: engaños, traición, violencia, simonía, prisión y muerte. Porque el orden es para el bien de la comunidad y el individuo debe ser sacrificado al bien común.<sup>385</sup>

Lo que llama la atención de la cita anterior es que ya en la década de 1960 se prefigurara lo que luego sería el fundamento del exterminio. Porque los campos en la Argentina tuvieron la peculiaridad de ser el reino de la cruz y de la espada en sagrada alianza. El entonces vicario castrense Bonamín lo expresaba diciendo que la “lucha en Argentina se daba entre el materialismo ateo y el humanismo cristiano [...] era una lucha por sus altares”. En el mismo sentido se pronunciaba el periodista Mariano Grondona en su revista *Carta Pública*:

¿Qué quedará en la Argentina sin la espada y sin la cruz? La Argentina es católica y militar. Ninguna responsabilidad hay más alta en este tiempo que el cuidado de esa ‘y’.<sup>386</sup>

Religión y Patria, Patria y Ejército, pares apareados que describen la concepción de que el catolicismo debe permear las estructuras públicas y convertirse en el credo nacional o, dicho de otra manera, ser parte de la sustancia de la Nación. Para la Iglesia, el subversivo no era un enemigo político, sino muy claramente un enemigo de Dios. De ahí su participación activa en los interrogatorios diciéndoles a las víctimas que la salvación se alcanzaba a partir de la confesión y de la colaboración, a la vez que brindaba a los victimarios una forma de legitimación religiosa considerando lo que ocurría como una nueva cruzada por la fe. Se construyó así un relato justificatorio que revestía a la empresa aniquiladora de un aura sagrada donde la sangre estaba siempre presente como forma de la purificación. No hay que olvidar que la cúpula de la Iglesia participó de numerosas reuniones con los altos mandos de las FF.AA. antes del golpe, en las que fue puesta en conocimiento de lo que se estaba planeando. No hay elementos que atestigüen que los dignatarios eclesiásticos se hayan opuesto a ello.

Con la excepción de algunos obispos que pagaron con su vida el oponerse al régimen, la jerarquía católica apoyó sin fisuras y hasta nuestros días lo actuado por el “Proceso”. Numerosos testimonios dan cuenta de que antes de detener a un sacerdote o a

---

<sup>385</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>386</sup> Citado por Finchelstein, *op. cit.*, p. 156.

seminaristas, los grupos de tareas debían obtener el permiso del obispo correspondiente. En la iglesia Stella Maris, en el barrio de Retiro, funcionaban las oficinas de monseñor Graselli, quien en su carácter de secretario del vicariato castrense atendía a familiares de desaparecidos llevando un fichero en el que apuntaba los datos que obtenía, y en algunos casos, informaba sobre el destino de esas personas diciendo: “Es posible que alguien piadoso le dé una inyección y el irrecuperable se duerma para siempre”.<sup>387</sup>

La inyección de pentotal era un recurso utilizado en la ESMA para adormecer a los prisioneros antes del traslado final, en el que sus cuerpos dormidos eran arrojados al mar. Sólo alguien con una estrecha relación con ese campo de exterminio podía tener un conocimiento tan acabado de un recurso secreto. En el mismo sentido, numerosos testimonios dan cuenta de que en las fichas mencionadas no sólo se registraban los datos aportados por los familiares, sino que además figuraban anotaciones que exclusivamente podían haberse obtenido a partir de la información provista por quienes tenían prisionera a la persona buscada. Entre esos datos, figuraban nombres de guerra que la familia solía desconocer, fechas de traslados de un campo a otro o bien con destino a la muerte.

Podríamos afirmar que en este período, la Iglesia católica exacerbó el poder pastoral que la caracteriza. Una cita de Foucault sintetiza de un modo especial lo que nos interesa remarcar:

Todas esas técnicas cristianas del examen, la confesión, la dirección de conciencia y la obediencia tienen como finalidad conducir a los individuos a que contribuyan a su propia mortificación en este mundo. La mortificación no es la muerte, sin duda; sino que es la renuncia a este mundo y a uno mismo: una especie de muerte cotidiana. Una muerte que se supone proporciona la vida en el otro mundo. No es la primera vez que encontramos el tema pastoral asociado con la muerte, pero su sentido es diferente del que existe en la concepción griega del poder político. No se trata de un sacrificio en aras de la ciudad; la mortificación cristiana es la forma de relacionarse con uno mismo.<sup>388</sup>

En los desarrollos foucaultianos sobre el poder pastoral, éste se aplica tanto a los individuos como a la totalidad —*omnes et singulatim*—, y sus formas tienen que ver con: la falta o el pecado; su exposición a través de la confesión pública; la penitencia como ruptura con un yo anterior imbuido de perversión; la mortificación no sólo como forma de salvación, sino también como constitución de subjetividad, una subjetividad que obedece al pastor que la guía. El ejercicio del pastado reconoce como finalidad la salvación del rebaño, y el poder del pastor se manifiesta en un deber, una misión de sustento que se practica con celo y dedicación y que debe mantenerse atenta a toda forma

---

<sup>387</sup> Citado por Verbitsky, *El silencio, op. cit.*, p. 71.

<sup>388</sup> Foucault, Michel, “*Omnes et singulatim*”, en *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós, 1990, p. 116.

de transgresión que ponga en peligro al conjunto. La necesidad de salvar a todos implica, llegado el caso, aceptar el sacrificio de una de las ovejas cuando ésta pueda comprometer al resto. La buena oveja ofrece servidumbre bajo la forma del doblegamiento de la voluntad, porque el pastor cumple el servicio de guiarla por el buen camino. La conducta prescrita al rebaño debe ser estrictamente vigilada para que no haya desviaciones, y la sumisión al pastor tiene un carácter total y permanente.

La relación que se estableció en el campo entre víctimas y pastores eclesiásticos revistió las formas enunciadas precedentemente. La salvación de las almas pervertidas por las ideologías foráneas se llevaba a cabo a partir de la mortificación de los cuerpos. La prueba más acabada de la posibilidad de redención se brindaba a través de la confesión. La confesión no implicaba sólo el relato de los propios pecados, sino que debía incluir la delación de otros miembros de la comunidad para que los guardianes pudieran depurarla de un modo definitivo. De ahí que los pastores enunciaran que “la salvación dependía de la colaboración” o que había “inocentes” e “irrecuperables”.

Quizá la mayor falta que los representantes de una religión pueden cometer es no dar sepultura a los muertos de su comunidad y colaborar activamente para que esto no ocurra. Desde que el régimen terminó, la Iglesia católica argentina no ha hecho un solo gesto en el sentido de reparar esta anomalía. Como dijo un periodista hace años, “deben estar rezando para que el infierno tenga la calefacción rota”.<sup>389</sup>

#### **4. Culpa o responsabilidad. La teoría de los dos demonios**

Cuando el “Proceso” llegó a su fin, el gobierno democrático entrante elaboró un discurso conocido como “la teoría de los dos demonios”, como forma de fijar culpas para algunos y exonerar a muchos. Si bien el relato fue posterior al régimen militar, es necesario para nuestro análisis porque da cuenta del momento en que el gobierno de transición pero también la sociedad se enfrentan a lo ocurrido, y junto con el conocimiento acabado, aparece en escena lo que se denominó el tema de la culpa. Quisiéramos aclarar que nos gustaría mantenernos lejos de la idea de culpa judeocristiana, ya que ésta va siempre asociada a una falta, y no es nuestro interés enjuiciar conductas o prácticas sociales, sino más bien establecer sus consecuencias. Por eso vamos a utilizar el término

---

<sup>389</sup> Esta reflexión pertenece a Enrique Vázquez, periodista de la revista *Humor*.

responsabilidad, que implica responder por otros, hacerse cargo de los asuntos de los hombres, o bien, como lo expresó Jaspers: “hacer responsable a alguien no significa declararlo moralmente culpable”.<sup>390</sup>

En *La experiencia del horror. Subjetividad y derechos humanos en las dictaduras y posdictaduras del Cono Sur* Marcelo Raffin se pregunta:

¿Es sólo el gobierno del régimen, en sus distintas instancias oficiales, quien debe dar cuenta de sus acciones, o esa responsabilidad puede hacerse coextensiva a otros agentes?<sup>391</sup>

Esta primera pregunta lo lleva a interrogarse sobre la parte que podría corresponder a la sociedad que vivió bajo ese régimen y si es posible declararse inocente aduciendo ignorancia. Por último, si no hay inocencia, ¿cómo se reparte entonces la responsabilidad por los acontecimientos ocurridos?

Raffin plantea entonces dos posibles abordajes del problema: desde los desarrollos de Hannah Arendt y desde las propuestas de Karl Jaspers. Para Arendt, la responsabilidad se juega en términos personales y está íntimamente relacionada con el acto de pensar, entendiendo que esa acción nos conduce a vivir con nosotros mismos prestando conformidad a algo cuando antes lo hemos pasado por el tamiz de nuestra reflexión. Esto la lleva a proponer eliminar el término *obediencia* en el sentido de obligación a la que no podemos decir no. En cambio, propone la idea de aceptación, o dicho de otra manera, hacemos porque hemos tomado la decisión de hacer, de acompañar o de aceptar, ya que consideramos ese hacer, acompañar o aceptar como correctos.

El otro abordaje contemporáneo al de Arendt es el que llevó adelante Karl Jaspers. Como bien advierte Raffin, Jaspers hizo un recorrido que se inicia con la culpa política y conduce a la responsabilidad política, cuestión que enuncia de la siguiente manera: “Saberse responsable es el comienzo de la revolución interna que quiere realizar la libertad política”.<sup>392</sup>

En 1945, en un curso dictado en la Universidad de Heilderberg, se refirió al tema de la culpa alemana estableciendo una distinción por demás interesante. Habló en principio de la culpa criminal que compete a los ejecutores materiales de los crímenes y para los cuales existen los tribunales y la justicia, y que debe ser juzgada y condenada de acuerdo a derecho. No hay arrepentimiento para este tipo de culpa, sino castigo. Habló

---

<sup>390</sup> Citado por Raffin, Marcelo, *La experiencia del horror. Subjetividad y derechos humanos en las dictaduras y posdictaduras del Cono Sur*, Buenos Aires, Editores del Puerto, 2006, p. 263.

<sup>391</sup> *Ibid*, p. 259.

<sup>392</sup> *Idem*, p. 263.

luego de una culpa política, que refiere a quienes teniendo los medios para evitar el crimen, dejan hacer, o como en el caso argentino, acompañan al régimen. Para estos, prescribió que “ningún político, ningún militar y ningún funcionario puede en el futuro invocar la razón de Estado o las órdenes”.<sup>393</sup> Porque al hacerlo, no sólo estaría renunciando a su autonomía personal, sino también a su dignidad. Habló asimismo de una culpa moral, que hace a la responsabilidad de una sociedad hacia aquellos que la integran, y de la que no es posible desentenderse porque tal responsabilidad no se comprende sólo en términos de aquello que la sociedad acompañó decididamente, sino de lo que no fue capaz de evitar.

Debe pensarse que Jaspers no reclamaba conductas heroicas, sino una reflexión sobre lo que podría haberse efectivamente hecho y se omitió. En este caso, entiende que puede corresponder una suerte de arrepentimiento. Cuando se habla de las acciones u omisiones en que incurrió la sociedad civil, no se trata de construir una responsabilidad general en la que todos son culpables, y en última instancia, nadie lo es. Tampoco se trata de suponer que la sociedad es un sujeto homogéneo capaz de un accionar unificado. Pensamos más bien en conjuntos de actores partícipes de organizaciones laborales, culturales, profesionales o sociales con una autonomía relativa y cierta capacidad de acción. Pero hay que reconocer que en la Argentina esa sociedad debió enfrentarse con el hecho de que el “Proceso” estableció una ruptura con las reglas que habían regido hasta ese momento y con las formas de gobierno, aun durante los regímenes militares. El arrasamiento completo de un grupo político no había sido el principal objetivo de ningún gobierno anterior, civil o militar.

El régimen impuesto desde 1976 tenía como objetivo ajustar cuentas con una sociedad que se había mostrado permeable a plantearse luchas libertarias; luchas que desde el ideario militar eran la antesala de una revolución social llamada a derrocar las formas occidentales y cristianas de vida de nuestro país. En este sentido, se hace arduo aceptar la idea de que lo ocurrido fue producto del desborde de las FF.AA. al tratar de poner fin al movimiento guerrillero. Sin embargo, este fue el fundamento que dio lugar a uno de los actos más importantes llevado a cabo por el primer gobierno democrático: el enjuiciamiento de los militares que habían sido parte de las Juntas gobernantes y de los miembros sobrevivientes de las organizaciones armadas. Para tal fin, llevó adelante una operatoria discursiva, bastante exitosa, en la que igualaba a ambos grupos e impartía justicia simétrica como forma de dar un corte al pasado.

---

<sup>393</sup> Citado por Garzón, Ernesto en el “Prólogo” a Jaspers, Karl, *El problema de la culpa. Sobre la responsabilidad política de Alemania*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 39.

Es posible que el gobierno de transición no estuviera a la altura de las circunstancias, dicho esto en el sentido de comprender cabalmente a qué se estaba enfrentando. La dictadura que lo precedió había exterminado a una cantidad indeterminada de militantes políticos, encarcelado a varios miles más, expulsado al exilio a otros tantos; se había apropiado de los hijos de sus víctimas y generado centenares de campos de exterminio, por lo que en el exterior se la conocía como “el pequeño Reich”. El gobierno radical trató de resolver semejante enormidad acusando a cúpulas militares y guerrilleras, y recurriendo discursivamente a la idea de que todo efecto reconoce una causa. Por lo tanto, siguiendo ese razonamiento, si hubo represión fue porque previamente hubo hechos violentos que la desataran. La dupla violencia-represión se constituyó en un eje argumentativo que se expresaba de la siguiente manera: porque en los años 1970 apareció la violencia como forma de la política, se hizo necesaria la represión. La violencia quedó situada de manera abstracta, como cuestión primera y causal, casi como una pulsión de muerte que irrumpió desde ningún origen ni participación en la historia. El efecto obvio de esa violencia irracional no pudo ser otro que una represión tan demencial como su causa. Queremos señalar que para cuando los primeros grupos guerrilleros hicieron su aparición en el país, ya había habido cinco golpes de Estado contra gobiernos constitucionales, y que la sociedad civil estaba acostumbrada:

[a] las marchitas militares transmitidas en cadena, señal de tormenta en los cuarteles, que terminaron siendo casi equivalentes al pronóstico meteorológico para indicar si, por las turbulencias del ambiente, era conveniente o no que los ciudadanos salieran a la calle.<sup>394</sup>

Lo dicho no obsta para reconocer que las organizaciones guerrilleras no supieron o no pudieron romper con una lógica militarista después del triunfo electoral del peronismo en 1973. Y que esta cuestión fue horadando su relación con las agrupaciones populares que habían llevado a cabo una dura resistencia contra la dictadura de Onganía y Lanusse. Pero sobre todo, las separó de la sociedad el hecho de que ésta comenzara, antes del golpe de 1976, a visualizar los enfrentamientos como lucha de aparatos militares en igualdad de condiciones. Acordamos con Pilar Calveiro en que “las armas son potencialmente enloquecedoras”<sup>395</sup>. Esta cuestión es la que desarrolla en su lúcida crítica a la organización guerrillera Montoneros, de la que dice:

El llamado a la construcción de un ejército popular, la declaración de una guerra que no quedaba verdaderamente clara para nadie y la insistencia en una práctica que tendía a incrementar los niveles de violencia no eran acciones que

---

<sup>394</sup> Castellani, Donatella, *La impunidad de los discursos*, Buenos Aires, Nueva Generación, 2003, p. 30.

<sup>395</sup> Calveiro, Pilar *Poder y desaparición* op.cit. p. 17

coincidieran o se asimilaran fácilmente a las prácticas desarrolladas por el movimiento peronista, que, si bien nunca había permanecido ajeno al uso de la violencia también había sido muy cauto en sus enfrentamientos.<sup>396</sup>

Leída desde una lógica de medios y fines, la dupla violencia-represión resultó tremendamente eficaz para exculpar a todo aquel que no hubiera estado directamente involucrado en alguno de sus términos. En el Decreto 157/83<sup>397</sup>, se menciona a ambos grupos como “flagelos”, en una clara alusión al término bíblico que refiere a una catástrofe de carácter externo a la sociedad que la sufre. Y es en este sentido en que sirvió perfectamente de basamento a la teoría de los dos demonios. Una teoría que al negar la historia de luchas y reclamos de los años previos al “Proceso” generó la idea de que un grupo de enajenados tomó las armas con el objetivo de hacerse materialmente con el gobierno del país, cuestión que llevó a otro grupo de locos, pertenecientes a las FF.AA., a implementar un régimen capaz de matar a cualquiera que se le cruzara por delante. Todo esto bajo las narices de una sociedad atónita que nada podía hacer al respecto. Un relato tremendamente eficaz a la hora de brindar una explicación exculpatoria y ajenezante para la sociedad sobreviviente. Porque si lo que hubo fue una victimización colectiva, entonces no tiene sentido problematizar el rol jugado durante el exterminio. El problema, a nuestro juicio, radica en que es una explicación insuficiente en la que el acontecimiento no queda contenido, y por lo tanto, tiende a retornar bajo otros ropajes.<sup>398</sup> Podemos suponer que funcionó, justamente, porque no se trataba de una sociedad infantilizada por el terror, que no alcanzaba a comprender lo ocurrido. Por el contrario, se trataba de una sociedad que intuía lo ocurrido, pero que por eso mismo no podía asumirlo. Al igual que el sobreviviente, sabía que había cruzado límites que no creía que pudieran cruzarse; pero a diferencia del que vuelve del campo, negó y clausuró lo sucedido refugiándose en explicaciones metafísicas o teológicas. Explicaciones precarias que, como enuncia Raffin, ocultan un hecho sensible:

[...] no son ni unos ni otros los únicos responsables de una violencia sin precedentes en la historia de esta sociedad, sino más bien, toda una serie de prácticas, dispositivos, ideas amasadas durante años –probablemente décadas–, silencios, complicidades y aquiescencias, encabalgados y encadenados entre sí,

---

<sup>396</sup> Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, op. cit., 2008, p. 104. La descripción que se realiza en la cita hace referencia a las posiciones tomadas por la organización en los años 1975 y 1976.

<sup>397</sup> Junto con el decreto que ordenaba el enjuiciamiento de las Juntas militares que habían gobernado durante el “Proceso”, el presidente Alfonsín ordenó la persecución penal de las cúpulas sobrevivientes de las organizaciones guerrilleras Montoneros y ERP.

<sup>398</sup> Por otra parte, la adscripción social y política de las víctimas de los campos viene a desmentir el hecho de que las FF.AA. llevaron adelante una lucha sólo contra combatientes de organizaciones armadas.

que crearon las condiciones necesarias para la producción, reproducción y potenciación de la violencia.<sup>399</sup>

Todo el período previo al golpe de 1976 estuvo enmarcado en una lógica que admitía como valores el compromiso con lo público y con la política. Dentro de las formas de la política, la lucha y la confrontación eran reconocidas como modos legítimos para la transformación social. El enfrentamiento entre Este y Oeste teñía muchos de los discursos de un carácter binario: ellos o nosotros. El compromiso con lo colectivo, la disciplina y el esfuerzo, caracterizó a buena parte de los militantes populares.

Si la idea de culpables e inocentes venía por una parte a simplificar las cosas, por otro lado, obturaba toda recuperación de las luchas populares del pasado so pena de quedar atrapadas bajo el mote de “terrorismo insurgente”.<sup>400</sup> En los años que siguieron, fue moneda corriente frente a reclamos populares enunciar desde los espacios de poder que esos movimientos estaban “infiltrados por subversivos”. Como complemento de esta situación, debemos destacar que luego del juicio a las cúpulas militares, el mismo gobierno de transición, como respuesta a un levantamiento militar, ponía fin a los procesos seguidos contra el resto de los perpetradores aduciendo que su responsabilidad se limitaba a haber obedecido órdenes dadas por sus superiores. Dejarlos sueltos y enunciar que “la casa está en orden” era enviar un mensaje temible a la sociedad, porque a partir de ese momento no sólo quedábamos obligados a convivir cotidianamente con asesinos y torturadores impunes, sino que eso constituía el “orden natural de las cosas” en el interior de la “casa-país”. Este episodio, que podría interpretarse como la estrategia política de un gobierno que se consideraba a sí mismo débil, dejó en el imaginario de la sociedad la marca de la impotencia. Porque el episodio relatado y el “Felices Pascuas” fueron dichos a una multitud concentrada en la Plaza de Mayo que llegó a sumar más de medio millón de personas movilizadas defendiendo la democracia. El término *impotencia* resume, en este caso, un proceso en el que una situación afrentosa produce indignación, pero ese sentimiento no puede salir del plano de la potencia para transformarse en acto, porque queda demostrado que toda acción es inútil o, en el peor de los casos, peligrosa. La teoría de los dos demonios no sólo situaba a la sociedad del lado de la inocencia, sino además, en el de una derrota inmodificable, porque toda confrontación con el poder hegemónico era sinónimo de locura y de pulsión de muerte.

---

<sup>399</sup> Raffin, *op. cit.*, p. 273.

<sup>400</sup> Esta expresión es utilizada por Hugo Vezzetti en su libro *Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2002) en distintos momentos, pero sobre todo, cuando analiza la teoría de los dos demonios en el capítulo que dedica al juicio a las Juntas.

## 5. La resistencia en los lugares mínimos

El 24 de marzo de 1976, Guillermo Kuitca se levantó para ir al colegio, no puso la radio y a las ocho menos cuarto estaba parado en la puerta escuchando que el portero le decía: “No, pibe, hoy no hay clases, hubo golpe de Estado”. Un año después, les mostraba sus cuadernos a quienes querían verlos. En ellos dibujaba con carbonilla unas figuras de trazo elemental que asemejaban madres con garrotes en las manos, listas a descargarlos sobre sus hijos. Pero sería a principios de los años ochenta cuando sorprendería a todos con su serie “Nadie olvida nada” y sus famosas “camitas” expuestas en la Galería del Retiro. Camas vacías o bien en las que duermen niños a punto de ser aplastados por el garrotazo de sus madres; cochecitos de bebé en precario equilibrio al borde de una escalera; sillas tumbadas; interiores de habitaciones en falsa escuadra alumbradas lúgubremente por una lamparita que pende del techo; puertas entreabiertas que –se intuye– conducen a lugares infernales; figuras humanas diminutas rodeadas por paredes descomunales. Todo pintado con amarillos o rojos, plenos y amenazadores, o en su defecto, colores “sucios” propios de una paleta impura. En síntesis, espacios ominosos, claustrofóbicos, agobiantes que encerraban frágiles figuras humanas, a través de los cuales el adolescente Kuitca nos mostraba el mundo en el que habíamos vivido durante los peores años del “Proceso”. Plásticos como Kuitca, Gorriarena, Páez, Suárez, Médici o Eckell, por nombrar sólo algunos, creaban con sus muestras pequeños espacios de encuentro para los náufragos que deambulaban por una Buenos Aires hostil.

La cinemateca del teatro SHA era otro espacio inverosímil en medio de la represión, ya que en ella era posible ver *La condición humana*, de Masaki Kobayashi, o *Trono de sangre*, de Kurosawa, sin ser detenido a la salida.

Para la época, un grupo singular fue el de los reporteros gráficos. Marginales en la profesión del periodismo, eran sin embargo testigos privilegiados de lo que ocurría. Un número importante de ellos atesoró durante años las imágenes del “Proceso” y la vida cotidiana para arriesgarse a exponerlas a fines de la dictadura en una muestra en la que se podía ver, entre otras cosas, al general Galtieri haciéndole la venia a un caballo o al ex presidente Videla hurgándose la nariz.

Si bien estos actores y espacios funcionaron como transmisores de información o como santuarios en los que refugiarse, el modo más implacable de resistencia al régimen se hizo presente en el mes de abril de 1977. Lo habían planeado cuidadosamente, no se iban a equivocar porque habían seguido los consejos de los asesores americanos, y todo

estaba siendo llevado a cabo de manera rápida y secreta. Contaban con el hartazgo de la sociedad frente a la espiral de violencia. Algunas organizaciones estaban infiltradas, pero por sobre todo, habían juntado información en los últimos tres años. Los “feroces subversivos” caían como moscas. ¿Qué podía salir mal? ¿Quiénes iban a atreverse a enfrentarlos? Estas reflexiones quedaron trucas cuando al mirar por la ventana de la Casa de Gobierno el hombre de uniforme vio en la Plaza de Mayo la figura de catorce mujeres que, obligadas a circular por la policía, habían empezado a marchar alrededor de la Pirámide. Azucena Villaflor, Haydee García Gastelú, Mirta Baravalle, Delicia González, Berta Braverman, Pepa Noia, Ketty Neuhauss, Pocha de Caimi, Raquel Arcushin y las cuatro hermanas Gard encabezadas por Adela junto con una joven daban comienzo a la larga marcha de las Madres de Plaza de Mayo.

[...] la esperé durante años y Franca duró en la ESMA menos de un mes [...] estaba sentada en una oficina del Ministerio del Interior y al lado mío había una señora, aprovechamos y cuando el oficial se levantó, bajito me dijo: “¿Venís por un hijo?”. Era Haydee, luego me contó de las reuniones de los jueves en la Plaza [...] lo bueno de estar juntas es que nos intercambiábamos nombres (de personalidades) para escribirles, estar con ellas me daba esperanzas [...] lo nuestro fue una mezcla de afecto y razón, con el primero nos manteníamos fuertes, la otra nos decía qué hacer [...] cuando desapareció Azucena, ni se nos ocurrió separarnos [...] el miedo lo superamos juntas.<sup>401</sup>

Nosotras aprendimos a caminar con el miedo... En la búsqueda de mi hijo fue que encontré a Azucena y su creación de la Plaza de Mayo [...] puse en eso toda mi pasión. Recuerdo que nos dijo: “Vayamos donde siempre fue el pueblo cuando quiso saber”. A mí y a muchas nos salvó del manicomio... y sé que tengo razón porque no es la misma situación mental del que lucha que del que abandona... No hicimos nada heroico, hicimos lo que teníamos que hacer, hicimos lo que algo más fuerte que nosotras mismas nos pedía que hiciéramos.<sup>402</sup>

Los propios militares las habían juntado entregándoles un objetivo común al negarles información sobre el destino de sus hijos. Se conocieron en el Ministerio del Interior, donde las insultaban y les decían que debían haberse preocupado antes por lo que hacían sus familiares, o en la antesala del cura Graselli, que las interrogaba y les hacía comentarios perversos sobre lo que podía estar ocurriendo con los que buscaban. Ese mismo año y para poder reconocerse en una procesión al santuario de Luján, decidieron usar un pañuelo del mismo color: blanco.

Para fines de 1977 ya eran centenas. Chela Mignone les abrió la puerta de su casa. Se sumaron Enriqueta Maroni, Vera Jarach, Laura Conte, Marta Vázquez, la gallega

---

<sup>401</sup> Entrevista a Vera Jarach, Madres Línea Fundadora, abril de 2006.

<sup>402</sup> Entrevista a Adela Gard de Antokoletz, diario *Página 12*, octubre de 1996.

Carmen, Matilde Melibosky, René Epelbaum, Nélica Galletti, Nora Cortiñas, Aida Sarti, Lita Boitano y las madres de La Plata con Hebe de Bonafini a la cabeza.

[...] lo bueno es que esta unión de mujeres fue muy abierta, nadie le preguntaba a la otra de qué religión era, nadie le preguntó a la otra qué ideología tenía y además tampoco importaba la situación social, éramos todas una, y lo que nos unía era el dolor tremendo y el hijo desaparecido [...] la palabra desaparecidos era desconocida para nosotras [...] Con el correr del tiempo te vas dando cuenta de la realidad y que esa famosa palabra que empezás a utilizar, “desaparecido”, significaba no lo que quiere decir, porque nadie puede desaparecer, sino que significaba la muerte... Emilio [Mignone] había hecho una cuenta: en la Asamblea había un registro de 6.000 casos, eso quería decir que el número real debía ser mayor, tal vez rondar los 15.000 o 20.000 detenidos, los militares decían que tenían campos de reeducación en el sur, pero esa cantidad de detenidos no se puede ocultar, la gente habla, los que los vigilan deben ser un número semejante, hablan con sus familias, lo más seguro era que los habían matado a todos.<sup>403</sup>

No nos pudieron quitar el humor a las madres, no nos pudieron quitar la sonrisa, y yo creo que es porque nuestros hijos luchaban por la vida, para poder disfrutarla y cada madre o padre lo trata de recuperar, a veces cuesta, en mi caso yo soy más juguetona, me acuerdo que con Olga Aredes siempre terminábamos las marchas bailando al ritmo de Teresa Parodi o León Gieco, eso nos dio siempre fuerzas para seguir luchando, si no se lucha con alegría no sirve [...] durante mucho tiempo estuve sin cocinar soufflé de choclo que era el favorito de mi hijo Gustavo hasta que Marcelo, mi otro hijo, me dijo: “Mamá, a mí también me gusta el soufflé de choclo” [...] durante el primer tiempo uno no come un helado, no toma un vasito de vino, ni cocina rico porque pensás en el que no está, si comerá, si tendrá frío, siempre estás pensando dónde estará [...] la Plaza no es un reemplazo del cementerio, es el lugar en donde los que no están recuperan su voz a través nuestro.<sup>404</sup>

Los militares nunca entendieron la naturaleza de su lucha, por eso no pudieron vencerlas. Las homologaron con la “subversión” sin preguntarse por lo que las motivaba, y en diciembre de 1977 les aplicaron la receta conocida. Al salir de una reunión en la iglesia de la Santa Cruz, destinada a juntar fondos para una solicitada, fueron secuestradas nueve personas, dos de ellas eran Mary Bianco y Esther de Careaga. Treinta años después, sus cuerpos recuperados del Río de la Plata y enterrados como NN serían identificados por los antropólogos forenses, y hoy descansan en los jardines de la misma iglesia. Azucena Villaflor, a quien todas reconocían como la organizadora del movimiento, fue secuestrada en los alrededores de su casa y trasladada a la ESMA. Sus restos están hoy en la Plaza de Mayo. A pesar de lo ocurrido, la solicitada salió igual.<sup>405</sup>

---

<sup>403</sup> Entrevista a Enriqueta Maroni, Madres Línea Fundadora, julio de 2006.

<sup>404</sup> Entrevista a Nora Cortiñas hecha por Mario Wainfeld en la Biblioteca Nacional, en el marco de la conmemoración de los treinta años del golpe de Estado de 1976.

<sup>405</sup> Copia de solicitada de 1977, archivo de Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora.

54.420

diciembre 1977?

POR UNA NAVIDAD EN PAZ

SOLO PEDIMOS LA VERDAD

Al Excmo. Señor Presidente  
La Corte Suprema de Justicia

A Los Altos Mandos De  
Las Fuerzas Armada

A la Junta Militar  
A Las Autoridades Eclesiasticas  
A La Prensa Nacional

El Sr. Presidente de la Nación Tte. Gral. Jorge Rafael Videla en su conferencia de prensa del 14 de este mes reiteró el concepto vertido anteriormente por el Sr. Ministro del Interior Gral. Harguindeguy según el cual las Autoridades Argentinas nada tienen que ocultar.

El Sr. Comandante en Jefe Gral. Viola ha dicho refiriéndose a la suerte corrida por los "desaparecidos"....."el Ejército lo sabe. Lo sabe y lo siente porque no es insensible y comprende el dolor"....."pero no dará explicaciones".

Todas estas Altas Autoridades han manifestado en ésas y otras ocasiones su comprensión del dolor que sentimos los familiares y reiterado albergar de cristianos sentimientos de piedad.

Si es así sólo eso les pedimos: Cristiana Piedad

LA PIEDAD DE NO ENLOQUECERNOS CON LA DUDA.

LA PIEDAD QUE EXIGE CORAJE.

EL CORAJE DE INFORMAR LA VERDAD.

Hemos agotado todos los medios para llegar a LA VERDAD, por eso hoy públicamente, re-querimos la ayuda de los hombres de bien que realmente AMEN LA VERDAD Y LA PAZ Y DE TODOS AQUELLOS QUE AUTENTICAMENTE CREEN EN DIOS Y EN EL JUICIO FINAL, DEL QUE NADIE PODRA EVADIRSE.

El Sr. Presidente prometió en 1977 "Una Navidad en Paz"

No puede haber paz para las conciencias argentinas hasta tanto no se diga la verdad.

LA VERDAD que pedimos es saber si nuestros DESAPARECIDOS ESTAN VIVOS O MUERTOS Y DON-DE ESTAN.

Está en manos de las Autoridades Argentinas que la promesa del Sr. Presidente pueda convertirse en realidad en esta Navidad de 1979.-

MADRES DE PLAZA DE MAYO

El año 1978 estuvo dedicado al Mundial de fútbol. El 1° de junio, el estadio Monumental del club River Plate estaba repleto, ochenta mil almas aplaudían a rabiar en un ambiente de fiesta y los integrantes de la Junta sonreían felices. A la misma hora, en una Plaza de Mayo completamente vacía, un centenar de mujeres que habían estado desperdigas por los bancos se agrupaban para marchar alrededor de la pirámide. Un equipo de periodistas internacionales las filmaba y les entregaba los micrófonos. Con la voz dolorida, resumían la situación:

Hace dos años que estamos así, mi hija estaba embarazada de cinco meses cuando se la llevaron, mi nieto tiene que haber nacido en agosto del año pasado, hasta ahora no he podido saber nada de ellos... Somos miles de mujeres, nosotras solamente queremos saber dónde están nuestros hijos, vivos o muertos, no sabemos si están enfermos, si tienen frío, si tienen hambre, no sabemos nada y tenemos desesperación, señor, porque ya no sabemos a quién recurrir; ministerios, embajadas, consulados, iglesias, todas las puertas se nos han cerrado, ustedes son nuestra última esperanza, ayúdenos, ayúdenos, por favor.<sup>406</sup>

Para entonces, ya habían aprendido todo tipo de estrategias. Por ejemplo, sabían que las cartas dirigidas a personalidades en el exterior no se podían despachar desde territorio argentino, porque jamás llegaban; o buscaban información a como diera lugar:

Cuando se llevaron a Horacio, era soldado, por eso, durante dos o tres años yo personalmente paré a cuanto conscripto encontraba para preguntarle si donde él hacía la colimba había visto algún movimiento de gente prisionera, porque al principio estaba segura de que lo tenían en algún destacamento militar, yo juntaba los datos que me iban dando los soldados, iba a visitar a un general amigo y le decía “vos me decís que no podés averiguar nada, mirá todo lo que yo averigüé interrogando por la calle a tus soldados. Vos me decís que nunca voy a saber nada, pues yo te digo que si una simple madre pudo obtener toda esta información, es porque todo se va a saber...”. Nosotras pudimos darnos cuenta de la importancia de lo que hacíamos y cuánto molestábamos cuando desapareció Azucena, hasta ahí era como que lo nuestro ni se veía, no había una conciencia de que eso era importante, era necesario para nosotras, pero a ellos les molestaba esa presencia muda de la madre ahí en la plaza, y lejos de asustarnos, fue para nosotras un incentivo, si eso era lo que les molestaba, eso íbamos a hacer [...] Recuerdo de mi infancia que la muerte no estaba ligada a algo triste porque, como gente pueblerina, el día de todos los muertos se iba al cementerio y a continuación una gran reunión con todos los tíos con lechón y raviolos como se estilaba en el campo, los muertos eran parte de la vida.<sup>407</sup>

[...] tuvimos que aprender a hacer cosas que no sabíamos, que no pensábamos que íbamos a tener que hacer, con miedo, con terror, porque éramos molestas, aprendimos de nuestros hijos ciertos códigos, a observar, a cuidarnos, a tener algunas formas de comunicación que ocultaran dónde nos íbamos a encontrar: te espero en Las Flores (la confitería Las Violetas), los timbres del teléfono con código, vas a hacer una carta para el señor de Blanco cuando le escribíamos al Papa, habíamos aprendido que teníamos que preservarnos para poder trabajar, con mucha inocencia y con mucha esperanza nosotros pensábamos que pronto iban a regresar los hijos [...] empezamos tratando de ver chiquitos en las casas, cunas que no nos dejaban ver, luego chiquitos de jardín, después con guardapolvo blanco, después en vaqueros y remeras, y hoy estamos con trajes y corbatas.<sup>408</sup>

El último párrafo de la declaración hace alusión a la búsqueda de los chicos nacidos en cautiverio o secuestrados junto con sus padres, de los que a la fecha se han podido recuperar más de un centenar. De ellos, más de cuarenta se reencontraron con sus

---

<sup>406</sup> Testimonio grabado en el documental *Malajunta*.

<sup>407</sup> Entrevista a Haydee García Gastelú, Madres Línea Fundadora, 2007.

<sup>408</sup> Entrevista a Estela de Carlotto en la Biblioteca Nacional, en la conmemoración de los treinta años del golpe de Estado de 1976.

familias entre el año 2001 y el año 2011, producto de una búsqueda incansable por parte de las Abuelas de Plaza de Mayo.

Las estrategias de lucha y de resistencia de Madres y Abuelas no pueden ser abarcadas en un simple apartado, apenas si las hemos esbozado dándoles la palabra a través de sus testimonios, pero sí es posible adelantar algunas reflexiones. Que alguien desaparezca quiere decir nada más y nada menos que eso, no es un eufemismo para referirse a la detención de un opositor político o un luchador social, es alguien que de un momento para otro no está, sobre el que los familiares no pueden obtener información, ni saber si está vivo o muerto: no hay cuerpo ni ceremonia de duelo. Una situación que, al prolongarse en el tiempo, trastoca profundamente la subjetividad de los familiares que la padecen, pero a la vez pone en cuestión los enunciados fundamentales que regulan las representaciones compartidas y los contratos estructurantes en el interior de una sociedad.

Todo sistema social provee a cada uno de sus integrantes lo que se denomina “certezas básicas”. Éstas permiten la constitución de una cotidianeidad previsible hecha de rutinas y prácticas establecidas. Cuando esas certezas básicas se quiebran, producen profundas transformaciones en los sistemas de representaciones de los agentes sociales. La forma que la represión asumió durante el proceso militar desató sobre los actores sociales una violencia no sólo en el orden material, sino básicamente en el orden simbólico, que no se limitó a los familiares de desaparecidos, sino que hizo centro en todo el cuerpo social. Pero fueron esos familiares sometidos a situaciones extremas los que debieron estructurar formas de resistencia que tuvieron que ver, por ejemplo, con darle nombre a lo que faltaba: la presencia-ausencia del desaparecido. O bien, convertir esas formas de resistencia en actos creativos que permitieran a la subjetividad dañada correrse del lugar de la repetición y proyectarse o vincularse nuevamente con lo social, a partir de estrategias que resultaron inesperadas para el poder, y por lo tanto, les otorgaron mayor eficiencia para enfrentarlo. Esas estrategias implicaron, para los actores involucrados, profundos cambios en sus representaciones y disposiciones sociales, así como en la propia constitución subjetiva, permitiendo transformar vivencias personales en significados colectivos.

Hemos elegido para cerrar esta parte un pequeño texto de Bauman que sintetiza algo de lo que quisimos exponer:

El mal no necesita de seguidores entusiasta ni de público que le aplauda. El instinto de conservación lo hará todo, animado por el pensamiento reconfortante de que, gracias a Dios, todavía no me toca a mí; si ahora me escondo, todavía me puedo escapar. El mal no es todopoderoso. Se puede resistir. El testimonio de los

pocos que se le resistieron acaba con la autoridad de la lógica de la propia conservación. Demuestra lo que en definitiva es: una elección.<sup>409</sup>

---

<sup>409</sup> Bauman, *op. cit.*, p. 282.

## **Epilogo**

## 1. A modo de conclusión

Cuando nos planteamos el problema del campo de exterminio y la producción de subjetividades en la experiencia argentina en el período 1976-1983, una de nuestras finalidades era la de hacer una lectura diferente del tema que permitiera arrojar una cierta luz sobre la cuestión y sus consecuencias en las configuraciones sociales posteriores.

En la primera parte de la tesis, nos propusimos abordar la cuestión del gobierno de la vida y su deriva en una tanatopolítica, es decir formularnos la pregunta: ¿qué es lo que lleva a una formación social a apelar a prácticas de exterminio como forma de reordenamiento interior? Fue, sin dudas, la “caja de herramientas” foucaultianas la que nos permitió hacer esa interpretación distinta de lo que significaba, por ejemplo, que el discurso fundante del “Proceso” afirmara que su finalidad era “salvar a la sociedad y preservar la vida de sus miembros” mientras que aplicaba un sofisticado dispositivo para exterminar a una parte de esa misma sociedad. Michel Foucault ligó, de la manera más potente, la relación entre vida y política cuando destacó que esa relación no sólo construía subjetividad sino que jugaba un papel no explorado en el modo de producción de la vida a través de las técnicas de normalización y disciplinamiento. Técnicas que hicieron centro en el cuerpo de los hombres y establecieron lo normal por oposición a lo anormal y en las que claramente es el viviente el que entra en relación con lo social y no sus atributos. El conjunto de hombres constituido en población da lugar a nuevas líneas políticas y será la biopolítica la encargada de articular cuerpo y población bajo las formas de la disciplina y la regulación estableciendo rupturas, umbrales y cesuras entre los distintos grupos humanos. Ahora bien, en ese intento de constitución y articulación de la vida con la política surgen, en algunas ocasiones, formas que se resisten a su normalización. La vida no necesariamente responde a la cualificación que se le quiere imponer y se manifiesta como resistencia. Es entonces, cuando el poder, que se reclama defensor y custodio del bienestar de esos cuerpos y esas poblaciones, despliega mecanismos de violencia normalizadora interviniendo, en ciertos casos, con una intensidad sin precedentes, o dicho de otra manera, cuando la biopolítica, en determinadas circunstancias, se transmuta en tanatopolítica y en nombre de la preservación de la vida se comporta como dadora de muerte.

Dentro de esa primera parte vimos cómo al hacer de la vida su objeto, el poder controla, produce y organiza esa vida. Para ello, como hemos dicho, establece jerarquías y separaciones modulando la intensidad de las desigualdades y diferencias pero, como se ha visto a lo largo del siglo XX, también establece mecanismos por los cuales despoja a

ciertos grupos de sus cualidades humanas; lo que Arendt llamó “vidas superfluas”. Esta cesura delimita la relación que esos grupos tienen con la ley, o mejor dicho, en el caso de los grupos deshumanizados, la relación con la excepción y su exposición a la violencia soberana que se manifiesta como violencia tanatopolítica. También aquí fueron las conceptualizaciones foucaultianas las que nos permitieron, por una parte, analizar cómo se construye una cesura al interior de una sociedad y por qué esa misma sociedad la acepta creyendo que con ello preserva la vida y, por otra, nos habilitaron a un rastreo genealógico de esa cesura en otros momentos históricos de la Argentina. Enriquecimos esos análisis con las construcciones filosóficas de Roberto Esposito sobre la relación entre *communitas* e *immunitas*, donde la primera aparece vinculada a una compensación entre sus miembros mientras que la segunda funciona como una dispensa de la devolución del don recibido y permite a los hombres conservar lo propio alejado de lo común. El dispositivo inmunitario funcionará en el cuerpo social en la modalidad del anticuerpo que conserva la vida y destruye aquello que la daña.

Siguiendo estos planteos, rastreamos cómo se conforma un “grupo víctima”, porque entendimos que de las posibilidades que una formación social tenga de neutralizar o no a aquellos que perturban su devenir, dependen las prácticas que pone en acto. Reordenar una sociedad implica construir o gestar nuevas subjetividades que resulten congruentes con el régimen de acumulación y de producción vigente o que se está conformando. Si esto puede hacerse desde prácticas disciplinarias establecidas, entonces ciertos lugares de encierro serán los encargados de modelar a los hombres. Cuando las transformaciones sean más profundas, se hará necesario apelar a dispositivos diferentes. ¿Qué ocurre cuando un grupo pone en entredicho el orden existente y las prácticas disciplinarias no logran su cometido? Aparecen entonces el enfrentamiento de la comunidad con una parte de sí misma bajo la modalidad del “todos menos uno” y la puesta en marcha del dispositivo inmunitario, el dispositivo capaz de conservar destruyendo lo que el poder ha establecido que corrompe e infecta el orden social. El hecho de hacer hincapié en el “todos menos uno”, nos permitió arrojar luz sobre la ilusión, que la sociedad construye, de que es posible alejar la violencia, que en ella anida, a partir de la eliminación de un grupo que pone en evidencia sus contradicciones internas. Esa misma ilusión le permite suponer que si introduce una cuota de violencia y la dirige contra un cierto grupo evitará que esa violencia se expanda por todo el entramado social. Esto conduce a la puesta en acto del dispositivo inmunitario que permite pensar al disidente político como enemigo biológico y por tanto, operar sobre él aislándolo para luego eliminarlo, tal y como ocurre en los procesos inmunitarios. Justamente, pensar la sociedad

como metáfora de un cuerpo hace posible utilizar el discurso médico-biológico para establecer una forma de combate que se asimile con la purificación y que habilite la eliminación de los grupos previamente segregados. Pero su eliminación contendrá todavía un plus, al funcionar como una forma de disuadir la resistencia que pudiera generarse cuando las transformaciones sociales producen tensiones difíciles de controlar. El resto de la comunidad entenderá lo ocurrido como una advertencia que invita a poner freno a las demandas. Queremos aclarar que no tomamos la idea de la guerra suponiendo que lo ocurrido en la experiencia argentina 1976-1983 fuera una “guerra”, sino como una modalidad que da preeminencia a una forma binaria de entendimiento y resolución de los conflictos, que hemos rastreado históricamente. En síntesis, el recorrido por estas categorías teóricas nos situó frente a un modo particular de explicar el exterminio de un grupo en el interior de una comunidad.

El siguiente paso fue caracterizar al “grupo víctima”. Pudimos establecer que el grupo elegido es, por lo general, vulnerable o bien reviste un carácter de ajenez con respecto al resto de la sociedad, pero fundamentalmente debe portar un estigma distintivo que permita aislarlo. Desde el discurso del poder, se lo presenta como hostil a la comunidad y sin posibilidad de ser integrado a ella, lo que puede traducirse en un lenguaje llano: al no querer ser normales, lo mejor es que no sean. Si se piensa en los distintos grupos que han sido o son estigmatizados en los siglos XX y XXI<sup>410</sup>, se puede ver que comparten características comunes: una lucha por la autodeterminación, entendida como control del propio cuerpo o como derecho a prácticas culturales, políticas o religiosas, y una constitución identitaria atravesada por alguna forma de pensamiento crítico, que funciona como guía de su acción frente a los discursos dominantes poniéndolos en entredicho. Esta última definición es la que más se acerca al caso argentino, ya que los grupos perseguidos mostraban una cierta autonomía de decisión que tenía como correlato prácticas políticas. Debemos aclarar que entendemos por autonomía de decisión la forma en que el orden social y el ejercicio del poder son puestos en cuestión, ya que se los concibe como el producto histórico del enfrentamiento de fuerzas políticas y sociales y no como “el único orden posible”. A modo de ejemplo, hemos analizado tres experiencias en la década de 1970 a las que dimos el carácter de “paradigmáticas”. Experiencias que dan cuenta de esas formas de autonomía planteadas por grupos disidentes al interior de diversas instituciones sindicales, laborales o médicas. Todas ellas estaban atravesadas por

---

<sup>410</sup> Pensamos en grupos nacionales como los armenios, grupos que amalgaman lo religioso y lo cultural como los judíos, que se constituyen a partir de la defensa de su derecho a una sexualidad diferente, que se integran marginalmente al mercado de trabajo como los inmigrantes o grupos cuyas posiciones y luchas enfrentan al régimen político.

nuevas formas de concebir el desacuerdo, se habían dado modos de organización renovadores difíciles de encauzar a través de los dispositivos de control existentes y concitaban una masiva adhesión por parte de sus representados. Queremos resaltar que al hacer nuestra esta posición podemos alejarnos de la idea de que los grupos se estigmatizan a partir de prejuicios que pueden ser erradicados con un poco más de civilización o racionalidad, o bien, resueltos a través de amables consensos. También nos aleja de la idea de que los grupos víctima portan algún tipo de culpa por lo que les ocurre o que con algún gesto podrían haberlo evitado. Como bien sabía Foucault, el poder se ejerce porque encuentra resistencia.

Nuestro siguiente paso fue rastrear lo hasta aquí expuesto en el caso argentino, y con más especificidad, explorar en distintas coyunturas históricas signadas por cambios estructurales significativos, el modo en que se construye un grupo estigmatizado, que se resiste o pone en duda el ejercicio del poder sobre los cuerpos o sobre las poblaciones. En el período de conformación del Estado-nación, asumió la forma de una guerra de conquista territorial entre el puerto de Buenos Aires y lo que se llamó el “Interior”, el grupo estigmatizado estuvo compuesto por los gauchos que no se avenían al trabajo en las estancias y por los habitantes originarios que ocupaban tierras requeridas para el cultivo o para la cría de ganado. La concentración de la propiedad de la tierra y su cercamiento, la prohibición de lo que se denominó como vagabundeo, la obligatoriedad de que las mercancías se comercializaran por el puerto de Buenos Aires, fueron políticas económicas que empujaron hacia los márgenes sociales a contingentes de hombres a los que se constituyó como enemigos del “progreso”. La contienda tuvo, entonces, el carácter de una limpieza étnica y se sintetizó como una lucha entre la civilización y la barbarie.

A este período sucedió un nuevo momento de adaptación a las demandas de un capitalismo que requería alimentos para sus obreros y materias primas para sus manufacturas. El tiempo del saladero y el matadero estaba tocando a su fin, se requería otro tipo de mano de obra que llegó de ultramar. En un lapso muy breve, quienes se ocupaban del manejo de los asuntos públicos entendieron que no todos los que descendían de los barcos eran aptos, sanos o normales como para incorporarse al cuerpo de la Nación. Se hacía necesario filtrar ese flujo de personas, moldear los cuerpos para el trabajo a destajo en la campaña o en las ciudades. La metáfora que se utilizó ya no hacía mención a una oposición al progreso y al orden necesario. Siguiendo las ideas europeas al uso, se hizo alusión a la “anormalidad” de los que no se adaptaban mansamente. El higienismo, con sus formas de representación orgánicas, nutría las decisiones políticas de un bagaje científico. El ejercicio del poder se fundaba en un discurso de verdad que habilitaba a

modelar los cuerpos necesarios para el trabajo. Si el virus de la anarquía o del socialismo infectaba el cuerpo social, era deber de los gobernantes separar a los contagiados de los sanos; si no era posible recluirlos en la cárcel, siempre quedaba el destierro o el ajusticiamiento sumario. Cuidado y protección de la vida a través del ejercicio de la muerte. La protesta social y la pobreza fueron estigmatizadas al relacionárselas con la locura y la criminalidad.

Años más tarde, cuando la crisis internacional obligó a iniciar un proceso de sustitución de importaciones manteniendo el modelo agroexportador, la escena social se pobló de migrantes internos a los que se bautizó con el nombre de “descamisados”. Nuevamente el “otro diferente” apareció como el enemigo al que había que someter al escarnio, esta vez, aparentemente, por sus prácticas culturales. Sin embargo, en esa coyuntura, lo nuevo se llamaba a sí mismo “pueblo”, demandando la parte que le era debida, litigando por ella sin descanso. La demanda de nuevos derechos puso en entredicho no sólo el reparto de la riqueza, sino también las formas de la dominación que, resultaba intolerable. El “descamisado” se mostraba como un nuevo sujeto político que ponía en discusión el régimen social naturalizado.

Todas las formas analizadas de estigmatización y de ejercicio de la violencia contra lo diferente tienen, en común el hecho de ser leídas desde una concepción binaria de amigo-enemigo al que se declara la guerra en nombre de la comunidad. La aparición de un “otro diferente” es permanentemente asimilada a una intrusión contaminante que, por su propio carácter de enfermedad, no habilita otra acción que no sea el ataque. Por otra parte, cada coyuntura está asociada a modificaciones no menores en la estructura económica, política y social que reclaman la constitución de subjetividades congruentes con esos cambios.

En la segunda parte, nuestro análisis se centró en los acontecimientos de la década previa al golpe de 1976 y a la caracterización del régimen dictatorial asociado al estado de excepción.

En los años 1970 y frente a la crisis del modelo de acumulación, los grupos de poder económico y su guardia pretoriana decidieron llevar adelante el disciplinamiento definitivo de los distintos sectores sociales que ponían en cuestión las prácticas sociales y políticas. Ese fue el momento en que comenzó a acuñarse el sintagma “delincuente subversivo”. La peculiaridad de aquel disciplinamiento consistía en que desechaba las formas represivas tradicionales y sus lugares de encierro para hacer propia una nueva forma de exclusión inclusiva que se encarnaría en el dispositivo del campo de exterminio. Para hacerlo posible, recurrieron al “estado de excepción” que los liberaba de las trabas

jurídicas a la vez que les permitía determinar al enemigo. Se trataba, entre otras cosas, de acabar con el universalismo de los derechos y con el “exceso de populismo”, a la vez que re-configurar las subjetividades con el objetivo de tornarlas más lábiles, más apáticas, menos demandantes y más individualistas. Veamos con detenimiento lo expuesto, es decir, el modo en que estado de excepción y campo de exterminio se enlazan en ese período. La dictadura que se instaló en 1976 se proponía establecer un nuevo orden a través de un proyecto fundacional que tenía como objetivo modificar radicalmente la sociedad argentina. Desde el comienzo, invocó un estado de necesidad fundado en la obligación de proteger la Nación del peligro que suponía para su integridad la acción de grupos políticos opositores. Para poder cumplir su cometido, decidió suspender la Constitución Nacional y reemplazarla por un Estatuto elaborado específicamente para el proyecto de “reorganización nacional”. Por último, monopolizó la decisión política. Justamente, esto fue lo que le permitió definir el enemigo y declarar que Argentina estaba en estado de guerra interna contra los que querían cambiar sus valores y principios soberanos. Decíamos anteriormente que el estado de excepción liberó al gobierno militar de las “trabas jurídicas”: suspendió los derechos ciudadanos y conculcó buena parte de las libertades civiles, transformando a la población en vidas disponibles. En términos concretos, la excepción devino regla y el gobierno militar determinó lo que era lícito o ilícito en cada ocasión. Si no estaba obligado a respetar el orden legal previo, entonces estaba en posición de construir un orden excepcional en el que todo fuera posible. Especialmente, en lo que respecta al tratamiento que iba a darle a los opositores políticos, o dicho de otra manera, si consideraba que los juicios, aún los sumarios, y el espacio carcelario no eran suficientes, entonces podía construir un nuevo espacio de reclusión: el campo de exterminio. Este espacio significó la posibilidad de disponer de la vida de los prisioneros el tiempo que se considerara necesario para luego asesinarlos silenciosamente y hacer desaparecer sus cuerpos.

En la tercera parte de la tesis, y previo a introducirnos en el análisis del campo de exterminio en la experiencia argentina, dedicamos un capítulo al *Lager* nazi. Esto obedeció a dos razones. La primera de ellas refiere al hecho de que el dispositivo que se despliega en el campo de exterminio, en términos paradigmáticos, conserva ciertos rasgos con independencia del lugar o el momento histórico en que se desenvuelve. Esto nos permitió rastrear características de su estructura y del comportamiento de los prisioneros para mejor entender la realidad de los campos que se establecieron en la Argentina durante el “Proceso”, de ahí la necesidad de relevar las figuras paradigmáticas que se produjeron en su interior: el *Kapo*, el *Sonderkommando* y el musulmán. Tres figuras que

se muestran como subjetividades obligadas a reconfigurarse y a cruzar límites éticos inimaginables sin tener por ello garantía alguna de supervivencia. La segunda razón obedeció a la idea de que el experimento nazi de reconfiguración biológica de la sociedad habilitó, en las sociedades occidentales, la posibilidad de ensayos semejantes para modificar ciertas formas sociales. Alterado topológicamente, alguna de sus prácticas se utilizaron en la guerra de descolonización en Argelia y con posterioridad en el caso argentino. Pero lo más importante es que el poder ya no practica la muerte en pequeña escala y de manera artesanal, sino que pone en acto un dispositivo sistemático, de colosal eficacia, capaz de aniquilar poblaciones enteras en un tiempo relativamente corto. El espacio del campo y sus prácticas aparecen como una nueva etapa en el ejercicio del poder. Un dispositivo en el que lo humano queda en entredicho ya que, por una parte, los perpetradores, en general hombres comunes, venciendo toda conciencia ética, se tornan capaces de los crímenes más abyectos, considerando esos crímenes como la forma de volver al orden natural de las cosas y, por otra, hay un desconocimiento del semejante por el semejante ya que el prisionero ha dejado de ser un sujeto de derecho a la vez que un sujeto moral para convertirse en algo así como un umbral entre una vida cualificada y una vida desnuda disponible para la muerte.

Como dijimos anteriormente, para que el dispositivo del campo pueda actuar, el poder político debe estar en condiciones de tratar a los hombres como vidas disponibles. Esa disponibilidad tiene como antecedente la gestión y normalización de los individuos, que no es otra cosa que la aplicación de la tecnología de control propia de la modernidad: la biopolítica. Dar forma a la vida no es simplemente fijar reglas y controlar que se cumplan, sino además moldear los cuerpos a partir de técnicas de individuación, es distribuir los cuerpos en el mapa de lo normal, lo sano y lo legal. Pero también es disponer sobre la población cesuras en torno de las cuales se decide la humanidad o no humanidad de los individuos, su relación con la ley o su ser abandonado por ella, y por lo tanto, quedar a merced de la violencia soberana. En este punto, incorporamos los conceptos elaborados por Agamben sobre nuda vida, *homo sacer* y estado de excepción como herramientas que nos permitieron entender el tratamiento que se da a lo que se considera una anomalía con respecto a la vida del hombre en su calidad de viviente. Esa anomalía, a la que se le otorga el carácter de *sacer*, es la que queda expuesta a la aplicación de una tanatopolítica que tiene como objetivo la selección de los mejores. Puede pensarse que eliminar el “error” o la forma defectuosa significa, en términos concretos, mantener a la Nación libre de razas inferiores o de rebeldes e inadaptados. Sin embargo, la ambigüedad de lo que significa ser un “ario puro” en la Alemania nazi o seguir los preceptos del “ser

occidental y cristiano” en la Argentina del “Proceso” hace que todo hombre que habite en la comunidad esté sujeto a ser examinado. Como en el relato de Kafka, la condena está siempre en suspenso.

En la cuarta y última parte de la tesis, trabajamos sobre el campo de exterminio en la experiencia argentina a partir de una hermenéutica del testimonio de los sobrevivientes. Asimismo analizamos el impacto de las prácticas represivas sobre la sociedad.

Consideramos que el campo es claramente ese espacio en el que se aniquila lo humano antes de atentar contra la vida; en el que la vida, tal y como la conocemos, desaparece antes de que el hombre esté muerto. Está ubicado dentro de la sociedad, pero a la vez está aislado de ella. En el caso alemán, se conoce su existencia; en el caso argentino, se intuye. Entre sus objetivos podemos reconocer la pretensión de homogeneizar la complejidad y las diferencias infinitas de los hombres. Para ello recurre al aislamiento, a la degradación y al sinsentido tratando de reconfigurar la subjetividad del prisionero, de “quebrarlo” antes de la muerte. En la experiencia argentina, el campo funcionó ligado a la figura del desaparecido y así se estructuró en el imaginario social. Sin embargo, produjo también al sobreviviente que se convirtió en el único capaz de dar testimonio. Un testimonio lacunar que habla por cuenta de terceros ya que el testigo absoluto, el que vivió el proceso completo, está incapacitado para testimoniar puesto que ha perecido.

Al analizar los testimonios de los sobrevivientes, encontramos que se unifican cuando señalan que: en el campo todo es posible, la ética y los valores no tienen sentido, están siempre en permanente cambio, se requiere una alta capacidad de adaptabilidad para llegar vivo al día siguiente. Soportar el ultraje que se inflige a los otros sin poder hacer nada implica quedar sometido a un sentimiento de culpa y vergüenza. Sin embargo, esa violencia no se ejerce sin que la vida ofrezca resistencia. Si tomamos el caso de los prisioneros de los campos veremos que sometidos a estrategias de desubjetivación, rearman, sin embargo, una subjetividad que resiste la imposición de una desidentificación. La vida arrecia cuando alcanza el límite de sus posibilidades frente a la amenaza de muerte. El viviente persiste y crea sus propias normas de supervivencia a partir de la excepción a la que es sometido. Podríamos afirmar que frente al exceso del poder, se alza el exceso de la vida. El objetivo que los prisioneros se fijan es el de sobrevivir para convertirse en testigos y en su relato, se hace presente la responsabilidad por los otros, por los que se sabe no saldrán con vida. En la subjetividad que va configurándose, aparece el hecho de que los otros le incumben. Si en un primer momento

supone que su supervivencia se corresponde con una elección que han hecho sus verdugos, poco a poco va descubriendo que no es del todo así. Si bien los valores previos que constituían su subjetividad se han modificado profundamente no ha perdido el vínculo solidario que lo unía con sus antiguos compañeros y son los retazos de su vida anterior los que le permiten elaborar estrategias de supervivencia. Pero hay otra cuestión que se muestra como fundamental: es la primera vez que puede tomar una decisión, es decir, ejercer mínimamente una suerte de “gobierno de sí”, en el sentido que el último Foucault da al concepto. Permítasenos aclarar esto. A lo largo de su obra, Foucault va dejando en claro que las tecnologías disciplinarias y reguladoras implican cuerpos dóciles y normalizados con el aditamento de la pérdida de libertad. Como bien enunció, el capitalismo acuerda el otorgamiento de derechos en tanto puede garantizar el modelar las conductas humanas a los requerimientos del orden social. Oponiéndose a esta forma de libertad domesticada, Foucault insta a construir modos de resistencia ante las instituciones, madurando una ética propia con la cual generar una subjetividad personal, entendiendo a este movimiento como un proceso creativo de transformación individual. Esta nueva ética contiene la particularidad de que la acción individual y el compromiso personal no están desvinculados de los intereses colectivos. Lo central de esas luchas es que giran en torno del planteo acerca de quiénes somos o dicho de otra manera, se oponen a aquello que somete al individuo a los otros. Foucault vincula esas luchas con una impugnación al estado de violencia ideológica que determina lo que cada uno de nosotros es. Reflejan un enfrentamiento con una técnica o forma de poder que funciona categorizando al individuo, asignándole una identidad. El producto de esas luchas es una subjetividad capaz de establecer una relación lo más independiente posible de las demandas exteriores. Una subjetividad que pone en acto prácticas de libertad que contradicen relaciones de poder y es capaz de discernir sobre las externalidades que la toman como blanco. Es en este sentido que, al analizar los testimonios, encontramos que testimoniar por los otros era el objetivo que hacía persistir al prisionero pero esto se completaba con toda suerte de estrategias que implicaban tomar decisiones permanentemente. En esas decisiones debía resistir las cualidades que las prácticas del campo querían imponerle. Sabía que no volvería a ser el que había sido pero, a la vez, se sentía obligado a reconstituirse impidiendo que el campo ganara la batalla. Lo extremo de la situación lo obligaba a simular, es decir, a desdoblarse entre aquel que quería seguir siendo y la imagen que tenía que presentar frente a sus verdugos. En los primeros años de la democracia, esta simulación debió mantenerse ya que no le era posible contar su historia completa sin quedar expuesto a problemas legales pero también porque la

sociedad no estaba en condiciones de escucharla. Justamente, el final de nuestro trabajo hace referencia a esa sociedad y a su relación con el campo de exterminio.

Uno de los objetivos más importante que se planteó el “Proceso” fue reorganizar la sociedad. Para ello, construyó estrategias que debilitaran los colectivos que funcionaban como integradores sociales, haciendo de la política un delito, a la que sólo se acercaban los “delincuentes”, destruyendo solidaridades que pudieran poner en peligro la propia vida. “Muéstrese sumiso, ocúpese de usted mismo, no cuestione lo que ocurre a su alrededor y tal vez no vayamos a buscarlo”: esta parece ser la enseñanza que el dispositivo le dejó a la sociedad civil.

Todas estas cuestiones tuvieron un fuerte impacto en la sociedad, fundamentalmente, en la forma en que pudo elaborar lo acontecido. Tomemos, en principio, el hecho de que el “Proceso” demostró que todo era posible. Se nos dirá que a lo largo del siglo XX, las formas represivas no escasearon en la historia argentina: encarcelamiento, deportación, torturas y fusilamientos fueron incorporados como posibles sanciones frente a reclamos laborales o políticos. En general, fueron acompañados de leyes más o menos precisas. El “Proceso”, en cambio, dio un paso más y gobernó bajo el estado de excepción dejando en claro que la ley era una decisión soberana. Para el sentido común, el Estado, que debía funcionar garantizando derechos y protegiendo a los ciudadanos del delito, se comportaba como una amenaza para las vidas que se suponía debía resguardar. Tal vez por eso resultó relativamente fácil aceptar en años venideros el discurso neoliberal demonizando al Estado. Es posible que ese discurso haya hecho eco en el recuerdo soterrado de la humillación vivida, la humillación de haber tenido que asistir al exterminio sin poder evitarlo.

Comparar la experiencia de los sobrevivientes del campo linealmente con la de la sociedad civil sería a todas luces inconducente; sin embargo, sí se pueden marcar algunos rasgos que fueron comunes. La solidaridad no estaba del todo ausente en la experiencia concentracionaria pero se limitaba a unos pocos prisioneros que lograban confiar unos en otros. En la vida cotidiana fuera del campo, pasaba algo similar sólo se podía ejercer la confianza al interior de pequeños grupos. En la forma extrema del campo, la tortura física era un componente permanente que provocaba el terror entre los prisioneros; para la sociedad civil la tortura era de una naturaleza más sutil ya que nunca quedaba claro cuáles eran las normas o reglas que debían seguirse para estar a salvo. El miedo provocado por el sinsentido y por el “todo es posible” provocó tanto conductas de negación como de aceptación frente a lo que ocurría. Debemos tener en cuenta que los hombres de las Fuerzas Armadas no estaban solos; los apoyaba casi sin fisuras la Iglesia católica, buena

parte de los grupos económicos y los medios de comunicación generando un discurso que llevaba a la sensación de que lo que estaba sucediendo no podía ser de otra manera. Conductas de adaptación, simulación y desconfianza surgieron por todas partes emulando las que se reconocían en la cotidianeidad del campo. Está claro que las conductas enunciadas no podían ponerse en acto si no se pagaba el precio de un fuerte distanciamiento con los semejantes, o lo que es peor, dejar de considerar al otro un semejante para pasar a considerarlo un potencial peligro para la propia vida, esa vida que rápidamente se volvió sobre sí misma y buscó resolverse de manera individual.

Cuando comienza a entenderse que no es posible influir sobre el entorno y que la vida cotidiana se ha vuelto impredecible, se adquiere una maleabilidad tal que permite sortear lo inesperado. El sentimiento de impotencia se compensa tomando distancia de lo público, pero también modificando los valores y los parámetros éticos. Ya no es posible tender una mano, porque el que se aferre a ella puede arrastrarnos al fondo del abismo. Ya no tiene sentido posponer lo que se quiere en función del futuro, porque el futuro es una incógnita: mejor es consumir ahora. Consumir es del orden de lo efímero, de lo volátil, no exige esfuerzo como sí lo exige producir o construir, y sobre todo, no exige compromiso alguno. Si el gobierno de nuestras vidas se nos hace ajeno o bien depende de circunstancias fortuitas, se genera un sentimiento de apatía y de des-responsabilización por lo que ocurre.

Cerraremos este trabajo con un breve análisis sobre ciertas transformaciones en las prácticas sociales y algunas de las nuevas formas de abordar lo político como correlato de lo acontecido en la experiencia argentina 1976-1983.

## **2. Nuevas formas de vida**

El relato que vamos a citar a continuación, pertenece al documental *Malajunta*, realizado veinte años después del golpe de 1976, y busca sintetizar lo ocurrido junto con sus consecuencias:

Lo hicieron todo en secreto para poder negarlo después. Sus responsables y ejecutores son argentinos, cuando la desaparición y la tortura son manipuladas por quienes hablan como nosotros, tienen nuestros mismos nombres, y nuestras mismas escuelas, comparten costumbres y gestos, provienen del mismo suelo y de la misma historia, el abismo que se abre en nuestra conciencia y en nuestro corazón es infinitamente más hondo que cualquier palabra que pretendiera describirlo.

Robe, mate, secuestre, torture, quédese con los hijos de sus prisioneros, después consígase alguien que se lo ordene o que lo indulte.

Las tragedias se repiten como farsas, decía el viejo maestro, pero entre nosotros es peor, las tragedias se repiten como tragedias. Una frase de esas sindicadas como célebres por la historia dice que democracia es aquel sistema en el que a las seis de la mañana golpean la puerta y uno sabe que es el lechero. Hace muchos años que no hay lechero puerta a puerta, pero el sentido de la frase parece caberle justo a los argentinos, porque hace muchos menos años que las puertas eran tiradas abajo sin golpear para llevarse a la gente. Ya no hay puertas tiradas abajo, pero hay una herencia, tómese cualquiera de las crías dejadas por la dictadura y adviértase que tienen todas un mismo remitente y un mismo destinatario, el país transformado casi sin resistencia en la orgía de los pocos e inmensos ganadores que se quedaron con todo. A veinte años el golpe está muerto y está vivo, ya no pueden tirar las puertas abajo pero la cultura del miedo está, ya no pueden prohibir *El Principito* pero el individualismo se consolidó, ya no pueden ganar mundiales por decreto pero sí firmar la liquidación de conquistas laborales y sociales con las que crecieron varias generaciones de argentinos. Eso sí, lo que nunca podrá nadie es decretar que se prohíba la memoria. Decir que no hay más nada que hacer.

La cita es una síntesis apretada, irónica y dolida que trata de dar cuenta de las derivaciones del exterminio aludiendo a la constitución de un nuevo tipo de subjetividad que queda asociada con el miedo, el individualismo y la pérdida de los referentes colectivos. Así como el sobreviviente volvió del campo con su subjetividad reconfigurada, del mismo modo buena parte de las prácticas sociales se transformaron en la sociedad argentina. En el momento en que los militares se adueñaron del gobierno, el mundo estaba comenzando a modificarse profundamente. Las experiencias vividas durante los años del “Proceso” se entremezclaron y amalgamaron con las nuevas formas que el capitalismo globalizado demandaba en la esfera del trabajo y en el mundo de la política. Espacios estos particularmente damnificados por el accionar represivo del aparato militar.

En el tramo final de nuestro trabajo abordaremos algunas características de esas transformaciones globales, intentando mostrar cómo se asentaron sobre el terreno sembrado con las experiencias previas. No se trata de suponer que sin el proceso exterminador previo, la precarización laboral, el desempleo o las nuevas formas políticas no hubieran sido posibles, sino de abrir la posibilidad de pensar la particular manera en que convergieron. Porque como sabemos los procesos sociales suelen conectarse unos con otros de forma tal que ciertos fenómenos reaparecen de diversas maneras y los cortes radicales nunca lo son tanto y en ellos subsisten cuestiones significativas de un pasado que se supone cancelado.

### 3. Sociedades disciplinarias y sociedades de control

En 1990, en un texto breve, Gilles Deleuze anunciaba el pasaje de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control, describiendo algunas de sus características. Es justo decir que entendía con claridad que estas nuevas formas de ejercicio de poder convivían con la disciplina y la regulación, pero destacaba que las instituciones de encierro iban dejando paso a una forma de control “al aire libre”. Más que moldeados, los individuos estaban siendo modulados, entendiendo por esto “un moldeado autodeformante que cambia constantemente”.<sup>411</sup> Un tipo de subjetividad siempre disponible para adaptarse a las nuevas demandas del mundo del trabajo y del mundo social. Alguien para quien una adscripción definitiva a una institución era del orden de lo imposible. El mercado laboral de carácter flexible suponía periódicos e imprevisibles reajustes de personal, exigencias de movilidad absoluta y proyectos de corto plazo. Las instituciones de encierro, tal y como Foucault las entendía, trataban al sujeto como una suerte de sustancia en la que era posible grabar una cierta forma de actuar y de pensar de una vez y para siempre. La idea de modulación, en cambio, implica que el sujeto va cambiando de forma y adquiere nuevas configuraciones con frecuencia variable. Si pensamos en el esquema taylorista-fordista, veremos que cada trabajador cumple una sola función en una cadena que conlleva la interdependencia con otros trabajadores, mientras que en el posfordismo los trabajadores son emplazados a modificar sus funciones y a ser flexibles en sus tareas. El creciente mundo de los servicios demanda capacidades numerosas y cambiantes. Tal y como Lazzarato propone, las sociedades de control basan su operatoria en grabar consignas variables en la memoria, más que en grabar consignas fijas en subjetividades encerradas. Este sería, en síntesis, el paso del moldeado a la modulación.

Para cuando Deleuze publicaba sus reflexiones sobre el cambio en las sociedades, los grandes grupos de capital transnacional dominaban la escena económica planetaria y, como consecuencia, los Estados-nación. Las instituciones políticas vinculadas a ellos se encontraban en retroceso. Globalización fue el nombre que tomó la transformación del régimen de acumulación, y se manifestó en distintas esferas. En la esfera económica, lo hizo a través de la dispersión territorial y la mutabilidad del proceso productivo que ya no estaba atado al “edificio-fábrica”, sino a un conocimiento transportable e inmaterial.

---

<sup>411</sup> Deleuze, Gilles, “Posdata sobre las sociedades de control”, en *Conversaciones*, Valencia, Pre-Textos, 1999, p. 278.

Las secuelas más importantes se pueden sintetizar en los nuevos riesgos que aparecieron para los trabajadores: la precarización del trabajo y el riesgo del desempleo, ya que el Estado fue abandonando su rol de regulador de las desigualdades sociales dejando ese papel al mercado. Robert Castel llamó a esta forma de vulnerabilidad y precariedad “la nueva cuestión social”. En la esfera política, la caída del bloque soviético permitió enhebrar un relato acerca del triunfo definitivo de las democracias occidentales por sobre toda otra forma de gestión de lo público, pero trajo consigo la pérdida de un enemigo previsible y la construcción de un discurso único. El correlato en el plano político- cultura, ha sido la corrosión de la ciudadanía a favor de una revalorización de lo individual y el desprestigio de lo colectivo. En la esfera social, el consumo se transformó en un imperativo al que nadie podía escapar. Mercado, competencia, mérito, lucro e iniciativa privada fueron los nuevos valores que marcaron las prácticas sociales en demérito de las formas colectivas solidarias.

Para la sociedad argentina, estos cambios se hicieron palpables casi una década después de que finalizara el período dictatorial. Pero ya para entonces ciertas prácticas y disposiciones se habían modificado profundamente. Puede decirse que buena parte de la sociedad había abandonado toda idea de adscripción fuerte al ámbito político y social, y que luego de la primera hiperinflación en democracia, comprendió que cualquier proyecto laboral o personal era de carácter transitorio. Una vez que el Estado empezó a perder su rol regulador merced a las políticas neoliberales, ya hacía tiempo que la sociedad civil desconfiaba de la posibilidad de ser protegida por él, porque en la memoria se guardaba el recuerdo del terror y la inseguridad a la que la había sometido. Los nuevos valores, citados más arriba, implicaban menos riesgos en lo inmediato y eran congruentes con el repliegue personal y privado que obligadamente se había dado durante el “Proceso”. Los principios más liberadores de la subjetividad construidos en las décadas anteriores, es decir, los anhelos de autonomía, creatividad, innovación y emancipación fueron corroídos por el discurso neoliberal y por el recuerdo de las consecuencias que acarrearón.

La idea de modulación tal y como la hemos definido, resulta por demás interesante, ya que una subjetividad modulada está en condiciones de responder más rápidamente a demandas cambiantes. Sobre esta cuestión la sociedad argentina se había entrenado cuando la vida dependía de poder mostrarse como un argentino “occidental y cristiano fiel al ser nacional”, es decir, responder a una demanda difusa de identidad que debía adaptarse al interlocutor de turno.

Por otra parte, las nuevas formas de comunicación, “las redes”, tenían el formato ideal para alejarse de todo contacto personal y de toda responsabilidad en las relaciones

con otros, pues éstas adquirirían el carácter de fugaces y efímeras y no comprometerían a nada duradero.

### **3.a Las nuevas formas del individualismo**

Podríamos decir que las transformaciones estructurales en las sociedades occidentales impactaron de modo tal que hicieron que el ideal clásico de ciudadano pasara a mejor vida para dar lugar al ascenso de una suerte de nuevo *homo clausus*. Tal vez no en el sentido que el liberalismo le concedió al hombre privado, esto es, como forma de secularización del fuero interno, desarrollo pleno del individuo y límite moral al poder político sino como producto del desencantamiento del mundo. El fracaso de las sociedades que pretendieron encarnar el ideal de un socialismo, la modificación del régimen de acumulación con su efecto más devastador —el desempleo y la transformación de la política en espectáculo—, transmutó la vivencia del espacio público y resignificó la participación de los ciudadanos en los asuntos de la *polis*. El entusiasmo político de los años 1960 y 1970 por transformar el mundo dio paso a un progresivo desinterés y a un cierto repliegue hacia el mundo privado. Parecía como si aquellos que se habían embarcado en una empresa colectiva que comprometía su proyecto vital hubieran acabado, tras la frustración de sus expectativas, por adoptar una actitud más introspectiva. De cierta forma, la caída de las utopías colectivistas pareció dejar paso a utopías individualistas. El compromiso ideológico que funcionaba como un imperativo para la actuación personal fue sustituido por un cierto escepticismo como forma de higiene mental. Lo que hemos descrito da cuenta de una situación extendida en las sociedades occidentales, pero en el caso particular argentino deberíamos remarcar que ese tipo de actitud guarda correspondencia con la experiencia temible que se había vivido y que persistía en el imaginario colectivo como un trauma, que al decir de Silvia Bleichmar, había dejado una cicatriz que loide, dicho de otra manera, una marca imborrable.

La sociedad argentina posterior al “Proceso” fue regida por las políticas económicas del neoliberalismo lo que arrojó como resultado el empobrecimiento de las clases medias y el hundimiento por debajo de la línea de pobreza de los sectores más bajos de la sociedad. Esta pauperización progresiva produjo un proceso de movilidad social descendente al ampliarse la brecha entre los grupos de más altos ingresos y los sectores medios y bajos. Desde el poder político se impulsó tanto la flexibilización laboral como la privatización de la seguridad social, con la misma intensidad con que, en otros momentos, se propendía al pleno empleo. En acuerdo con esta realidad, cada uno quedó

librado a su propia suerte, debiendo hacerse cargo de los riesgos y las responsabilidades de su vida particular, sin disponer de los medios adecuados. El resultado fue la puesta en acto de prácticas sociales disociadas de lo público, ya que éste sólo brindaba incertidumbre y reenviaba a cada uno a una situación de indefensión. El discurso neoliberal reafirmaba las subjetividades constituidas durante el “Proceso”, pues de manera semejante éstas veían amenazada su supervivencia por entidades inasibles como “el mercado”. Uno de los espacios que permiten visualizar esta transformación fue el ámbito del ocio: con los cambios en las formas del comer; el redescubrimiento de la lectura de ficción o el advenimiento del cine pletórico de “efectos especiales”, que reemplazó al cine de autor; el culto al cuerpo con la preocupación por llevar “una vida sana”; el adiestramiento en el gimnasio y la recurrencia a cirugías que le dan a ese cuerpo la apariencia de una eterna juventud.

Lejos de los presupuestos liberales clásicos de una subjetividad que se constituye pletórica en el resguardo del ámbito privado, la resultante fue un ser solitario, fóbico y para nada solidario. La teoría liberal clásica entendía Estado y gobierno como un medio para los fines del individuo, como meros artificios que poseían una existencia vicaria derivada del consentimiento y de la participación de esos individuos convertidos en ciudadanos. Frente a la esfera pública, se erigía el ámbito privado que vivía a la primera como una amenaza para su libertad. Pero en la realidad concreta de nuestra sociedad, este mundo ideal estaba lejos de ser alcanzado, siendo signado por formas de apatía en lo público e indiferencia en lo privado. En la obsesión por el consumo y en la transitoriedad de los objetos sólo puede incubarse un malestar indefinido ya que las potencialidades del individuo no se desarrollan, y éste sólo puede limitarse a ejercer un rol social que le es sugerido por las curvas de normalidad de las estadísticas. El vecino, intermitentemente, se convierte en ciudadano y es convocado a la esfera pública en los actos eleccionarios en los que elige no tanto por su conciencia política, sino más bien por imágenes de personalidades exitosas con un mínimo de implicación personal. Ese individuo autónomo que logró emanciparse de la pesada carga de la devoción a los dioses y de las fatalidades que gobernaban su vida, que se proclamó autosuficiente y propietario de sí mismo, no ha podido evitar verse ensombrecido por un sentimiento de soledad, ya que sus logros individuales han sido obtenidos en la lucha feroz de todos contra todos en el mercado. El mundo privado no será el espacio del desarrollo de una subjetividad más completa, sino el lugar de las estrategias de supervivencia.

### **3.b La cuestión política**

Resulta significativo que con el advenimiento de la democracia en la Argentina, el debate de ideas quedara relegado a los márgenes en los que se situó a la academia. Ese debate estuvo en manos de un pequeño grupo de intelectuales que carecían de las posibilidades de influir sobre el espíritu de la época, porque se lo mantuvo a distancia de los lugares por donde transitaba la opinión pública. Poco a poco, la política se fue situando en el centro de la escena mediática y bajo los reflectores. En el espacio comunicacional se expresaban pre-juicios sumarios siempre políticamente correctos, y se esquivaban las reflexiones profundas, para las que no había tiempo. Opiniones al paso que encubrían la realidad de un discurso unificado que los medios transmitían en cadena. La política se convirtió en una forma más de diversión, desmovilizadora y tiranizada por las emociones. La rendición de cuentas o la demanda de votos abandonaron el espacio tradicional de las instituciones públicas y se afincaron en el estudio de televisión, donde el hombre de la calle accedía, sin intermediaciones, a la palabra de quienes gobernaban su destino. Ya no eran necesarias las concentraciones multitudinarias que traían recuerdos de tiempos peligrosos, y se las reemplazaba por la comodidad de la propia casa donde el control remoto del televisor funcionaba como juez de lo que se estaba viendo.

El discurso político quedó teñido de concesiones a las leyes mediáticas. Se privilegiaban las técnicas de seducción antes que la argumentación; las síntesis apresuradas que nunca anclaban en relatos históricos capaces de situar el problema y habilitar una posición crítica; y por último, de ser posible, algunas escenas de pugilato en reemplazo de un debate de ideas. La política transformada en un producto consumible al instante, que tributara a la simplicidad de un consenso promedio. Este apresuramiento temporal abonaba la lógica amigo-enemigo sin los matices y las complejidades propias de la realidad. Todo tipo de esperpentos poblaron la escena política, lo bizarro junto a lo ridículo dieron forma a una farsa que al resultar increíble profundizaba la imagen de impunidad de los que ejercían el poder. Artistas, empresarios, deportistas exitosos encarnaban, en alegre comparsa, un mundo suntuoso, narcisista y eternamente joven que funcionaba como antítesis del mundo de los años 1970, con su carga de muerte y terror. El resultado de todo esto fue una desvalorización de la política que quedó asociada tanto a un lejano temor que resonaba en la memoria como al desencanto con la democracia de los ochenta y la escandalosa corrupción que acompañó a los gobiernos hasta el inicio del siglo XXI.

#### 4. Fin de partida

Si bien la Argentina tuvo el raro privilegio de ser uno de los países en los que tempranamente el neoliberalismo hizo su experiencia, no es menos cierto que en el comienzo del siglo XXI la legitimidad de esas políticas fue puesta en duda a través de movilizaciones y formas de resistencia que culminaron con la elección democrática de gobiernos que ensayaron otros caminos, poniendo distancia con la experiencia de los años 1990. En los últimos años, una mayoría de votantes se expresó de manera crítica hacia esas políticas quebrando la hegemonía neoliberal. Simultáneamente, grupos de jóvenes pertenecientes a grupos medios y grupos populares han recuperado la política como forma de construcción de prácticas sociales y de intervención en los asuntos de la *polis*. Asimismo, subsisten bolsones de jóvenes en situación de marginalidad y vulnerabilidad cuya inserción en el mercado laboral y en los asuntos políticos resulta sumamente dificultosa. Esas vidas oscilan entre la legalidad y la ilegalidad y son atravesadas por diversas formas de violencia como el desempleo o la violencia policial y familiar dando lugar a discursos estigmatizantes que tienen como corolario la idea de que su existencia coloca a los demás en una situación de inseguridad y que por lo tanto, eliminarlos o encerrarlos debería ser política de Estado. Ciertos factores de poder, entre los que se cuentan los medios de comunicación, utilizan el significante “inseguridad” para interpelar a la sociedad y que ésta demande modificaciones en las garantías que la justicia brinda en el caso de comisión de delitos. La demanda por la reforma de la justicia, que reconoce su más fuerte antecedente en los sucesos de septiembre de 2001 en Estados Unidos, es en verdad un llamado a generar modificaciones que flexibilicen normas y que permitan mutilar derechos y libertades civiles en nombre del “bien común”. Se trata de producir nuevas vidas disponibles a merced del soberano, no tal vez las de disidentes políticos sino las de pobres, marginales e inmigrantes indocumentados. Todo esto acompañado de una fenomenal crisis recesiva que afecta a todas las economías del planeta y que por el momento, tiene un final abierto. Tanto puede profundizar la aplicación de recetas neoliberales como abrir la posibilidad de un profundo proceso de reorganización económica y cambios sociales. Pero nada de esto ocurrirá por sí mismo: es indudable que las fuerzas sociales dirán lo suyo y en alguna medida elegirán el rumbo, ya que como enuncia Félix Guattari refiriéndose al porvenir de la subjetividad contemporánea,

[...] la subjetividad contemporánea no tiene vocación de vivir indefinidamente bajo el régimen de repliegue sobre sí misma, de la infantilización masmediática, del desconocimiento de la diferencia y la alteridad en el dominio humano tanto como en el registro cósmico. Sus modos de subjetivación no saldrán de su "cerco" homogenético salvo que aparezcan a su alcance objetivos creadores. Aquí se trata de la finalidad de las actividades humanas en su conjunto. Más allá de las reivindicaciones materiales y políticas, emerge la aspiración a una reapropiación individual y colectiva de la producción de subjetividad.<sup>412</sup>

Por último, queremos cerrar este apartado con un breve relato. Hubo algo que llamó nuestra atención mientras leíamos los documentos para este trabajo. Se trata de un hecho pequeño pero que da cuenta de la obstinación de los hombres cuando luchan por lo que creen, cuando es la voluntad y no la razón de cálculo la que dicta los actos. Durante lo que se conoció como la "resistencia peronista", en una localidad del conurbano bonaerense, apareció la siguiente pintada: "Los yanquis, los rusos y las potencias reconocen a la Libertadora. Villa Manuelita, no".

Esa misma obstinación fue la que nos permitió sobrevivir el régimen dictatorial. A pesar de que todo indicaba que era conveniente doblegarse, conservamos aquello que no estábamos dispuestos a entregar: un resto de dignidad.

Desde el final del "Proceso" y hasta nuestros días, los argentinos hemos sido atravesados y hemos atravesado por golpes blancos de mercado que adquirieron la forma de la hiperinflación o de "corralitos" financieros; levantamientos militares que culminaron con deseos de "Felices Pascuas"; gobiernos corruptos que enajenaron el patrimonio nacional con votos genuinos y consenso generalizado; "alianzas" espurias que abandonaron el gobierno regando de cadáveres la Avenida de Mayo. Hemos sobrevivido pagando un costo enorme. Nos gustaría pensar que nada peor que el 24 de marzo puede sucedernos ya. Sin embargo, no hay garantías al respecto. Sólo nos queda hacernos responsables de imposibilitar sus condiciones de posibilidad. No es suficiente con indignarse o protestar, se trata de resistir genuinamente en el campo de fuerzas de la política. Porque lo ocurrido hace casi cuarenta años no es una situación clausurada definitivamente es, más bien, una presencia que actúa en la modalidad de la ausencia. Esa presencia-ausencia contiene la posibilidad de dejar de ser una situación contextual para volver a ser una entidad concreta con su efecto devastador sobre la subjetividad humana. Una entidad que no necesita repetirse de la misma forma, simplemente puede hacer sintonía con las posibilidades tecnológicas y políticas para plasmarse nuevamente. Sostiene Arendt, refiriéndose a los campos nazis, que es necesario comprender lo

---

<sup>412</sup> Guattari, Felix, "Caosmosis", Buenos Aires, Edit Manantial, 1996, p.162

ocurrido. Ese comprender significa analizar lo sucedido, soportar su carga y hacerse cargo de ello pero nunca justificarlo.

## Bibliografía

- AA.VV. (1995), *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- AA.VV. (1997), *Cultura y política en los años '60*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC-UBA.
- AA.VV. (1998), *Deporte y sociedad*, Buenos Aires, IIGG, Eudeba.
- AA.VV. (1999), *Estamos en el aire. Una historia de la televisión en Argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- AA.VV. (2001), *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana.
- AA.VV. (2009), *Archivos de la ESMA*, Buenos Aires, La Campana de Palo.
- Abraham, Tomás (1988) *Foucault y la ética*, Buenos Aires, Biblos.
- (1989) *Los senderos de Foucault*, Buenos Aires, Nueva Visión
- Adorno, Teodoro W. (1975), *Mínima Moralia*, Caracas, Monte Ávila.
- Agamben, Giorgio (2000), *Homo sacer*, vol. 3: *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*, Valencia, Pre-Textos.
- (2001), *Medios sin fin*, Valencia, Pre-Textos.
- (2003), *Homo sacer*, vol. 1: *El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-Textos.
- (2004), *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- (2006), *La comunidad que viene*, Valencia, Pre-Textos.
- (2007), *La potencia del pensamiento*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- (2008), *El reino y la gloria. Una genealogía teológica de la economía y del gobierno*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- (2009), *Signatura rerum. Sobre el método*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Águila, Gabriela (2008), *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983*, Buenos Aires, Prometeo.
- Almirón, Fernando (1999), *Campo Santo. Los asesinatos del ejército en Campo de Mayo*, Buenos Aires, Editorial 21.
- Andersen, Martin (1993) *Dossier secreto. El mito de la guerra sucia*, Buenos Aires, Editorial Planeta.

- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín (1998), *La Voluntad*, 3 tomos, Buenos Aires, Norma.
- Ansaldi, Waldo (comp.) (1986), *La ética de la democracia*, Buenos Aires, CLACSO.
- Arendt, Hannah (2000), *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen.
- (2003), *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza.
- (2005), *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós.
- (2004), *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza.
- Armony, Ariel (1999), *La Argentina, los Estados Unidos y la cruzada anticomunista en América Central, 1977-1984*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Artese, Matías y Roffinelli, Gabriela (en línea), “Responsabilidad civil y genocidio. Acciones y declaraciones públicas durante el Operativo Independencia”. Disponible en línea: [http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/libros/artese/respcivil\\_genocidio.pdf](http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/libros/artese/respcivil_genocidio.pdf).
- Artières, Philippe y Potte Boneville, Mathieu (2008) *D’apres Foucault. Gestes, luttres, programmes*, Paris, Les prairies ordinaires.
- Azpiazu, Daniel; Basualdo, Eduardo y Khavisse, Miguel (1989), *El nuevo poder económico*, Buenos Aires, Legasa.
- Baschetti, Roberto (comp.) (1999), *Documentos 1973-1976*, vol. 2: *De la ruptura al golpe*, Buenos Aires, De la Campana.
- (comp.) (2001), *Documentos 1976-1977*, vol. 1: *Golpe militar y resistencia popular*, Buenos Aires, De la Campana.
- Bauman, Zygmunt (1997), *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur.
- (2007), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE.
- Bataille, Georges (2003) *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.
- Bazzicalupo, Laura – Esposito, Roberto (2003) *Politica della vita*, Roma, Laterza.
- Benjamin, Walter (1971), “Tesis de filosofía de la historia” y “Para la crítica de la violencia”, en *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa.
- Bettelheim, Bruno (1973), *El corazón bien informado*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1983), *Sobrevivir. El Holocausto una generación después*, Barcelona, Grijalbo.

- Binding, Karl y Hoche, Alfred, (2009) *La licencia para la aniquilación de la vida sin valor de vida*, Buenos Aires, Ediar
- Blanchot, Maurice, (1992) *La comunidad inconfesable* México, Vuelta.
- Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín (1998), *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue.
- Botana, Natalio (1997) *La tradición republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana
- Bousquet, Pierre (1983), *Las locas de Plaza de Mayo*, Buenos Aires, El Cid Editor.
- Bracher, Karl (1973), *La dictadura alemana*, vols. 1 y 2, Madrid, Alianza.
- Braun, Oscar (1973), *Desarrollo del capital monopolista en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.
- Brodsky, Marcelo (2005), *Memoria en construcción. El debate sobre la ESMA*, Buenos Aires, La Marca Editora.
- Caiati, Cristina (1999), *Operativo Cóndor*, Buenos Aires, CELS.
- Calveiro, Pilar (2001), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue.
- (2005), *Política y/o violencia*, Buenos Aires, Norma.
- Camogli, Pablo (2009), *Batallas entre hermanos*, Buenos Aires, Aguilar.
- Canitrot, Adolfo (1980), “La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976”, en *Revista Desarrollo Económico*, núm. 76, Buenos Aires.
- (1982), “Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina 1976-1981”, en *Revista Desarrollo Económico*, núm. 82, Buenos Aires.
- Caraballo, Liliana; Charlier, Noemí y Garulli, Liliana (1996), *La dictadura (1976-1983) Testimonios y documentos*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones del CBC-UBA.
- Carrea, Giustino (2006), *P82. Crónica de una desaparición y el despertar del alma*, Buenos Aires, Tiago Biavez.
- Castel, Robert (1997), *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós
- Castellani, Donatella (2003), *La impunidad de los discursos*, Buenos Aires, Nueva Generación.
- Castro, Edgardo (2008), *Giorgio Agamben. Una arqueología de la potencia*, Buenos Aires, UNSAM-Jorge B.
- (2011), *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la*

- biopolítica*, La Plata, Unipe.
- (2011), *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (1995) *Pensar a Foucault. Interrogantes filosóficos de La arqueología del saber* Buenos Aires, Biblos
- Castro Gomez, Santiago (2012) *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogota, Siglo del Hombre Editores/ Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar/ Universidad Santo Tomás
- Caviglia, Mariana (2006), *Dictadura, vida cotidiana y clases medias*, Buenos Aires, Prometeo.
- (2006), *Vivir a oscuras. Escenas cotidianas durante la dictadura*, Buenos Aires, Aguilar.
- Chartier, Roger (2006) *Escribir las prácticas. Foucault, de Certau, Marin*, Buenos Aires, Manantial.
- Cerrutti Gabriela (1997) *Herederos del silencio*, Buenos Aires, Editorial Planeta.
- Crenzel, Emilio (1997), *El tucumanazo*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras.
- (2008), *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Buenos Aires, Edit. Siglo XXI.
- (comp) (2010) *Las desapariciones en la Argentina. Memorias, representaciones e ideas (1983-2008)* Buenos Aires, Edit. Biblos
- De Caroli, S., “Giorgio Agamben and the Field of Sovereignty” en Calarco, M. y De Caroli, S. (editores), *Giorgio Agamben. Sovereignty & Life*, Stanford, California: Stanford University Press, 2007.
- De la Durantaye, Leland (2009) *Giorgio Agamben. A critical introducción*, Stanford, Stanford University Press.
- Deleuze, Gilles (1999), *Conversaciones*, Valencia, Pre-Textos.
- (2003) *Foucault* Buenos Aires, Paidós.
- (1990) *Post scriptum sur les sociétés de contrôle en Pourparlers*, París Minuit.
- Derrida, Jacques (2006), *El siglo y el perdón*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- (1995) *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, Barcelona, Trotta.

- (1997) *Fuerza de ley. El "fundamento místico de la autoridad"* Madrid, Tecnos.
- Díaz Ester (2003) *La filosofía de Michel Foucault*, Buenos Aires, Biblos.
- Díaz Bessone, Ramón (1988), *Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*, Buenos Aires, Editorial del Círculo Militar.
- Dreyfus, Hubert y Rabinow, Paul *Michel Foucault. Estructuralismo y hermenéutica*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Duhalde, Luis Eduardo (1983), *El Estado terrorista argentino*, Buenos Aires, Argos Vergara.
- Edkins, Jenny, "Whatever Politics" en Calarco, M. y DeCaroli, S. (editores), *Giorgio Agamben. Sovereignty & Life*, Stanford, California: Stanford University Press, 2007
- Esposito, Roberto (2003), *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (2005), *Immunitas. Protección y negación de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (2006), *Bios. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (2006), *Categorías de lo impolítico*, Buenos Aires, Katz.
- (2009), *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Feierstein, Daniel (comp.) (2005), *Genocidio. La administración de la muerte en la modernidad*, Buenos Aires, Eduntref.
- (2007), *El genocidio como práctica social*, Buenos Aires, FCE
- (2008), *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión, exterminio*, Buenos Aires, Editores del Puerto.
- Feinmann, José Pablo (2010), *Peronismo. Filosofía política de una perspectiva argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- Feld, Claudia (2002), *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Ferraris, Maurizio (2005), *Historia de la hermenéutica*, México, Siglo XXI.
- Filc, Judith (1997), *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*, Buenos Aires, Biblos.
- Finchelstein, Federico (2008), *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana.

- Flores, Gregorio (2004), *SITRAC-SITRAM, la lucha del clasismo contra la burocracia sindical*, Córdoba, Editorial Espartaco.
- Foucault, Michel (1976), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (1979), *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- (1990), *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós.
- (1996), *Genealogía del racismo*, Buenos Aires, Altamira.
- (2000), *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-Textos.
- (2001), *Defender la sociedad*, Buenos Aires, FCE.
- (2001), *Historia de la sexualidad*, vol. 1: *La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2002), *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2002), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2005), *La verdad y sus formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa.
- (2006), *Seguridad, territorio y población*, Buenos Aires, FCE
- (2007), *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, FCE
- (2010), *El coraje de la verdad*, Buenos Aires, FCE
- Fowler, William Warde (1920), “The Original Meaning of the Word Sacer”, en *Roman Essays and Interpretations*, Oxford, Clarendon Press.
- Galindo Hervas, Alfonso (2003) *La soberanía. De la teología política al comunitarismo impolítico*, España, res Pública.
- (2005) *Política y mesianismo. Giorgio Agamben*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- García, Prudencio (1995), *El drama de la autonomía militar: Argentina bajo las juntas militares*, Madrid, Alianza.
- Gasparini, Juan (2006), *Manuscrito de un desaparecido en la ESMA*, Buenos Aires, Norma.
- Gillespie, Richard (1987), *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo.
- Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (comp.) (2007), *Ensayos sobre biopolítica*, Buenos Aires, Paidós.
- Girard, René (1995), *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama.
- Gogol Judith e Invernizzi Hernán (2002) *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar* Buenos Aires, Eudeba.

- Gordillo, Mónica (edit.) (2001), *Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa*, Córdoba, Ferreyra.
- Gradowski, Zalmen (2008), *En el corazón del infierno*, Barcelona, Anthropos.
- Gros, F. (2007), *Michel Foucault*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Guattari, Felix (1996), *Caosmosis*, Buenos Aires, Manantial
- Gutting, Gary (2007) *The Cambridge Companion to Foucault*, New York, Cambridge University Press.
- Herf, Jeffrey (1993), *El modernismo reaccionario*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Herrera, M. y Tenenbaum, E. (2001), *Identidad. Despojo y restitución*, Buenos Aires, Abuelas de Plaza de mayo.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.
- (2004), *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Cuadernos Argentinos Manantial.
- Jaspers, Karl (1998), *El problema de la culpa. Sobre la responsabilidad política de Alemania*, Barcelona, Paidós.
- Jelin, Elizabeth y Hershberg, Eric (coord.) (1996), *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad.
- (2002), *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI.
- (comp.) (2002), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas infelices*, Madrid, Siglo XXI.
- Kelly, Mark (2008), *La filosofía política de Michel Foucault*, New York, Routledge
- Kershaw, Ian (2004), *La dictadura nazi*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Kimel, Eduardo *La masacre de San Patricio* Buenos Aires, Editorial Dialéctica.
- Laclau, Ernesto (2010), *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lacoue-Labarthe, Philippe y Nancy, Jean Luc (2002) *El mito nazi*, Barcelona, Anthropos.
- Larraquy, Marcelo (2007), *López Rega. El peronismo y la Triple A*, Buenos Aires, Punto de Lectura.
- Larraquy, Marcelo (2009), *Marcados a fuego*, Buenos Aires, Aguilar.
- Lázzaro, Silvia y Guido, Galafassi (comp.) (2005), *Sujetos, políticas y representaciones del mundo rural. Argentina, 1930-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Lazzarato, M (2006) *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Tinta Limón

- Lechner, Norbert (1990), *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile, CFE.
- Levi, Primo (1989), *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik.  
(2000), *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik.
- Levinas, Emmanuel (1977), *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Salamanca, Sígueme.  
(2011), *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Longoni, Ana (2007), *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires, Norma.
- Lopez Cristina (2005) *El mismo, el otro, el extraño: figuras de la subjetividad, ¿figuras de la comunidad?* Publicado en Escritos de Filosofía – Academia Nacional de Ciencias - Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli. Año XXIV – Nro. 45. Enero/Diciembre 2005.  
(2006) *Foucault atravesado por Nietzsche*. Publicado en Instantes y Azares Año 4 Nro 3.
- Losurdo, Domenico (2003) *La comunidad, la muerte, Occidente, Heidegger y la ideología de la guerra*, Buenos Aires, Losada.
- Löwy, Michael (2003), *Aviso de incendio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ludueña Romandini, Fabián (2010) *La comunidad de los espectros. Antropotecnia*, Buenos Aires, Miño Dávila.  
(2012) *Ius Exponendi. Los orígenes antropotecnológicos de la política occidental*, en Raffin, Marcelo y Podesta Beatriz (eds.) *Problemas y debates de la actualidad y la tradición de la filosofía política*, San Juan, Editorial de la Universidad Nacional de San Juan.
- Mari, Enrique (1990) *Elementos de epistemología comparada*, Buenos Aires, Puntosur.  
(1993 y 1996) *Papeles de filosofía 1 y 2*, Buenos Aires, Biblos
- Mariani, A y Jacobo, A (2012) *La Perla. Historia y testimonios de un campo de concentración*, Buenos Aires, Aguilar
- Márquez, Nicolás (2004), *La otra parte de la verdad*, Mar del Plata, edición del autor.
- Mèlich, Joan-Carles (2004), *La lección de Auschwitz*, Barcelona, Herder.
- Mesnard, Philippe y Kahan, Claudine (2001) *Giorgio Agamben á l'épreuve d' Auschwitz*, Paris, Kimé.
- Mignone, Emilio (1999), *Iglesia y dictadura*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes.
- Miller, James (1996) *La pasión de Michel Foucault*, Chile, Ed. Andrés Bello.

- Mills, Catherine The philosophy of Agamben, UK, Stockfield.
- Minow, Martha (1998), *Between Vengeance and Forgiveness. Facing History after Genocide and Mass Violence*, Boston, Beacon Press.
- Mosse, George (1997), *Toward the Final Solution. A History of European Racism*, Nueva York, Howard Fertig.
- Murillo, Susana (2008), *Colonizar el dolor*, Buenos Aires, CLACSO.  
 (1996) *El discurso de Foucault. Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*, Buenos Aires, Oficina de Publicaciones CBC.
- Nancy, Jean Luc (2001) *La comunidad desobrada (1986)*, Madrid, Arena Libros.  
 (1999) *Conloquium*, en Esposito, Roberto *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Op.cit.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003), *La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós.
- O'Donnell, Guillermo (1997), "Tensiones en el Estado burocrático-autoritario", en *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós.
- Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo (1973), *El asesinato de Dorrego*, Buenos Aires, Peña Lillo.
- Peralta Ramos, Mónica (2007), *La economía política argentina: poder y clases sociales (1930-2006)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Pertot, Werner y Garaño, Santiago (2002), *La otra Juvenilia*, Buenos Aires, Biblos.  
 (2007), *Detenidos aparecidos*, Buenos Aires, Biblos.
- Platón (1971), *La República*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Potte-Bonneville, Mathieu (2007), *Michel Foucault, la inquietud de la historia*, Buenos Aires, Manantial.
- Pucciarelli, Alfredo (1999), *La primacía de la política*, Buenos Aires, Eudeba.
- Quiroga, Hugo (2004), *El tiempo del "Proceso". Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*, Rosario, Homo Sapiens.
- Quiroga, Hugo y Tcach, César (comps.) (1996), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario, Homo Sapiens.
- Raffin, Marcelo (2006), *La experiencia del horror. Subjetividad y derechos humanos en las dictaduras y posdictaduras del Cono Sur*, Buenos Aires, Editores del Puerto.

(2008), “Metaphysics, Politics, Truth. Genocide Practices as a Way of Deploying the Modern Paradigm”, en *Rutgers Law Review*, vol 61, Nueva Jersey, Rutgers University.

(2008), “Prólogo”, en Feierstein, Daniel, *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión, exterminio*, Buenos Aires, Editores del Puerto.

(2009), “Prácticas sociales de terror y malestar en la cultura: la continuidad de un orden”, en Accarini, Irene L. (coord.), *Arte y Psicoanálisis. Los trastornos de la cultura*, Buenos Aires, UNTREF.

(2011), “Liberté, identité et assujettissement: la capture de la subjectivité dans les politiques des disparitions et les apories de l’État de droit”, en Cany, Bruno ; Poulain, Jacques y Prado, Plínio (ed.), *Les passages de Jean-François Lyotard*, París, Hermann.

(2012), “La tensión metafísica-política en las filosofías de Michel Foucault y Giorgio Agamben”, en Raffin, Marcelo y Podestá, Beatriz (eds.), *Problemas y debates de la actualidad y la tradición de la filosofía política*, San Juan, Editorial de la Universidad Nacional de San Juan.

(2013), *Estética y política en el pensamiento de Giorgio Agamben*, Buenos Aires, Proyecto Editorial.

Raffin, Marcelo y Melo, Adrián (2005), *Obsesiones y fantasmas de la Argentina. El antisemitismo, Evita, los desaparecidos y Malvinas en la ficción literaria*, Buenos Aires, Editores del Puerto.

Rancière, Jacques (2007), *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Read, J. (2009), “A Genealogy of Homo-economicus: Neoliberalism and the Production of Subjectivity”, en *Foucault Studies*, N° 6 EE.UU.

Revault d’Allones, Myriam (2010), *Lo que el hombre hace al hombre*, Buenos Aires, Amorrortu.

Revel, Judith. (2009), “Identity, Nature, Life. Three Biopolitical Deconstructions”. En *Theory, Culture & Society*, Vol. 26, London, Nottingham Trent University,

(2009), *Diccionario Foucault*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Robin, Marie Monique (2005), *Los escuadrones de la muerte*, Buenos Aires, Sudamericana.

- Romero, Luis Alberto (1994), *Breve historia contemporánea argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Rouquié, Alan (1998), *Poder militar y sociedad política*, Buenos Aires, Emecé.
- Rozitchner, León (2000), *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*, Buenos Aires, Catálogos.
- Sadi, Marisa (2004), *La resistencia después del final*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos.
- Said, Edward (2002), *Orientalismo*, Barcelona, Random House.
- Salas, Ernesto (1990), *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Salessi, Jorge (1995), *Médicos, maleantes y maricas*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Schmitt, Carl (1968), “La dictadura”, en *Revista de Occidente*, s/r.  
 (1985), *Teología política*, Buenos Aires, Struhart.  
 (1992), *Teoría de la constitución*, Madrid, Alianza.  
*El concepto de lo Político.*
- Schvarzer, Jorge (1986), *La política económica de Martínez de Hoz*, Buenos Aires, Hyspamérica.  
 (1998), *Implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y 2000*, Buenos Aires, A-Z.
- Scoufalos, Catalina (2007), *1955. Memoria y resistencia*, Buenos Aires, Biblos.
- Semprún, Jorge (2001), *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona, Tusquets.
- Sennett, Richard (2000), *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama.
- Seoane, María (1993), *Todo o nada*, Buenos Aires, Planeta.
- Seoane, María y Muleiro, Vicente (2001), *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Servetto, Alicia (2010), *1973-1976. El gobierno peronista contra las “provincias montoneras”*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur Editores.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (2003), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba.
- Suriano, Juan (dir.) (2005), *Nueva Historia Argentina. Dictadura y democracia (1976-2001)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Tacceta, Natalia (2011) *Agamben y lo político*, Buenos Aires, Prometeo.
- Tamburrini, Claudio (2002), *Pase libre. La fuga de Mansión Seré*, Buenos Aires, Continente.

- Tijoux, María Emilia (comp.) (2006) *Foucault fuera de sí. Deseo, Historia, Subjetividad*, Chile, LOM/ Universidad ARCIS
- Timerman Jacobo (1982) *Preso sin nombre, celda sin número* Buenos Aires, El Cid Editor.
- Torres, Juan Carlos (comp.) (1995), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel.
- Traverso, Enzo (2001), *El totalitarismo*, Buenos Aires, Eudeba.  
 (2001), *La historia desgarrada*, Barcelona, Herder.  
 (2003), *La violencia nazi*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Troncoso, Oscar (1984), *El Proceso de Reorganización Nacional/1*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.  
 (1985), *El Proceso de Reorganización Nacional/2*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.  
 (1988), *El Proceso de Reorganización Nacional/3*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Ulanovsky, Carlos (1997), *Parén las rotativas*, Buenos Aires, Espasa.
- Veiga, Raúl (1985), *Las organizaciones de derechos humanos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Veyne, Paul (2010), *Foucault. Pensamiento y vida*, España Paidós.
- Verbitsky, Horacio (1985), *Ezeiza*, Buenos Aires, Contrapunto.  
 (2005), *El silencio. Las relaciones secretas de la Iglesia con la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana.  
 (1995) *El vuelo* Buenos Aires, Editorial Planeta.
- Vezzetti, Hugo (2002), *Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Vidal, Jiménez Rafael (2005), *Capitalismo (disciplinario) de redes y cultura (global) del miedo*, Buenos Aires, Ediciones del Signo.
- Vilas, Acdel (en línea), “Diario de campaña: Tucumán enero a diciembre 1975”.  
 Disponible en línea: <http://www.nuncamas.org>.
- Villani, Mario (2011), *Desaparecido. Memorias de un cautiverio*, Buenos Aires, Biblos.
- Villarreal, Juan (1985), *Los hilos sociales del poder*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Watts, Jorge (2009), *Memorias del infierno*, Buenos Aires, Peña Lillo.
- Yanuzzi, María de los Ángeles (1996), *Política y dictadura. Los partidos políticos y el “Proceso de Reorganización Nacional”, 1976-1982*, Rosario, Editorial de la Fundación Ross.

Yerushalmi, Yoseph *et al.* (1998), *Los usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Zarka, Y. (2000), "Foucault et le concept non juridique du pouvoir". En *Cités*, n. 2 Michel  
*Foucault: de la guerre des races au biopouvoir*, Francia, PUF.